



Hace mucho tiempo, en una galaxia muy, muy lejana...

STAR WARS®

TARKIN

El origen del mal

JAMES LUCENO

 Planeta

**ÉL ES LA MANO DERECHA DEL EMPERADOR...
Y EL PUÑO DE HIERRO DEL IMPERIO.**



James Luceno

NUEVO CANON

Esta historia está confirmada como parte del Nuevo Canon.

Título original: *Tarkin*

Autor: James Luceno

Arte de portada: David Smit

Traducción: Ricardo Mendoza Pamplona

Edición mexicana

Publicación del original: noviembre 2014



14 años antes de la batalla de Yavin

Aporte: josephalbera

Revisión: Holly

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

Para mi hijo mayor, Carlos, quien muchas veces fungió como caja de resonancia y esta vez proporcionó un punto de quiebre en la trama justo cuando lo necesitaba.

Y para Pablo Hidalgo, quien me llevó por algunos caminos que nunca había explorado.

En memoria de Rosemary Savoca, mi tía y fan más indulgente.

Hace mucho tiempo en una galaxia muy, muy lejana...

Han pasado cinco años estándar desde que Darth Sidious se autoproclamó Emperador Galáctico. Las brutales Guerras de los Clones son un recuerdo y el aprendiz del Emperador —Darth Vader— consiguió cazar a la mayoría de los jedi que sobrevivieron la temible Orden 66. En Coruscant, un sumiso Senado aplaude cada decreto emitido por el Emperador y las poblaciones de los Planetas del Núcleo se regodean con la sensación de una prosperidad renovada.

Mientras tanto, en el Borde Exterior los innumerables planetas separatistas no se encuentran mejor que antes de la guerra civil. Despojados de armamento y de recursos, quedaron abandonados a su suerte en un Imperio que, en gran medida, les ha dado la espalda.

Donde el resentimiento se desbordó en actos de sedición, el Imperio no tardó en infligir castigo. El Emperador confía mucho en los poderes del Lado Oscuro, pero supone que solamente un ejército supremo dirigido por un comandante tan cruel como él puede asegurar un Imperio que perdure por mil generaciones...

1

LA MEDIDA DE UN HOMBRE

EN LOS PRIMEROS años del Imperio surgió un dicho: «Es mejor ser lanzado al vacío que asignado a Belderone». Algunos analistas rastrean su origen hasta los últimos soldados originales cultivados en Kamino que sirvieron junto a los jedi en las Guerras de los Clones; otros, en las primeras cosechas de cadetes graduados de las academias imperiales. Además de expresar desdén por ser asignado a planetas lejanos al Núcleo, el adagio implicaba que tu valor se podía medir según el sistema estelar al que te conferían.

Cuanto más cerca te ubicaban de Coruscant, mayor era tu importancia para la causa imperial. Sin embargo, en Coruscant la mayoría de los efectivos preferían estar lejos del palacio y no próximos a la mirada fulminante del Emperador.

Para aquellos que sabían esto, en aquel momento parecía inexplicable que asignaran a Wilhuff Tarkin a una luna solitaria en un sistema sin nombre de una región remota del Borde Exterior. Los planetas más cercanos dignos de mención eran el desértico Tatooine y el igualmente inhóspito Geonosis, en cuya superficie llena de radiación habían comenzado las Guerras de los Clones y el cual, desde entonces, se había convertido en un caso aparte: negado por todos, excepto por un círculo de científicos e ingenieros imperiales. ¿Qué podría haber hecho el exalmirante y exasistente general para merecer una asignación que la mayoría habría considerado un destierro? ¿Qué insubordinación o negligencia en el cumplimiento del deber había provocado que el Emperador exiliara a alguien que él mismo había ascendido al rango de moff al terminar la guerra? Los rumores se esparcieron veloz y frenéticamente entre los compañeros de Tarkin en todas las ramas de las fuerzas militares. Quizá Tarkin había fracasado en llevar a cabo una misión importante en las Extensiones Occidentales; había tenido una disputa con el Emperador o con su principal seguidor, Darth Vader; o tal vez sólo había intentado abarcar más de lo que podía y ahora estaba pagando el precio por su ambición descarada. Sin embargo, para aquellos que conocían a Tarkin personalmente o estaban de alguna manera al tanto de su infancia, su adolescencia y su largo historial de servicio, el motivo de la asignación era obvia: Tarkin estaba involucrado en una empresa imperial clandestina.

En las memorias que se publicaron años después de que muriera envuelto en llamas, Tarkin escribió:

Después de mucha reflexión, me di cuenta de que los años que pasé en la Base Centinela me enseñaron tanto como mis años de estudios en el Altiplano Carrion de Eriadu. Fueron tan significativos como cualquiera de las batallas que comandé o en las que participé, porque estaba salvaguardando la creación de un armamento que algún día garantizaría el futuro del Imperio. Como fortaleza inexpugnable y como símbolo del gobierno inviolable del Emperador, la estación móvil de combate en el espacio profundo era una hazaña al nivel de cualquier otra fabricada por las especies ancestrales que nos develaron los secretos del hiperespacio y abrieron la galaxia a la exploración. Sólo me arrepiento de no haber tenido una mano más firme para llevar el proyecto a buen fin y a tiempo para impedir las acciones de aquellos empeñados en desbaratar los nobles planes del Emperador. El temor a la estación y a la fuerza imperial los hubiera frenado.

En ninguna ocasión Tarkin comparó su autoridad con la del Emperador o la de Darth Vader en sus notas personales; sin embargo, una tarea tan simple como supervisar el diseño de un nuevo uniforme era, quizás, una forma de crearse un atuendo tan distintivo como la túnica encapuchada del primero o la llamativa máscara negra del segundo.

—Un análisis de las tendencias de la vestimenta militar en Coruscant sugiere una forma más entallada —decía un droide de protocolo—. Las túnicas siguen siendo cruzadas con gargantilla, pero carecen de hombreras o charreteras. Es más, los pantalones ya no son de pierna recta, sino anchos en cadera y muslos, pero se estrechan hacia el dobladillo para que se puedan meter fácilmente en las botas altas de piso.

—Una alteración encomiable —dijo Tarkin.

—Señor, entonces puedo sugerir pantalones de pierna ancha, por supuesto en la tela estándar color gris verdoso, acentuados con botas negras a la rodilla y con el borde superior doblado. La túnica debe estar ceñida a la cintura y caer a medio muslo.

Tarkin miró al modisto plateado antropomorfo.

—Aunque puedo apreciar la devoción por la programación sartorial, no me interesa marcar tendencia en Coruscant ni en ningún lado. Sólo quiero un uniforme de mi talla. Sobre todo, las botas. Las estrellas saben que mis pies han registrado más kilómetros a bordo de destructores estelares que durante despliegues en superficie, incluso en una instalación de este tamaño.

Como muestra de desaprobación, el droide RA-7 inclinó hacia un lado su cabeza reluciente.

—Hay una diferencia notable entre un uniforme de la talla correcta y uno que le queda bien a quien lo porta. Usted me entiende, señor. Permítame también señalar que, como gobernador de sector, usted tiene libertad para ser más, digamos, osado; si no en el color, entonces en la elección de la tela, la longitud de la túnica o el corte de los pantalones.

Tarkin reflexionó acerca de los comentarios del droide. Años de tareas a bordo y fuera de la nave no habían sido amables con los pocos uniformes de gala y de guarnición

que le quedaban. Además, nadie en la Base Centinela se atrevería a criticar cualquier libertad que él pudiera tomarse.

—Muy bien —dijo finalmente—, enséñame en qué estás pensando.

Tarkin vestía un traje verde oliva que era como un guante; lo cubría desde el cuello hasta los tobillos y le ocultaba las cicatrices hechas por disparos láser, caídas o garras de depredadores. Estaba parado en una plataforma circular, baja y opuesta a un elaborador de prendas, cuyos numerosos lectores láser tapizaban el cuerpo del militar con rayos rojos, tomando y registrando sus medidas hasta una fracción de milímetro. Con piernas y brazos extendidos, podría haber sido una estatua montada en un plinto o un blanco galvanizado en la mira de una docena de francotiradores. Junto al elaborador de prendas, una holomesa proyectaba sobre su superficie una imagen de él en tamaño real, vestido con un uniforme cuyo diseño cambiaba de acuerdo con los silenciosos comandos del droide y que podía girar o adoptar otras posturas según se le ordenara.

El resto de la modesta habitación de Tarkin lo ocupaban una cama, una cómoda, aparatos de entrenamiento y un elegante escritorio con dos sillas giratorias y otras dos sillas más sencillas. Al ser un hombre de gustos a blanco y negro, él prefería las líneas definidas, la arquitectura precisa y una ausencia de desorden. La gran ventana del mirador permitía observar la cuadrada e iluminada pista de aterrizaje, un enorme generador de escudo deflector y, más allá, una cadena de cerros sin vida en forma de «u», que rodeaban la Base Centinela. En la pista de aterrizaje, había dos transbordadores eólicos junto a la nave estelar de Tarkin, el *Carrion Spike*.

La luna que albergaba a la Base Centinela disfrutaba de una gravedad cercana a la habitual, pero era un lugar desolado y frío.

Bajo un velo de atmósfera tóxica, el aislado satélite era azotado por tormentas frecuentes y era tan descolorido como la gama cromática que dominaba en la habitación de Tarkin. Incluso ahora, una tempestad de mal agüero se precipitaba por la cresta y comenzaba a golpear la ventana con rocas y grava. El personal de la base la llamaba «lluvia dura», aunque sólo fuera para aligerar el ambiente sombrío que tales tormentas invocaban. Sin embargo, ese opaco cielo era normal en el gigante gaseoso que poseía a esa luna. En los largos días durante los que la luna emergía hacia la luz del distante sol amarillo del sistema, el resplandor de la superficie era demasiado intenso para la vista humana, tanto, que había que sellar o polarizar las ventanas de la base.

—¿Qué le parece, señor? —preguntó el droide.

Tarkin analizó a su holodoble a color, fijándose menos en el uniforme modificado que en el hombre que lo portaba. A los cincuenta, estaba delgado al punto de parecer demacrado y tenía onduladas hebras canosas en lo que había sido una cabellera castaña. La misma genética que le había concedido ojos azules y un metabolismo veloz también le había heredado mejillas hundidas que le daban a su rostro un aspecto de máscara. Su nariz angosta parecía aún más larga de lo que era, gracias al pico de viuda que se le había acentuado desde el fin de la guerra. Los corchetes de arrugas profundas encerraban una boca ancha de labios delgados. Muchos describían su rostro como severo, aunque él lo

consideraba pensativo o quizá penetrante. En cuanto a su voz, le divertía que la gente atribuyera su tono arrogante a la educación típica de quien había tenido una infancia y juventud en el Borde Exterior.

Giró el rostro bien rasurado hacia ambos lados y levantó el mentón. Cruzó los brazos sobre el pecho; luego, sujetó las manos detrás de la espalda; finalmente, posó con las piernas abiertas y los puños recargados en la cadera. Una vez erguido, se podía ver su altura real, que era un poco por arriba del promedio. Adoptó una expresión seria mientras apoyaba el mentón en la mano derecha.

Había pocos seres a quienes necesitara saludar, aunque había uno a quien estaba obligado a hacer reverencia. Por lo tanto, la ensayó: inclinó la espalda, pero no de manera obsecuente.

—Elimina la línea de collares en la parte superior de las botas y reduce los tacones — dijo al droide.

—Por supuesto, señor. ¿Cambrillón y punta de duranio estándar para las botas?

Tarkin asintió con la cabeza.

Descendió de la plataforma, fuera de la jaula de marcas láser, y comenzó a dar vueltas alrededor del holograma, observándolo por todos los ángulos. Durante la guerra, cuando la túnica se usaba ceñida, un lado se cerraba cruzando el pecho y el otro, atravesando la sección media del cuerpo; ahora la línea era vertical, lo cual apelaba al gusto de Tarkin por la simetría. Justo debajo de cada hombro había unos bolsillos estrechos, diseñados para alojar pequeños cilindros que contenían información codificada sobre el portador. En el pecho izquierdo de la túnica estaba fijada una placa; era la insignia de rango, compuesta por dos hileras de pequeños cuadros de colores.

Ni en el uniforme, ni en las fuerzas armadas imperiales, había cabida para medallas y galones de combate. El Emperador desdeñaba los elogios por valor o coraje; si otro líder podía usar prendas de vestir del mejor synthsilk, el Emperador prefería túnicas de tela zeyd color negro, donde a menudo ocultaba su rostro furtivo, exigente, ascético.

— ¿Le agrada más así? —preguntó el droide, después de que su programa de zapatero le encargara al holoprojector incorporar los cambios a las botas.

—Mejor —dijo Tarkin—, excepto tal vez por el cinturón. Centra un disco de oficial en la hebilla y uno en la gorra de comando para hacerle juego. Iba a entrar en detalles cuando un recuerdo de la infancia lo distrajo y resopló por la gracia que le hacía.

Debía tener once años en aquel entonces; vestía un chaleco multibolsillo que él consideraba la vestimenta perfecta para lo que, supuso, sería una excursión al Altiplano Carrion. Al ver el chaleco, su tío abuelo, Jova, le regaló una gran sonrisa; luego, soltó una carcajada paternal y amenazante a la vez. «Se verá aún mejor con manchas de sangre», pronunció Jova en el recuerdo.

—¿Algo le parece chistoso en el diseño, señor? —preguntó, con un tono que podría llamarse afligido.

Tarkin sacudió la cabeza.

—Nada chistoso, sin lugar a dudas.

No se le escapaba que toda esa toma de medidas era una estupidez; comprendía que tan sólo intentaba distraerse de su preocupación por los retrasos en la estación de combate. Los cargamentos de los centros de investigación se habían rezagado; la minería de asteroides en Geonosis estaba resultando inviable; los ingenieros y científicos que supervisaban el proyecto no habían cumplido los plazos de la fase de construcción; un convoy que transportaba componentes vitales estaba por llegar...

En el silencio que siguió, la tormenta comenzó a aporrear histéricamente la ventana.

Sin duda, la Base Centinela era uno de los puestos de avanzada más importantes para el Imperio. Aun así, Tarkin se preguntaba lo que pensaría su paternal tío abuelo —quien alguna vez le había dicho que la gloria personal era la única misión que valía la pena— de que su aprendiz más exitoso corriera el riesgo de convertirse en un mero administrador.

Su mirada había regresado al holograma cuando oyó unos pasos urgentes en el corredor, afuera de su habitación.

Al recibir permiso de entrar, el asistente de Tarkin, rubio y de ojos claros, se apresuró por la puerta con un saludo firme.

—Un mensaje prioritario de la Estación Rampart, señor.

Una mirada de atención aguda borró el ceño fruncido de Tarkin. En dirección del planeta Pii, Rampart era un depósito clasificado para naves de suministro con destino a Geonosis, donde se estaba construyendo el arma del espacio profundo.

—No toleraré más retrasos —aseveró.

—Entendido, señor —respondió el asistente—. Pero esto no es sobre los suministros. Rampart informa que está bajo ataque.

2

GOLPES CONTRA EL IMPERIO

LA PUERTA DE la habitación de Tarkin se abrió con un zumbido; el almirante marchó hacia fuera vestido con unos pantalones desgastados, unas botas mal ajustadas y una bata gris verdosa sobre los hombros. Mientras el asistente se apresuraba para seguir los decididos pasos de aquel hombre más alto que él, la voz estridente del droide de protocolo salió por la puerta antes de que esta se volviera a cerrar.

—Pero, señor ¡la toma de medidas!

Centinela, que originalmente era una base de guarnición estrecha y desplegada desde un destructor estelar clase *Victory*, ahora se extendía en todas direcciones como una suma de los módulos prefabricados que, desde entonces, se habían entregado o ensamblado *in situ*. El corazón de las instalaciones era un laberinto de corredores que conectaban un módulo con otro, sus techos se perdían atrás de tableros con penetrantes iluminadores, conductos de aire a presión, tuberías contra incendios y tiras de alambres serpenteantes enredados. Todo tenía un aspecto improvisado.

Sin embargo, en el dominio del Moff Wilhuff Tarkin las pasarelas y la calefacción eran impecables; además, la tubería y los sistemas de alimentación estaban organizados meticulosamente y etiquetados de forma alfanumérica. Los depuradores sobrecargados purgaban el olor a rancio y el ozono del aire reciclado. Los corredores no sólo estaban repletos de especialistas y oficiales subalternos, sino también de droides de todos los tamaños y formas, que trinaban, pitaban y chirriaban el uno al otro mientras sus sensores ópticos detectaban la velocidad y el ímpetu en los pasos de Tarkin; entonces, se apresuraban sobre sus bandas, ruedas pequeñas, repulsores o patas metálicas, y se ponían a salvo en el último instante posible.

Entre el retumbar de alarmas distantes y el gorgear de los anuncios que ordenaban al personal ir a los puntos de reunión, resultaba bastante difícil oírse pensar. No obstante, Tarkin recibía actualizaciones a través de un audífono intracanal; no dejaba de comunicarse con el centro de mando de Centinela a través de un micrófono diminuto adherido a su laringe.

Se empujó el audífono más adentro del oído mientras avanzaba por un módulo abovedado, cuyos pozos de tragaluz revelaban que la tormenta había golpeado con toda su fuerza y había sacudido a Centinela a más no poder. Tras salir del domo, giró noventa grados y atravesó dos tramos cortos del corredor en sentido contrario a la marea de personal y de droides; las puertas se abrieron de golpe mientras se acercaba y más

personal se le iba uniendo en cada intersección (oficiales superiores, soldados de la armada, técnicos de comunicación; algunos de ellos, jóvenes y rapados; la mayoría en uniforme, y todos ellos humanos). De modo que, cuando llegó al centro de mando, con la bata ondeando detrás de él como una capa, era como si estuviera dirigiendo un desfile.

A petición de Tarkin, el espacio rectangular estaba inspirado en el modelo de los pozos de datos hundidos a bordo de los destructores imperiales clase Imperial. En lado tras él, el personal que había reunido a lo largo del camino se apresuraba a sus estaciones de trabajo, mientras que otros, ya presentes, se pusieron de pie para saludar. Tarkin hizo un gesto de la mano para indicarles que regresaran a sus sillas giratorias y se colocó sobre una plataforma en el centro de la estancia, desde donde podía ver los hologeneradores de imagen, los monitores sensoriales y los autenticadores. A su lado, el comandante de base, Cassel, robusto y de cabello oscuro, se inclinó hacia la mesa holoprojectora principal sobre la que titilaba una imagen granulada de cazas antiguos; estos ejecutaban vuelos de ametrallamiento a lo largo de la superficie resplandeciente de Rampart, mientras la batería de la estación de clasificación respondía con pulsos verdes de energía láser. En un holovideo separado, con calidad de imagen aún peor que el primero, se podía ver a trabajadores geonosianos con alas de insecto, buscando protección en uno de los hangares de los cazas pertenecientes a la estación. Una voz distorsionada crujía través de la serie de altavoces, en el muro del centro de mando.

—Centinela, nuestros escudos ya se han reducido al cuarenta por ciento... bloqueando nuestras transmi... Perdimos comunicación con el *Brentaal*. Solicite refuerzos... Centinela, repitiendo: solicite refuerzos inmediatos.

Un escéptico ceño fruncido se formó en el rostro de Tarkin.

—¿Un ataque sorpresa? Imposible.

—Rampart informa que la nave de ataque transmitió una clave de holored válida al entrar al sistema —notificó Cassel. Y dirigiéndose a Rampart agregó—: ¿Puede escuchar la conversación de los cazas?

—Negativo, Centinela. —La respuesta llegó después de un largo rato—. Están bloqueando nuestra red de señales.

Al mirar por encima del hombro a Tarkin, Cassel hizo como si fuera a ceder su posición, pero Tarkin le indicó con un gesto que se quedara donde estaba.

—¿Se puede estabilizar la imagen? —preguntó al especialista en los controles del holoprojector.

—Lo siento, señor —dijo el especialista—. Aumentar la resolución sólo empeora las cosas. La transmisión parece estar alterada desde el otro lado. No conseguí determinar si Rampart inició contramedidas.

Tarkin miró alrededor de la habitación.

—¿Y de nuestro lado?

—Nuestra estación de comunicación, HoloRed, es la mejor posible —dijo el especialista en el tablero de comunicación.

—Está lloviendo, señor —añadió otro especialista, provocando un coro de risas afables en otros que estaban sentados cerca.

Incluso Tarkin sonrió, aunque de forma fugaz.

—¿Con quién estamos hablando? —preguntó Cassel.

—Es un teniente... Thon —dijo el comandante—. Apenas lleva tres meses en la estación, pero está siguiendo el protocolo y transmite en codificación prioritaria.

Tarkin se puso las manos detrás de la espalda, bajo la bata, y miró al especialista sentado en el autenticador.

—¿La lista de soldados incluye una imagen del teniente Thon?

—En pantalla, señor —contestó el miembro del personal, mientras movía una palanca y señalaba uno de los monitores.

Tarkin miró el monitor. Thon, un humano de cabello color arena y orejas saltonas, era tan novato como sonaba. «Recién salido de alguna academia», pensó Tarkin. Descendió de la plataforma y se acercó a la mesa holoprojectora para analizar más de cerca a los cazas que estaban ametrallando. Barras de error en la transmisión recorrían el holovideo a lo largo de la pantalla. Los escudos de Rampart estaban neutralizando la mayoría de los rayos de energía agresores. Sin embargo, un ataque incapacitador logró su cometido debido a la frecuencia de sus disparos; explosiones incandescentes iniciaron en uno de los puertos de espacio profundo del depósito.

—Esos son tikiar y cazacabezas —dijo Tarkin sorprendido.

—Pero cambiados —repuso Cassel—. Con hiperimpulsores básicos y armas mejoradas.

Tarkin entornó la mirada hacia el holo.

—El fuselaje tiene inscripciones. —Volteó hacia el especialista más cercano a la estación autenticadora—. Corre las inscripciones por la base de datos. Veamos si podemos determinar con quién estamos tratando.

Tarkin se volvió hacia Cassel.

—¿Llegaron por su cuenta o despegaron desde una nave de ataque?

—Fueron entregados —respondió el comandante.

Sin voltear, Tarkin preguntó:

—¿Este Thon facilitó un holovideo o coordenadas de la nave que trajo a los cazas?

—Holovideo, señor —dijo alguien—, pero sólo echamos un vistazo rápido.

—Repita la transmisión —ordenó Tarkin.

Una holomesa distinta proyectó una imagen borrosa, teñida de azul, de una nave capital con cubierta de popa y con un módulo de control esférico situado en la sección media. La proa de curva descendente y el casco suave le daban la apariencia de una bestia gigante del océano profundo. Tarkin rodeó la mesa observando el holograma.

—¿Qué es esto?

—Cosas prestadas, señor —informó alguien—. Más que nada, ingeniería de la época separatista. La esfera central se parece a una de las viejas computadoras de control droide de la Federación de Comercio, y toda la parte delantera pudo haber venido de un

destructor del Gremio de Comercio. Las torres frontales de red de sensores y los módulos IFF para resaltar corresponden a naves de guerra CSI clase Providence, Recusant y Munificent.

—¿Piratas? —aventuró Cassel—. ¿Contrabandistas?

—¿Hicieron alguna demanda? —preguntó Tarkin.

—Aún nada. —Cassel esperó un momento—. ¿Insurgentes?

—No hay información en las marcas del fuselaje de los caza, señor —dijo alguien.

Tarkin se llevó la mano al mentón, pero no dijo nada. Mientras continuaba rodeando el holograma, el destello de un error de transmisión en la parte inferior izquierda le llamó la atención.

—¿Qué es eso? —inquirió con la frente en alto—. En la parte inferior... Ahí está. —Contó para sí mismo y, al llegar a diez, fijó la mirada en la misma área del holograma—. ¡Otra vez! —Se volvió hacia el especialista—. Repite la grabación a velocidad media.

Tarkin no quitó los ojos del cuadrante inferior izquierdo mientras el holovideo se reiniciaba, y comenzó una nueva cuenta.

—¡Ahora! —dijo, anticipándose a cualquier error—. ¡Ahora!

Las sillas giraron por toda la habitación.

—¿Ruido de cifrado? —sugirió alguien.

—Efecto de ionización —dijo otro.

Tarkin levantó la mano para callar las especulaciones.

—Esto no es un juego de adivinanzas, damas y caballeros.

—Algún tipo de intervalo de error —supuso Cassel.

—Algún tipo, ciertamente. —Tarkin observó en silencio mientras el holovideo se reiniciaba por tercera vez; después, se trasladó a la estación de comunicaciones—. Dígame al teniente Thon que se muestre —dijo al especialista sentado.

—¿Señor?

—Dígame que mire hacia una de las cámaras.

El especialista transmitió la orden y la voz de Thon se emitió por los altavoces.

—Centinela, nunca se me ha pedido hacer eso, pero, si eso es lo que se requiere para efectuar el rescate, entonces estoy feliz de obedecer.

Todo el mundo en la habitación se volvió hacia la holotransmisión; momentos más tarde, una imagen 3D de Thon se formó sobre la mesa.

—La identificación está dentro de los márgenes aceptables, señor —dijo un especialista.

Tarkin asintió con la cabeza y se inclinó hacia uno de los micrófonos.

—Aguarda, Rampart. Los refuerzos están próximos. —Continuó estudiando el holovideo en vivo. Había iniciado otro conteo cuando la transmisión se detuvo abruptamente, justo antes del momento en que podía haber mostrado más evidencia del daño.

—¿Qué sucedió? —preguntó Cassel.

—Estoy trabajando en ello, señor —dijo un especialista.

Reprimiendo una sonrisa cómplice, Tarkin miró por encima de su hombro derecho.

—¿Hemos intentado abrir un canal hacia Rampart?

—Lo hemos estado intentando, señor —confirmó el especialista en comunicaciones—, pero no hemos sido capaces de penetrar el bloqueo.

Tarkin se acercó a la estación de comunicaciones.

—¿Qué recursos tenemos arriba?

—El estacionamiento está casi vacío, señor. —El especialista en comunicaciones dejó los ojos en el tablero—. Tenemos el *Salliche*, el *Fremond* y el *Electrum*.

Tarkin pensó en sus opciones. El destructor estelar clase Imperial de Centinela, el *Core Envoy* y la mayoría de las otras naves capitales de la flotilla estaban escoltando convoyes de suministro a Geonosis. Eso lo dejaba sólo con una fragata y un remolcador (ambos vacantes en ese momento, detenidas por completo en órbitas de estación). Y la opción obvia, el *Electrum*, un destructor estelar clase Venator, se encontraba prestado a un astillero móvil en Ryloth.

—Contacte al capitán Burque —dijo Tarkin al fin.

—Ya está en el comunicador, señor —señaló el especialista.

Una imagen del capitán, a escala de un cuarto, apareció en el holoprojector de la estación de comunicaciones. Burque era alto, desgarrado y con una barba recortada color castaño que le cubría la fuerte mandíbula.

—Gobernador Tarkin —dijo él, saludando.

—¿Están al tanto de lo que está ocurriendo en la estación Rampart, capitán Burque?

—Sí, señor. El *Electrum* está preparado para saltar hacia Rampart cuando lo ordene.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Mantenga listas esas coordenadas hiperespaciales, capitán. Pero en este momento quiero que ejecute un microsalto al borde inferior del sistema. ¿Entendido?

Confundido, Burque frunció el ceño, pero dijo:

—Entendido, gobernador.

—Debe permanecer ahí y aguardar más órdenes.

—¿A plena vista, señor, u oculto?

—Sospecho que eso no importará de ninguna manera, capitán, pero es mejor si encuentra algo para esconderse detrás.

—Disculpe por preguntar, señor, pero ¿acaso esperamos problemas?

—Siempre, capitán —dijo Tarkin, sin ligereza.

El holograma desapareció y en el centro de mando se hizo un silencio escalofriante, excepto por los sonidos de los sensores, los escáneres y los aparatos que indicaban que el *Electrum* se había ido. El silencio se hizo más profundo, hasta que, de pronto, todos se sobresaltaron por el apremiante y prolongado tono de advertencia de amenaza en la estación. El especialista movió la cabeza hacia enfrente.

—Señor, los sensores están registrando lecturas anómalas y una radiación cronau en la zona roja...

—¡Estela de rotación! —interrumpió otro especialista—. Tenemos una marca del hiperespacio, señor..., y es una grande.

Novecientos veinte metros de largo. Con una artillería de doce cañones turboláser, diez cañones de iones de defensa puntual, seis lanzatorpedos de iones. Está revirando al costado cercano del planeta. Su alcance es de doscientos mil clicks y está acercándose. —Resopló—. ¡Qué bueno que despachó al *Electrum*, señor; ahora estaría hecho pedazos!

Un especialista sentado en una estación de trabajo adyacente intervino:

—Se están enviando los programas de acción de disparo a las defensas inferiores.

—El IFF lo está identificando como el mismo portanaves que atacó Rampart. —El especialista volteó a ver a Tarkin—. ¿Podrá haber saltado, señor?

—Si es que la nave estuvo ahí —se dijo Tarkin en voz baja.

—¿Señor?

Tarkin se quitó la bata, la echó al piso y descendió al holoprojector.

—Echémosle un vistazo.

Si la nave que aparentemente había atacado a Rampart no era la misma que la del holovideo de transmisión orbital, tenía que ser su doble.

—Señor, tenemos múltiples señales despegando del portanaves... —El especialista se interrumpió a sí mismo para asegurarse de que estuviera interpretando correctamente las lecturas—. ¡Señor, son cazas estelares droide! Tri-cazas, buitres, la colección completa de fieras separatistas.

—Interesante —dijo Tarkin calmadamente. Con una mano en el mentón, seguía observando el holograma—. Comandante Cassel, dé la señal de alerta e incremente la energía de los escudos de la base. Orden: iniciar contraataque.

—Señor, ¿esto es un simulacro no anunciado para probar nuestra preparación? —preguntó alguien.

—Más bien una bola de separatistas que no recibieron el mensaje de que perdieron la guerra —respondió otro.

Tal vez esa era la explicación, pensó Tarkin. Las fuerzas imperiales habían destruido o se habían apoderado de la mayoría de las naves capitales producidas por y para la Confederación de Sistemas Independientes. No se habían visto cazas droide en años. Y había pasado mucho más tiempo desde que Tarkin había sido testigo de aquella treta de holored idéntica a la que alguien estaba dirigiendo a la Base Centinela en esos momentos.

Se volvió de la mesa.

—Registren el portanaves y busquen formas de vida, por si acaso estamos lidiando con un adversario consciente, en lugar de una computadora que controla droides. —Miró a la especialista en comunicaciones—. ¿Alguna respuesta en los canales distintos de Rampart?

Ella negó con la cabeza.

—Todavía ni una palabra, señor.

—El portanaves muestra treinta formas de vida, señor —dijo alguien, en el otro lado de la estancia—. Está actuando bajo órdenes, no en completo modo automático.

Desde la estación amenazada llegó otra voz:

—Señor, los cazas droide se están acercando al perímetro.

«Y vaya que es un área estrecha», pensó Tarkin.

—Alerten al equipo de artillería para que ignoren los programas de acción de disparo y que abran fuego a voluntad. —Trotó hacia la holomesa; un vistazo le reveló que la Base Centinela estaba en la misma situación en la que Rampart parecía haber estado tan sólo unos momentos antes, excepto porque las naves enemigas y la holotransmisión eran genuinas.

—Contacten al capitán Burque y díganle que regrese a casa.

—Los tri-cazas están rompiendo formación y emprendiendo las rutas de ataque.

El sonido de explosiones distantes y las respuestas atronadoras de la artillería en tierra se infiltraban en el centro de mando. La estancia se sacudió. Motas de polvo flotaban desde las tuberías y los cables del techo; la luz titilaba. En tanto, Tarkin vigilaba los holovideos de la transmisión de tierra. Los cazas droide eran altamente maniobrables, pero no estaban a la altura de los poderosos cañones de Centinela. El cielo, sacudido por la tormenta, se veía refulgente por los destellos estroboscópicos y las detonaciones globulares, a medida que uno tras otro de los tri-cazas de lomo con cresta y los buitres reconfigurables se convertían en vapor.

Algunos lograban llegar hasta el borde del escudo hemisférico, pero acababan aniquilados, estrellándose en llamas contra el suelo áspero.

—Comienzan a huir —dijo un técnico—. Los cañones láser los están persiguiendo de regreso por el pozo.

—¿Y la nave capital? —preguntó Tarkin.

—El portanaves se está desviando aceleradamente. La distancia ahora es de trescientos mil clicks y sigue aumentando. Todas las armas están silenciadas.

—Señor, el *Electrum* ha vuelto.

Tarkin sonrió vagamente.

—Informe al capitán Burque que sus pilotos TIE van a disfrutar de un ambiente rico en objetivos.

—Es el capitán Burque desde el comunicador.

Tarkin se dirigió a la estación de comunicaciones, donde la holopresencia de Burque flotaba sobre el proyector.

—Supongo que estos son los problemas que estaba esperando, gobernador.

—En realidad, capitán, casi todo esto es bastante inesperado. Por lo tanto, espero que haga su mejor esfuerzo por incapacitar el portanaves en lugar de destruirlo. Sin duda, podremos averiguar algo interrogando a la tripulación.

—Seré tan delicado como pueda, gobernador.

Tarkin miró hacia la holomesa a tiempo para ver despegar los escuadrones de amantes cazas TIE de cabina esférica, que salían de la bahía dorsal del destructor estelar en forma de punta de lanza.

—Señor, tengo en el comunicador al comandante Jae, de la Estación Rampart. Sólo en audio.

Tarkin hizo un gesto para que comunicaran a Jae.

—Gobernador Tarkin, ¿a qué debo el honor? —saludó Jae.

Tarkin se colocó cerca de uno de los receptores de audio.

—¿Cómo están las cosas en su depósito, Lin?

—Ahora, mejor —respondió Jae—. El retransmisor de nuestra holored falló por un periodo corto, pero está en línea otra vez.

He enviado a un equipo técnico para determinar qué sucedió. Tiene mi palabra, gobernador: la falla técnica no afectará el itinerario del cargamento de suministro...

—Dudo que sus técnicos descubran alguna prueba de fallo —dijo Tarkin.

En vez de hablar al respecto, Jae preguntó:

—¿Y en su luna, gobernador?

—De hecho, nos encontramos bajo ataque.

—¿Qué? —preguntó Jae con evidente sorpresa.

—Le explicaré a su debido tiempo, Lin. En este momento tenemos las manos ocupadas.

Le dio la espalda a la mesa del holoprojector. En ese momento, Tarkin se perdió el acontecimiento que provocó fuertes lamentos del personal: la nave de guerra se había ido.

—Saltó a la velocidad de la luz antes de que el *Electrum* pudiera conseguir un disparo incapacitante —dijo Cassel.

La decepción provocó que las comisuras de la boca de Tarkin se colgaran. Con la nave capital ausente, se podía ver cómo los cazas droide restantes perdían el control, convirtiéndose en presas aún más fáciles para los cazas TIE de alas verticales. Una serie de explosiones esféricas destelló y se diseminó al filo del espacio.

—Recolecte evidencias de cualquier valor —dijo Tarkin a Burque—. Y haga que sean transportadas abajo, al pozo, para ser analizadas. También atrape algunos droides; los quiero intactos. Pero tenga cuidado: aunque parezcan abatidos, pueden estar programados para autodestruirse.

Burque acusó de recibida la orden y el holo desapareció.

Tarkin miró a Cassel.

—Abandone las estaciones de combate y dé la señal de que todo está despejado. Quiero reunir un equipo forense para examinar los droides. Dudo que averigüemos mucho, pero puede ser que seamos capaces de determinar el punto de origen del portanaves. —Por un momento, se quedó pensando, luego agregó—: Prepare un parte de batalla para Coruscant y transmítalo a mi habitación para que pueda añadir mis notas.

—Lo haré —dijo Cassel.

Un especialista entregó su bata a Tarkin; este había comenzado a ir hacia la puerta cuando una voz sonó atrás de él.

—Disculpe, señor, ¿una pregunta?

Tarkin se detuvo y dio la vuelta.

—Pregunte.

—¿Cómo lo supo, señor?

—¿Cómo supe qué, cabo?

El joven especialista de cabello castaño se mordió el labio inferior antes de continuar.

—Que la holotransmisión de la Estación Rampart era falsa, señor.

Tarkin lo miró de arriba abajo.

—Quizá quiera proponer una explicación propia.

—En la repetición..., la barra de ruido intermitente que usted notó... De algún modo, eso le dijo que alguien había logrado introducir una transmisión falsa de tiempo real en el retransmisor de la holored local.

Tarkin sonrió vagamente.

—Aprenda a reconocerlo... Todos ustedes aprendan. El engaño puede ser lo menos que nuestros desconocidos adversarios nos tienen preparado.

3

CASO SIN RESOLVER

EN EL HANGAR de mantenimiento de Centinela, Tarkin caminaba de un lado a otro a lo largo de un mirador blindado. La tormenta había pasado y la base había reanudado operaciones de forma normal, pero muchos soldados y especialistas seguían analizando el hecho de que Centinela hubiera estado bajo ataque. Para los más jóvenes —entre ellos, reclutas o voluntarios—, era la primera acción que habían visto en su vida.

Al otro lado de una serie de inmensos paneles de transpaciencia colocados en el mirador, varios técnicos forenses en trajes NBQ examinaban las ruinas de la batalla y hacían pruebas en tres cazas estelares droide que permanecían sujetos a las altas grúas pórtico. En otro lado del hangar, los montacargas y otros droides buscaban cosas entre montones de residuos. El fuerte olor a lubricantes y metales chamuscados permanecía en el aire, y el ruido de los droides trabajadores era estridente. Como lo había advertido Tarkin, muchos de los droides buitre se habían transformado en bombas al perder el contacto con la computadora central de la nave de guerra. De todas formas, los equipos de rescate del capitán Burque consiguieron recuperar un droide cuyo mecanismo de autodestrucción había quedado dañado durante el combate.

Atorado en la configuración para caminar, con sus alas laterales de cañón bláster escindidas, el buitre de tres y medio metros de largo se parecía menos a su homónimo carroñero y más a un cuadrúpedo de aleación de piernas largas con cabeza de equino. Con la cubierta central abierta y el cerebro de la computadora expuesto y rodeado de instrumentos, parecía que el droide había sido sometido a tortura en lugar de a una autopsia. Los otros dos cautivos colgados (cazas de tres brazos, semejantes a la especie que los había diseñado) estaban expuestos de forma similar y enclavados con sondas.

Perdiendo la cuenta de cuántas idas y vueltas había dado, Tarkin estaba parado frente al droide buitre cuando, de pronto, se abrió una esclusa de descontaminación en el mirador, apareció un técnico que se quitó la capucha del traje antirradiación y se limpió con la mano desnuda el sudor del rostro y de la coronilla, que empezaba a perder cabello.

Tarkin volteó para encontrarse con él a medio camino.

—¿Qué encontraron?

—No tanto como hubiésemos deseado, señor —dijo el técnico—. El análisis de los datos recibidos por el indicador amigo, o enemigo, del centro de mando confirma que la nave capital es una versión reducida de un portanaves separatista clase Providence, modificado con módulos tomados de fragatas y destructores de la CSI. Naves de ese tipo

ganaron fama durante la guerra, por bloquear señales y destruir retransmisores de holored. Parte de la torre que controla la red de sensores en la nave —los separatistas solían montar la torre en la parte de atrás, no enfrente—, parece venir del crucero *Lucid Voice*, que vio acción en Quell, Ryloth y otro par de sistemas en disputa.

Tarkin frunció el ceño.

—¿Cómo se las arreglaron los equipos de apropiación para no confiscar esa nave?

—La confiscaron, señor. Los registros muestran que el *Lucid Voice* fue desmantelada en los astilleros Bilbringi hace cuatro años.

Tarkin se quedó pensando.

—En otras palabras, algunos componentes de esa nave están extraviados —supuso, por fin.

—Perdidos, robados, vendidos... Es imposible saberlo. Otras secciones de la nave de guerra parecen venir del *Invincible*.

Tarkin no se molestó en ocultar su sorpresa.

—¡Esa era la nave del almirante separatista Trench..., destruida durante la Batalla de Christophsis!

—Parcialmente destruida, en todo caso. La nave era modular en su diseño; valía la pena rescatar los módulos que sobrevivieron y ponerlos en el mercado abierto. Los comerciantes de partes están desesperados por conseguir suministros en el Borde Exterior, así que los módulos pudieron haber terminado en el Cúmulo Tion o en un lugar similar. —El técnico se quitó el otro guante, que le llegaba hasta el codo, y se limpió el rostro otra vez—. El escáner idelliano aisló treinta formas de vida (una tripulación de humanos y cuasihumanos); esto corresponde con la práctica de colocar seres inteligentes al mando de las naves clase Providence.

Pero, para una nave de ese tamaño y armamento, treinta seres inteligentes son prácticamente la tripulación indispensable. A veces los seps sustituían las formas de vida con droides piloto de combate OOM. Me imagino que nuestra asustadiza nave de guerra también tenía algunos de estos, porque quienquiera que la haya improvisado la adaptó a una computadora de control droide rudimentaria..., posiblemente una del tipo que se encuentra en la *Lucrehulks* de primera generación perteneciente a la Federación de Comercio.

—Como usted dijo, «quienquiera que lo haya hecho».

—*Lucid Voice* fue construida por la Corporación de Ingenieros Voluntarios de Quarren Libres de Dac, para gran desagrado de los mon calcs que comparten planeta con los quarren. Estamos averiguando si los QLD o sus antiguos socios, Muelles de Pammant, pudieron haber supervisado el reensamblaje. Últimamente, tecnología separatista y de la Federación de Comercio ha estado apareciendo en el Sector Corporativo, así que también estamos pensando en la posibilidad de que hayan construido la nave ahí.

Los cazas estelares y cazacabezas, vistos en el holovideo pueden haber venido de cualquier lugar. Los cazas Tikiar se producen en Senex, pero no es raro encontrarlos en este sector del Borde.

Tarkin asintió con la cabeza e hizo una seña hacia el hangar.

—¿Y los droides?

El especialista se volvió hacia las ventanillas.

—Tienen pocos cambios respecto al buitre. La misma propulsión a lingote de combustible, el mismo sistema de armas... La identificación alfanumérica indica que este pertenecía a un grupo de combate de la confederación, conocido como Legión Grievous.

—Y también logró encontrar su camino en el mercado negro...

—Así parece, señor.

Tarkin se movió a lo largo del mirador.

—¿Y los tri-caza?

—No tienen nada en especial. Pero tampoco tenemos pruebas de su origen. Por lo menos, no de momento.

Tarkin resopló por la nariz.

—¿Consiguieron recuperar información sobre el punto de origen de la nave?

El especialista negó con la cabeza.

—Negativo, señor. Los módulos de memoria de los droides no registran información del salto.

—Bien —dijo Tarkin después de un momento—. Sigán con los análisis. Quiero que investiguen cada soldadura y remache.

—Estamos en ello, señor. —El técnico se volvió a poner la capucha sobre la cabeza, deslizó las manos en los guantes largos y desapareció por la esclusa.

Tarkin lo vio entrar al hangar, luego continuó su andar de un lado a otro, recreando el ataque en su mente.

Los ataques de piratas e inconformes a instalaciones imperiales no era nada nuevo, pero, en casi todos los casos, los asaltos habían sido incursiones de «pisa y corre», y ninguno se había llevado a cabo tan cerca de la fuertemente defendida Geonosis. La holotransmisión falsa en tiempo real había sido diseñada para atraer naves de Centinela a la Estación Rampart, con la esperanza de dejar vulnerable a la primera. Pero el ataque había sido claramente calculado desde su comienzo para ser suicida.

Aun si el *Electrum* hubiera sido despachado a la estación de clasificación, incluso si lo hubiera engañado la llamada de auxilio y hubiera despachado la mitad de su flotilla, los escudos de energía y los cañones láser que protegían a Centinela habrían sido suficientes para repeler cualquier ataque, ya no digamos de droides. La nave de guerra vista en el holovideo que los agresores habían emitido a través del retransmisor local de la holored se había presentado en Centinela, pero ¿dónde estaban los cazas estelares modificados que tenían que haber sido volados por pilotos vivos? A pesar de ser tripulados por seres inteligentes, el misterioso crucero no había descargado ninguna defensa puntual o armamento de largo alcance. Si la meta era la destrucción de la base,

¿por qué, quienquiera que estuviera detrás del ataque, no había utilizado la nave como una bomba al revertirse del hiperespacio en las proximidades de la luna? Cuerpos planetarios más grandes que Centinela habían explotado en eventos semejantes.

La pregunta de cómo habían sabido los falsificadores acerca del teniente Thon, cuya reciente asignación debió haber sido confidencial, era igual de preocupante. Los creadores del holovideo falso habían conseguido improvisar la transmisión en tiempo real de un holograma del joven oficial, en respuesta a la orden de Tarkin de que se mostrara a sí mismo. ¿Estaba involucrado Thon en la conspiración, o los agresores habían adulterado el material existente de él, tal vez tras tomarlo de la holored pública o de alguna otra fuente?

Más allá de lo inquietante de tener que aceptar que la ubicación de las bases Centinela y Rampart habían sido puestas en riesgo, seguía sin poder entender el ataque mismo. ¿Qué podían ganar los piratas o contrabandistas con lanzar un ataque droide suicida?

¿Qué ganarían los disidentes políticos? ¿Era un caso de venganza?

Un grupo encajaba en el per 1: los droides gotra, una banda letal de droides de combate reprogramados con lo que algunos consideraban quejas legítimas contra el Imperio por haber sido abandonados después de su servicio durante las Guerras de los Clones. Pero, según los recientes informes de inteligencia, los droides gotra todavía estaban con nados a un complejo industrial en las entrañas de Coruscant, sirviendo como la fuerza bruta del sindicato criminal Crymorah en robos, protección, secuestros, rescates ilegales y extorsión. Era posible que el grupo gotra se estuviera diversificando (incluso era posible que el grupo se hubiera enterado de la Base Centinela), pero era improbable que los droides usaran armas obsoletas para enviar un mensaje al Imperio.

Tarkin sacudió la cabeza con exasperación. En parte, se suponía que la estación de combate móvil de espacio profundo pondría fin a ataques de cualquier tipo, ya fueran impulsados por avaricia, disidencia política o venganza respecto a actos cometidos durante o desde las Guerras de los Clones. Una vez que todos en la galaxia comprendieran las capacidades del arma, una vez que el miedo a las represalias del Imperio se enraizara, el descontento dejaría de ser un problema. Pero, justo ahora (a pesar de la naturaleza encubierta del proyecto Geonosis), la Agencia de Seguridad Imperial y la Inteligencia Naval estaban continuamente tratando de sofocar rumores y evitar fugas de información. En los tres años que Tarkin había estado comandando Centinela y cientos de puestos de avanzada de suministro y de guardia cercanos, así como administrando un vasto trozo del Borde Exterior, ningún grupo había conseguido penetrar el espacio de Geonosis.

Pensar en la posibilidad de que eso cambiara lo hizo estremecerse.

Si intentar establecer la identidad de los enemigos de Centinela ya resultaba abrumador, descubrir la verdad sobre la estación de batalla era casi imposible. Todos, desde célebres diseñadores de naves hasta talentosos ingenieros, querían llevarse el mérito por la superarma. Tarkin mismo había discutido con el Emperador la necesidad de semejante arma mucho antes del fin de las Guerras de los Clones. Pero el Emperador era

la única persona que conocía la historia completa del proyecto que tenía el tamaño de una pequeña luna. Algunos aseguraban que había empezado como un arma separatista y que había sido diseñada por la colmena del archiduque geonosiano —Poggle, el *Menor*— para el Conde Dooku y la Confederación de Sistemas Independientes. Pero, si ese hubiera sido el caso, los planes habrían caído de alguna manera en manos de la República antes de que las Guerras de los Clones terminaran, porque el cascarón esférico del arma y su parabólica concentradora de láser ya estaban en obras para cuando Tarkin la vio por primera vez, después de ser ascendido al rango de moff y escoltado a Geonosis en absoluto secreto por el Emperador en persona.

De todas formas, no tenía ninguna razón de peso para aclarar la enigmática creación de la estación de combate. Lo que le molestaba era que, siguiendo la estrategia de que ningún comandante de base (moff, almirante o general) debía tener acceso ilimitado a información referente a cargamentos, itinerarios o progreso de construcción, el proyecto no tenía un único líder a cargo, a menos que el Emperador pudiera ser considerado como esa persona. Sin embargo, las visitas del Emperador habían sido pocas y espaciadas, y no se sabía de forma exacta cuánta información estaba consiguiendo pasar del Consejo Imperial Regente, al cual respondían los moffs, y cuánta realmente llegaba al oído del Emperador. Desde luego, estaba siendo informado, pero los informes ya no eran suficientes. El proyecto había alcanzado un punto en el cual tenía que depender de innumerables proveedores; aunque cada uno ignoraba por completo el destino final de sus contribuciones, millones de seres, tal vez decenas de millones de seres por toda la galaxia, estaban ahora involucrados con la estación de combate de una forma u otra. Sí, el proyecto requería la presencia *in situ* de un comité de expertos científicos, especialistas en armamento y arquitectos de hábitat, pero ¿qué sabía cualquiera de ellos acerca de proteger la estación contra saboteadores?

Si Tarkin pudiera hacerlo a su manera —y a estas alturas era dudoso si alguna vez podría—, adoptaría la organización hegemónica establecida en Coruscant y nombraría a un supervisor para coordinar la construcción y su defensa. Un único supervisor a quien los otros responderían; de otra forma, serían condenados.

Si quienquiera que fuera responsable del ataque sospechoso en Centinela sólo quería llamar su atención, entonces esa parte del plan había sido exitosa, pues al final se habían quedado con más preguntas que respuestas.

El inquieto ir y venir de Tarkin disminuyó a medida que su asistente se apresuraba hacia el área segura del hangar de mantenimiento, donde estaba él.

—Un comunicado de Coruscant, señor.

Tarkin supuso en voz alta que era de la Inteligencia Militar, en respuesta al parte de batalla que había presentado.

—No, señor. Viene de más alto en la cadena de mando —repuso el asistente.

Tarkin alzó la ceja.

—¿Qué tan «más alto»?

—Como para que le sangre la nariz de la altura, señor.

Tarkin se puso ligeramente tenso.

—Entonces tomaré la transmisión en mi habitación.

Donde hace dos días había estado parada la holopresencia uniformada de Tarkin, ahora se proyectaba la imponente imagen del Visir Mas Amedda, envuelto en suntuosas túnicas color granate. El tinte azul verdoso del holocampo hacía que la pigmentación naturalmente azul del chagrano se viera más oscura. Un par de cuernos cónicos pendían de abultadas protuberancias de carne a cada lado del grueso cuello de Amedda; hacían juego con el par que le coronaba el cráneo sin pelo.

—Confiamos en que todo está bien en la Base Centinela, gobernador.

Tarkin no podía estar seguro de si Amedda sabía, ni cuánto, sobre el reciente ataque. En Coruscant la información se custodiaba con sigilo, aunque sólo fuera una medida para mantener cierta exclusividad. Podía ser que el jefe del Consejo Regente no hubiera sido informado de detalles conocidos por la Inteligencia Militar y el almirantazgo.

—Quédese tranquilo, visir —dijo Tarkin.

—Ninguna sorpresa, ¿entonces?

—Sólo las esperadas.

En su lado del holocomunicador dúplex, el ambicioso anfibio concedió una sonrisa con los labios apretados. Obstaculizador y criticón durante sus años como vicescanciller del Senado de la República, se había convertido en uno de los consejeros más importantes del Emperador, así como el intermediario más brillante del Imperio.

—Gobernador, se solicita su presencia en Coruscant —dijo Amedda, después de un momento.

Tarkin se movió a su escritorio y tomó asiento, centrándose en la holocámara.

—Por supuesto que trataré de hacer tiempo para una visita, visir.

—Discúlpeme, gobernador, pero eso no será suficiente. Tal vez debí haber dicho que su presencia es solicitada urgentemente.

Tarkin hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Lo siento, visir, pero eso no altera el hecho de que yo tengo mis prioridades.

—¿Qué clase de prioridades?

Tarkin devolvió la sonrisa sin alegría de Amedda. Era probable que no le hiciera daño compartir con Amedda la información sobre los cargamentos de pertrechos que se enviaban de la Estación Desolación hasta Geonosis, los cuales incluían componentes importantes para el complejo generador de hiperimpulsión de la estación de combate, pero no tenía ninguna obligación de hacerlo.

—Me temo que mis prioridades se rigen por la necesidad de saber.

—Cierto. ¿Entonces está rechazando la solicitud?

Tarkin percibió algo en los ojos azul celeste con borde rosado del chagrano de cráneo grueso; esto le hizo pensar bien sus palabras.

—Digamos que estoy reacio a abandonar mi puesto en este momento, visir. Si lo desea, le haré saber al Emperador mis razones de forma personal.

—Eso no es posible, gobernador. El Emperador se encuentra ocupado ahora mismo.

Tarkin se inclinó hacia la cámara.

—¿Tan ocupado que no puede hablar brevemente con uno de sus moffs?

Amedda adoptó un tono de aburrimiento.

—Eso no me corresponde decirlo a mí, gobernador. Las preocupaciones del Emperador se rigen con base en la «necesidad de saber».

Tarkin miró fijamente el holograma. Lo que habría dado su tío abuelo, Jova, por ser capaz de montar una cabeza chagriana en la pared de su cabaña, en Carrion.

—¿Tal vez esté dispuesto a esclarecer la necesidad de semejante urgencia? —preguntó.

Amedda inclinó su enorme cabeza hacia un lado.

—Ese es un asunto que *usted* deberá tratar con el Emperador, ya que fue él quien emitió la orden de que se reportara a Coruscant.

Tarkin reprimió una mueca.

—Podría haber dicho eso al principio, visir.

Amedda le lanzó una mirada altiva.

—¿Y privarnos de un enfrentamiento verbal tan ameno? La próxima vez, quizá.

Tarkin permaneció en su escritorio después de que Amedda terminó la transmisión y el holograma desapareció. Luego, llamó al droide de protocolo.

—Voy a necesitar ese uniforme lo antes posible —dijo al RA-7 cuando entró.

El droide asintió con la cabeza.

—Por supuesto, señor. Le indicaré al confeccionador que comience enseguida.

Tarkin proyectó la imagen 3D de sí mismo uniformado en la holomesa y la examinó, mientras pensaba en Eriadu y volvía a recordar el comentario de Jova.

«Se verá aún mejor con manchas de sangre».

4

LA VIDA DE UN NIÑO

EL ORIGEN DE Eriadu, blanco de todas las miradas en el área metropolitana del sector Seswenna (perteneciente al Borde Exterior), se remonta a la era más temprana de la República. En aquel tiempo, la edad oscura de la galaxia había terminado, los Sith habían sido vencidos y obligados a esconderse y había surgido una verdadera república de entre las cenizas. Con un miembro de la Casa Valorum presidiendo como Canciller Supremo, se creó un Senado pangaláctico y se disolvieron las fuerzas armadas. Las poblaciones de los Planetas del Núcleo, revitalizadas, hambrientas de nuevos recursos y dispuestas a aprovechar cualquier oportunidad de mejorar su calidad de vida, estaban ansiosas de expandir su alcance.

De ser otro planeta salvaje del Borde Exterior, Eriadu había pasado a ser un planeta civilizado, que hasta mereció formar parte de la República, gracias a los pioneros que obtuvieron el permiso de Coruscant para procurar y establecer nuevos territorios, ya fuera cerrando tratos con poblaciones autóctonas o simplemente invadiéndolas. Finalmente, establecieron colonias mercantiles que podían suministrar al Núcleo los recursos que tanto necesitaba. Era una estrategia que se llevaba a cabo en muchas regiones remotas. En el caso de Eriadu, los recursos resultaron ser depósitos ricos en mena de lommite (un material esencial para la producción de transpariacero), el cual había sido descubierto en planetas a lo largo del área metropolitana de Seswenna. A falta de fondos para explotar, procesar y transportar la materia prima, los colonos de Eriadu se habían visto forzados a conseguir préstamos con altos intereses del Clan Bancario Intergaláctico, pero eso fue en una era en la que el viaje por el hiperespacio entre Seswenna y el Núcleo se hacía entre balizas de hiperonda. Para llegar sano y salvo, había que efectuar numerosas reversiones al espacio real; muchas veces se retrasaban o se perdían los cargamentos de mena por alguna otra catástrofe.

A medida que aumentaban las deudas, Eriadu corría el riesgo de convertirse en un planeta cliente de banqueros muun, hasta que empresarios de Corulag, un planeta del Núcleo, intervinieron y lo salvaron de la servidumbre. De esta manera, gracias a la influencia de Corulag en el Senado de la República, la incipiente Vía Hydiana se trazó por el espacio de Eriadu y el planeta fue colocado en el mapa galáctico.

Los motivos de Corulag, sin embargo, no eran completamente altruistas; los empresarios del Núcleo forzaron a Eriadu a incrementar el suministro de lommite y demandaron la mayor parte de las ganancias del minado. La amplificación de operaciones

condujo a un crecimiento desenfrenado y a una afluencia de trabajadores empobrecidos, procedentes de planetas vecinos. Las montañas de Eriadu, que alguna vez fueron exuberantes, pronto se vieron despojadas de su cubierta; una nube de polución flotaba sobre las principales ciudades, y el nivel de vida se desplomó. Aun así, hubo prosperidad para unos cuantos; se podía ganar créditos rápidamente en procesamiento de mena, transporte local hacia el espacio profundo, y en prácticas de usura.

Los Tarkin consiguieron riqueza ofreciendo seguridad.

Su ascenso a la cima había sido difícil. Entre los primeros pioneros de Eriadu, los Tarkin ancestrales tuvieron que actuar como defensores y ser su propia fuerza policial; repelieron ataques, primero de los depredadores feroces que abundaban en los bosques y montañas de Eriadu, y luego de granujas y rufianes extraplanetarios que acechaban a los vulnerables pobladores de los asentamientos precarios. Bajo el liderazgo Tarkin, la milicia local fue evolucionando hacia una fuerza armada sectorial. Justo porque sus celebrados ancestros habían sido una especie de cazadores, pilotos independientes y contratistas mineros, Tarkin se veía a sí mismo como el producto de una tradición militar en la cual la disciplina, el respeto y la obediencia eran los valores más importantes. La familia, declaradamente tecnócrata, consideraba que había sido la tecnología —más que Corulag— la que rescató a Eriadu de la barbarie y permitió que los eriaduanos forjaran una civilización a partir de un páramo asesino. La tecnología, en forma de máquinas colosales, veloces naves estelares o armas potentes, había ayudado a convertir a la presa en cazador. Y sería la tecnología la que algún día llevaría al planeta hacia la élite de la galaxia moderna.

Si bien Tarkin fue educado con todas las ventajas que da la riqueza, el suyo era un curioso tipo de privilegio. Vivió en mansiones que se esforzaban por emular la moda arquitectónica del Núcleo, pero eran poco más que imitaciones de mal gusto; los Tarkin y otros como ellos hacían todo lo posible por mimetizar las costumbres de los ricos, sin lograrlo jamás. Sus penosos orígenes eran demasiado evidentes; además, la vida en Eriadu parecía bárbara en comparación con la vida en la cosmopolita Coruscant. Tarkin entendió esto a una edad temprana, sobre todo cuando dignatarios del Núcleo iban de visita y hacían sentir a sus padres que eran más pequeños de lo que él sabía. Eran menos evolucionados por vivir en un planeta salvaje, cuyas provincias se sacudían con sismos, cuyas ciudades carecían de aire acondicionado y óperas, y cuyos residentes seguían disputando la hegemonía a piratas y a una naturaleza rapaz. Sin embargo, Tarkin no sentía la necesidad de buscar héroes de la infancia fuera de su propia familia, porque fueron sus ancestros quienes lucharon contra la tierra salvaje, sobrevivieron pese a las probabilidades y llevaron el orden y el progreso al Seswenna.

Aun así, en un ambiente relajado y seguro, Tarkin no era el niño de abolengo que uno se imaginaba al juzgarlo por su ropa hecha a la medida o por su hogar laberíntico. Sus padres estaban muy orgullosos de sus logros, pero también estaban muy conscientes de su posición social inferior entre la gente importante. Nunca perdían una oportunidad para recordarle a su hijo que la vida no era equitativa y que sólo aquellos con el apetito de

gloria personal podían tener éxito. Uno necesitaba estar dispuesto a aplastar con los pies a cualquier persona o cosa. La disciplina y el orden eran la clave, y la ley era la única respuesta incontestable frente al caos.

Siempre que podían, los padres de Tarkin insistían en explicar qué significa vivir con carencias. El objetivo de estos sermones era inculcarle a su hijo la idea de que todo lo que poseían era producto de haber vencido a la adversidad. Peor aún la opulencia podía desaparecer en un instante; sin vigilancia constante y deseo de triunfar, todo lo que uno tenía podía ser arrebatado por alguien más fuerte, más disciplinado y más comprometido con la gloria personal.

—¿Cómo te imaginas que llegamos al punto de tener tanto —decía su padre durante la cena—, mientras otros afuera de las rejas de esta elegante casa tienen que luchar por sobrevivir? ¿O te imaginas que siempre hemos vivido en semejante lujo, que Eriadu era un lugar acogedor desde el principio?

De niño, Wilhuff sólo miraba fijamente su plato de comida en silencio o balbuceaba que no tenía respuestas para esas preguntas. Un día, su padre —alto y de espalda recta, con arrugas profundas en la frente, que se curvaban hacia abajo como paréntesis de sus ojos— ordenó al sirviente de la familia que retirara la comida de Wilhuff, antes de que este tuviera oportunidad de tomar siquiera un bocado.

—¿Ya ves qué fácil es pasar de tenerlo todo a no tener nada? —preguntó su padre.

—¿Cómo te iría si te desterráramos en este momento a las calles de la ciudad? —agregó su madre. Casi tan alta como su esposo, vestía ropa costosa para cada comida y usaba peinados que a veces requerían horas de trabajo—. ¿Harías lo que tuvieras que hacer para sobrevivir? ¿Serías capaz de blandir un garrote, un cuchillo o un bláster si necesitaras armas para no morir de hambre?

En un esfuerzo por calcular la respuesta esperada, Whilhuff puso la mirada entre los dos e infló el pecho.

—Haría lo necesario.

Su padre se limitó a sonreír con desdén.

—¿Así que eres valiente? Bueno, pondremos a prueba esa valentía cuando te lleven al Carrion.

«El Carrion».

Ahí estaba otra vez: esa extraña palabra que había oído tantas veces. Pero ahora preguntó:

—¿Qué es el Carrion?

Su padre parecía satisfecho de que su hijo por fin se lo preguntara en voz alta.

—Un lugar que te enseñará el significado de la supervivencia.

En la tranquila comodidad del comedor familiar, lleno de embriagadores olores de especias exóticas y carnes estofadas a fuego lento, la declaración no tenía ningún significado.

—¿Tendré miedo? —dijo él, otra vez porque presintió que debía preguntar.

—Si sabes lo que es bueno para ti.

—¿Podría morir ahí? —dijo, casi burlándose de sí mismo.

—De demasiadas maneras como para contarlas.

—¿Me extrañarían si muriera? —preguntó a ambos.

Su madre fue la primera en decir:

—Claro que te extrañaríamos.

—¿Entonces por qué tengo que ir ahí? ¿Hice algo malo?

Su padre puso los codos sobre la mesa y se inclinó hacia él.

—Necesitamos saber si eres una persona como cualquiera o alguien completamente fuera de lo común.

En la medida de sus capacidades, el chico reflexionó sobre la noción de ser «completamente fuera de lo común».

—¿Tú tuviste que ir cuando eras joven?

Su padre asintió con la cabeza.

—¿Tenías miedo?

Entonces, su padre se reclinó en su alto sillón brocado, como si estuviera recordando.

—Al principio sí, muchísimo miedo. Hasta que aprendí a vencerlo.

—¿Tendré que matar algo?

—Si quieres sobrevivir.

Con algo de emoción, Wilhuff dijo:

—¿Voy a poder usar un bláster?

Su padre negó con la cabeza de manera seria.

—No siempre. Y no cuando más lo necesites.

A Wilhuff le costaba mucho imaginar el lugar... Carrion.

—¿Todos tienen que ir ahí?

—Sólo ciertos varones Tarkin —dijo su madre.

—¿Entonces Nomma nunca tuvo que ir? —preguntó, refiriéndose a su diminuto sirviente cuasihumano de mandíbula prominente.

—No, él no tuvo que ir.

—¿Por qué no? ¿Los Tarkin son diferentes a la familia de Nomma?

—¿Quién le sirve a quién? —repuso su padre con fuerza—. ¿Alguna vez le has servido comida a Nomma?

—Lo haría.

La expresión de su madre se endureció.

—No en esta casa.

—Lo que aprendas en el Carrion algún día te permitirá mostrar a Nomma cómo estar contento con su posición —continuó su padre.

A Wilhuff le costó entender la palabra «posición».

—Te refieres a ser feliz sirviéndonos.

—Sí, entre otras cosas.

Todavía en terreno inseguro, Wilhuff guardó silencio por un periodo más largo.

—¿Tú me llevarás ahí..., al Carrion? —terminó preguntando.

Su padre entrecerró los ojos cuando sonrió.

—Yo no. Alguien más vendrá por ti cuando sea el momento correcto.

Un niño más delicado e impresionable podría haber vivido con temor de ese día, pero para Wilhuff la amenaza de un cambio súbito, la brusca destrucción de su vida fácil y la necesidad de forjar su propio futuro con el tiempo se convirtieron en una promesa, una parábola, una aventura en la cual anhelaba embarcarse. La hizo realidad en su imaginación mucho antes de que se materializara.

El día llegó poco después de que cumpliera once años. Wilhuff era, para entonces, un chico en perfectas condiciones y deseoso de cosas más grandes; era un tanto soñador, un histrión, un exagerado. Estaba sentado junto a sus padres, esperando la cena. La letanía de severos recordatorios estaba por comenzar cuando tres hombres, que lucían como si acabaran de arrastrarse debajo de un derrumbe de mina, entraron por la puerta frontal hasta el salón comedor. Dejando lodo a lo largo de los pisos de roca pulida, comenzaron a llenar los bolsillos de sus andrajosos abrigos largos con comida arrebatada del comedor. Cuando Wilhuff miró a sus padres, que de repente guardaron silencio, su madre sólo pronunció:

—Vinieron por ti.

Pero, si sus padres y los tres intrusos pensaron que lo tomarían por sorpresa, él tenía otra reservada para ellos.

—Primero necesito ir por mi equipo —dijo, apresurándose por la escalera curva, mientras comenzaban a formarse expresiones de perplejidad en los rostros de los inesperados huéspedes.

Las expresiones permanecían cuando regresó un momento después, vestido con un pantalón de cargo y un chaleco multibolsillo que, durante varias semanas, había estado zurciendo a escondidas. De su cuello colgaba un macrobinocular que le habían regalado en su cumpleaños. Era su equipo, su atuendo y su uniforme, para cuando se necesitara.

Mientras examinaba a Tarkin de pies a cabeza, el más alto y mugriento de los tres hombres soltó una corta risa que hizo temblar el candelabro del vestíbulo. Luego, dio un paso adelante para tomar al niño de los hombros, que permanecerían huesudos y angostos a lo largo de su vida, y lo sacudió mientras decía:

—Es una belleza, sí que lo es. El uniforme digno de un futuro héroe. ¿Y sabes qué? Se verá aún mejor con manchas de sangre.

Su padre dio un paso adelante y dijo:

—Wilhuff, te presento al hermano de mi padre, tu tío abuelo Jova.

Este le sonrió, enseñando los dientes parejos y más blancos de lo que Wilhuff hubiera esperado, a juzgar por el rostro de su tío, manchado de tierra.

—Hora de irnos —anunció Jova.

Así, lo arrebataron de su casa sin un abrazo consolador de cualquiera de sus padres, pero bajo la mirada triste y determinada de los mismos, que se abrazaban entre ellos. Tenía que pasar por algo así. Cuando el chico cruzó la reja hacia la atmósfera de Eriadu (tan negra como el carbón), cobijado ahora por el uniforme, la euforia comenzó a sofocar

el hambre que ya estaba sintiendo. Lo arrebataron inmediatamente no sólo de los muy cuidados jardines, sino también de la ciudad misma, en un accidentado vuelo sobre un speeder viejo. Volaron sobre la bahía en forma de dedo, hacia arriba, a las montañas de más allá, guiándose por el serpenteante Río Orrineswa hacia una región de su planeta natal que Wilhuff nunca habría sabido que existía, una región que parecía más como de holodramas y literatura escapista, una extensión indómita de mesetas separadas por crecientes ríos con cantos esparcidos. En la lejanía, había montañas volcánicas que tal vez seguían activas. Todavía más impactante era la explicación de Jova.

El viejo dijo que, mientras las vastas áreas de Eriadu eran muy parecidas a esta, todo lo que los ojos azules del niño podían contemplar de horizonte a horizonte era tierra de la familia..., tierra Tarkin obtenida veinte generaciones antes y que nunca habían dejado caer en manos de promotores, mineros o cualquiera con proyectos para la región. Un sitio protegido: un monumento natural, un recordatorio de aquello en lo que el planeta podría degenerarse si los seres inteligentes perdieran su control, si trocaran su dominio de la naturaleza por el salvajismo. Para el joven Wilhuff, era un sitio de iniciación; al centro de todo, estaba el Altiplano Carrion.

Un speeder desvencijado que se inclinaba hacia un lado debido a un ascensor de repulsión defectuoso llevó hacia arriba, hasta la cima plana, a Wilhuff, Jova, dos sujetos con la cabeza cubierta y un par de rodianos mayores que trabajaban como guías (cuidaban o rastreaban). Los seis estaban sentados sobre la máquina descompuesta; los cinco guardianes de Wilhuff portaban lanzaproyectiles de cañón largo. Wilhuff, con el hambre medio domada por carne seca tan dura que apenas podía masticarla, estaba comenzando a tener serias dudas, aunque se rehusaba a expresarlas. Este lugar era más oscuro y más peligroso que el que su imaginación había fabulado. Empeñado en ocultar su preocupación y al observar un verdadero animal en la naturaleza, se mantuvo sentado con su macrobinocular pegado a los ojos mientras el speeder recorría tramos inmensos de pradera y bosque, pasando por árboles con troncos gruesos de miles de años de edad y ramas delgadas casi sin hojas, ruinas monolíticas y petroglifos en acantilados que multiplicaban la edad de estos y lagos temporales poco profundos, moteados con aves extravagantes.

En ese primer ocaso terminó por alcanzar a ver algo: un cuadrúpedo majestuoso de dos metros de alto con rayas negras y blancas, y coronado con elegantes cuernos curvos. «Mi primer animal en la naturaleza». Los demás también lo avistaron, aunque sin la ayuda de lentes de amplificación. Jova frenó el speeder con un chirrido, pero resultó que no lo hizo para contemplar la belleza de la bestia. Al unísono, los antiguos rifles se elevaron y se oyeron media docena de disparos. A través de los cristales, Wilhuff vio a la majestuosa criatura levantarse de golpe y luego caer fuertemente sobre un costado. Un momento después, todos corrían sobre la losa hierba en un esfuerzo por llegar a su presa antes que otros depredadores o carroñeros..., y también para alcanzarlo mientras seguía caliente.

Wilhuff se preguntaba qué había hecho la criatura para merecer semejante destino. Si también había venido al Carrion a aprender el significado de la supervivencia, había fracasado de forma miserable.

Los rodianos voltearon al animal de espaldas y, de una funda atada a su muslo, Jova sacó un vibrocuchillo.

—Corta derecho, desde entre las piernas hasta la garganta —dijo, entregando el cuchillo a Wilhuff—. Y ten cuidado de no hacer un desorden de las entrañas.

Reuniendo fuerzas (preocupado tanto por no desmayarse como por no decepcionar a los mayores), Wilhuff clavó la punta del arma en el pelaje de la criatura, y se dio a la tarea de cortar con el vibrocuchillo. Sangre caliente color bermellón salió a chorro, salpicándolo en pleno rostro. Los rodianos parecían casi contentos mientras le escurría de la punta de la nariz al mentón y, más abajo, hacia su chaleco prístino, saturando las costuras y bolsillos que había zurcido con tanto cuidado.

—Buen corte —dijo Jova, cuando el cadáver quedó partido. El olor de las entrañas de la bestia casi abrumó a Wilhuff—. Ahora, mete las manos ahí dentro. —Indicó un sitio en el torso—. Y sigue la curva trasera del músculo respiratorio, hasta que tus manos encuentren el hígado. Extráelo. Anda, hazlo. ¡Hazlo, dije!

Las vacilantes y temblorosas manos del chico fueron hacia dentro, maniobrando los suaves órganos bulbosos hasta que encontraron un bulto pesado, rico en sangre. Tuvo que jalar varias veces antes de que el hígado se liberara de su red fibrosa de vasos sanguíneos y ligamentos; casi cayó de espaldas cuando lo logró. Entonces Jova tomó la cosa resbalosa en sus manos encallecidas y comenzó a desgarrarlo en trozos.

—Este es para ti —dijo, colocando la pieza más grande en las palmas de las ya ensangrentadas manos de Wilhuff, e hizo un gesto con el mentón—: Adelante, va para dentro.

Una vez más, Wilhuff se concentró en satisfacer las expectativas. Cuando superó su asco y devoró el trozo, todos celebraron su acto con una breve canción en un idioma que Wilhuff no entendía; celebraron el primer paso de Wilhuff, la primera etapa en una iniciación que no concluiría sino hasta años más tarde en el *Carrion Spike*.

Aunque Eriadu no tenía criaturas autóctonas tan grandes como el rancor o tan inusuales como el sarlacc, sí presumía contar con eros felinos, crustáceos carnívoros y una especie de veermok mucho más fiera y astuta que otras de su familia de primates.

Durante el mes siguiente, Wilhuff hizo poco más que seguir las huellas de sus mayores, mientras observaba cómo depredadores de muchas variedades se mataban y devoraban el uno al otro, y aprendía cómo evitar que lo devorasen a él. No podía negar que ser testigo cercano de la muerte era una experiencia mucho más visceral que ver ocurrir ese tipo de acontecimientos en holodramas desde la tranquilidad de su espaciosa alcoba. Aun así, luchaba por entender exactamente qué se suponía que debía estar

aprendiendo de los encuentros cercanos. ¿Los roces cercanos con la muerte podrían transformar algo simplemente ordinario en algo de magnas proporciones? Aunque eso fuera posible, ¿cómo podría esa transformación tener un impacto en la vida de su sirviente Nomma y otros como él? Podría haber descifrado las respuestas si día a día hubiera estado menos preocupado por que las bestias que ellos acechaban no lo atacaran ni se lo comieran.

De forma gradual, la rutina fue cambiando: pasó de observar las matanzas a llevarse los cadáveres. Con frecuencia, los rodianos usaban vibrolanzas para ahuyentar a las bestias asesinas de sus presas y mantenerlas a raya, mientras Wilhuff se apresuraba a completar el robo. Otras veces era el turno de Wilhuff de blandir la vibrolanza mientras alguien más hacía el hurto.

—Les estamos enseñando cómo comportarse en presencia de sus superiores —explicó Jova—. Los que aprenden se benefician de las leyes que establecemos; el resto muere. —Quería estar seguro de que Wilhuff entendiera—. Nunca trates de vivir decentemente, muchacho..., a menos que estés dispuesto a exponer tu vida a la tragedia y a la tristeza. Vive como una bestia y ningún acontecimiento, sin importar qué tan desgarrador sea, jamás será capaz de afectarte.

Cuando su tío decidió que Wilhuff tenía suficiente experiencia robando, llegó el momento de cazar. Por lo tanto, Jova y los otros comenzaron a enseñarle métodos tácticos para aprovechar el viento o el ángulo de la luz. Le enseñaron cómo defenderse ante los ataques de manadas, confundiéndolas con movimientos inesperados. Le enseñaron a matar concentrando todo su poder en un punto. En todo ese tiempo el chaleco se fue ensangrentando y poniéndose más harapiento, hasta que al final sólo sirvió como trapo y el chico se quedó sin un uniforme o un disfraz que le permitiera esconderse.

La rutina de rastrear, cazar, matar y cocinar sobre fuego continuó hasta que la tierra cedió lo último de su humedad al cielo cegador. Los pies de Wilhuff se tornaron toscos y su piel quemada tenía ampollas; su mente se entregó a memorizar los nombres de cada árbol, animal e insecto del Carrion, pues todos ellos servían para uno u otro propósito.

Una noche, las poderosas lámparas delanteras del speeder iluminaron a un roedor cuando este saltaba desde la juncia; con una colisión cuidadosamente dirigida, Java lo envió a volar. Entonces, le enseñaron a Wilhuff cómo usar el vibrocuchillo para extirpar una glándula odorífera del lugar donde la cola delgada y pelona del animal se unía a su cuerpo regordete. De esa glándula, los rodianos preparaban un gel de almizcle que luego usaban en la caza de más roedores de esos. De la misma manera, preparaban mejunjes estimulantes con los residuos drenados del estómago de rumiantes caracterizados por su cuello largo, o con las heces de felinos que habían ingerido ciertas plantas. Wilhuff se acostumbró a comer todas las partes de un animal y a beber sangre sola o mezclada con plantas psicotrópicas recolectadas durante caminatas a lo largo del altiplano.

Al pasar el tiempo, se había acostumbrado tanto a la vista, el olor y el sabor de la sangre que incluso sus sueños estaban teñidos de ella. Seguía esperando que la aventura terminara en algún refugio de madera abastecido con comida preparada y camas suaves,

pero los días siempre se volvían más horribles. En las noches, carroñeros medio muertos de hambre rodeaban y aullaban alrededor de la exigua fogata; sus ojos brillaban con furia en la oscuridad, mientras esperaban una oportunidad para entrar a toda prisa y robar la comida que pudieran.

La unida banda de humanos y rodianos no siempre tenía éxito en permanecer en la cima de la cadena alimentaria. Durante un ataque nocturno a Zellit, al primo de Jova lo mató una pandilla de reptiles cuya saliva contenía un veneno poderoso. Hacia la mitad de la temporada, Wilhuff supo por primera vez lo que era estar realmente hambriento, y estuvo cerca de morir de una enfermedad que lo hizo temblar con tanta violencia que pensó que sus huesos se romperían.

En algunas ocasiones, incluso las más pequeñas de las criaturas del altiplano los sorprendían desprevenidos y lograban vencerlos. Una noche en la que estaban demasiado agotados para colocar un perímetro de sensores de movimiento, soñó que algo se estaba dando un banquete con su labio inferior. De pronto, sus dedos entumecidos se toparon con un septoide venenoso que tenía las pinzas ancladas en su suave piel. Despertando con sobresalto, corrió por la entrada abierta de la tienda autodesplegable y cayó de bruces en el raudal de bichos; estos se le subieron en un instante, hambrientos por encontrar de dónde sujetarse. Para entonces, sus gritos de dolor habían despertado a los demás, quienes a su vez se convirtieron en blancos. Poco después, todos ellos estaban brincando en la oscuridad, arrancándose septoides a sí mismos o unos a otros. Cuando por fin estuvieron a salvo, fue evidente que los agresores sólo constituían un angosto afluente del río de insectos. El flujo principal se había ido por encima de la tienda, donde los rodianos habían almacenado trozos de las bestias que el grupo había matado más temprano ese día... Todo fue devorado hasta el hueso.

Pero, independientemente de si ganaban o perdían el día, siempre contaban a Wilhuff las hazañas de sus antepasados: las leyendas de los primeros Tarkin.

—Todo Eriadu era similar al Carrion antes de que los humanos llegaran del Núcleo a domarlo —le dijo Jova—. Todos los días, solos como pioneros y colonos, libraban batallas contra las bestias que regían el planeta. Pero el triunfo de nuestros antepasados sólo alteró el equilibrio, no la realidad. A pesar de todo lo que los seres inteligentes han logrado con armas y máquinas, la vida sigue siendo una batalla constante por la supervivencia, con el fuerte o el listo hasta arriba del montón y el resto mantenido bajo control con el poder del fuego y con leyes.

Jova explicó que, durante muchas generaciones, la familia Tarkin había producido una sucesión de mentores y guías. Lo que hacía único a Jova era su decisión de convertir el Carrion en su hogar después de su iniciación a la adultez. De esta manera, llegó a tener bajo su tutela al padre de Wilhuff, e incluso podría vivir lo suficiente como para ser tutor del hijo de Wilhuff, en caso de que tuviera uno.

El resto de la temporada seca permanecieron en el altiplano, y partieron sólo cuando llegaron las lluvias a esa parte de Eriadu.

Wilhuff era una persona diferente cuando el speeder los descendió de la meseta y los llevó de regreso a la civilización. Jova no tenía necesidad de darle una lección sobre lo que la tecnología había permitido lograr a sus ancestros en las pocas ciudades del planeta, ya que era evidente en todas partes a donde Wilhuff miraba.

Pero Jova tenía algo que añadir.

—Triunfar sobre la naturaleza significa una mejor vida para todos los seres inteligentes, pero el predominio sólo se sostiene dando orden al caos y estableciendo leyes donde no existen. En Eriadu, la meta siempre fue librar al planeta de cualquier criatura que no hubiera llegado a temernos, para que pudiéramos regir de forma suprema. Arriba del pozo, fuera del cinturón de Eriadu, la meta es la misma, pero con depredadores de diferente calibre. Cuando tengas edad suficiente para que te lleven ahí, te vas a enfrentar con presas que son tan rápidas de pensamiento, están tan bien armadas y tienen tanta determinación de tener éxito como tú. Y, a no ser que hayas tomado en serio las lecciones del Carrion, sólo las estrellas mismas serán testigo de tu fría muerte por ahogo y permanecerán impasibles.

De regreso a la comodidad de su alcoba, Wilhuff luchaba contra todo lo que le habían hecho pasar; las experiencias en el altiplano se infiltraban en sus sueños como visiones vívidas y terrores nocturnos, pero sólo por un corto tiempo. Poco a poco, las experiencias comenzaron a moldearlo y se convirtieron en el fundamento de su verdadera educación. En los siguientes cinco veranos se le encontraría en el Carrion y, durante cada temporada, su educación se ampliaría hasta el día en que tuviera que superar su prueba final en el *Spike*.

Pero esa era una historia completamente aparte.

5

DEPREDADORES

TARKIN ESPERÓ HASTA que el *Carrion Spike* estuviera en el hiperespacio para anunciar una inspección espontánea de los oficiales y reclutas enlistados que lo acompañaban a Coruscant. En la austera cabina principal de la nave estelar, amueblada sólo con una mesa redonda de conferencias y media docena de sillas, dieciocho miembros de su tripulación estaban elegantemente parados en dos filas, con los brazos en los costados, hombros rectos y mentón en alto. Cada uno vestía un uniforme similar al suyo, aunque las túnicas eran un poco más largas y los pantalones más delgados y más raídos que aquellos que el confeccionador le había producido. Los oficiales llevaban gorras con visera adornadas con discos idénticos y exponían cilindros de código en los bolsillos apropiados.

Con las manos detrás de la espalda y luciendo como un hombre distinguido en su traje nuevo, Tarkin había llegado hasta el último tripulante de la segunda la (un alférez de fragata); se detuvo a mirar abajo, hacia el empuje de la bota izquierda del oficial subalterno, donde una mancha de lo que parecía grasa o alguna otra sustancia viscosa había dejado una gran marca circular.

—Alférez, ¿qué es eso? —preguntó, señalando.

El joven bajó los ojos para observar en dirección del dedo índice de Tarkin.

—¿Eso, señor? Debí haber derramado algo de producto para el cabello que me apliqué al arreglarme para la inspección. —Su mirada era vacilante cuando levantó la vista hacia Tarkin—. ¿Me permite limpiarla, señor?

—No —dijo Tarkin—. Para empezar, obviamente es una marca, alférez, no una mancha que se pueda tallar fácilmente. —Hizo una pausa para examinar al alférez de pies a cabeza—. Quítese la gorra. El cabello del joven tenía la longitud reglamentaria y ciertamente tenía la apariencia rígida que el gel podría haber dado.

—¿Estás intentando doblegarlo?

El alférez de fragata estaba tieso y tenía la mirada hacia el frente.

—Exactamente, señor. Puede ser rebelde.

—Sin duda, pero esa marca en tu bota no es de un producto para el cabello.

—¿Señor?

—Por la forma en que se coaguló, uno puede darse cuenta de que es un lubricante..., el tipo de lubricante que se usa casi exclusivamente en el generador de repulsión de nuestros speeders terrestres T-44. —Los ojos de Tarkin se entornaron mientras se

enfocaba en la marca—. También veo que el lubricante está impregnado con gravilla, la cual, sospecho, vino del exterior del domo auxiliar de Centinela; estoy casi seguro de que proviene de donde la bahía de aterrizaje está en proceso de reparación.

El joven tragó saliva.

—No sé qué decir, señor, pude haber jurado...

—Uno de nuestros speeders terrestres fue enviado recientemente a la bahía de reparación de nuestro parque vehicular, después de haberse ensuciado con polvo de construcción —dijo Tarkin, como si hablara para sí mismo—. Hay áreas de la bahía que no son completamente accesibles a nuestras holocámaras de seguridad. Sin embargo, a menudo recorro el parque vehicular para revisar las reparaciones, y recientemente me he topado con sobres del tipo que se han puesto de moda para el almacenamiento de una clase particular de especia estimulante. —Su mirada perforaba el rostro del joven—. Está sudando, alférez. ¿Está seguro de que es apto para el servicio?

—El hiperespacio me provoca algo de náusea, señor.

—Tal vez. Pero las náuseas no explican el hecho de que el pulgar y el índice de su mano derecha llevan marcas color amarillo ocre, lo que suelen ser el resultado de pellizcar pizcas de especia que no ha sido procesada suficientemente. También observo que su colmillo izquierdo muestra algo que parece una cavidad naciente, como la que podría ser causada por ingerir la especia. Por último, su expediente indica que últimamente se ha reportado tarde al servicio y que, cuando lo hace, no presta atención.

—Tarkin hizo una pausa breve—. ¿Se me ha olvidado algo?

La vergüenza moteaba el rostro del alférez de fragata.

—¿Nada que decir a su favor, alférez? —continuó.

—Nada en este momento, señor.

—Me lo imaginaba.

Tarkin se volvió hacia una oficial que estaba parada en el extremo opuesto de la fila.

—Suboficial, el alférez Baz queda relevado de sus obligaciones. Asegúrese de que lo escolten al compartimento de tripulación y lo confinen a su habitación por el resto del viaje. Decidiré su suerte una vez que lleguemos a Coruscant.

La suboficial de marina hizo un saludo a manera de afirmación.

—Sí, señor.

—También, avise al comandante Cassel que el parque vehicular se ha convertido en un lugar de encuentro para consumidores de especia. Dígale que lleve a cabo, de improviso, una inspección a las barracas y a los casilleros del personal. Espero que confisque todos los embriagantes y demás sustancias ilícitas.

—Señor —dijo ella.

—Retírense.

El resto de la tripulación se dispersó con premura, y Tarkin resopló con irritación. La conversación con Mas Amedda lo había dejado tenso y frustrado; ahora se estaba desquitando con la tripulación. Entendía y apoyaba por completo la noción de una cadena de mando, pero lamentaba que el politiquero inter riera con sus obligaciones. Confiaba en

que Cassel se hiciera responsable de Centinela en su ausencia, pero no le hacía gracia que lo convocaran en un momento tan crítico, mucho menos sin una explicación completa. Si el motivo de la visita era discutir el reciente ataque, entonces tal vez debió retrasar la presentación del informe. Si no era sobre el ataque, ¿qué asunto podría ser tan vital que no pudiese esperar hasta que los cargamentos esperados fueran escoltados de manera segura hasta Geonosis?

Sin embargo, lo hecho, hecho estaba. Tenía la determinación de presentar la mejor cara al Emperador.

Se retiró del compartimento principal y caminó por dos escotillas hacia la cabina de mando de la nave, la que él había diseñado para ser más espaciosa que las habituales en naves similares, ya que era aquí donde pasaba la mayor parte de su tiempo en el espacio. Se relajó enseguida y, aliviado, exhaló lentamente. Si estaba exasperado por las demandas de Coruscant, al menos debía encontrar algo de consuelo en la nave.

Con poco menos de ciento cincuenta metros de largo, la corbeta encajaba perfectamente entre los viejos cruceros judiciales y las fragatas de nueva generación de la Corporación Corelliana de Ingeniería. El *Carrion Spike* estaba fuertemente armado con turboláseres, cañones de iones y tubos de torpedos de protones; además, incluía un hiperimpulsor Clase Uno que la convertía en la nave más rápida de la Armada Imperial. El Sistema de Flotas Sienar la había diseñado especialmente para él, cumpliendo muchas de sus especificaciones personales. Esta nave de forma triangular era la única que contaba con una tecnología de camuflaje basada en un prototipo de corbeta que fue utilizada por primera vez durante las Guerras de los Clones en la Batalla de Christophsis, para combatir el bloqueo del planeta por parte del almirante separatista Trench. El sistema de camuflaje, energizado por raros cristales de estigio, hacía que la nave fuera prácticamente invisible para sensores ordinarios.

Al oírlo entrar, el capitán, un hombre esbelto de tez oscura que había servido bajo el mando de Tarkin durante la guerra, se dio vuelta en la silla de aceleración.

—Señor, ¿desea asumir los controles?

Tarkin asintió con la cabeza y lo reemplazó en la silla de mando, pasando las manos sobre los instrumentos mientras se acomodaba. Los matices subbluz de la turbina de iones, el set de contraataque y la navicomputadora también eran tecnología de punta. Esta última le permitía hacer el salto de la Base Centinela a Coruscant sin salir del hiperespacio para recuperar datos de planificación de ruta en las estaciones repetidoras o en faros primitivos de hiperonda.

Mientras contemplaba el remolino nebuloso del hiperespacio, decidió que sí le sosegaba tener semejante nave. En muchos aspectos, el *Carrion Spike* era una muestra de qué tan lejos había llegado y de dónde se encontraba ahora en la hegemonía imperial.

¡Y qué no hubiera dado Eriadu por semejante nave en las décadas anteriores a las Guerras de los Clones! En ese momento los problemas del sector eran piratas atraídos por el deseo de enriquecerse rápidamente, contrabandistas contratados por los competidores de Eriadu en el comercio de lommite, o facciones de la resistencia que protestaban por las prácticas injustas de los conglomerados de transporte que operaban con impunidad en las zonas de libre comercio. Con el tiempo, Eriadu triunfaría gracias a las defensas que tenía a su disposición, pero una nave como el *Carrion Spike* podría haber concedido al Seswenna la ventaja que necesitaba para derrotar a sus enemigos con mayor eficiencia y cerrar con broche de oro.

En la ausencia de las Fuerzas Armadas de la República y como castigo por negarse a proveer acuerdos beneficiosos a los Planetas del Núcleo, a los judiciales (agentes de la ley de la República que no eran jedi) a menudo se les impedía intervenir en disputas. Siendo así, al Seswenna no le quedaba otra opción más que crear sus propias fuerzas armadas: un grupo poco unido que llegó a ser conocido como Fuerza de Seguridad de las Regiones Exteriores. Para responder a los piratas y contrabandistas, el sector tenía que arreglárselas con naves de segunda construidas en Eriadu o en Sluis Van, y con cañones láser y de iones comprados a comerciantes de armas que, durante un siglo, habían ignorado la prohibición de la República de vender armamento a planetas miembro.

A casi seis meses estándar de haber pasado su prueba máxima en el Altiplano Carrion, a los dieciséis años Wilhuff fue enviado a las alturas para comenzar su entrenamiento en combate espacial. Su educación era supervisada por un elenco completamente nuevo de personajes, algunos de ellos de la familia Tarkin, pero otros de planetas tan distantes como Bothawui y Ryloth. Jova no apreciaba ni toleraba el espacio, así que a veces se sedaba con medicinas contra las náuseas para acompañar a su sobrino nieto, no tanto para ofrecer instrucciones prácticas en navegación, maniobras de combate o entrenamiento en armas, sino para asegurarse de que Wilhuff aplicara lo que había aprendido en el altiplano.

—Más de cincuenta miembros de la familia Tarkin perdieron sus vidas a manos de merodeadores —le dijo su tío—. Y la cantidad de eriaduanos asesinados es innumerable.

Para que entendiera, su primera parada fue un planeta colonizado por Eriadu que recientemente había sufrido un ataque de piratas. Wilhuff había tenido el tiempo suficiente para acostumbrarse a la vista, el olor y el sabor de la sangre, pero nunca había visto tanta sangre humana derramada en un solo lugar. La colonia minera había sido atacada sorpresivamente, luego fue saqueada y quemada hasta los cimientos. A los colonos que no habían muerto por heridas láser o quemados en los incendios, los mataron sin misericordia para luego dejarlos a merced de los carroñeros y los insectos. Para Wilhuff era evidente que muchos fueron torturados. Cientos de colonos habían sido secuestrados y tal vez vendidos como esclavos.

Wilhuff estaba asqueado, física y espiritualmente, de una manera que nunca había experimentado en el Carrion, y el asco que sentía dio lugar a la desesperanza y la sed de venganza.

—Así son las cosas entre los seres sin ley —dijo Jova mientras se movían apesadumbrados entre la destrucción, no tanto para apaciguar la furia de Wilhuff sino para anclar la masacre en un contexto moral—. Los piratas, los contrabandistas o activistas, no son diferentes a las alimañas y depredadores con los que tratamos en el Carrion. Hay que educarlos y familiarizarlos con nuestra noción de ley y orden. Así que los tienes que tratar igual que a las criaturas que cazábamos o forzábamos a sumisión, atacando rápido y con un compromiso total. Utiliza campos de asteroides, nebulosas, destellos estelares, lo que encuentres para intensificar el caos. Desestabilízalos con maniobras inesperadas y haz que tus cazas estelares funcionen como las vibrolanzas en las manos de nuestros rodianos. Establece la supremacía como te enseñamos, concentrando toda la fuerza bajo tu mando en un punto, martillando como si tuvieras un vibrocuchillo, perforando la armadura como si fueran escamas o cartílago o hueso; no muestres clemencia. Mantente con tu presa hasta que encuentres el punto débil que la lleve a la muerte. Luego, intimida a los demás destripándola; arráncale el hígado y devóralo.

Como se esperaba de él, Wilhuff tomó las instrucciones de su tío en serio, y demostró en el espacio el mismo temple que había mostrado en el Carrion.

El incidente que más llamaría la atención en las academias a las que luego asistiría fue uno que involucraba los transportes de mena de Eriadu y a un grupo pirata del sector Senex, conocido como Merodeadores de Q'anah. Préstamos financieros de fuera del planeta le habían permitido al área metropolitana del Seswenna crear la Fuerza de Seguridad Regional Exterior, pero la milicia tenía muy pocas naves para proteger todos los cargamentos de lommite que viajaban entre Eriadu y el Núcleo. Sacando lo máximo de la escasez, varios grupos piratas habían forjado una alianza, de acuerdo con la cual algunos vigilarían o atacarían las naves de guerra de la FSRE, mientras otros asediaban los convoyes sin protección.

La líder titular de la alianza era una mujer humana conocida sólo como Q'anah, cuyas audaces incursiones a lo largo del sector Senex la habían convertido en una especie de heroína del pueblo. Nativa de un planeta del Núcleo, Brentaal IV, era la única hija de un exguardaespalda de la Casa Cormond, quien había aceptado la oferta lucrativa de dejar el Núcleo para supervisar la seguridad en la Casa Elegin en el planeta Asmeru. Entrenada en combate por su padre y ansiosa de aventura, Q'anah se convirtió en la amante del hijo más joven de la nobleza, quien llevaba una vida secreta como pirata y a cuyo grupo, con el tiempo, se unió. Luchando junto a los miembros de la tripulación de su amante, Q'anah vivió una vida extravagante e indecente, hasta que el joven Elegin fue capturado, sentenciado a muerte y ejecutado en Karfeddion. Después de dar a luz a los trillizos de Elegin, Q'anah se dedicó a vengar la muerte de su amante, dirigiendo sus ataques a naves y asentamientos esparcidos a lo largo de los sectores Senex y Juvex.

Cuando se convirtió en una molestia para Eriadu, ya era la protagonista de impresionantes cuentos de holored y rumores escandalosos; había sobrevivido colisiones de naves espaciales y accidentes en cazas estelares, heridas de disparo bláster y de

vibrocuchillo, así como un sinfín de peleas y duelos personales. Se decía que era tan rápida para sacar un arma como un pistolero de circo, y tan talentosa en la pista de baile como una twi'lek de articulaciones dobles. Q'anah se había arrancado a mordidas su propia mano infectada mientras esperaba que la rescataran de una luna aislada; se sabía que tenía brazos, y al menos un pie, artificiales, aparte de un implante ocular. La habían capturado dos veces y sentenciado a largas penas en prisiones de máxima seguridad; ella había escapado de cada una gracias a osados rescates montados por sus soldados, quienes prácticamente la veneraban. Sólo su vínculo con la Casa Elegin la había salvado de ser ejecutada. Pero, después de un encuentro con las fuerzas judiciales durante el cual destruyó seis naves, también la República puso un alto precio a su cabeza. Por esta recompensa llegó al área metropolitana del Seswenna, un sector que rara vez era patrullado por judiciales, a pesar de los repetidos ruegos de Eriadu y de otros planetas acosados.

Los convoyes de lommite solían constar de hasta una veintena de portacontenedores sin piloto a bordo de una nave guía, cuya tripulación a veces era resguardada por otra nave armada. Cada contenedor podía saltar al hiperespacio, pero, en aquellos tiempos, antes de la era de las navicomputadoras asequibles y confiables, los convoyes tenían que navegar con ayuda de boyas hiperespaciales localizadas a lo largo de la ruta. Y la experiencia les había enseñado que saltar en la india era más seguro que entrar al hiperespacio en grupos, aun cuando la maniobra dejara a los contenedores vulnerables a algún ataque en su reversión al espacio real.

Con cargamentos valiosos, las naves capitales de Regiones Exteriores navegaban en manadas, pero muchas veces los convoyes ordinarios eran blanco de la flotilla letal de fragatas y corbetas de Q'ahan. Mientras las naves más veloces atacaban la nave guía, el resto lanzaba grupos de abordaje hacia algunos de los contenedores, separándolos así del grupo. Una vez que los circuitos esclavos de los cargueros de mena quedaban inhabilitados, las naves en forma de caja eran encadenadas a una fragata pirata y saltaban en la india al hiperespacio. Para cuando Regiones Exteriores podía responder al llamado de emergencia, la tripulación de Q'anah ya estaba vendiendo la mena robada en el mercado negro o entregándola a las compañías que la habían contratado para llevar a cabo las incursiones.

Los convoyes eran un blanco cada vez más fácil, y Minería de Eriadu se dio cuenta de que salía más barato entregar los contenedores que correr el riesgo de que destruyeran sus costosas naves guía o de retaguardia en combates defensivos. La compañía intentó engañar a los piratas colocando portacontenedores vacíos entre los llenos, pero las naves señuelo sólo hicieron que aumentara el número de asaltos. La compañía también intentó ocultar dispositivos explosivos e incluso, en algunas ocasiones, equipos de espacianos armados en algunos de los contenedores. Sin embargo, ni una sola vez los saqueadores de Q'anah mordieron el anzuelo; con el tiempo, la estrategia de incluir contenedores señuelo y soldados armados también fue considerada demasiado costosa. Intentaron anticipar a

cuáles contenedores se dirigirían los piratas, pero, al final, los analistas de combate de Minería de Eriadu supieron que Q'anah escogía los contenedores de forma aleatoria.

Apenas empezaba Wilhuff a lucirse como teniente en el comando antipiratería de Regiones Exteriores, se negó a aceptar este análisis desalentador y se sumergió en un estudio detallado de las incursiones en las que había participado Q'anah, tanto las que habían triunfado como las que habían fracasado, con la esperanza de descifrar su método para elegir contenedores. Sus ataques no eran para nada como las cacerías de las que había sido testigo en el Altiplano Carrion, donde depredadores solitarios o manadas seleccionaban a los rezagados, los jóvenes o los más débiles de una manada de animales; de hecho, a veces parecía que sus elecciones no tenían ni pies ni cabeza. Sin embargo, Wilhuff seguía convencido de que existía un patrón, incluso si Q'anah misma no era consciente de haber creado uno.

La estrategia que finalmente se reveló era tan engañosamente simple que estaba sorprendido de que nadie lo hubiera descifrado. «Q'anah» resultó no ser el nombre original de la pirata, sino más bien uno que ella había adoptado después de que su padre trasladó a la familia a Asmeru. En el idioma antiguo de ese planeta montañoso, la palabra hacía referencia a un festival inmemorial que siempre caía en el mismo día del complejo calendario del planeta: el día 234 del mes dieciséis del año. Q'anah había asignado una letra de su nombre a cada uno de los cinco números y utilizaba esa secuencia como su base para escoger objetivos. De ese modo, en su ataque inicial a un convoy de Minería de Eriadu, había escogido el segundo portacontenedor, contando hacia atrás desde la nave guía; luego, el tercero desde esta; después el cuarto, y así sucesivamente hasta que lograba tomar cinco contenedores. En ataques subsiguientes, la secuencia podía comenzar sustituyendo el último contenedor escogido por la nave guía. A veces invertía la secuencia o se movía hacia delante en la línea, en lugar de hacia atrás. Alguna vez, un patrón comenzaba en un convoy, pero no concluía sino hasta el convoy siguiente o incluso hasta el que le seguía a ese. Sin embargo, la secuencia numérica en sí misma nunca cambiaba. En resumen, Q'anah estaba deletreando su nombre una y otra vez, como para dejar su marca en cada convoy que atacaba.

Una vez que Wilhuff captó el patrón y persuadió a los comandantes de Regiones Exteriores de que sus meses de obsesión no lo habían llevado a la locura absoluta, Minería de Eriadu accedió a sacrificar varios portacontenedores como una manera de comprobar la teoría. Animados por los resultados, la compañía instó a Regiones Exteriores a llenar de soldados los convoyes previstos como blancos, pero el primo paterno de Wilhuff, Ranulph Tarkin, propuso un método alternativo de venganza: ocultó un virus de computadora en los motivadores del hiperimpulsor del contenedor. Uno de los comandantes más respetados de Regiones Exteriores, el Comandante Ranulph, quien se parecía tanto al padre de Wilhuff que podría haber pasado por su gemelo, había formulado la estrategia años antes, pero Minería de Eriadu se había negado, basado en el costo de tener que equipar incontables contenedores con las computadoras infectadas. Sin embargo, con la pista de cuáles contenedores atacaría Q'anah, la compañía accedió a

financiar la medida, a pesar de que la estrategia conllevaba despachar sólo un convoy a la vez, a menudo causando pérdidas por su sola operación.

Por si fuera poco, de repente cesaron los ataques. Era casi como si los piratas se hubieran enterado del ardid. Con la creciente presión de los compradores del Núcleo por más embarques y el desperdicio de fondos en los intentos de descubrir espías internos, Minería de Eriadu estaba al borde de la ruina financiera cuando los merodeadores por fin atacaron y precisamente a los contenedores que Wilhuff había predicho. Apenas los piratas habían encadenado los contenedores a su fragata, el virus se escurrió a la navicomputadora de la nave y anuló las coordenadas de salto solicitadas, entregando la fragata a un destino en el espacio real donde la estaban esperando las naves de guerra de Regiones Exteriores. Una vez que la fragata fue neutralizada y abordada, y Q'anah y su tripulación reunida y esposada, Ranulph, como todo caballero, insistió en presentar a la reina pirata ante su captor de dieciocho años.

Su expresión despectiva ridiculizó la sola idea de ello.

—Apenas si tiene un pelo en la barbilla, pero suficiente suerte como para ser un jugador profesional de sabacc.

—Fue tu vanidad la que terminó siendo un loable sustituto de la suerte —le dijo Wilhuff—, tu necesidad de dejar tu firma por todas partes, en los convoyes de Eriadu.

Su ojo verdadero se abrió por completo, mientras arqueaba una sonrisa con la que le decía al chico que comprendía lo que había logrado, pero después esbozó una mueca de mala gana, con un resoplido de desdén.

—No existe prisión que pueda contenerme, muchacho..., incluso en Eriadu.

Wilhuff ofreció la sonrisa ladina que luego se convertiría en una especie de marca distintiva en él.

—Estás confundiendo Eriadu con planetas que tienen casas nobles y juicios con jurado, Q'anah.

Ella examinó su rostro juvenil.

—Así que es ejecución al momento.

—Nada tan directo.

Ella continuó evaluándolo abiertamente y de forma desafiante.

—Prácticamente ya no hay una parte de mí que no haya sido reemplazada, muchacho. Pero, créeme, no soy la última de mi clase; tus convoyes continuarán sufriendo.

Él concedió un gesto de asentimiento.

—Sólo si no conseguimos desalentar a tus seguidores.

Regiones Exteriores trasladó a Q'anah y a su tripulación a uno de los contenedores robados, cuyos motores subluz habían sido programados para enviar a la nave hacia el sol del sistema, lenta pero de forma inexorable. La desafortunada situación de los prisioneros se transmitió por la red de comunicación de los mismos piratas; varios del séquito de Q'anah lograron calcular el punto de origen de la transmisión y se apresuraron a su rescate. Sus naves fueron destruidas por las fuerzas de Regiones Exteriores.

Los demás fueron lo suficientemente sensatos como para ocultarse.

Wilhuff pidió que las transmisiones de audio y video del portacontenedor se mantuvieran activadas hasta el último momento, para que las fuerzas de Regiones Exteriores y cualquier otro que pudiera estar escuchando saboreara o lamentara los gritos de agonía de los piratas, a medida que eran rostizados lentamente hasta la muerte. Al final, incluso la infame Q'anah sucumbió a la tortura y gritó abiertamente.

—Tu deber es enseñarles el significado de la ley y el orden —insistía Jova a su sobrino—. Luego, castigarlos para que recuerden la lección. Al final, habrás logrado que te teman de una forma tan profunda que el puro miedo los tendrá como cobardes a tus pies.

6

CENTRO IMPERIAL

EL CONTROL DE tránsito aéreo del lado luminoso de Coruscant dirigió al *Carrion Spike* hacia el Palacio Imperial, y de ahí hacia una pista de aterrizaje en un patio que era lo suficientemente grande como para alojar destructores estelares de clase Victory y Venator. Mientras los repulsores dirigían suavemente la nave a través de la ocupada autopista aérea, Tarkin se dio cuenta de que la actual residencia del Emperador antes había sido el cuartel general de los jedi. Sin embargo, todo lo que quedaba del elegante templo de la orden era prácticamente los cinco pináculos altos que ahora remataban una amalgama en expansión de edificios toscos con fachadas inclinadas.

En el borde de la pista de aterrizaje estaba Mas Amedda, escoltado por guardias imperiales de túnicas rojas armados con picas de fuerza; iba vestido con túnica de hombrera voluminosa y sostenía un báculo más alto que él, cuya parte superior iba ornamentada con una lustrosa figura de forma humana.

—Qué gesto tan benévolo de su parte haber hecho tiempo para nosotros, gobernador —dijo el chagriano mientras Tarkin se aproximaba desde la rampa de abordaje de la corbeta.

Tarkin le siguió el juego.

—Y el suyo, por recibirme personalmente, visir.

—Todos ponemos de nuestra parte por el Imperio.

Con vueltas precisas, Amedda y los guardias con yelmo lo guiaron hacia el palacio a través de elaboradas puertas. Tarkin ya conocía el interior, pero los amplios y elevados corredores que había recorrido años antes tenían en aquel entonces una solemnidad extraña; ahora pululaban ciudadanos y funcionarios de muchas especies, y los muros y pedestales carecían de lienzos o esculturas.

Tarkin se sentía, curiosamente, fuera de lugar; quizá por el incremento de gravedad, el ritmo, las multitudes o la combinación de todas esas cosas. Durante tres años, los únicos no humanos y casi humanos que había visto o con los que había tenido contacto directo fueron los esclavos u obreros contratados en las bases periféricas o en la zona de obra de la estación de combate. Había escuchado que uno no necesitaba ausentarse de Coruscant por años para sorprenderse por los cambios, ya que cada día se veían edificios erigirse, demolerse o incorporarse a monstruosidades aún más grandes y altas; o simplemente se veían despojarse de la ornamentación de la era de la República y renovarse con una estética más sobria. Las líneas curvas cedían a la rigidez de los

ángulos, la sofisticación a la declaración. La moda había cambiado de manera similar: había pocos fuera de la corte imperial que usaran capotes, tocas o túnicas llamativas. Sin embargo, según la mayoría, los coruscanti estaban satisfechos, en especial aquellos que vivían y trabajaban en los niveles altos del insondable paisaje urbano; conformes no por otra razón que por dejar atrás la brutal guerra.

Los años más despreocupados de Tarkin habían transcurrido en Coruscant y los Planetas del Núcleo vecinos, antes de ser elegido como gobernador de Eriadu con ayuda de algunos miembros de la familia y contactos influyentes. Tuvo un repentino deseo de escurrirse fuera del palacio y explorar el distrito policial por el que había deambulado cuando era un joven aventurero.

Pero tal vez era suficiente saber que la ley y el orden, que habían sido el sello distintivo de la República, triunfaron al fin sobre la corrupción y la indulgencia.

Alguien pronunció su nombre mientras él y Amedda avanzaban a lo largo de una pasarela columnada; Tarkin volteó e identificó el rostro de un hombre que había conocido durante sus años en la academia.

—Nils Tenant —dijo, con genuina sorpresa, mientras se alejaba de la comitiva del chagriano para estrechar la mano extendida de Tenant. Él era de tez blanca, nariz prominente y boca con labios gruesos caídos, y en la túnica de su uniforme mostraba la placa insignia de rango de contralmirante; Tenant había comandado un destructor estelar durante las Guerras de los Clones.

—Qué alegría verte, Wilhuff —dijo Tenant, apretando la mano de Tarkin—. Vine en cuanto supe que venías.

Tarkin frunció el ceño.

—Y yo pensé que mi arribo sería un secreto bien cuidado.

Tenant suspiró, un poco divertido.

—Sólo algunos secretos son bien cuidados en Coruscant.

Evidentemente molesto por el retraso, Mas Amedda golpeó la base de su báculo contra el suelo pulido y esperó hasta que los dos se unieron a la comitiva antes de avanzar más adentro del palacio.

—¿Ese es el nuevo uniforme? —preguntó Tenant, mientras caminaban.

Tarkin jaló la manga de la túnica del contralmirante y preguntó a su vez:

—¿Qué, esta cosa vieja? —Y antes de que Tenant pudiera responder, agregó—: Y bien, ¿quién dejó que se supiera que venía?

¿Fue Yularen? ¿Tagge? ¿Motti?

Tenant era desdeñoso.

—Ya sabes, uno oye cosas. —Se movía con lentitud a propósito—. ¿Has estado en las Extensiones Occidentales, Wilhuff?

Tarkin asintió con la cabeza.

—Sigo cazando a los antiguos amigos del general Grievous. ¿Y tú?

—Pacificación —dijo Tenant de forma distraída—. Me regresaron para asistir a una junta de jefes. —Entonces sujetó abruptamente el brazo de Tarkin, deteniéndolo y

alentándolo a que se quedara atrás de Amedda y de los guardias. Cuando parecían estar lejos del oído de Amedda, Tenant dijo—: Wilhuff, ¿son ciertos los rumores?

Tarkin puso una mirada interrogativa.

—¿Qué rumores? ¿Y por qué estamos susurrando?

Tenant miró alrededor antes de responder.

—Sobre la estación de combate móvil. Un arma que...

Tarkin lo detuvo antes de que pudiera decir más y echó un vistazo hacia Amedda con la esperanza de que estuvieran, en realidad, fuera del alcance del chagrano.

—Este no es el lugar para conversaciones de ese tipo —dijo con firmeza.

Tenant parecía escarmentado.

—Por supuesto. Es sólo que uno oye tantos rumores... Ciertas personas están aquí un día y al siguiente se ausentan. Nadie ha visto al Emperador en meses. Amedda, Dangor y el resto del Consejo Regente han estado despachando procesiones de limusinas sólo para mantener la ilusión de que el Emperador se mueve entre el público. —Guardó silencio brevemente—. ¿Te enteraste de que comisionaron una estatua enorme del Emperador para la plaza del Sena... digo, para la plaza imperial? Hasta ahora, sin embargo, la cosa parece más aterradora que majestuosa.

Tarkin levantó la ceja.

—¿No es esa la idea, Nils?

Tenant asintió con la cabeza de forma distraída.

—Tienes razón, claro está. —Otra vez observó las columnas cercanas con recelo—. El rumor es que tienes cita para verlo.

Tarkin encogió los hombros de forma evasiva.

—Si eso lo complace.

Tenant apretó los labios.

—Recomiéndame, Wilhuff..., por los viejos tiempos. Se aproxima un gran cambio; todo el mundo lo presiente, y yo quiero regresar a la acción.

Esto le pareció a Tarkin una petición extraña, incluso un tanto atrevida. Pero, después de pensarlo, podía entender el hecho de querer caerle bien al Emperador, como él, que ciertamente estaba muy agradecido de estar allí.

Palmeó a su compañero oficial en el hombro.

—Si se presenta la ocasión, Nils.

Tenant sonrió ligeramente.

—Eres un buen hombre, Wilhuff —dijo, quedándose atrás y desapareciendo al tiempo que Tarkin se apresuraba para alcanzar a Amedda y a la comitiva, que ya doblaba la esquina del pasillo.

Tarkin atrajo mucho la atención mientras el grupo subía una escalera ancha que desembocaba en un gran atrio. Figuras con todo tipo de galones y estaciones (oficiales,

consejeros, soldados) se detuvieron en seco, incluso cuando intentaban no ser muy obvios al quedarse mirándolo. Subyugador de piratas; exgobernador de Eriadu; graduado de Prefsbelt; oficial de la armada durante las Guerras de los Clones, condecorado en la Batalla de Kamino y ascendido al rango de almirante después de su escape temerario de la prisión Ciudadela; asistente general para el final de la guerra y nombrado por el Emperador como uno de los veinte moffs imperiales... Después de años de ausencia de la capital imperial, ¿estaba Tarkin aquí para que lo perdonaran, recompensaran o castigaran con otra misión que lo enviara a perseguir reincidentes separatistas en las Extensiones Occidentales, el Sector Corporativo o la Hegemonía Tion?

A veces se preguntaba a dónde lo habría llevado la fortuna si no hubiera entrado al sistema académico después de sus años con Regiones Exteriores, cuando moverse a instrucción civil parecía la mejor estrategia para darse a conocer en una galaxia más amplia.

Quizá todavía estaría persiguiendo piratas o mercenarios del Borde Exterior o estaría esclavizado a un escritorio en alguna ciudad capital planetaria. Sin importar qué, era improbable que alguna vez hubiera cruzado caminos con el Emperador cuando aún lo conocían como Palpatine.

Se conocieron cuando Tarkin estaba en la Academia de Cosmonautas del Sector Sullust, o más bien cuando Palpatine lo buscó.

Tarkin acababa de regresar a la instalación orbital de la academia, después de largas horas de maniobras de nave estelar en un Instructor T-95 Incom, cuando alguien pronunció su nombre mientras atravesaba la cubierta de vuelo. Al voltear hacia la voz, se sorprendió de ver a un senador de la República caminando hacia él. Tarkin sabía que Palpatine era miembro del partido del canciller supremo Kalpana, partido que incluía a su administrador Finis Valorum y a varios otros senadores; todos ellos estaban en la estación, asistiendo a las ceremonias de arranque del año académico. La mayoría de los graduados serían colocados en la aviación comercial, armadas de sistema local o el Departamento de Justicia. Vestido con una elegante túnica azul, el político esteta pelirrojo esbozó una sonrisa de bienvenida y extendió una mano en señal de saludo.

—Cadete Tarkin, soy el Senador Palpatine.

—Sé quién es —dijo Tarkin, estrechando su mano—. Usted representa a Naboo en el Senado. Su planeta natal y el mío son prácticamente vecinos.

—Sí, es cierto.

—Quiero agradecerle personalmente por la posición que tomó en el Senado sobre el proyecto de ley que fomentará el patrullaje de las zonas de libre comercio.

Palpatine hizo un gesto de rechazo.

—Nuestra esperanza es traer estabilidad a los planetas del Borde Exterior. —Sus ojos se entornaron—. ¿Los jedi no han provisto ningún apoyo haciendo frente a los piratas que continúan plagando el Seswenna?

Tarkin negó con la cabeza.

—Han ignorado nuestras solicitudes de intervención. Aparentemente el Seswenna no está muy bien posicionado en su lista de prioridades.

Palpatine resolló.

—Bueno, quizá pueda ofrecer algo de ayuda con respecto a eso..., no con los jedi, claro está. Me refiero al trabajo de los judiciales.

—Eriadu estaría agradecido por cualquier ayuda. La estabilidad en el Seswenna podría tranquilizar las tensiones que hay a lo largo de la Vía Hydiana.

Las cejas de Palpatine se levantaron en feliz sorpresa.

—Un cadete que no sólo es un piloto habilidoso, sino que también tiene conocimiento político. ¿Qué posibilidades hay de eso?

—Yo podría preguntar lo mismo. ¿Qué posibilidades hay de que un senador de la República me reconozca al verme?

—De hecho, su nombre surgió en una discusión de un grupo de amigos, con ideas similares, en Coruscant.

—¿Mi nombre? —dijo Tarkin con incredulidad, mientras empezaban a caminar lentamente hacia la sala de pilotos.

—Siempre estamos en busca de aquellos que demuestren habilidades notables en ciencia, tecnología y otras áreas. —Palpatine dejó que sus palabras se desvanecieran. Luego agregó—: Dígame, Cadete Tarkin, ¿cuáles son sus planes después de graduarse de esta institución?

—Me quedan otros dos años de entrenamiento. Pero espero que me acepten en la Academia Judicial.

Palpatine hizo un gesto de rechazo con la mano.

—Fácil de conseguir. Resulta que soy amigo personal del rector de la academia. Con mucho gusto, lo recomiendo, si así lo desea.

—Sería un honor —logró decir Tarkin—. No sé qué decir, senador. Si hay cualquier cosa que pueda hacer...

—La hay. —Palpatine se detuvo abruptamente en la cubierta de vuelo y se volvió hacia Tarkin—. Quiero proponer un rumbo alternativo para usted. Político.

Tarkin reprimió la risa.

—No estoy seguro, senador...

—Sé lo que debe estar pensando. Pero la política fue una elección lo suficientemente noble para algunos de sus familiares. ¿O está usted hecho en un molde diferente? —Palpatine continuó antes de que Tarkin pudiera responder—. Hablándole con franqueza por un momento, cadete, mis amigos y yo lamentaríamos que estuviera desperdiciando sus talentos en el Departamento Judicial.

Con sus habilidades de pilotaje, estoy seguro de que sería un excelente miembro de nuestras fuerzas, aunque ya es mucho más que un mero piloto.

Tarkin sacudió la cabeza en desconcierto.

—No sabría siquiera por dónde comenzar.

—¿Y por qué habría de saberlo? Sin embargo, dado que la política es mi área de especialización... —La expresión relajada de Palpatine se tornó seria—. Entiendo lo que significa ser un joven de acción, y... el obvio temor que siente de que lo marginen por las circunstancias de su nacimiento. Aun aquí, imagino que ha sido condenado al ostracismo por la prole mimada de los influyentes. Esto tiene poco que ver con la riqueza, pues su familia podría comprar y vender a la mayoría de los mocosos que están aquí, y mucho que ver con la fortuna, que lo desfavoreció en el hecho de que no haya nacido más cerca del Núcleo. En consecuencia, se ve forzado a defenderse contra sus ruines prejuicios, respecto a que le hace falta sofisticación, cultura o un sentido de propiedad. —Se detuvo para permitir que se formara una sonrisa—. Estoy plenamente consciente que ha sido capaz de hacerse de renombre a pesar de esto. Con sólo eso, joven Tarkin, demuestra que usted no nació para ser un mero seguidor.

—Está hablando por experiencia personal —se arriesgó a decir Tarkin, después de un largo momento de silencio.

—Por supuesto que sí —le dijo Palpatine—. Nuestros planetas natales son diferentes en el sentido de que el mío no deseó ninguna participación en la política galáctica, mientras que el suyo ha buscado, por mucho tiempo, ser incluido. Pero yo supe desde el principio que la política me proporcionaría una ruta hacia el centro. Aun así, no llegué a Coruscant completamente por mi cuenta. Tuve la ayuda de un... maestro. Yo era más joven de lo que usted es ahora cuando esta persona me ayudó a darme cuenta de qué era lo que más quería en la vida, y me ayudó a conseguirlo.

—Usted... —comenzó Tarkin.

Palpatine asintió con la cabeza.

—Su familia es poderosa por derecho propio, pero sólo en el Seswenna. Las fuerzas de Regiones Exteriores pronto tendrán a la plaga de piratas a la fuga. Y ¿qué hará entonces? —Una vez más sus ojos se entornaron—. Hay luchas más importantes que pelear, cadete. Cuando se gradúe, ¿por qué no me visita en Coruscant? Seré su guía en el Distrito del Senado y, con algo de suerte, cambiaré su opinión respecto a la política como profesión. A diferencia de Coruscant, Eriadu no ha sido corrompido por la codicia y el maremágnum de voces contradictorias. Siempre ha sido un planeta de los Tarkin, y podría convertirse en un faro para otros planetas que buscan el reconocimiento de la comunidad galáctica. Usted podría ser quien haga eso realidad.

De hecho, Tarkin no entraría a la política durante muchos años, aunque sí aceptó la ayuda de Palpatine para que lo admitieran en la Academia Judicial. Ahí, precisamente como lo había predicho el senador de Naboo, sus compañeros cadetes lo veían inicialmente como una especie de salvaje noble: un ser de principios con energía y gran impulso, pero que tuvo el infortunio de venir de un planeta no civilizado.

En parte, el padre de Tarkin y el nivel más alto de las Fuerzas de Seguridad de las Regiones Exteriores tenían la culpa. Ansiosos por impresionar al Núcleo con el hecho de que estaban dispuestos a aportar a uno de sus mejores estrategias a la República, los líderes de Regiones Exteriores habían llevado a Tarkin personalmente a la academia, en una de sus mejores naves de guerra. El propio Tarkin, bajo su lustroso casco ornamentado por el símbolo del veermok con colmillos, se presentó vistiendo la indumentaria de gala de un comandante de Regiones Exteriores. Su llegada causó tanto revuelo que el capitán a cargo lo confundió con un dignatario invitado. Esto no tenía ninguna importancia en el Núcleo, aunque ciertamente era el caso en los planetas de todo el asediado sector Seswenna. De no ser por la influencia de Palpatine, el chico podría haber sido echado de la academia incluso antes de haberse inscrito como cadete de primer año.

Tarkin entendió que se había descuidado al no acatar las lecciones que aprendió en Sullust, y que había cometido un error táctico del peor tipo. Tanto en el Altiplano Carrion como en el espacio de Eriadu, él se había acostumbrado tanto a volar con audacia hacia la confrontación y a anunciarse con floritura y arrojo que no se había detenido a considerar la naturaleza formal de este nuevo campo de batalla. En lugar de sembrar la clase de caos que le había servido a sus propósitos tantas veces en la tierra y en el espacio profundo, sólo había logrado despertar el desprecio instantáneo de sus instructores y la burla de sus compañeros cadetes de primer año, quienes aprovechaban cada oportunidad para llamarlo «comandante» o para ofrecer saludos «solemnes» cuando y donde fuera posible.

Al principio, las burlas desdeñosas terminaron en peleas que solía ganar y, de ahí, en medidas disciplinarias y sanciones que lo sentenciaron a permanecer en el último lugar de la clase. Que un cadete de primer año pudiera ser expulsado de la Academia Judicial por defenderse era algo así como una revelación, y quizá debió verlo como el emblema de la postura que la República misma adoptaría en los subsiguientes años, cuando los separatistas habrían de retar su autoridad. No podía evitar responder fuego con fuego. Sin embargo, gradualmente comenzó a sufrir las burlas de sus compañeros sin recurrir a la retribución, aunque las sanciones se seguían acumulando debido a maldades y arrebatos impulsivos. Aun así, se negaba a perder el ánimo, eligiendo en lugar de eso esperar el momento y aguardar una oportunidad para mostrar a sus compañeros de qué estaba hecho exactamente.

Halcyon resultaría ser esa oportunidad. Se trataba de un planeta miembro de la República, localizado en la región de las colonias.

Halcyon estaba sufriendo una crisis propia. Un grupo despiadado de potenciales usurpadores, que reclamaban ruidosamente la aprobación del planeta para gestionar sus propios asuntos, había secuestrado a varios miembros de la directiva planetaria y los estaba usando como rehenes en un bastión remoto. Después del fracaso de todos los intentos de negociación, el Senado de la República otorgó permiso para que los jedi intervinieran y, de ser necesario, emplearan la «diplomacia del sable de luz» para resolver la crisis. Tarkin fue elegido para ser uno de los ochenta judiciales que el Senado ordenó para asistir y reforzar a los jedi.

Nunca antes había visto y, mucho menos, servido junto a un jedi. Se quedó fascinado desde el inicio. Su comprensión teórica de la Fuerza era tan buena como la de la mayoría de sus compañeros de la academia, pero él estaba menos interesado en aumentar su comprensión de la metafísica que en observar a los desapegados jedi en acción. ¿Qué tan aptos eran en táctica y estrategia? ¿Qué tan rápidos eran para blandir sus sables de luz cuando sus palabras llegaban a oídos sordos? ¿Qué tan lejos estaban dispuestos a llegar para mantener la autoridad de la República? Como un experto en el uso de la vibrolanza, Tarkin estaba cautivado por las habilidades de los jedi con el sable de luz. Al verlos entrenar durante el viaje hacia Halcyon, observó que cada uno tenía un estilo de pelea individual y que las técnicas de ataque o bloqueo parecían no estar relacionadas con el color de las hojas de energía.

En Halcyon, los jedi dividieron a los judiciales en cuatro equipos, asignando a uno de ellos para acompañarlos a la fortaleza y ubicando al resto en el otro extremo de la cresta de las montañas bajas para bloquear posibles vías de escape. Aunque Tarkin veía cierta lógica en el plan, no podía librarse por completo de la sospecha de que los jedi sólo querían deshacerse de la responsabilidad de agentes de la ley que claramente consideraban inferiores.

Lo que no habían tomado en cuenta los jedi era el hecho de que los usurpadores de Halcyon eran un grupo conocedor de tecnología que había tenido el tiempo suficiente de prepararse para un asalto en el bastión. Tan pronto como los equipos judiciales se ubicaron en las estribaciones del denso bosque, los satélites de posicionamiento global del planeta quedaron inhabilitados y la comunicación entre tierra y aire fue codificada. En poco tiempo, el equipo de Tarkin perdió contacto con los dos cruceros que los habían llevado a Halcyon, con sus comandantes jedi y con los otros equipos judiciales. La respuesta prudente hubiera sido agazaparse mientras los jedi se encargaban del asunto en la fortaleza y esperar la extracción. Pero el comandante del equipo, un hombre cabal con veinte años de servicio judicial cuyas habilidades marciales y de pilotaje le habían ganado el resacato de respeto de Tarkin, tenía otras ideas. Convencido de que los jedi también habían sido víctimas de una trampa, se le metió en la cabeza atravesar la cresta, atacar por tierra y abrir un segundo frente al llegar a la fortaleza. Esto le pareció a Tarkin mera arrogancia (igual a la que había visto en algunos jedi que llegó a conocer), pero también se percató de que el comandante probablemente no podía tolerar estar varado en una tierra salvaje sin caminos, con un grupo de aprendices en bruto.

Tarkin estuvo inmediatamente consciente del potencial desastre. El datapad del comandante contenía mapas regionales, pero Tarkin sabía, por amplia experiencia, que los mapas no eran el territorio y que los bosques de triple follaje eran lugares confusos de sortear. Al mismo tiempo, se percató de que finalmente la oportunidad de probar su valor no podía estar más hecha a la medida que si la hubiera diseñado él mismo. Las sesiones informativas de la misión lo habían familiarizado con la topografía local y estaba razonablemente seguro de que podía seguir su olfato hasta llegar al bastión. Pero decidió mantener eso en secreto.

El comandante los tuvo tropezando a través del denso bosque y los pantanos durante tres días de mal tiempo, con aludes de lodo y repentinas caídas de árboles; llegaron a dar vueltas en círculo y cada vez estaban más perdidos. Cuando al cuarto día se terminaron sus raciones de blíster y el cansancio comenzó a asentarse, desapareció todo rasgo de integridad en el equipo. Estos vástagos de familias pudientes del Núcleo, que daban poca importancia a viajar entre las estrellas, se habían olvidado o quizá nunca habían sabido lo que significaba estar o dormir bajo ellas, lejos de la luz artificial o del contacto con seres inteligentes, en una tierra salvaje aislada en un planeta remoto. Las intensas y frecuentes lluvias los desanimaban, los sonidos aparentemente hostiles pero inofensivos de bestias inadvertidas los perturbaban; oír el estruendo de insectos que pululaban por todas partes los hacía apiñarse en el confín de sus refugios. Comenzaron a temer a sus propias sombras, y Tarkin encontró su fuerza en la aflicción.

La oportunidad de mostrar exactamente de qué madera estaba hecho llegó en los guijarros de un río ancho y claro, de corriente rápida. Por algunas horas, de forma intermitente, el equipo se había estado moviendo de manera paralela al río. Tarkin había estado estudiando la corriente, haciendo observaciones de paralaje de los objetos en el fondo y observando las sombras proyectadas por los tímidos soles de Halcyon. Horas antes, en la parte baja de una cascada, habían pasado un tramo que habrían podido vadear sin problema, pero Tarkin guardó silencio. Ahora, mientras el comandante y algunos miembros del equipo discutían acerca de qué tan profunda podía estar el agua, Tarkin simplemente fue directo hacia la corriente y caminó arduamente a la mitad del río, donde las olas le tocaban los hombros. Entonces, llevando las manos alrededor de su boca, le gritó a su equipo:

—¡Está así de profundo!

Después de eso, el comandante lo mantuvo a su lado y, con el tiempo, le cedió el liderazgo. Navegando mediante el ascenso y descenso de los soles gemelos de Halcyon, y a veces bajo la frugal iluminación de las diminutas lunas del planeta, Tarkin los guio por una tortuosa ruta boscosa que los llevó a través de colinas y hacia un bosque más abierto, en el lado opuesto. A lo largo del camino les enseñó cómo usar sus blásteres para matar animales sin hacer agujeros en las partes más comestibles. Por diversión, derribó a un roedor grande con una lanza de madera hecha a mano y entretuvo al equipo, preparando y cocinando a la criatura sobre una hoguera de leña que había prendido con un pedernal. Acostumbró a sus compañeros cadetes a dormir en el suelo, bajo las estrellas, en medio de una mezcla de ruidos y canciones.

En una época en la que todavía faltaba una década para las Guerras de los Clones, quedó claro al comandante y a los compañeros que Wilhuff Tarkin sabía lo que era derramar sangre.

Cuando habían caminado por tres días más y Tarkin calculaba que estaban a menos de cinco kilómetros de la fortaleza de los usurpadores, dejó que el comandante los liderara. Los jedi estaban estupefactos. Acababan de poner fin a la insurrección (sin perder a ninguno de los rehenes eminentes), y se habían dado por vencidos, casi por

completo, respecto a encontrar vivo a cualquiera de los miembros del equipo judicial. Se habían despachado grupos de búsqueda, pero ninguno había logrado dar con el rastro del equipo. Aliviados de estar de regreso en su planeta, al principio los cadetes se negaron a revelar los detalles de su dura experiencia, pero a su debido tiempo las historias comenzaron a circular, y al final le dieron el crédito a Tarkin por haber salvado sus vidas.

A aquellos judiciales que sabían poco de la galaxia más allá del Núcleo, les sorprendió que un planeta como Eriadu pudiera producir no sólo bienes valiosos, sino también campeones naturales. Una camarilla de cadetes simpáticos se comenzó a formar alrededor de Tarkin, tanto para disfrutar del brillo reflejado por su repentina popularidad como para ser instruidos por él, o incluso para ser el blanco de sus chistes. Encontraron en él a alguien que podía ser tan duro con él mismo como con otros, incluso cuando esos otros resultaban ser superiores que eludían sus responsabilidades o tomaban lo que para él eran malas decisiones. Ya habían sido testigos de lo bien que podía pelear, escalar montañas, pilotear un obusera y triunfar en un campo deportivo, y, a medida que las crisis como la de Halcyon se hacían más comunes, se fueron dando cuenta de que también era bueno para las tácticas. Tarkin era un líder nato, una inspiración para que otros también vencieran sus miedos y superaran sus propias expectativas.

No todos sentían simpatía por él. Aunque para unos era meticuloso, de cabeza fría e intrépido, para otros era calculador, despiadado y fanático. Pero, sin importar a qué ala se suscribieran sus compañeros, las historias que surgieron alrededor de Tarkin en el ocaso del Departamento Judicial fueron legendarias, y al relatarse solamente aumentaban. Entonces, pocos conocían los detalles de su crianza inusual, pues sólo hablaba de ello cuando tenía algo importante que decir, pero no sentía la necesidad de presumir, ya que las historias que se esparcieron iban más allá de cualquier cosa que él pudiera haber confirmado o tramado. Que había vencido a un wookiee en un combate cuerpo a cuerpo; que había piloteado un caza estelar a través de un campo de asteroides sin consultar una sola vez sus instrumentos; que había defendido, por su cuenta, su planeta natal contra una reina pirata; que había hecho un viaje solo a través de las Regiones Desconocidas...

Su estrategia de volar con osadía hacia la adversidad era estudiada y enseñada, y durante las Guerras de los Clones se llegaría a conocer como la Carga Tarkin, cuando también se decía que sus oficiales y tripulación lo seguirían voluntariamente al infierno y más allá. Podría haber seguido siendo un judicial, si no hubiera sido por un cisma creciente que comenzó a carcomer el mandato del departamento (ancestral y antipartidista), de mantener a la galaxia libre de conflicto. De un lado estaban Tarkin y otros, comprometidos con hacer cumplir la ley y salvaguardar la República; del otro, un número creciente de disidentes que habían llegado a ver a la República como una enfermedad galáctica. Detestaban la venta de influencias, la complacencia del Senado y la proliferación de delincuencia corporativa. Veían a la Orden de Caballeros Jedi como anticuada e ineficaz, y anhelaban un sistema de gobierno más equitativo, o ninguno.

Mientras los enfrentamientos entre los intereses de la República y los separatistas incrementaban su frecuencia e intensidad, Tarkin se encontraba inconforme con muchos

judiciales a quienes antes había servido. La galaxia se estaba convirtiendo rápidamente en una arena para ideólogos e industrialistas que usaban a los judiciales para resolver disputas de comercio o para promover ocultas intenciones corporativas. El joven Tarkin temía que el sector Seswenna fuera arrastrado hacia la creciente ola de descontento y que nadie mantuviera a Eriadu y sus planetas hermanos fuera de la lucha que se avecinaba. Comenzó a pensar en su planeta natal como en una nave que necesitaba ser dirigida hacia aguas más tranquilas, y en sí mismo como en quien debía asumir el mando de ese peligroso viaje. Había llegado el momento de aceptar la invitación de Palpatine de unirse a él en Coruscant, para tomar su prometido curso intensivo de política galáctica.

Tarkin se sorprendió cuando, al entrar a uno de los turboascensores que daban acceso a la parte central de la quince de pináculos del palacio, Amedda ordenó que descendiera.

—Se esperaba que el Emperador viviera más cerca de la cima —dijo Tarkin.

—Así es —admitió el visir—. Pero no iremos directo con el Emperador. Primero nos encontraremos con Lord Vader.

7

MAESTROS DE LA GUERRA

VEINTE NIVELES ABAJO, en una sala no muy diferente de aquella en la que Tarkin había intentado armar un caso en contra de Ahsoka Tano, una aprendiz jedi, por asesinato y sedición durante las Guerras de los Clones, se encontraba la mano derecha del Emperador, Darth Vader. Gesticulaba con la mano derecha enguantada, mientras soltaba una arenga a una veintena de seres no humanos reunidos en un área reservada para los acusados.

—¿Era aquí donde la Orden Jedi daba audiencia? —preguntó Tarkin a Amedda.

Con una voz tan firme y fría como sus ojos azul pálido, el visir dijo:

—Ya no hablamos de los jedi, gobernador.

Tarkin se tomó el comentario con calma y pre rió prestar atención a Vader y a su audiencia, al parecer cautiva. A un costado de Lord Vader estaban el director adjunto de la Agencia de Seguridad Imperial, Harus Ison (un viejo guardia leal, musculoso y de cabello cano, con rostro perpetuamente sonrojado) y un twi'lek delgado con cabeza de colas rojas, al que Tarkin no reconocía.

Como refuerzos del imponente trío, había cuatro stormtroopers imperiales que cargaban rifles bláster, así como un oficial de uniforme y gorra negra, con las manos detrás de la espalda y las piernas un poco abiertas.

—Parece que algunos de ustedes no pusieron atención —decía Vader, mientras apuntaba con el dedo índice a través del frío aire recirculado—. O quizá simplemente optaron por ignorar nuestras indicaciones. Cualquiera que sea el caso, ha llegado el momento de que decidan entre tomar un rumbo más seguro para ustedes o sufrir las consecuencias.

—Sabio consejo —dijo Amedda.

Tarkin asintió con la cabeza en señal de acuerdo y añadió:

—Consejo que uno descarta bajo su propio riesgo, creo yo. —Y mirando al chagriano, inquirió—: Conozco a Ison, pero ¿quiénes son los otros?

—Chusma de niveles inferiores —respondió Amedda con evidente desagrado—. Gángsters, contrabandistas, cazarrecompensas. Escoria coruscanti.

—Pude haberlo adivinado por su apariencia. ¿Y el twi'lek parado al lado de Lord Vader?

—Phoca Soot —dijo Amedda, volviéndose ligeramente hacia él—. Prefecto del nivel uno-tres-tres-uno, donde opera mucha de esta escoria.

Vader estaba en movimiento: caminaba de un lado a otro frente a su audiencia, como esperando saltar.

—Las libertades que disfrutaron y de las que abusaron durante los días de la República y las Guerras de los Clones son cosa del pasado —decía—. En aquel entonces tenía algún propósito hacerse de la vista gorda con respecto a la ilegalidad y a acoger cierta deshonestidad. Pero los tiempos han cambiado, y les corresponde a ustedes cambiar con ellos.

Vader guardó silencio y el sonido de su fuerte respiración llenó la habitación. Tarkin lo observaba atentamente.

Recordó, entonces, las palabras de su padre: «La herencia Tarkin te concederá acceso a muchas personas influyentes y a muchos círculos sociales. Además, tu madre y yo haremos todo lo que esté en nuestro poder para ayudarte a alcanzar tus deseos. Pero sólo la fuerza de tu ambición te reunirá con los que te permitan ascender y finalmente te recompensen con poder».

Desde que terminó la guerra, ocasionalmente Vader había sido ese tipo de socio en la vida de Tarkin, tanto en el espacio de Geonosis como en campañas políticas y militares que los llevaron a través de la galaxia. Algún tiempo después, Tarkin comenzó a albergar sospechas sobre la identidad del hombre que permanecía bajo la máscara negra y sobre su pasado, pero fue lo bastante sensato como para no expresar sus pensamientos en voz alta.

—En el caso de que cualquiera de sus actividades infrinjan los designios del Emperador —continuó Vader—, desearán reubicar sus operaciones a sectores del Borde Exterior. Si eligen permanecer en Coruscant, se arriesgarán a largas sentencias en una prisión imperial. —Hizo una pausa para dejar que las palabras se asentaran; luego, con sus enguantadas manos a la cintura y su negra y larga capa sobre los hombros, añadió—: O peor... —Comenzó a caminar de un lado a otro nuevamente—. Ha llegado a mi conocimiento que alguien presente no comprende que sus recientes acciones son una flagrante falta de respeto al Emperador. Al contrario, su comportamiento descarado sugiere que sus acciones le causan cierto orgullo. Pero sus dobles intenciones no han pasado inadvertidas. Nos complace poder exhibirlo, para que el resto de ustedes puedan beneficiarse de su ejemplo.

Vader se detuvo súbitamente para observar a su audiencia y, por supuesto, provocarles escalofríos de miedo a todos: toydarianos, dugos y devaronianos por igual. A medida que su mano derecha lentamente se empuñaba en lo alto, muchos de ellos comenzaron a tirar de los collares de sus túnicas y capas. Sin embargo, fue el prefecto twi'lek, de pie a menos de un metro de Lord Vader, quien inesperadamente se quedó sin aliento y se llevó las manos al pecho como si le acabaran de clavar una lanza en el corazón. Las colas de su cabeza se estiraron como si estuviera siendo electrocutado; enseguida, colapsó sobre sus rodillas en evidente agonía, sin aliento. De pronto, los vasos sanguíneos de sus tentáculos craneales empezaron a romperse, sus ojos se pusieron vidriosos y su piel roja comenzó a palidecer; entonces sus brazos se abrieron como en un

acto de súplica desesperada. El lado izquierdo de su cabeza terminó golpeando con fuerza el suelo embarrado de sangre.

Durante un largo rato, la respiración de Vader fue el único sonido que interfirió el silencio. Sin molestarse en mirar lo que acababa de hacer, el Lord Oscuro finalmente dijo:

—Quizás este sea un buen momento para concluir nuestra asamblea. A menos que alguno de ustedes tenga preguntas...

El oficial de los stormtroopers hizo un veloz movimiento con la mano y dos de los soldados de armadura blanca tomaron acción. Sujetando al prefecto de los brazos y piernas flojas, comenzaron a llevárselo de la habitación, dejando un rastro de sangre a lo largo del suelo y pasando cerca de Tarkin y Amedda. El rostro azul del visir estaba contorsionado por el asombro y el enojo.

Tarkin reprimió una sonrisa. Le complacía ver a Amedda ser tomado por sorpresa.

—Lord Vader —dijo el visir, cuando la mano derecha del Emperador se acercó—, nos hemos abstenido de pedir que conceda la suspensión provisional a quienes estén en su mira, pero ¿es que no hay nadie a quien esté dispuesto a perdonar?

—Reflexionaré sobre el asunto —respondió Vader.

Amedda puso una expresión de exasperación y se retiró, dejando a Tarkin y a Vader frente a frente. Si las palabras del chagriano habían afectado algo a Vader, este no mostraba evidencia alguna de ello, ni en su comportamiento ni en el impactante tono grave de su voz.

—No hemos coincidido en Coruscant durante algún tiempo, gobernador.

Tarkin levantó la mirada más allá del control pectoral del transpirador y de la boca emparrillada, hacia los oscuros orbes oculares de la máscara.

—Las necesidades del Imperio nos mantienen ocupados en otros lugares, Lord Vader.

—Así es.

Tarkin echó un vistazo a los stormtroopers que salían.

—Tengo curiosidad sobre el prefecto Soot.

Vader cruzó los gruesos brazos sobre los indicadores iluminados de su placa pectoral.

—Una pena. Asignado a controlar el crimen en este sector, sucumbió a la tentación al venderse a la red de droides gotra.

—Bueno, claramente su corazón no estaba en ello —dijo Tarkin—. Sin embargo, es extraño que el sindicato criminal Crymorah no tuviera representación en su audiencia.

Vader lo miró hacia abajo... ¿acaso inexpresivo?, ¿perturbado?

—Hemos llegado a un acuerdo con el Crymorah —explicó Vader.

Tarkin esperó algo más, pero Vader no tenía nada que añadir, así que Tarkin dejó el asunto y partieron hacia los turboascensores juntos, con Amedda y su comitiva de guardias reales siguiéndolos.

Nada de Vader parecía natural, ni su imponente altura, su profunda voz o su dicción anticuada. No obstante, a pesar de estos rasgos, de la máscara y del respirador, Tarkin creía que era más hombre que máquina. Aunque claramente había torcido los poderes de

la Fuerza para sus propios propósitos oscuros, la fuerza innata de Vader era indiscutible. Su ira contenida también era genuina, no meramente el resultado de algún ciberprograma homicida. Pero la cualidad que lo hacía más humano era la férrea dedicación que demostraba hacia el Emperador.

Esa obediencia reverencial, la firme devoción al ejecutar cualquier tarea que el Emperador asignara era lo que había dado origen a tantos rumores sobre Vader: que era la contraparte del general Grievous de la Confederación, a quien el Emperador había tenido en reserva; que era un humano o cuasihumano mejorado, que había sido entrenado o se había entrenado a sí mismo en las antiguas artes oscuras de los sith; que no era más que un monstruo diseñado en algún laboratorio clandestino. Muchos creían que la inclinación del Emperador a conceder tanta autoridad a dicho ser anunciaba la clase de cosas que se avecinaban, pues resultaba indiscutible que Vader era la primera arma de terror del Emperador.

Tarkin no siempre estuvo de acuerdo con los métodos de Vader para tratar con aquellos que se oponían al Imperio, pero tenía a Lord Vader en alta estima y esperaba que le correspondiera. Muy al principio de su sociedad, poco después de que la estación secreta de combate móvil fuera presentada a ambos, Tarkin se convenció de que Vader lo conocía mucho mejor de lo que dejaba ver; tras las lentes abultadas de su máscara, lo que fuera que quedaba de los ojos humanos de Vader contemplaba a Tarkin con claridad. Más que otra cosa, esas sensaciones iniciales fueron las que dieron a Tarkin su primera sospecha sobre la identidad de Vader. Después, al observar la buena relación que Darth Vader compartía con los stormtroopers que lo apoyaban y la técnica que demostraba al blandir su sable de luz carmesí, Tarkin se convenció cada vez más de que sus sospechas eran correctas.

Vader bien podría ser el Caballero Jedi Anakin Skywalker, con quien Tarkin había luchado del mismo lado durante las Guerras de los Clones y por quien había desarrollado una apreciación reticente.

—¿Cómo es la vida en la luna de Centinela, gobernador? —preguntó Vader mientras caminaban.

—En una semana regresaremos al lado brillante del gigante gaseoso, donde la seguridad es mejor.

—¿Es la razón por la que se oponía a venir a Coruscant?

Vader no debería saber tanto, pero Tarkin no estaba sorprendido de que fuera así.

—Dígame, Lord Vader, ¿acaso el visir siempre le hace confidencias?

—Cuando le pido que lo haga, sí.

—Entonces él debió haber precisado su declaración. Puede que haya estado reticente a dejar mi puesto, pero no me opuse a hacerlo.

—Por supuesto que no, cuando se enteró que la solicitud era del Emperador.

Tarkin sonrió satisfecho.

—¿Entonces, por qué no llamarla simplemente «orden»?

—No tiene importancia. Yo podría haber hecho lo mismo.

Tarkin miró a Vader de reojo, pero no dijo nada.

—¿Se verá afectado el programa de construcción por su ausencia?

—Para nada —respondió rápidamente Tarkin—. Los componentes para el generador de hiperimpulsión serán transportados a tiempo desde la Estación Desolación, donde las pruebas iniciales ya se han completado. Siguen los trabajos en la matriz de navegación, así como en el reactor de hipermateria. En este momento no me preocupa el estado de los motores subluz o los generadores de escudo.

—¿Y los sistemas de armas?

—Eso es un poco más complicado. Nuestros jefes de diseño todavía no llegan a un acuerdo acerca de la red de láseres ni de si debe o no ser un rayo de protones. Los diseñadores también están debatiendo sobre la configuración óptima para el ensamblaje del cristal kyber. Los retrasos se deben tanto a sus discusiones como a los contratiempos de producción.

—Eso no puede ser.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Francamente, Lord Vader, es sencillo: hay demasiadas voces opinando.

—Entonces necesitamos remediar esa situación.

—Eso es lo que he estado proponiendo desde el inicio.

Guardaron silencio cuando entraron al turboascensor que llegaba al pináculo principal del palacio, dejando a Amedda y a la guardia real sin otra opción más que esperar un carro diferente. El silencio continuó mientras comenzaban a ascender. Vader detuvo el ascensor un nivel abajo de la cumbre y salió. Cuando Tarkin comenzó a seguirlo, Vader levantó la mano para detenerlo.

—El Emperador lo espera arriba —dijo.

El turboascensor lo llevó a la cima. Salió del carro hacia un espacio circular grande con un perímetro de ventanas inmensas que proveían una vista de cientos de kilómetros en todas direcciones. Un límite curvo definía un espacio separado que, como Tarkin supuso, era la habitación personal del Emperador. Destacaba en el área principal una mesa grande rodeada de sillas de proporciones superiores; una de ellas tenía un respaldo alto y un panel de controles en el descansabrazos. Solo, Tarkin deambuló admirando las obras de arte y las estatuas situadas donde pudieran atrapar la luz del alba o del ocaso de Coruscant. Reconoció que algunas habían sido movidas de la suite del Canciller Supremo, ubicada en el edificio ejecutivo, en particular un panel con bajorrelieve que representaba una batalla ancestral. Un balcón circular sobre el nivel principal contenía numerosas y majestuosas cajas de textos y dispositivos de almacenamiento.

El Emperador salió de su habitación, mientras Tarkin contemplaba una delgada estatua de bronzio. Vistiendo su acostumbrada túnica negra, con la capucha sobre la cabeza, se movía como si flotara sobre el suelo reluciente.

—Bienvenido, Gobernador Tarkin —dijo con una voz que muchos consideraban siniestra, pero que a Tarkin tan sólo le sonaba cansada.

—Mi señor —respondió él, inclinándose ligeramente. Con un gesto amplio, añadió— : Me agrada lo que ha hecho con el lugar. —Cuando el emperador no respondió, Tarkin señaló la estatua en bronzio de una figura encapuchada—. Si no me falla la memoria, esta estaba en su oficina anterior.

El Emperador colocó una arrugada mano amarillenta sobre la pieza.

—Sistros, uno de los cuatro filósofos ancestrales de Dwartii. La conservo por su valor sentimental. —Gesticuló ampliamente—. Uno podría llamar botín de la guerra a la colección. —Su mirada regresó a Tarkin—. Pero venga, siéntese, Gobernador Tarkin.

Tenemos mucho de qué hablar.

El Emperador se sentó en el sillón dando la espalda a los ventanales, de tal forma que su espantoso rostro quedó en la sombra.

Tarkin tomó la silla de enfrente y cruzó las manos sobre el regazo.

Como lo confirmó Nils Tenant, había tantos rumores circulando sobre el Emperador como los había sobre Darth Vader. El hecho de que rara vez apareciera en público o siquiera en procedimientos del Senado había convencido a muchos de que el ataque de los jedi a su persona resultó no sólo en la ruina de su rostro y cuerpo, sino también en la muerte del político optimista que él fue antes de la guerra, traicionado por aquellos que le habían servido y habían apoyado a la República. Algunos coruscanti incluso confesaban tener buenos recuerdos del excanciller Finis Valorum, de quien podían chismear sin fin. Como a este, anhelaban ver al Emperador paseándose por la plaza imperial, asistiendo a una ópera u oficiando la ceremonia de la primera piedra de algún nuevo complejo de edificios.

Pero Tarkin no habló de esas cosas; en lugar de eso, comentó:

—Coruscant parece próspero.

—Muy, muy atareado —dijo el Emperador.

—¿El Senado lo apoya?

—Ahora que está al servicio, en lugar de aconsejar. —El Emperador giró ligeramente en dirección a Tarkin—. Es mejor rodearse de nuevos aliados leales que de los viejos traicioneros.

Tarkin sonrió.

—Alguien dijo una vez que la política es poco más que la organización sistemática de hostilidades.

—Muy cierto, según mi experiencia.

—Pero ¿siquiera los necesita, mi señor? —preguntó Tarkin con voz cuidadosa y controlada.

—¿Al Senado? —El Emperador no pudo contener una débil sonrisa—. Sí, por el momento. —Con un gesto despreciativo, añadió—: Hemos llegado lejos, usted y yo.

—¿Mi señor?

—Hace veinte años, ¿quién hubiera pensado que dos hombres del Borde Exterior estarían sentados en el centro de la galaxia?

—Me halaga, mi señor.

El Emperador lo estudió abiertamente.

—Sin embargo, a veces me pregunto si usted, forastero como yo, cree que deberíamos estar haciendo más para levantar esos planetas que vencimos en la guerra. En especial, aquellos del Borde Exterior.

—¿Dar vuelta a la galaxia? —preguntó Tarkin, con más fuerza de la que planeaba—. Todo lo contrario, mi señor. Las poblaciones de esos planetas sembraron el caos; necesitan luchar por el derecho de unirse a la comunidad galáctica.

—¿Y los que vacilen o se nieguen?

—Se les debe hacer sufrir.

—¿Sanciones? —dijo el Emperador, aparentemente intrigado por la respuesta de Tarkin—. ¿Embargos? ¿Ostracismo?

—Si son intratables, sí. No se puede desestabilizar el Imperio.

—Erradicación.

—Lo que sea que usted considere necesario, mi señor. La fuerza de mando es el único poder real e incontestable. A menudo, con seres que no han sido castigados puntualmente no se puede razonar ni se les puede educar.

El Emperador repitió las palabras para sí mismo, luego dijo:

—Eso tiene el tono de una lección parental, Gobernador Tarkin.

Tarkin sonrió afablemente.

—Así fue, mi señor... , aunque lo he puesto en práctica de una manera más personal.

El Emperador giró su silla hacia la luz y Tarkin vio momentáneamente su semblante sepulcral: la piel fundida bajo los ojos, la frente abultada. Después de todos esos años, todavía no estaba acostumbrado.

—Cuando uno se junta con víboras, corre el riesgo de ser mordido —había dicho el Emperador a Tarkin, después de haber sufrido un ataque por un cuarteto de Maestros Jedi.

Circulaban muchas historias acerca de qué había ocurrido ese día en la oficina del canciller. La explicación oficial fue que miembros de la Orden Jedi aparecieron para arrestar al Canciller Supremo Palpatine, lo cual desató un duelo feroz. Pero cómo exactamente habían sido asesinados los jedi o cómo se había deformado el rostro del Emperador nunca se determinó, lo cual dejó a todos insatisfechos. Por todo ello, Tarkin también tenía sus especulaciones sobre el Emperador. Que él y Vader fueran espíritus afines sugería que ambos podrían ser siths. Tarkin a menudo se preguntaba si esa era la verdadera razón por la que los jedi decidieron arrestar o asesinar a Palpatine. No era que la Orden Jedi deseara hacerse cargo de la República; era que los jedi no toleraban la idea de que un miembro de una orden ancestral a la que se oponían y aborrecían surgiera como el héroe de las Guerras de los Clones y asumiera el cargo de Emperador.

—Le agradezco por permanecer al servicio del Imperio y no dedicarse a la escritura —dijo el Emperador—, como han hecho algunos de sus contemporáneos.

—Oh, sigo escribiendo cosas, mi señor.

—¿Escritura doctrinal? —preguntó el Emperador, con lo que parecía interés genuino—. ¿Análisis de la historia? ¿Tal vez una memoria?

—Todas esas cosas, mi señor.

—Aun con todas sus obligaciones como gobernador de sector, encuentra el tiempo.

—La Base Centinela es remota y, la mayor parte del tiempo, tranquila.

—Entonces, le sienta bien. ¿O es que usted le sienta bien a ella?

—Centinela no es exactamente una privación, mi señor.

—¿Aun cuando es atacado, gobernador?

Tarkin reprimió una sonrisa. Sabía cuando estaba siendo provocado.

—¿Es por esta razón que me citó, mi señor?

El Emperador volvió a sentarse en la silla.

—Sí y no, aunque estoy al tanto del informe que transmitió a los jefes de inteligencia. Sus acciones en Centinela denotan una aguda intuición, gobernador.

Tarkin puso una cara de indiferencia.

—Lo importante es que la estación de combate móvil permanece segura.

El Emperador imitó la expresión indiferente de Tarkin.

—Esta no es la primera vez que nos vemos forzados a tratar con descontentos, y tampoco será la última. Tanto de cerca como de lejos. —Hizo una pausa—. No hay refugio ante el engaño cuando permanecen los adversarios.

—Mayor razón para salvaguardar las líneas de suministro, especialmente en sectores que no están bajo mi control personal.

El Emperador colocó los codos en la mesa y formó una pirámide con las manos.

—Resulta obvio que tiene ideas sobre cómo rectificar esta situación.

—No quisiera ser impertinente, mi señor.

—Tonterías —dijo el Emperador—. Diga lo que piensa, gobernador.

Tarkin apretó los labios, luego dijo:

—Mi señor, no es nada que no hayamos discutido previamente.

—Se refiere a la necesidad de controlar el macrosector.

—Sí. Cada gobernador de macrosector sería entonces responsable de mantener el control, aunque esto se reduzca a patrullar distritos sin tener que esperar la orden de Coruscant.

El Emperador no respondió inmediatamente.

—¿Y quién ocuparía su posición si yo lo retirara de Centinela?

—El general Tagge, tal vez.

—¿No Motti?

—O Motti.

—¿Alguien más?

—Nils Tenant es muy competente.

De nuevo, el Emperador mantuvo un breve silencio.

—¿Está seguro de que los agresores desconocidos de Centinela lograron tomar el control de la estación repetidora de la holored local?

—Sí, mi señor.

—¿Tiene alguna noción de cómo lo lograron?

Tarkin se mojó los labios.

—El viaje a Coruscant me impidió llevar a cabo una investigación completa. Pero sí, tengo algunas ideas.

—¿Ideas que está dispuesto a compartir con nuestros consejeros y jefes de inteligencia?

—Si va a servir a su propósito, mi señor.

El Emperador exhaló fuertemente.

—Veremos detalladamente a qué propósito sirve.

8

LOS NUEVOS ESPÍAS DEL EMPERADOR

CON UN DISEÑO parecido al de la Cámara del Pináculo, la sala de audiencias (ubicada en el penúltimo nivel de la aguja central) era un espacio circular, aunque sin particiones, e incluía un podio de diez metros de largo reservado para el Emperador, quien tenía acceso a él desde su residencia por medio de un turboascensor privado. Tarkin llegó usando los turboascensores públicos, entró a la amplia estancia y se encontró con casi una docena de personas que estaban esperando. Reconoció a todos. Representaban a los niveles más altos del Imperio y estaban divididos libremente en grupos. Próximo al podio, se encontraba el Consejo Regente, representado en ese momento por Ars Dangor, Sate Pestage y Janus Greejatus; los tres iban vestidos con trajes holgados de color brillante y sombreros blandos más apropiados para una noche en la ópera de Coruscant. Ataviados más o menos igual, otros dos grupos se formaban por miembros de la Agencia de Seguridad Imperial y de la Inteligencia Militar (de reciente creación); Harus Ison y el coronel Wulff Yularen iban en nombre de la primera, mientras los vicealmirantes Rancit y Screed lo hacían en nombre de la segunda. Sintiéndonos de más, Tarkin se acercó a donde estaban Mas Amedda y Darth Vader, a un lado del podio.

Tarkin saludó a cada uno de sus compañeros militares con un amable movimiento de la cabeza. A algunos los conocía desde sus días en la academia; a otros había servido durante las Guerras de los Clones. Curiosamente, los consejeros del Emperador también eran un tipo de camarilla; se habían unido a él desde sus primeros días como senador de Naboo. Quizá sus atavíos excéntricos eran, en un sentido, un tributo a la extravagancia sartorial de la nobleza de Naboo. Incluso los más sensatos tendían a rechazar a Dangor, Greejatus y Pestage por aduladores, pero en realidad los miembros del Consejo Regente supervisaban los asuntos cotidianos del Imperio y tenían el deber de ejercer poderes, a veces amenazadores, de amplio alcance. También los veinte moffs del Imperio estaban obligados a responder al cuadro imperial.

Al recibir una señal del Emperador, Amedda golpeó su báculo (aquél que tenía una estatua en la punta) en el suelo, como señal de que la sesión informativa debía comenzar. El primero en dar un paso al frente fue el director adjunto de pelo cano de la ASI, Ison, quien se inclinó ante el Emperador antes de volverse para dirigirse a todos los demás en la sala.

—Mis señores, Moff Tarkin, almirantes, con su permiso y para el beneficio de aquellos de ustedes que no estén completamente enterados de la materia que nos ocupa,

ofrezco un breve resumen. Hace tres semanas, uno de nuestros recursos de inteligencia nos informó sobre un descubrimiento sorprendente en Murkhana.

Tarkin se puso muy alerta cuando Ison mencionó al planeta que había sido bastión separatista.

—Dada la naturaleza del descubrimiento, la ASI no tardó en poner el asunto bajo la atención del Consejo Regente y de nuestro homólogo, Inteligencia Militar. —Ison miró hacia Rancit y Screed. Después de perder un ojo en la guerra, Screed llevaba un implante cibernético—. Generalmente, la ASI habría llevado a cabo una investigación de manera independiente, pero, bajo la recomendación del visir Amedda, la estamos abriendo a discusión con la esperanza de resolver cuál es la mejor manera de proceder.

Tarkin no se sorprendió por la introducción equívoca de Ison. La ASI funcionaba bajo el auspicio de COMPNOR (Comisión para la Preservación del Nuevo Orden), la cual había surgido de los vestigios de la Comisión para la Protección de la República. El director adjunto estaba empeñado en encabezar la investigación, tratando de no parecer ambicioso ni acaparador; por lo tanto, «abría a discusión» el asunto de forma generosa, pero era evidente que esperaba que el Consejo Regente delegara a la ASI la misión completa, exonerando a la agencia de tener que compartir información sensible con Inteligencia Militar o cualquier otro organismo.

—Por favor, no nos deje con la duda, director adjunto —dijo Amedda, con su voz más sarcástica—. Vaya al grano.

Tarkin vio tensarse la mandíbula cuadrada de Ison. Seguramente el director adjunto se estaba mordiendo la lengua.

—Descubrimos un almacén de dispositivos de comunicación en Murkhana —dijo Ison—. Interruptores de señal, dispositivos de interferencia, erradicadores y otros aparatos que, a los ojos de la ASI, son la evidencia de una posible estratagema para incapacitar la holored, como la que urdieron los separatistas durante las Guerras de los Clones.

Evidenciando que desconocían el tema del descubrimiento, los consejeros Greejatus y Dangor intercambiaron miradas de desconcierto. Mientras los oscuros ojos hundidos y el rostro hinchado de Greejatus le dieron un aspecto ominoso, los bigotes trenzados y el amplio ceño fruncido adoptaron un poco de brío en el hosco rostro de Dangor.

—Director Ison —dijo Dangor—, quizás estos dispositivos, aunque descubiertos recientemente, no son otra cosa que un alijo que quedó de la guerra. Incluso podrían haber sido encontrados en otro lado por seres que desconocen esta tecnología y reubicados en su sitio actual.

Ison tenía una respuesta preparada.

—Eso es completamente posible. El alijo es tan grande que nuestro agente no tuvo tiempo de inspeccionar cada caja o contenedor, mucho menos catalogar cada componente. Sin embargo, su informe preliminar sugiere que algunos de los dispositivos no estuvieron a disposición de la Confederación durante la guerra.

—Si tomamos eso al pie de la letra por el momento —continuó Dangor—, ¿qué importancia le atribuye a este tesoro tecnológico?

El coronel Yularen relevó a Ison:

—Mis señores, la ASI teme que disidentes políticos puedan estar planeando la puesta en marcha de una operación de propaganda similar a las transmisiones-sombra de los tiempos de la guerra, pero dirigida, por supuesto, contra el Imperio.

Yularen era más o menos de la edad de Tarkin, aunque con más cabellos grises (particularmente en su bigote espeso). Él había cambiado una carrera distinguida en la Armada de la República por una posición en Seguridad Imperial, encabezando una división que se dedicaba a exponer casos de sedición en el Senado. Ahora servía como intermediario entre la ASI y la Inteligencia Militar. Pero no todos en la audiencia estaban conmovidos por las preocupaciones justificadas del coronel. De hecho, Greejatus parecía estar carcajeándose.

—Eso es un poco inverosímil, coronel —logró decir—, aun viniendo de la ASI.

—¿Hay alguna evidencia de alteración de la holored que pueda respaldar semejante declaración? —preguntó Dangor en un tono más serio.

—Sí, hay una —dijo Yularen, aunque sin ninguna explicación ni un vistazo en dirección a Tarkin.

El vicealmirante Rancit dio un paso al frente para hablar.

—Mis señores, mientras que Inteligencia Militar está de acuerdo con la ASI respecto a la posibilidad de sabotaje de la holored, creemos que el director adjunto está subestimando la importancia de las pruebas y la naturaleza real de la amenaza. Sí, el conde Dooku logró utilizar la holored para propósitos de propaganda separatista, pero las fuerzas de la República fueron veloces al apagar esas transmisiones-sombra. —Miró a Ison—. Si no me falla la memoria, el COMPNOR mismo se estableció como resultado de dichas acciones de la armada en aquel entonces.

—Nadie en esta sala necesita una lección de historia, vicealmirante —interrumpió Ison—. ¿Realmente pretende seguir ese camino?

Rancit hizo un gesto tranquilizante. Era extremadamente alto, tenía una cabellera abundante de color negro y los rasgos faciales simétricos, como los de un ídolo de la holored. El uniforme le quedaba igual o mejor que a Tarkin.

—Sólo estoy puntualizando que Inteligencia Militar no debería estar al margen de este asunto —dijo Rancit—. Hasta donde todo el mundo sabe, este alijo recientemente descubierto es tan sólo parte de un plan mucho más siniestro..., uno que podría requerir intervención militar.

Ison le echó una mirada helada a Rancit.

—No estaba preocupado por el alijo cuando se hizo de su conocimiento. ¿Ahora de repente está convencido de que es parte de un complot contra el Imperio?

Rancit extendió las manos de forma melodramática.

—¿Qué sucedió con aquello de «abrir el asunto a discusión», director adjunto?

Tarkin sonrió para sí mismo. Su historia con Rancit se remontaba aún más que con Yularen. Rancit había nacido en el Borde Exterior, se había graduado de la academia naval de Prefsbelt y había servido como oficial de inteligencia y como jefe de estación durante las Guerras de los Clones, despachando operativos a planetas ocupados por separatistas que fomentaban el movimiento de resistencia. Después de la guerra, comandó la Base Centinela durante la etapa inicial de esta, mientras que Tarkin se había ocupado de repartir sanciones a planetas exseparatistas. Reemplazado en Centinela por Tarkin (una circunstancia que los rivales de Rancit disfrutaban interpretar como degradante), él había sido reasignado por el Emperador mismo para encargarse de la Inteligencia Militar. Afecto al arte y a la ópera, era una presencia muy visible en Coruscant, aunque pocos estaban al tanto de la naturaleza encubierta de su trabajo.

Mientras continuaba la discusión entre Rancit e Ison, Tarkin estuvo tentado a levantar los ojos hacia el podio para ver si el Emperador sonreía, ya que era su política alentar los malentendidos como un medio para tener a sus subordinados vigilándose uno al otro. Con la sospecha institucionalizada, la política había demostrado tener una eficiente táctica de miedo. Tarkin recordó la cautela de Nils Tenant en los pasillos del palacio. La competencia por estatus, privilegios y posición le recordaban los años menguantes de la República, pero con una gran diferencia: si en la era de la República el estatus podía comprarse, en la del Imperio se subordinaba al antojo del Emperador.

—¿Ahora quién está menospreciando el riesgo a pesar de tener abundantes evidencias del problema? —dijo Ison.

Rancit mantuvo la calma.

—Hubiéramos estado contentos de hacernos a un lado y dar a la ASI completo control si no fuera por los acontecimientos recientes. —Lanzó una mirada indiscreta a Tarkin.

—¿Qué acontecimientos recientes? —preguntó Dangor, llevando la mirada de Rancit a Tarkin.

De pronto, Mas Amedda golpeó el suelo con su báculo haciendo un llamado de silencio.

—Gobernador Tarkin, si me hace el favor... —dijo él.

Tarkin salió de atrás de Amedda y Vader para colocarse donde todos en la sala pudieran verlo.

—Con respecto a la cuestión de si la ASI, Inteligencia Militar o alguna combinación de nuestras diversas agencias de inteligencia debe encargarse de la investigación, no ofrezco opinión. Sin embargo, admitiré que las preocupaciones del director adjunto Ison y del vicealmirante Rancit son justificadas. Una base bajo mi mando fue atacada recientemente por grupos desconocidos. Al ataque le siguió el exitoso sabotaje de la estación repetidora de la holored y la inserción de holovideos en tiempo real, en un intento de engañarnos para que despacháramos refuerzos a una segunda base. Los detalles de mi informe están disponibles para cualquiera de los aquí presentes, con la autorización apropiada, pero baste decir que sí existe una conexión entre el

descubrimiento en Murkhana y el ataque furtivo a la base. Entonces, en efecto, es posible que algo más nefario que propaganda antimperial pueda estar fraguándose.

Ison casi gime. Los consejeros del Emperador consultaron entre ellos antes de que Dangor dijera:

—Con el debido respeto, Gobernador Tarkin, tengo entendido que esta base, la cual hace esfuerzos por mantenerse anónima, está muy alejada de Murkhana... y de varios sectores.

Tarkin hizo un gesto desdenoso.

—Irrelevante. Los dispositivos de comunicaciones se arman en un sitio para ser desplegados en otro lugar. Aún peor, hemos visto ataques en varios sectores durante los últimos cinco años.

—Realizados por piratas y criminales —dijo Greejatus.

Tarkin negó con la cabeza.

—No en todos los casos.

—Las máquinas de guerra separatistas fueron apagadas —continuó Dangor—. Y sus naves droides de guerra fueron confiscadas o destruidas.

—La mayoría —dijo Tarkin—. Evidentemente, algunas se escaparon o algunos iniciados las pusieron a disposición de una nueva hueste de enemigos.

Ison lo miró con furia.

—Está acusando a la ASI...

—Revisen mi informe —dijo Tarkin, interrumpiendo a Ison.

—Es más, no todas las naves de guerra separatistas estaban tripuladas por droides —dijo Rancit—. Como puede atestiguar el Gobernador Tarkin, nuestra flota aún estaba persiguiendo resistencia separatista hasta hace un año.

Sate Pestage, quien se había mantenido en silencio durante la reunión, habló:

—Gobernador Tarkin, nos da curiosidad saber cómo supo que estaba siendo engañado en su base de operaciones. —Con la cabeza afeitada, barba puntiaguda y cejas pobladas, Pestage se parecía a algunos piratas que Regiones Exteriores había perseguido por el Seswenna.

Rancit dio un paso al frente antes de que Tarkin pudiera decir una sola palabra.

—¿Puedo, Wilhuff?

Tarkin asintió con la cabeza y retrocedió.

—Gobernador Tarkin... *Moff* Tarkin —comenzó Rancit—. Cuando apenas era comandante Tarkin, su intervención personal fue esencial para frustrar los esfuerzos de propaganda del conde Dooku. Sé esto porque yo fui el oficial de caso que le suministró operativos de contraespionaje. Sin duda, fue hábil para identificar elementos específicos de corrupción en la holoalimentación falsa..., corrupción que incluso los separatistas fueron incapaces de eliminar de sus señales. —Entonces se volvió hacia Tarkin y preguntó—: ¿Cómo lo estoy haciendo?

Tarkin hizo un gesto de asentimiento y declaró:

—Mis señores, en resumidas cuentas, así fue. Reconocí un ruido delatador en el holovideo y supe entonces que la transmisión se estaba originando en la estación repetidora de la holored y no transmitiéndose desde nuestra base auxiliar. —Hizo una pausa para mirar alrededor de la sala—. En cualquier caso, mi primera recomendación a la Junta de Jefes sería expedir una advertencia a nuestros comandantes de base para que verifiquen los códigos de cifrado de todas las transmisiones de holored imperiales.

Una vez más, los consejeros se inclinaron entre sí para deliberar, mientras que Ison intercambiaba miradas rencorosas con Rancit y Screed. Tarkin regresó al lugar donde había estado con Vader, quien simplemente le lanzó una mirada. Después de largo tiempo, el báculo de Mas Amedda golpeó el suelo de forma determinante.

—El Emperador tomará el asunto en consideración.

9

COMO ES ARRIBA, ES ABAJO

—DE PIE, LORD VADER.

Vader se levantó de su genuflexión y acompañó a su maestro, Darth Sidious, a la barandilla de la veranda que miraba al oeste del pináculo central. La pequeña terraza techada, compuesta de cuatro miradores idénticos orientado cada uno hacia una dirección cardinal, coronaba una proyección en forma de aleta, localizada varios niveles abajo. En la cima de todo, el aire estaba enrarecido; un viento persistente jalaba la túnica de Sidious y la larga capa de Vader.

La sesión informativa en la sala de audiencias había terminado horas antes y esa parte de Coruscant ya estaba rozando el final del día. Las largas sombras de los distantes rascacielos parecían estirarse en vano hacia el gigantesco palacio y el atardecer estaba envuelto en remolinos de anaranjado ardiente y púrpura aterciopelado.

Los dos siths permanecieron en silencio durante unos momentos. Luego, Vader dijo:

—¿Cuál es vuestro mandato, maestro?

Sidious habló dirigiendo la mirada al oeste.

—Acompañarás a Moff Tarkin a Murkhana para investigar ese supuesto alijo de dispositivos de comunicación. Reportarás tus descubrimientos directamente a mí y yo decidiré qué información necesita ser transmitida a nuestros espías y militares, si así debe ser. No voy a permitir que Ison y los demás enturbien las aguas al realizar sus propias investigaciones.

Vader tardó un momento en responder.

—La presencia del gobernador es innecesaria, maestro.

Sidious volteó hacia su aprendiz entornando los ojos.

—Me sorprende, Lord Vader. Has llevado a cabo otras misiones con Moff Tarkin. ¿Hizo algo para provocar tu desaprobación?

—Nada, maestro.

El Emperador exhaló con intensidad.

—Una respuesta que no expresa nada. Dame una razón satisfactoria.

Vader lo miró hacia abajo, el sonido de su respiración regulada disminuyó por el aullido del viento.

—Moff Tarkin debería ser enviado de regreso a la Base Centinela, para que continúe sus deberes.

—Ah, entonces estás argumentando en representación de Tarkin, ¿correcto?

—En representación del Imperio, amo.

—¿El Imperio? —repitió Sidious, gesticulando con sorpresa—. ¿Desde cuándo antepones las necesidades del Imperio a las *nuestras*?

Vader cruzó las manos enguantadas frente a él.

—Nuestras necesidades superan todo, maestro.

—¿Entonces por qué me contradices?

—Me disculpo, maestro. Haré lo que usted ha ordenado.

—No..., no es suficiente —contestó Sidious—. Por supuesto que harás lo que ordeno, y por supuesto que Moff Tarkin necesita reanudar sus deberes en Centinela. Mientras más pronto esté terminada la estación de combate, más pronto podremos tú y yo dedicarnos a otros asuntos urgentes..., asuntos que sólo tú y yo podemos investigar y que tienen poco que ver con el Imperio.

Vader dejó caer las manos a los costados.

—Entonces, ¿por qué Murkhana es prioridad, maestro?

Darth Sidious se movió de la barandilla hacia una silla recargada en la curva pared del pináculo y se sentó.

—¿No se te hace interesante que ambos, tú y Moff Tarkin, tienen lazos con el mismo planeta donde se encontraron esos dispositivos de interferencia? Tarkin, porque suprimió las transmisiones sombra de Dooku, y tú, según recuerdo, porque efectuaste una ejecución en una de tus primeras misiones. O quizá sientas que no existe ninguna conexión y que esto es mera coincidencia.

Vader sabía la respuesta.

—No existen las coincidencias, maestro.

—Y eso, mi aprendiz, es la razón por la que Murkhana nos importa. El lado oscuro de la Fuerza, por el motivo que sea, ha puesto nuevamente nuestra atención en ese planeta, como tú bien deberías comprender.

Vader le dio la espalda a la barandilla y el viento hizo que su capa le tapara el cuerpo.

—¿Quién de nosotros estaría al mando de la misión, maestro?

Con un repentino destello en los ojos, Sidious se encogió de hombros.

—Pensé que te dejaría a ti y a Moff Tarkin resolverlo.

—¿Resolverlo?

—Sí —continuó Sidious—. Llegar a una especie de acuerdo.

—Entiendo, maestro.

El rostro retorcido de Sidious era una máscara.

—Me pregunto si lo entiendes..., pero regresemos a Moff Tarkin por un momento. ¿Nunca te ha parecido que los tres: tú, Tarkin y yo, los arquitectos del Imperio, por así decirlo, somos de planetas que ocupan tan sólo una porción estrecha del espacio galáctico? Naboo, Tatooine, Eriadu..., todos dentro de un arco menor a treinta grados.

Vader no dijo nada.

—Vamos, Darth Vader, tú más que nadie deberías aceptar que algunos nacen para la grandeza, que algunos son excepcionales.

Vader permaneció en silencio.

—Sí, Lord Vader... Tarkin... —Sidious suavizó el tono—. Tú eres un verdadero sith, Lord Vader. Tú dedicación es infalible y tus poderes, sin parangón. Sin embargo, tal vez tienes la impresión equivocada de que sólo los sith y los jedi deben pasar por pruebas.

—¿Qué pruebas ha pasado el Gobernador Tarkin?

—¿Nunca has ido a Eriadu?

—Sí.

—Entonces sabes cómo es ese planeta. Fuera del amparo de la Ciudad de Eriadu, la tierra es tan sombría y hostil como Tatooine. Esa tierra forjó a Tarkin prácticamente de la misma forma que Tatooine te forjó a ti.

Vader negó con la cabeza.

—Tatooine no me forjó.

Sidious lo miró fijamente, luego sonrió con ligereza.

—Ah, ya veo. La esclavitud y el desierto forjaron a *Skywalker*. ¿Es eso lo que quieres decir?

Vader dejó la pregunta sin respuesta.

—¿Qué pruebas superó Tarkin?

Sidious se tomó un largo tiempo antes de responder.

—Pruebas que le ayudaron a transformarse en la gran mente militar en que se ha convertido.

Vader guardó silencio por un momento. Luego dijo:

—Iremos a Murkhana, maestro, como ha ordenado.

Sidious inclinó la cabeza para contemplar a Vader.

—A veces se gana más cayendo en una trampa que evadiéndola, sobre todo cuando a uno le interesa saber quién la armó.

—¿Está sugiriendo que Murkhana es una trampa?

—Estoy sugiriendo que prestes especial atención a lo que tú y Moff Tarkin encuentren ahí. Llegar al meollo de este asunto puede requerir que se nos descubra un propósito tras otro.

Vader inclinó la cabeza como un gesto de obediencia.

Sidious juntó las manos y presionó las puntas de sus dedos.

—¿Sabes por qué la nave de Tarkin se llama *Carrion Spike*?

—No lo sé, maestro.

Sidious miró más allá de Vader, hacia el cielo que se oscurecía.

—Deberías preguntarle.

Al ser informado de la misión en Murkhana por Mas Amedda, Tarkin contactó al comandante Cassel para decirle que tardaría en regresar a la Base Centinela y que había

mandado a su escolta de regreso a la luna, menos al capitán y al oficial de comunicaciones del *Carrion Spike*.

De momento, la tripulación se limitaría a una docena de stormtroopers que Vader había seleccionado para acompañarlos.

Amedda no especificó si Tarkin o Vader tenía el mando de la misión; Tarkin intentaba descifrar eso por sí mismo. Vader poseía un rango invisible, pero el *Carrion Spike* era la nave de Tarkin, lo cual le daba autoridad. Tarkin era un moff, pero el puro título no le otorgaba jurisdicción en el sector al que pertenecía Murkhana. Un sentimiento de menosprecio se arrastró hacia sus pensamientos; que Vader fuera un sith no debería influir en la cuestión de autoridad. Sin embargo, ¿cómo podrían no influir los poderes del Lado Oscuro y el sable de luz carmesí de Vader?

Todo el asunto tenía la mácula de la política.

Veinte años antes, justo cuando por su carrera profesional lo iban a nombrar capitán preboste del Departamento Judicial, Tarkin renunció a su rango y a su posición. En aquel tiempo, Coruscant vivía un alza económica que beneficiaba a aquellos senadores, cabilderos y empresarios que se habían puesto al servicio de los conglomerados industriales galácticos. Ayudándose de tecnicismos que se incorporaron a la legislación de la zona de libre comercio, la imponente Federación de Comercio estaba expandiendo su alcance en el Borde Exterior, además de su influencia en el Senado de la República. En contra de las expectativas, los partidarios de Finis Valorum habían logrado asegurar su reelección para la cancillería de la República. Valorum llevaba apenas un año de su segundo periodo cuando los ciudadanos de Coruscant comenzaron a apostar sobre si sería capaz de retener su cargo.

El nombre de Palpatine ya comenzaba a susurrarse como el de alguien que podría reemplazar a Valorum como canciller supremo.

Tarkin y Palpatine sólo tuvieron contacto personal de forma esporádica, durante los años en que Tarkin sirvió al Departamento Judicial, pero habían sido eles correspondientes y Palpatine había mantenido su apoyo a las legislaciones que beneficiaban a Eriadu y al sector Seswenna. Cuando Tarkin pidió reunirse con él en Coruscant, Palpatine hizo los preparativos del viaje. Tarkin era una de las pocas personas que se trataban de «tú» con el senador, pero, en señal de respeto a su mayor y especie de mentor, casi siempre se refería a él por su título.

—Necesitas un nuevo campo de batalla —dijo Palpatine después de haber escuchado en silencio la historia de desilusión de Tarkin—. Presentí, desde el momento en que nos conocimos, que el Departamento Judicial era demasiado insular para tener a un hombre con tu talento..., aunque conseguiste más seguidores que en Sullust.

Estaban sentados sobre elegantes sillas, en una habitación roja del apartamento del senador, en uno de los edificios más prestigiosos de Coruscant.

—El Departamento Judicial está al final de su ejercicio; en cualquier caso, los jedi parecen haberse convertido en los árbitros elegidos por el Senado. —Palpatine sacudió la cabeza con remordimiento—. Se le ha dado autorización a la Orden Jedi para interceder

en asuntos que normalmente hubiera evitado. Pero tiempos complicados engendran decisiones erróneas. —Exhaló y miró a Tarkin—. Como te dije hace años en Sullust, Eriadu siempre será un planeta de los Tarkin, sin importar quién resida en la mansión del gobernador. Ahora más que nunca, tu planeta natal necesita la orientación de un líder que sea astuto tanto en política como en economía galáctica.

—¿Por qué ahora? —preguntó Tarkin.

—Porque algo peligroso se está preparando en nuestra pequeña esquina del Borde Exterior. El descontento está al alza, al igual que empresas criminales y grupos mercenarios empleados por corporaciones convenencieras. En el sector Sesweena, varias empresas mineras de lommite están compitiendo por la atención de la Federación de Comercio, la cual está resuelta a forjar un monopolio en las zonas de libre comercio. Incluso en mi propio Naboo, el rey se encuentra enmarañado con la Federación de Comercio y con banqueros de otros planetas debido a nuestra explotación de plasma.

Palpatine sostuvo la mirada de Tarkin.

—Nuestros planetas son remotos, pero lo que ocurre en sus sectores del Borde Exterior muy bien podría tener repercusiones galácticas. Eriadu te necesita; para decirlo mejor, nosotros necesitamos a alguien como tú en Eriadu.

Palpatine usó el plural con algo más que artificio. No obstante lo cercana que se había vuelto su relación, el senador nunca hablaba a Tarkin de sus aliados, gente con la que tenía ideas afines, a quienes aludía con frecuencia. Sin embargo, eso no les impedía especular sobre sus oponentes políticos. Aparte de la diversidad de senadores con quienes se le vinculaba a menudo y del devoto grupo que lo había seguido desde Naboo, se rumoraba que Palpatine tenía vínculos de gran alcance con muchos seres oscuros y organizaciones clandestinas que incluían a banqueros y empresarios industriales que representaban los sectores más importantes de la galaxia.

—Estuve lejos de Eriadu por muchos años —dijo Tarkin—. La dinastía Valorum goza de una presencia influyente ahí, así que apenas puedo asegurarme una victoria política. Sobre todo por lo que sucedió en Coruscant.

Palpatine agitó su delgada mano en señal de desdén y aparente enfado.

—Valorum no ganó la elección; apenas se le permitió ganar. Los grupos de presión del Senado requieren a un canciller al que puedan enmarañar fácilmente con su falseado discurso burocrático y su arcano procedimiento. Así se mantienen los tecnicismos y se pasan por alto las ilegalidades. Pero, en lo que respecta a tu incertidumbre, tenemos fondos suficientes para contrarrestar a los Valorum y garantizar tu victoria. —Entonces, miró de forma penetrante a Tarkin—. Quizá tú y yo podríamos beneficiarnos uno al otro, además de servir a la República, bajándole un poco los humos a Valorum. —Sus hombros se alzaron en un gesto de incertidumbre—. Con el respaldo de tu familia, puede que no necesites nuestra ayuda, pero ten por seguro que te apoyaremos si es necesario. —Palpatine arqueó una sonrisa pícara—. Serás el mejor líder de Eriadu, Wilhuff.

—Gracias, Sheev —dijo Tarkin, con obvia sinceridad, usando el nombre de pila de Palpatine—. Haré lo que sea mejor para mi planeta natal y para la República..., de la forma que usted considere conveniente.

Las palabras de Palpatine sobre Naboo y Eriadu resultaron proféticas.

Después de la crisis de Naboo y la elección de Palpatine como canciller supremo, muchos de los excompañeros judiciales de Tarkin depositaron sus esperanzas en que Palpatine evitara que la República se fragmentara. Pero el movimiento separatista sólo se hizo más fuerte, por lo que Tarkin y otros se vieron obligados a reconocer que Palpatine, a pesar de todos sus talentos, había llegado al poder demasiado tarde. Las injusticias sociales y las iniquidades comerciales provocaron que cientos de sistemas estelares se separaran de la República, por lo que las escaramuzas locales se convirtieron en algo común. Y luego vino la guerra, que pronto se desató a lo largo de la galaxia.

Debido a su ubicación en el Borde Exterior y a sus alianzas geopolíticas, Eriadu se encontró en una situación espinosa respecto a la República y los separatistas. Quizás el Gobernador Tarkin también se habría encontrado en un dilema. Pero en realidad nunca tuvo dudas sobre las ambiciones de quién iba a servir en última instancia.

Al alba del día siguiente, cuando Tarkin fue a la pista de aterrizaje del palacio con el fin de preparar el *Carrion Spike* para el viaje a Murkhana, encontró a Vader y a un contingente de stormtroopers ya en el lugar. Sin los estorbosos cascos y armaduras, la mayoría de los soldados en overol supervisaban el traslado de una esfera negra desde un destructor estelar clase Victory hasta uno de los compartimentos de carga más grandes del *Carrion Spike*. La esfera medía unos tres metros de diámetro y tenía una base plana.

Evidentemente, había sido hecha para que embonara en una superficie hexagonal, que también estaba siendo trasladada a la corbeta. Agitado o preocupado, Vader caminaba de un lado a otro, bajo las grúas de repulsión. Cuando el stormtrooper que operaba el equipo golpeó accidentalmente la escotilla abierta del compartimento con la esfera, Vader caminó con paso firme y puños tensos.

—¡Te advertí que tuvieras cuidado! —le gritó al soldado.

—Mis disculpas, Lord Vader. Se atravesó viento de...

—Suficiente, sargento Crest: no hay excusas —lo interrumpió Vader—. Tal vez está envejeciendo demasiado rápido como para continuar en servicio.

Tarkin no entendió el comentario sino hasta que se dio cuenta de que el rostro de Crest era uno que había visto incontables veces durante la guerra: el rostro de un soldado clon original de Kamino. Los demás cabezas rapadas que constituían el escuadrón de Vader eran humanos regulares que se habían enrolado después de la guerra.

—No volverá a suceder, Lord Vader —dijo Crest.

—Más vale —advirtió Vader.

Tarkin miró de Vader a la esfera negra que colgaba, sin tener claro qué estaba viendo. ¿Un arma, un laboratorio, un retrete personal, una cámara hiperbárica... alguna fusión de las tres? ¿Vader se había vuelto dependiente de la esfera, de la misma forma en que lo era del transpirador y el casco? Quizá la cámara no era nada más que un espacio privado donde podía liberarse temporalmente de los confines de su traje.

Fuera lo que fuera, la esfera necesitaba una escotilla apropiada, aunque dos líneas longitudinales parecían indicar que el artefacto era capaz de separarse. Tarkin miró otra vez a Vader. Este tenía los puños enguantados en la cadera, mientras su negra capa latigueaba hacia arriba debido a las naves de guerra que partían y la luz de la mañana se reflejaba en la parte superior de su resplandeciente casco. Era tan seco en el trato con sus hombres como lo había sido Tarkin con los suyos durante el salto a Coruscant. Peor aún, resultaba obvio que Vader estaba tan irritado como Tarkin por haber recibido la tarea de dirigirse hacia Murkhana.

Vader parecía recobrar su compostura a medida que iban descargando la esfera y su plataforma en el compartimento de carga.

Un trío de stormtroopers ya estaba desenroscando los cables que conectarían el artefacto a la central eléctrica del *Carrion Spike*. Al pasar junto a Tarkin en su camino a la rampa de abordaje, Vader hizo una pausa para decir:

—Esto no debe tomar ni un momento, gobernador. Pronto estaremos en camino.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Tómese el tiempo que necesite, Lord Vader. Murkhana no se irá a ningún lado.

Vader lo miró fijamente antes de irse.

«Otra vez esa mirada», pensó Tarkin, o al menos aquel indicio de mirada siempre le hacía pensar que Vader lo conocía desde una vida anterior.

«Ya no hablamos de los jedi». Recordó estas palabras que Mas Amedda dijo al observar a Vader emitir sus advertencias a los miembros del bajo mundo de Coruscant.

Tarkin supuso que el comentario del chagriano no se refería solamente a la corte del Emperador. En los breves cinco años que pasaron desde que la Orden Jedi (maestros, caballeros y padawans) fue eliminada por los mismos soldados clones que lucharon junto a ella, los jedi ya parecían un recuerdo lejano.

A pesar de su negativa a acudir en ayuda de Eriadu contra los piratas, Tarkin había respetado a los jedi como guardianes de la paz, pero creía que habían demostrado ser un fracaso como generales. El Maestro Jedi con quien él sirvió más de cerca durante las Guerras de los Clones fue Even Piell, a quien se asignó el crucero de Tarkin. Brusco y belicoso, el lannik sobresalió en el combate de sables, dando la impresión de estar integrando todos los posibles estilos de pelea, pero su estrategia también tenía defectos. Si Piell se hubiera remitido a Tarkin durante su misión de encontrar un atajo en la hiperruta que condujera al espacio ocupado por separatistas, podría haber evitado su captura y encarcelamiento, tal vez incluso el lannik hubiera sobrevivido al menos hasta el final de la guerra.

La Fuerza había dotado a los jedi de poderes asombrosos, pero su mayor error fue no usar la Fuerza en todas las formas posibles para llevar la guerra a un final veloz. Al permanecer eles a su código ético, los jedi habían permitido que la guerra se alargara y se convirtiera en un baño de sangre sin sentido. El fin repentino del conflicto y la decisión de la Orden Jedi de deponer al canciller supremo Palpatine tomó a todos por sorpresa. Sin embargo, Tarkin sospechaba que, aunque los jedi se hubieran contenido de levantarse contra Palpatine en el momento de gloria que este disfrutaba, la orden esotérica se había condenado a sí misma a la extinción. Donde su llama había ardido con fuerza durante mil generaciones, la fuerza tecnológica era el nuevo estándar.

En cualquier caso, Tarkin nunca logró encontrar el sentido de las Guerras de los Clones. Una batalla en Geonosis, un ejército de clones saliendo de la nada... Casi desde el comienzo sospechó que un forastero de la élite o un grupo de forasteros de la élite estaban tergiversando o manipulando acontecimientos; siendo así, las batallas se habían librado en apoyo de un plan subrepticio.

En las sinuosas conversaciones que Tarkin tuvo sobre la preguerra con el conde Dooku, el exjedi nunca abogó de manera convincente por los separatistas, mucho menos por una guerra galáctica. Si, como algunos decían, Dooku en realidad nunca dejó la Orden Jedi, entonces, ¿por qué los jedi no se habían unido a los separatistas desde el comienzo?

En su última reunión, sólo semanas antes de la Batalla de Geonosis y el estallido oficial de las Guerras de los Clones, Dooku intentó persuadir a Tarkin de llevar a Eriadu a la Confederación de Sistemas Independientes.

Para entonces, el planeta natal de Tarkin se había transformado en un centro de comercio importante para la Vía Hydiana. Con la quiebra del monopolio de transporte que poseía la Federación de Comercio en el Borde Exterior (resultado de la Crisis de Naboo), el desprestigio sufrido por la empresa Envíos Valorum, como consecuencia de los escándalos y el régimen trunco de Finis Valorum como canciller supremo, Minería de Eriadu y Envíos Eriadu prosperaban más allá de los mejores sueños de la familia Tarkin. El propio Wilhuff apenas estaba completando su segundo periodo como gobernador planetario cuando muchos le instaban a que se presentara como candidato al Senado de la República e incluso sus amigos de la academia (convencidos de que una guerra entre la República y los separatistas era inevitable) le sugerían que se mostrara abierto a la posibilidad de que la ley de creación militar fuera aprobada por el Senado y se instaurara una armada en la República.

Fue el conde Dooku, de Serenno, quien más se afanó en cubrir bajo el mismo paraguas a los planetas de la galaxia que habían sido privados de sus derechos. Tarkin no lo conoció cuando era uno de los más gallardos guerreros de la Orden Jedi, pero sí poco después de que el conde abandonara la orden con mucha discreción. El senador koorivar Passel Argente, quien se haría miembro de la directiva separatista, los presentó en Coruscant. A Tarkin le intrigaba el alto y carismático conde, no tanto porque hubiera sido un jedi, sino porque había renunciado a una fortuna familiar que le habría garantizado un

lugar entre los seres más poderosos e influyentes de la galaxia. Sin embargo, durante la primera reunión no hablaron de riqueza, sino de política y de las crecientes tensiones provocadas por las iniquidades de comercio y conflictos intersistemas. Tarkin estuvo de acuerdo con Dooku en que la República estaba en peligro de implosión, pero sostuvo que un gobierno supervisor, aun si fuera inefectivo, era preferible a la anarquía y la fractura de la galaxia.

Ocho años después de su despedida de la Orden Jedi, apenas se sabía algo de Dooku. Pese a los rumores acerca de que se encontraba fomentando la agitación política en una serie de planetas, la mayoría de la gente estaba convencida de que se había autoexiliado con la intención de fundar una rama de la Orden Jedi. Sin embargo, montó un regreso teatral a la vida pública requisando una estación de holored en el sistema Raxus y transmitiendo un discurso incendiario que condenaba a la República; en resumen, preparaba el escenario para el movimiento separatista. Por sus misteriosos movimientos (aunque algunos decían que iba un paso adelante de asesinos contratados por intereses de la República), Dooku se convirtió en el foco de atención galáctica, apoyando golpes de estado en Ryloth, entrometiéndose en los asuntos de Kashyyyk, Sullust, Onderon, entre muchos otros planetas, y desdeñando todas las oportunidades de negociar con el Canciller Supremo Palpatine.

Principalmente por estar ubicado en la confluencia de la Vía Hydiana y la Ruta de Comercio Rimma, Eriadu se convirtió desde los inicios del Imperio en algo así como un planeta en discordia. Conforme los sectores vecinos se escindían o se unían a los separatistas, Tarkin se encontró impelido, por ambos lados, a manifestar su lealtad. Dooku hizo todo lo que pudo por encontrarse con Tarkin en varias ocasiones, para demostrar que había tomado un interés personal en el futuro de Eriadu. De hecho, después de sentar las bases en la creación de una esfera separatista al sur, con la colaboración de Yag'Dhul y a Sluis Van, necesitaba a Eriadu para cerrar el trato. Si Dooku lograba conseguir su objetivo en el área metropolitana, el Seswenna, podría provocar que el Núcleo colapsara y que la expansión que era el resultado de milenios de exploración, conquista y colonización espacial se invirtiera en su favor.

En cada reunión, Dooku insistía en que, durante la mayor parte de la historia, Eriadu había sido ignorado o puesto a la merced del Núcleo, pero, dado que había forjado su propio destino, no le debía lealtad a Coruscant. Durante su última reunión, la amenaza reemplazó a la persuasión. Recientes agitaciones en Ando y Ansion habían dejado estupefacta a la galaxia, y Dooku parecía atrapado en la vorágine de acontecimientos. Aun así, llegó a Eriadu con su característica y fina capa; elegante y urbano. En la residencia de Tarkin, con vista a la bahía y a las rutilantes luces de la distante costa, los comensales disfrutaron la cena preparada por los chefs de la familia Tarkin y tomaron vinos que el conde de barba gris llevaba consigo. Sin embargo, Dooku estuvo inquieto todo el tiempo; al final, se dejó de rodeos y abandonó con furia la larga mesa para ir a la barandilla del balcón, donde se volvió hacia Tarkin.

—Necesito una respuesta, gobernador —comenzó—. Esta es una velada placentera y siempre he disfrutado de su compañía, pero las circunstancias demandan que concluyamos nuestro asunto: el compromiso de Eriadu.

Tarkin dejó su servilleta y su copa de vino sobre la mesa, y lo acompañó al balcón.

—¿Qué ha pasado para que considere que estamos en un momento decisivo?

—Una crisis inminente —reconoció Dooku—. No puedo decir más.

—Pero yo sí puedo especularlo. Sospecho que está a punto de persuadir a sus aliados secretos para iniciar una catástrofe económica.

La respuesta de Dooku se limitó a una débil sonrisa, así que Tarkin continuó:

—Las amistades de Eriadu son de amplio alcance. Nada sucede en este o en cualquier otro sector sin nuestro conocimiento.

—Es precisamente por eso que su planeta es tan importante para nuestra causa —dijo Dooku—. Pero a veces las presiones económicas no son suficientes para garantizar el éxito, como usted bien sabe, gobernador. ¿O acaso cree que hubiera podido comprar a los piratas que acosaron este sector por tanto tiempo? Por supuesto que no. Eriadu constituyó las Fuerzas de Seguridad de las Regiones Exteriores para tratar con ellos. Ustedes fueron a la guerra.

—¿Es guerra lo que está planeando?

En lugar de responder directamente la pregunta, Dooku dijo:

—Piense en la situación actual de Eriadu. Sé que han tenido éxito con el transporte de lommita por Malastare y dando vuelta alrededor de Bestine para llegar a Fondor y al Núcleo. Pero ¿dónde estará Eriadu cuando Fondor opte por unirse a la Confederación?

—¿Cuando opte por unirse o cuando caiga víctima de usted?

—Únase a nosotros y podrá continuar haciendo negocios en las esferas de la Confederación, en Falleen, Ruusan, en todo el camino hasta los sectores Tion. —Hizo una pausa—. ¿Su amigo y benefactor de Coruscant está en posición para ofrecerle una garantía similar si el Núcleo se cierra a su alrededor?

—El canciller supremo no necesita sobornarme para que me mantenga leal a él.

—O complementar sus sobornos anteriores, quiere decir. Él permite que sus acciones ilegales en el Seswenna sigan sin control, dado que usted fue cómplice en socavar a Finis Valorum. —Dooku resopló con desdén—. Un líder fuerte nunca habría permitido que los acontecimientos galácticos llegaran al punto de la crisis. Él es débil e incompetente.

Tarkin negó con la cabeza.

—Está acorralado por un Senado corrupto e incompetente. De otra forma, la República ya habría levantado un ejército contra usted.

—Ah, pero el fin de su segundo periodo está sobre él, gobernador, y no hay nadie con méritos para sucederlo. A menos, por supuesto, que alguna crisis haga que su periodo se extienda.

Tarkin trató de descifrar la inferencia del conde.

—Uno casi podría concluir que usted sugiere que hay una ventaja en alentar una guerra. Pero ¿cómo funcionaría eso? ¿Las fuerzas voluntarias de seguridad de la

Confederación se enfrentarían en cada planeta a... quiénes?, ¿a los judiciales y diez mil de sus excompañeros jedi?

Dooku adquirió una expresión arrogante.

—No se vaya a sorprender, gobernador, si la República tiene acceso a fuerzas secretas.

Tarkin lo miró con abierto asombro.

—¿Mercenarios?

—Representantes..., ese sería tal vez un término más adecuado.

—Entonces ya se ha comprometido a una guerra.

—Estoy comprometido a la idea de una galaxia gobernada por un líder ilustrado, con leyes que se apliquen universalmente, no sólo a los planetas del Núcleo o a los planetas del Borde Exterior de manera discriminante.

—Una autocracia —dijo Tarkin—, guiada por el conde de Serenno.

Dooku hizo un gesto de rechazo.

—Soy ambicioso, pero no a ese grado.

—Entonces, ¿por quién? —presionó Tarkin.

—Dejaremos eso para otro día. Simplemente estoy intentando evitar que se encuentre en el lado perdedor.

Tarkin lo analizó.

—¿Realmente habrá un lado perdedor para hombres como usted y yo? A veces sospecho que esta crisis es una mera farsa.

Dooku lo evaluó.

—¿Usted se opondría a ser parte de una farsa si eso significara que la galaxia podría regirse bajo el gobierno de uno solo?

Tarkin lo observó por largo tiempo.

—Me pregunto a qué se refiere, Dooku.

El conde asintió con la cabeza.

—Puede que no sea capaz de anticipar las repercusiones, gobernador, pero, si esta situación se intensifica al punto de llegar a una guerra entre la Confederación y la República, haré lo posible por supervisar que su planeta natal no sufra ningún daño duradero.

Las cejas de Tarkin se levantaron.

—¿Por qué haría eso?

—Porque, a la larga, usted y yo probablemente nos encontraremos bajo el mismo techo.

Tarkin se preguntaba desde hacía tiempo por qué la profecía de Dooku nunca había ocurrido. De hecho, fueron los separatistas quienes se quedaron del lado perdedor, junto con Dooku y, muy inesperadamente, la Orden Jedi completa. Al final, el Emperador y Tarkin fueron quienes se encontraron bajo el mismo techo.

—El *Carrion Spike* ha despegado, su majestad —informó 11-4D a Darth Sidious.

El droide parecía un modelo de protocolo excepto por sus varios brazos, de los cuales sólo dos terminaban en lo que podrían considerarse manos; el resto llevaba diversas herramientas, incluyendo interfaz de computadora y extensiones de carga de energía.

El droide había sido alguna vez la propiedad del tutor de Sidious, Plagueis, y había estado bajo la propiedad de Sidious desde la muerte de su exmaestro, aunque con varias superficies diferentes.

El anuncio sacó a Sidious de su meditación, quien se dio un momento para contactar a Vader, su perturbado aprendiz.

—Alértame cuando la nave aterrice en Murkhana —ordenó Sidious.

El droide inclinó la cabeza.

—Claro, su majestad.

Ambos estaban en la guarida de Sidious, un pequeño recinto con paredes de roca que se encontraba bajo el último de los muchos niveles del palacio y que fue alguna vez un antiguo santuario sith. El hecho de que los jedi hubieran erigido su templo sobre el santuario fue, durante mil años, uno de los secretos mejor guardados por los Lores Sith que habían implementado una venganza en contra de los fundadores de la Orden Jedi. Incluso los más poderosos sabios del Lado Oscuro creían que santuarios de ese tipo sólo existían en planetas de siths lejanos a Coruscant. Por su parte, el más poderoso de los jedi creía que el poder inherente al santuario había sido neutralizado y encubierto con éxito. En realidad, ese poder comenzó a filtrarse hacia la superficie desde que el santuario fue enterrado, insuflándose en los pasillos y habitaciones superiores y debilitando a la Orden Jedi, de la misma forma en que los Maestros Sith se infiltraron secretamente en los corredores del poder político y derrumbaron la República.

Excepto por Sidious, ningún ser inteligente puso un pie en el santuario en cerca de cinco mil años. La excavación y restauración de la habitación había sido llevada a cabo por máquinas, bajo la supervisión de 11-4D. Ni siquiera Vader tenía conocimiento de la existencia del santuario. Pero era aquí donde un día ellos trabajarían juntos, de la misma forma en que, durante años, Sidious y Plagueis persuadieron al Lado Oscuro de entregar sus últimos secretos. En el intervalo de esos años, Sidious realmente había llegado a apreciar a Plagueis por lo visionario que era. Para semejantes maquinaciones hacen falta dos siths: uno que sirva como cebo para el Lado Oscuro y el otro como receptáculo. El éxito les otorgaría la capacidad de emplear los poderes completos del Lado Oscuro y les permitiría regir por diez mil años.

Sidious no logró regresar a sus meditaciones. Buscando con ayuda del Lado Oscuro, intentó evaluar el humor a bordo del *Carrion Spike*. Vader había dejado clara su opinión acerca de la misión, pero Sidious se había enterado por el Visir Amedda de que también Tarkin estaba disgustado con la tarea. Durante las Guerras de los Clones, Sidious hizo todo lo posible para promover una buena relación entre Skywalker y Tarkin, pero la relación nunca prosperó como él quería. Después, vino ese asunto con la aprendiz togruta de Skywalker, Ahsoka Tano, quien, aunque se había ganado la antipatía de Skywalker,

también creó una brecha entre él y Tarkin que quizá no se enmendaba aún. Sí, hicieron equipo desde el fin de la guerra, pero, para molestia de Sidious, faltaba un verdadero reconocimiento mutuo de los talentos de cada uno.

«Bueno, si van a continuar sirviéndome», pensó Sidious, «ya es hora de que encuentren una manera de resolver sus diferencias».

El hecho de que Sidious aprobara tanto a Tarkin hacía el asunto todavía más fastidioso. Se conocieron varios años después de que Sidious, entonces todavía aprendiz de Darth Plagueis, fuera nombrado representante de Naboo en el Senado de la República.

A pesar del hecho de que Naboo y Eriadu eran planetas del Borde Exterior muy diferentes, Sidious reconoció a Tarkin (veinte años más joven) como un colega colono; aún más, vio en él a un humano con el potencial de convertirse en un aliado poderoso, no sólo respecto a sus ambiciones políticas, sino también en lo tocante a su plan de destruir a la Orden Jedi.

Con esos fines, Sidious había incorporado a Tarkin en su círculo desde el principio, e incluso facilitó una reunión entre Tarkin y muchos coruscantis influyentes, aunque fuera únicamente para solicitar sus opiniones sobre el héroe local de Eriadu. Conforme Sidious iba investigando el pasado de Tarkin (su extraña educación y sus exóticos ritos de paso), percibía que la forma de pensar del joven respecto a la República y el liderazgo concordaba con la suya. Y, con el paso de los años, Tarkin no lo había decepcionado. Cuando Sidious le pidió ayuda para debilitar al Canciller Supremo Valorum con el fin de que Sidious mismo pudiera ganar el cargo, Tarkin obstruyó los intentos de Valorum por investigar los eventos desastrosos que surgieron en una reunión de comercio en Eriadu, ayudando así a fomentar y acelerar la Crisis de Naboo. Tarkin también se mantuvo leal durante las Guerras de los Clones, enrolándose en las fuerzas armadas de la República a pesar de las repetidas súplicas del conde Dooku (una trampa que Sidious había orquestado para poner a prueba la lealtad de Tarkin).

Sidious suponía que Tarkin había averiguado que Vader fue alguna vez Anakin Skywalker, pues el egresado de la Academia Judicial estuvo a su servicio durante la guerra. Quizá también había determinado que Vader era un sith; de ser así, podría fácilmente deducir que Sidious era el Maestro del Lado Oscuro de Vader. Sin embargo, las intuiciones de Tarkin sólo eran importantes en la medida que nunca las revelara y nunca permitiera que interfirieran con sus ambiciones.

Tanto por su propio bien como por el de Tarkin, Sidious había sido cuidadoso en mantener esas ambiciones bajo control.

Entendía que Tarkin estaba frustrado con su posición actual como gobernador de sector y comandante de base, pero supervisar la construcción de la estación de combate móvil era una empresa demasiado imponente para una sola persona, incluso para alguien del calibre de Tarkin. Pese a lo poderosa que pudiera llegar a ser la estación de combate, su verdadero propósito era servir como un símbolo tangible y como un recordatorio constante del poder del Lado Oscuro; cumpliendo esa finalidad, liberaría a Sidious de tener que interpretar ese papel.

Alguna vez, Darth Plagueis había declarado que la Fuerza puede contraatacar. La muerte de una estrella no necesariamente restringe su luz. En ocasiones, Sidious podía ver la prueba de ello, a veces incluso en Vader: el más leve titileo de luz persistente.

Ataques como el dirigido contra la base lunar de Tarkin y descubrimientos como el de Murkhana eran, en realidad, distracciones para su objetivo principal: asegurarse de que la Fuerza no pudiera contraatacar, asegurarse de que cualquier tenue luz de esperanza que permaneciera pudiera ser extinta definitivamente.

10

UNA MEJOR TRAMPA PARA RATAS WOMP

IGUAL QUE MUCHOS bastiones exseparatistas, Murkhana era un planeta que agonizaba. Los prolongados efectos atmosféricos de años de bombardeo orbital y asaltos con armas láser habían elevado la temperatura en los mares del planeta, exterminando los arrecifes coralinos que alguna vez habían atraído a turistas de todo el Cúmulo Tion. Las ancestrales playas negras bañadas por olas ahora eran tramos de arenas movedizas sin fondo, y lo que habían sido caletas resguardadas ya eran bajíos estancados, plagados de criaturas marinas gelatinosas que evolucionaron cuando se murieron los peces. Maltratadas por las borrascas implacables de lluvia ácida, las que alguna vez fueron elegantes estructuras en espiral de la ciudad Murkhana estaban agrietadas y llenas de hoyos, y habían adoptado el color de los huesos cuando están enfermos. Incluso cuando las lluvias cesaron, nubes amenazadoras comenzaron a alzarse sobre el paisaje desteñido, bloqueando la luz y dejando en el aire un olor a queso rancio. Descender en la atmósfera era como entrar al caldero de un mejunje que hierve a fuego lento.

Abajo estaba lo que quedaba del hexagonal puerto espacial de la costa, además del cuarteto de puentes que, con sus diez kilómetros de largo, había conectado al puerto con la ciudad; parecía haber sido abatido por las aguas espumosas. La pista de aterrizaje de la alianza corporativa estaba deshecha, inclinada sobre los enormes pilotes que la habían sostenido. Debido a esto, las naves estelares que llegaban eran dirigidas al puerto espacial más antiguo de la ciudad, ubicado en la base de las colinas.

—Gobernador Tarkin, tenemos contacto visual con la zona de aterrizaje —notificó el capitán, mientras la nave atravesaba una última capa de nube sucia a baja altitud, descubriendo la devastada ciudad debajo de ellos, esparcida desde el mar hasta las envolventes colinas como por un terreno sacado de una pesadilla—. El control del puerto espacial dice que nos las tenemos arreglar para encontrar un lugar de aterrizaje, ya que sus sistemas de balizamiento no están en servicio y la terminal ha cerrado. El personal de migración y aduana se ha trasladado al centro de la ciudad.

Tarkin sacudió la cabeza como señal de repulsión.

—Supongo que nadie pasa por ellas. ¿Qué nos dicen los escáneres de la atmósfera?

—La atmósfera es un desastre, pero respirable —informó el oficial de comunicaciones, con sus ojos fijos en el tablero de sensores—. La radiación del medio ambiente tiene niveles tolerables. —Y volteando hacia Tarkin, añadió—: Señor, quizá quiera considerar usar un transpirador.

Tarkin vio fluir humo hacia el cielo, proveniente de incendios que podrían llevar ardiendo seis años. Pensó un momento en el consejo de su especialista y se fue haciendo a la idea de ser el único entre el personal de la misión con la cabeza descubierta, y por lo tanto tener más apariencia de oficial al mando.

—Buscando un sitio adecuado, gobernador —dijo el capitán.

Tarkin se inclinó hacia la ventanilla para evaluar la pista de aterrizaje. Era imposible distinguir los cráteres de bombas de las fosas repulsoras circulares que alguna vez habían funcionado como área de servicio para las esféricas naves separatistas. El borde de la pista estaba alineado con las hemisféricas y arruinadas bahías de acoplamiento y con grandes hangares rectangulares de techos derrumbados. La fachada del enorme edificio se había desplomado sobre la pista y el interior había sido destruido por el fuego.

Naves de diversos tamaños y funciones estaban estacionadas al azar, aunque la mayoría parecía no haber estado en el espacio por mucho tiempo.

—Veinticinco grados al este —dijo Tarkin, por fin—. Tendremos justo el espacio suficiente.

Vader entró a la cabina de mando mientras los repulsores descendían la corbeta hacia el permacreto agrietado.

—Un mundo que no esperaba volver a ver nunca —declaró Tarkin.

—Ni yo, gobernador —afirmó Vader—. Así que seamos veloces con esto.

Tarkin examinó el área cercana mientras el *Carrion Spike* comenzó a asentarse en su tren de aterrizaje y los instrumentos comenzaban a apagarse. Sólo un puñado de naves estelares ocupaban su esquina en la desnivelada pista, incluyendo un decrepito crucero judicial de cuarenta años de edad y una elegante fragata negra, evidentemente veloz, plagada de armas. Su ancha proa estaba diseñada para sugerir unos ojos oblicuos y unos colmillos sangrientos saliendo de una boca cruel.

—Encantador —dijo Tarkin—. Y muy en consonancia con el entorno.

Metió la gorra de mando en el bolsillo de su túnica y se unió a Vader y a ocho stormtroopers, que se enfilaban fuera de la nave.

Apenas cruzó la esclusa de aire, ya podía sentir ácido en la lengua. Tan sólo habían llegado al pie de la rampa de abordaje cuando, de pronto, apareció un tambaleante transporte de asalto a baja altitud; sus turbinas repulsoras montadas en las alas se esforzaban al descender desde el cielo para suspenderse a un lado del *Carrion Spike*. Dos stormtroopers imperiales, con armadura rasguñada y abollada, saltaron desde la escotilla lateral abierta, mientras que los bien armados artilleros custodiaban la pista.

—Bienvenidos a Murkhana, señores —dijo el líder de escuadrón, ofreciendo un saludo descuidado.

Tarkin oyó la risa reprimida de alguien dentro de la cañonera. La desteñida insignia del Duodécimo Ejército adornaba la portezuela de deslizamiento con álabes.

Reflejando una actitud de obvio descontento, Vader evaluaba la ruidosa cañonera.

—Líder de escuadrón, ¿está seguro de que esta reliquia es capaz de cargarnos o terminaremos cargándola nosotros?

El stormtrooper echó un vistazo por encima del hombro a la cañonera.

—Lamento informar que no tenemos opción, Lord Vader. El resto está en aún peor estado.

—¿Cómo es eso? —preguntó Tarkin, mientras daba un paso hacia el frente.

—Sabotaje, señor. No les caemos muy bien a los locales.

—Nadie les pidió que les cayeran bien a los locales, líder de escuadrón —espetó Vader. Con un giro de su capa se trepó en la cañonera, seguido de sus stormtroopers personales.

Tarkin hizo una pausa para comunicarse con el capitán del *Carrion Spike*.

—Estamos dejando cuatro stormtroopers para custodiar la nave. Mantenga el comunicador abierto y contácteme a la primera señal de problemas.

—Entendido, gobernador —dijo el oficial de comunicaciones.

Vader extendió una mano hacia Tarkin y lo subió a la deteriorada plataforma de despliegue de la cañonera.

—Vámonos —gritó Lord Vader a la tripulación de cabina.

La cañonera se elevó vacilantemente de la pista de aterrizaje y comenzó a dirigirse hacia el corazón de la ciudad de Murkhana.

Tarkin se colocó detrás de uno de los artilleros y, sujetándose de una correa superior, se asomó por la portezuela abierta.

No se sorprendió de ver que la mayoría de los edificios carbonizados de la ciudad todavía tenía que ser demolida. Como consecuencia de las sanciones, el gobierno local no era capaz de estimular la economía y la población, substancialmente reducida; la ciudad se había visto forzada a depender de comerciantes ilegales para abastecerse de bienes y recursos. Y como restos oxidados de guerra, droides hailfire, araña y cangrejo manchados de carbón estaban inactivos en las calles desoladas, vaciados de sus partes utilizables por pandillas de chatarreros. Desperdigados entre ellos había un par de AT-TE de la República y turbo tanques quemados, junto con un transporte Tridente. El casco de una nave para guerra del Gremio de Comercio sobresalía como un diente roto cerca de lo que quedaba de la Torre Argente, la cual era en sí misma un cascarón.

Algunos residentes, con máscaras de respiración, se escabulleron para esconderse cuando la cañonera pasó volando sobre avenidas cubiertas de vidrio, escaparates tapiados, monumentos derrumbados y cantinas lúgubres. Manadas de animales hambrientos recorrían los callejones, y casi todas las esquinas de las calles alojaban cuadrillas de contrabandistas y rufianes. Tarkin vislumbró veteranos de guerra que cojeaban (koorivar con cuernos craneales rotos, aqualish faltos de colmillos y gossams con cuellos torcidos) junto a niños afectados por horrendos defectos de nacimiento.

Mientras la cañonera viraba por una curva, un trozo de metal retorcido se estrelló contra la portezuela retractada; había sido lanzado por una joven que salió audazmente de una puerta ladeada y se puso de pie en la calle, con las manos en la cadera, como retando a los imperiales a responder.

—Permiso para exterminar, señor —dijo uno de los stormtroopers, con su rifle bláster apoyado en el hombro.

Vader estiró la mano enguantada para bajar su arma.

—No hemos venido hasta acá para provocar un disturbio.

Y, sin embargo, dos cuabras después, al avistar desfigurados carteles de reclutamiento militar y muros vandalizados con insultos garabateados que se dirigían al Emperador, se volvió hacia Tarkin y dijo:

—Deberíamos poner a este lugar fuera de su miseria.

—Eso es demasiado magnánimo —dijo Tarkin—. Aunque podría llegar a hacerlo.

La cañonera comenzó a perder velocidad cuando cruzaba una plaza llena de cráteres; se detuvo y flotó en medio de una amplia explanada obstruida por un arco de coral colapsado.

—Hemos llegado, señores —anunció el líder de escuadrón.

—¿Qué edificio? —preguntó Tarkin, luego siguió la línea que formaba la mano extendida del stormtrooper para ver una estructura achaparrada de esquinas redondeadas, a tres cuabras—. Primero, la propiedad de la Alianza Corporativa, señor —continuó el líder de escuadrón—. Era un centro médico, hasta que se ocupó para almacenar un generador de escudo deflector que protegía una plataforma de aterrizaje separatista de vital importancia.

—¿Y el dueño actual?

—Desconocido, señor. El lugar ha cambiado de manos varias veces desde el final de la guerra. Las identidades de muchos dueños están enterradas bajo capas de documentación falsa.

—¿Han estado manteniendo la vigilancia? —preguntó Vader.

—De forma continua, desde que recibimos órdenes de Coruscant hace tres semanas, Lord Vader. Pero no hemos visto a nadie ir o venir. La gente del lugar tiende a evitar esta área.

—Entonces no tienen a nadie bajo custodia.

—A nadie, Lord Vader.

Los ojos de Tarkin se nublaron con sospecha.

—Sí, ¿pero quién podría haber estado observándolos mientras ustedes estaban haciendo lo mismo con el edificio?

Vader asintió con la cabeza.

—Sí, gobernador, bien podría ser una trampa.

El stormtrooper indicó varios edificios cercanos.

—Hemos colocado francotiradores en las azoteas: ahí, ahí y ahí, Lord Vader.

—¿Trae consigo droides remotos de vigilancia?

—Tenemos un par de AC-1 a bordo, junto con un ASN actualizado con un holotransmisor.

—Es suficiente. Prepárenlos.

La cañonera aterrizó; Vader bajó de la plataforma de despliegue, casi flotando, hacia la colapsada calle. Cuando sus stormtroopers lo siguieron, se volvió hacia el sargento Crest.

—Llévese a cuatro de sus hombres y siga a los droides hacia dentro. Nosotros vigilarémos las holotransmisiones desde aquí.

Lleve a cabo un reconocimiento completo del edificio, pero no entren a la habitación donde dicen estar los aparatos sino hasta que respondamos a su confirmación de que todo está despejado.

Crest saludó y señaló a cuatro de los stormtroopers, mientras los droides de vigilancia esféricos ya iban zumbando hacia el edificio para cumplir su tarea. El líder de escuadrón colocó un holoprojector portátil sobre la plataforma de despliegue y lo activó.

Un momento después, el aparato comenzó a recibir transmisiones de uno de los droides remotos. Mientras Vader caminaba de arriba abajo, Tarkin observaba cómo imágenes iluminadas de pasillos estrechos y escaleras cortas se formaban sobre el holoprojector. El líder de escuadrón cambió la transmisión de un droide remoto a otro, pero las imágenes y sonidos permanecían en gran parte sin cambios: pasillos encharcados, escaleras oscuras, agua goteando, puertas crujiendo, ruidos indistintos que podían venir de máquinas que aún estaban trabajando.

Casi pasó una hora antes de que la voz del sargento Crest sonara por el comunicador de un subordinado.

—Lord Vader, el edificio está despejado. Los estamos esperando al comienzo de un corredor que va hacia el alijo. He asignado la tarea de guiarlos hasta nuestra posición a un remoto.

Tarkin, Vader y el resto de la comitiva de Coruscant entraron con barras luminosas en las manos, habiendo ordenado a los stormtroopers que establecieran un perímetro fuera del edificio. Siguieron al remoto asignado a través de algunos corredores y escaleras que habían visto por la transmisión. En poco tiempo se reunieron con Crest y los demás, a cincuenta metros de unas imponentes puertas de deslizamiento recién colocadas que parecían sellar el almacén.

Vader ordenó al líder de escuadrón que mandara a uno de los droides remotos hacia el tramo final y que luego lo siguiera, junto a cuatro soldados. Tarkin siguió su cauteloso avance hacia las puertas de deslizamiento, las cuales Crest abrió lo suficiente como para permitir el paso al remoto. Cuando el droide salió, después de un largo rato, Crest hizo señas a Vader, Tarkin y los demás para que procedieran.

Vader fue el primero en llegar a las puertas de deslizamiento. Se detuvo de golpe.

—¿El remoto no encontró nada inapropiado? —preguntó a Crest.

—Nada, Lord Vader.

La respiración de Vader llenaba el corredor.

—Algo...

Tarkin lo observaba atentamente. Los instintos excepcionales de Vader lo habían alertado sobre algún tipo de amenaza. Pero ¿sobre qué? Comenzó a repasar en su cabeza

las holotransmisiones que los remotos hicieron de su vertiginosa exploración en el interior del confuso edificio. En cada nivel, los droides de vigilancia se habían topado con callejones sin salida semejantes al que él, Vader y los stormtroopers enfrentaban ahora. ¿Eso quería decir que el almacén era de varios pisos de altura? Quizás había sido un claustro antes de convertirse en un espacio de almacenamiento. Tarkin recordó vagamente la relación que el líder de escuadrón hizo acerca del edificio: «Un centro médico... almacenar un generador de escudo deflector...».

Tarkin no podía imaginar que hubieran ensamblado esa enorme pieza de maquinaria *in situ*. Y esto podía significar...

—Lord Vader, esta no es la entrada principal —dijo.

Vader volteó hacia él.

—¿Quién sería tan estúpido como para acarrear este alijo, estos dispositivos de comunicación, a través de tantos corredores y escaleras?

Tarkin hizo un gesto hacia arriba con el mentón.

—Sospecho que entraron por la azotea. Las puertas de deslizamiento podrían llevar a alguna emboscada.

Vader se dio un momento para considerarlo, luego miró a Crest.

—Me ha fallado otra vez, sargento.

—Lord Vader, el droide remoto...

—La azotea —interrumpió Tarkin.

Vader lo miró, pero no dijo nada.

Salieron del edificio por la misma ruta que habían tomado para entrar. Una vez fuera, Vader ordenó al líder de escuadrón que llamara a la cañonera y todos treparon deprisa a la plataforma de despliegue. En el techo plano del edificio, descubrieron un cubo de turboascensor bien escondido, de cinco metros de diámetro, transparente y seguro de utilizar. Tarkin localizó los restos de un mueble de recepción, colocado entre montones de contenedores metálicos de transporte y otras máquinas.

—Nadie toque nada hasta que yo lo haya visto —dijo a los stormtroopers—. Y tengan cuidado de dónde pisan. Las puertas pueden no ser lo único que esté amañado.

Mientras Vader, Crest y otros más partían para investigar la entrada secundaria, Tarkin, con una sensación de estar regresando en el tiempo, comenzó a deambular entre las hileras de contenedores y dispositivos apilados.

Había sido tan sólo nueve meses después de la Batalla de Geonosis cuando los científicos del conde Dooku lograron deslizarse en la holored de la República para sembrar las vías espaciales con novedosos nodos de transceptores de hiperonda. Los separatistas pudieron haberse callado sobre la infiltración y usar los nodos para reunir información sobre operaciones militares de la República. En lugar de eso, Dooku (como si de repente se decidiera a ganar corazones y mentes en lugar de derrotar a la República con sus ejércitos de droides) comenzó a usar la holored para emitir transmisiones sombra de propaganda, reportes separatistas de batallas ganadas y revelaciones sobre los

crímenes de guerra de la República; al final sembró terror entre las poblaciones de los Planetas del Núcleo con noticias según las cuales una victoria separatista era inminente.

A pesar de esto, el logro separatista de interferir los retransmisores de comunicación pertenecientes a la República hizo que Tarkin entrase en la partida. Junto con los operarios del incipiente departamento de criptoanálisis de la República y elementos del Duodécimo Ejército, Tarkin fue enviado a Murkhana para dirigir la invasión y para supervisar el desmantelamiento de las transmisiones sombra.

Al pasar las manos sobre los dispositivos de interferencia Hebra-S, erradicadores de señal y dispositivos de fricción de la holored, recordó estar entre la primera ola de pelotones de soldados clones que se abrió camino luchando hasta el edificio de donde salían las transmisiones sombra; recordó también dominar a las fuerzas separatistas, torturar a los científicos cautivos para que revelaran los secretos de las tecnologías de interferencia y esteganografía, así como ejecutar a miles de seres que habían contribuido a la maquinación de Dooku.

La misión fue la primera operación encubierta de Tarkin emprendida para el entonces Canciller Supremo Palpatine. En Murkhana, tuvo un año de éxitos, pero finalmente lo habían capturado, torturado y encarcelado en la prisión Ciudadela.

A partir de la proclamación del nuevo orden que realizó el Emperador, algunos aspectos de la holored fueron objeto de un estricto control imperial, tanto porque se proveyó a las fuerzas armadas con sistemas de comunicación exclusivos como porque se comenzó a incurrir en la censura de las noticias.

Tarkin estaba completando su inspección inicial de los componentes cuando Vader lo buscó.

—Las puertas de deslizamiento estaban manipuladas para activar una explosión cuando se abrieran por completo —dijo—. Es extraño que el droide remoto no consiguiera registrar los explosivos.

Tarkin hizo un gesto hacia las pilas de dispositivos.

—Quienquiera que haya ensamblado esta colección encontró una forma de neutralizar a los remotos.

Vader miró alrededor.

—Los operarios de seguridad imperial no hicieron mención de una entrada amañada.

Tarkin se mordió el labio inferior.

—Eso podría significar que los explosivos fueron instalados recientemente.

—¿Con el edificio bajo constante vigilancia?

—La entrada de la calle sí fue vigilada —dijo Tarkin—. Probablemente el techo, no.

Vader reflexionó en silencio, luego dijo:

—Aun así, es extraño. ¿Todo esto sólo para atraer y asesinar a un equipo de investigación?

—Dudo que la trampa en la puerta estuviera destinada para nosotros, Lord Vader.

—¿Entonces para intrusos de un tipo más ordinario? ¿Ladrones potenciales, comerciantes ilegales? —Vader miró alrededor de una manera que a Tarkin le pareció manifestar una creciente irritación—. ¿Encontró algún dispositivo desconocido?

—Aún no —contestó Tarkin.

—Entonces todo es demasiado obvio: colocaron estos dispositivos para que los descubriéramos. Esto es un montaje.

—Tal vez —dijo Tarkin—. Pero vamos a tener que analizar cada contenedor para estar seguros de que no hay nada nuevo entre los dispositivos. Este material puede datar de la guerra, pero eso no anula el hecho evidente de que funcionan: pueden corromper señales de la holored.

Vader replicó con desdén:

—Esta tecnología existe desde hace casi diez años, gobernador.

—La pregunta es ¿por qué están estos dispositivos aquí?

—Alguien los encontró en otro sitio y los movió aquí para guardarlos hasta poder determinar su valor.

—Eso explicaría las puertas amañadas... —aceptó Tarkin—. Pero también es posible que quien fuera el primero en encontrarlos utilizara algunos para tramar la llamada de emergencia falsa que recibió la Base Centinela.

Vader guardó silencio durante largo rato, luego dijo:

—Estoy de acuerdo. Entonces, ¿cuál es su propuesta?

Tarkin miró alrededor.

—Fotografiemos todo, registremos y transmitamos a Coruscant cualquier número de serie o marca que encontremos. Todo componente sospechoso debe ser trasladado al *Carrion Spike* y llevado a Coruscant para su análisis exhaustivo. El resto debe ser destruido.

Vader asintió con la cabeza.

Tarkin volvió a mirar alrededor y suspiró.

—Tenemos mucho trabajo por hacer.

—Los stormtroopers pueden ocuparse de la mayor parte —dijo Vader—. Hay alguien con quien deseo hablar antes de que regresemos al Núcleo.

Tarkin le lanzó una mirada inquisitiva.

—Con el elemento de la Agencia de Seguridad Imperial que nos informó del hallazgo.

11

JUEGO LIMPIO

A BORDO DE la cañonera, que aceleraba de regreso hacia el centro de la ciudad, Tarkin contemplaba la devastación y pensaba:

«Eriadu pudo terminar en esto si no hubiera advertido a la directiva planetaria que apoyar a Dooku significaba permitir un cataclismo».

No todos los miembros del cuerpo regente del planeta lo apoyaron, pero acabó saliéndose con la suya, y así Eriadu se mantuvo leal a la República. Sin embargo, para Tarkin, la administración de su planeta natal ya había llegado a su fin. Cuando se supo de su decisión de no buscar la reelección, su envejecido y para entonces enfermo padre lo citó en el recinto familiar para tener una conversación franca.

—¿La política no fue suficiente campo de batalla para ti? —le preguntó su padre desde la cama a la que estaba conectado, con tubos de alimentación y sondas que perforaban su cuerpo. El ventanal permitía observar casi toda la tranquila bahía.

—Fue más que suficiente —dijo Tarkin desde una silla, a un lado de la cama—. Pero los asuntos de inmigración están resueltos, la economía está funcionando otra vez y nuestro planeta ahora es considerado como parte del Núcleo, aun si pertenece al Borde Exterior.

El cuarto contiguo a la suite principal se había transformado en una especie de unidad de cuidados intensivos; guardaba un tanque de bacta y un equipo de droides médicos, listos ante la posibilidad de que el Tarkin más viejo pidiera resucitación.

—Lo reconozco —dijo su padre—. Eso, sin embargo, no significa que tu trabajo esté terminado. Mucha gente se esforzó para que ocuparas un cargo.

—Logré las metas que me propuse; les he pagado en su totalidad —dijo Tarkin, en un tono más brusco de lo que quería—. A algunos, más de lo que merecían. —Guardó silencio por un momento, luego agregó—: Estoy exasperado por tener que apaciguar tantos intereses diferentes y pelear para que aprueben y promulguen leyes. La política es peor que un teatro de guerra.

Su padre resopló.

—Esto viene de alguien que siempre ha predicado la importancia de la ley y el gobierno mediante el miedo.

—Eso no ha cambiado. Pero ahora tiene que ser bajo mis términos. Además, los problemas internos de Eriadu apenas importan en la situación actual. Cuando me reuní

con Dooku por última vez, hablaba como si una guerra galáctica fuera tan inevitable como inminente.

—¿Y por qué hablaría de otra forma? En su afán de persuadirte para que te unieras a los separatistas, él emplearía la tentación, las amenazas, lo que fuera necesario.

Tarkin recordó su reciente conversación con el conde y negó con la cabeza.

—Había algo más en su mente, pero no pude sacárselo. Era casi como si me estuviera ofreciendo la oportunidad de unirme a una fraternidad secreta de seres que son los verdaderos responsables de este lío.

Su padre pareció considerar lo que acababa de decir.

—Entonces, ¿qué harás? ¿Esperar a que la República monte fuerzas armadas y enrolarte en ellas? —Asqueado, sacudió la cabeza—. Serviste en Regiones Exteriores, serviste en el Departamento Judicial. Enrolarte sería dar un paso hacia atrás justo cuando Eriadu más te necesita. Sobre todo si este cisma conduce a la guerra. ¿Quién será capaz de mantener a salvo a Eriadu si cae ante las fuerzas de Dooku?

—Exactamente de eso se trata. Hay un límite para lo que uno puede hacer con palabras y argumentos.

—Así que «correrás hacia la luz de los láseres». ¿No solías exclamar eso cuando eras comandante de Regiones Exteriores? —Su padre logró soltar una risa afligida—. Ya podrías adoptar esa frase como lema personal.

—Muerto o con renombre, padre, después de todo soy su hijo.

—Sí, lo eres —dijo el viejo Tarkin, asintiendo lentamente con la cabeza—. ¿El Canciller Supremo hizo algún comentario sobre tu decisión?

Tarkin asintió con la cabeza.

—Palpatine está de mi lado, por así decirlo.

—Me lo temía. —Su padre lo observó por largo tiempo—. Te pido que recuerdes el Carrion, Wilhuff. Cuando el territorio de una manada se ve amenazado, la bestia dominante se mantiene firme. No sale corriendo a enrolarse en una causa más grande.

Debes pensar en Eriadu como si fuera el altiplano mismo.

Tarkin miró por el ventanal y luego volvió a enfrentarse a su padre.

—Jova me contó una historia que tiene que ver con mi decisión. Mucho antes de que usted naciera, incluso mucho antes de que Jova hubiera nacido, hubo un grupo que tenía proyectos para el Carrion y para todas esas tierras ricas en recursos que la familia Tarkin había amasado. Nuestros ancestros intentaron resolver el asunto de forma pacífica inicialmente. Intentaron apaciguar a los promotores con créditos. En un momento dado, según cuenta Jova, incluso estuvieron dispuestos a ofrecerles todas las tierras al norte del río Orrineswa, todo el camino hasta el Monte Veermok, pero su oferta fue rechazada de forma rotunda. El grupo quería el altiplano completo y todo el territorio circundante o nada de nada.

El padre sonrió débilmente.

—Sé cómo termina esta historia.

El hijo devolvió la sonrisa.

—Los Tarkin entendieron que no iban a mantener a raya a sus adversarios poniendo letreros de «prohibido el paso» o rodeando al Carrion con rejas de plasma. Después de dar todas las señales de que estaban preparados para rendirse, atrajeron a la directiva del conglomerado hacia la mesa de negociaciones.

—Y asesinaron hasta el último hombre —dijo el padre.

—Hasta el último hombre —repitió el hijo—. Y ese fue el final de todo.

El viejo Tarkin respiró profundamente y soltó una tartajeante exhalación.

—Entiendo. Pero eres ingenuo al pensar que la República tiene las agallas de hacer eso con Dooku y el resto. Escucha lo que te digo, esta guerra seguirá y seguirá hasta que cada planeta haya pagado un precio. Y estoy contento de que no estaré aquí para verlo.

En el complejo imperial, la embajadora de Murkhana esperaba en la cima de las ornamentadas escaleras que daban al frente del edificio principal. Era una mujer alta y de hombros anchos. «Vestida de forma apropiada para Murkhana», pensó Tarkin, ya que llevaba una armadura de stormtrooper.

Aparentemente incapaz de decidir si dar la mano o hacer una reverencia mientras él y Vader se aproximaban, ella simplemente extendió los brazos en un gesto de bienvenida y puso una sonrisa escéptica. La lluvia ácida y el aire espeso de Murkhana habían cobrado un precio en su cabello y en su complexión, pero por lo demás parecía estar sana.

—Bienvenidos, Lord Vader y Gobernador Tarkin. Estaba al tanto de que Coruscant mandaría a un equipo de investigación, pero no tenía idea...

—¿Ha llegado el operario? —interrumpió Vader. Hizo un gesto hacia la residencia con un movimiento de cabeza.

—Está dentro. Lo convoqué en cuanto recibí su comunicado.

—Llévenos a él.

Se impulsó sobre los talones de las botas y se dirigió a la puerta frontal reforzada. Los dos stormtroopers que anqueaban la entrada se hicieron a un lado y saludaron a Vader y a Tarkin mientras pasaban.

La sala de espera y la habitación principal de la residencia estaban amuebladas escasamente y el aire seco parecía perfumado de manera artificial. Un koorivarno más alto que Tarkin y vestido con túnicas harapientas estaba parado en silencio atrás de un sofá curvo; su cuerno craneal era de tamaño promedio para su especie, pero sus crestas faciales habían sido dañadas por cicatrices secantes.

La embajadora hizo un gesto a Vader y a Tarkin para que se sentaran, pero rechazaron la proposición.

—¿Al menos les puedo ofrecer algo de...?

—Dígame, embajadora —interrumpió Vader otra vez—, ¿alguna vez deja este complejo suyo, de altos muros tachonados de sensores y guarecido por la compañía de centinelas armados?

—Por supuesto.

—Entonces no cabe duda de que ha visto los garabatos obscenos y los daños expuestos en casi todos los edificios ubicados entre este lugar y la miserable versión de puerto espacial que posee este planeta.

Ella mostró una mirada sardónica.

—Mi señor, tan rápido como los elimino, aparecen nuevos.

—¿Y qué hay de la turba criminal que se apiña en cada esquina? —preguntó Tarkin.

La embajadora rio secamente.

—Esos proliferan todavía más rápido que los garabatos, Gobernador Tarkin. En el momento en que el Sol Negro se fue, el Crymorah llegó.

—El Crymorah —dijo Vader.

—De hecho, una filial local conocida como Sugi.

Vader pareció estar guardando esa información.

—Necesita poner un ejemplo con ellos —dijo Tarkin.

La embajadora lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

—¿Cree que no lo he intentado?

Tarkin alzó una ceja.

—¿A qué se refiere, exactamente?

Comenzó a responder, de pronto exhaló y luego recomenzó:

—He enviado a Moff Therbon solicitud tras solicitud de que me mandara stormtroopers adicionales, pero no ha habido ningún resultado.

—Y si nosotros nos encargamos de que le lleguen estos recursos adicionales, ¿hará lo que debe de hacerse?

Ella continuó observando a Tarkin con escepticismo.

—Discúlpeme, gobernador, pero creo que usted no entiende por completo la situación. O ciar aquí ha sido como cumplir una sentencia por un crimen que no cometí. Los stormtroopers tienen una frase: «es mejor ser lanzado al vacío que asignado a Belderone». Nosotros estamos aún más lejos de Belderone. —Exhaló—. Sí, yo puedo dejar el complejo, pero mi vida está en riesgo cada vez que lo hago. Por eso uso la armadura blanca. —Ella lanzaba miradas a Tarkin y a Vader alternativamente—. Quizás ustedes dos no se han dado cuenta, pero Murkhana no es Coruscant. La población de aquí me odia. A veces pienso que todo Murkhana me odia. Se me considera responsable de cualquier incremento imperial de impuestos y de cualquier cambio menor al sistema legal. Los contrabandistas son los únicos que obtienen respeto, porque son los únicos que proveen productos a la población, aunque sea a precios exorbitantes. En cuanto a los grandes señores del crimen, solamente ellos son lo bastante poderosos como para dar protección a los ladrones y asesinos que este planeta ha engendrado desde el fin de la guerra.

Vader dio un paso en su dirección.

—Me aseguraré de hacerle saber al Emperador su insatisfacción, embajadora.

Ella no retrocedió.

—Realmente quisiera que alguien lo hiciera. Quiero decir, me honra que el Emperador me crea digna de servirle, pero esta designación...

Vader apuntó su dedo índice hacia ella.

—Permitir que una célula de disidentes opere bajo su cuidado no es lo que yo llamaría servir al Emperador, embajadora.

—¿Disidentes? —Genuinamente desconcertada, sacudió la cabeza—. No entiendo.

En lugar de explicarle, Vader puso su atención en el koorivar.

—¿Es usted el informante?

—Me llamo Bracchia —dijo el koorivar en poco más que un susurro.

Tarkin sabía que no era más que un alias, pero era el único nombre que el director adjunto Harus Ison estuvo dispuesto a dar.

—Usted fue operario de la República durante la guerra.

Bracchia asintió con la cabeza.

—Lo fui, Gobernador Tarkin. Asistí en la operación antitransmisores sombra, en este lugar.

Los labios delgados de Tarkin formaron una expresión de cautela.

—Háblenos acerca del edificio de Alianza Corporativa..., el antiguo centro médico.

El koorivar asintió con la cabeza ante su solicitud.

—Antes de entrar, estuve observando el edificio todos los días durante una semana, Gobernador Tarkin. Cuando concluí que estaba desocupado, entré e hice un rápido inventario de los dispositivos, como se me indicó.

—¿Como se le indicó? —preguntó Tarkin, sorprendido.

Pero antes de que Bracchia pudiera responder, Vader dijo:

—Si usted entró, ¿cómo lo hizo?

El koorivar se volvió hacia él.

—A través de las puertas de deslizamiento, Lord Vader. No sé de ninguna otra entrada, y los dispositivos estaban justo donde se me dijo que los encontraría.

—¿Cómo fue que no vio el turboascensor? —preguntó Vader.

El koorivar miró el suelo.

—Mis disculpas, Lord Vader. Me concentré en investigar los dispositivos.

Tarkin se colocó de forma deliberada entre Bracchia y Vader.

—¿Está diciendo que usted no hizo el descubrimiento por su cuenta?

—No, gobernador, no lo hice. Me limité a verificar un reporte que me fue enviado desde Coruscant.

Tarkin frunció el ceño.

—¿De Seguridad Imperial?

Bracchia asintió con la cabeza.

—Sí, de mi oficial supervisor ubicado en la ASI.

Tarkin tenía la boca abierta; quería continuar hablando del asunto, pero su comunicador sonó. Arrebató el aparato del estuche que tenía en el cinturón.

—Estamos en el edificio, Gobernador Tarkin.

Tarkin reconoció la voz del sargento Crest.

—¿En qué edificio?

—De regreso en el edificio de la Alianza Corporativa, señor.

—¿No está en la pista de aterrizaje?

Crest se tomó un momento para responder.

—Señor, nos dijo que regresáramos aquí después de que descargáramos los dispositivos en la corbeta.

—¿Quién le dijo qué?

—Usted, señor. —Crest parecía tan confundido como Tarkin.

—Yo no di semejantes órdenes, sargento.

—Discúlpeme, señor, pero la orden vino de una holotransmisión de usted, justo después de que trasladamos a la nave los últimos dispositivos que usted marcó. Como no teníamos la cañonera, tuvimos que requisar un airspeeder en la pista de aterrizaje.

—¿Quién está en la nave? —preguntó Vader mientras se acercaba al micrófono del comunicador.

—Dos de nuestro grupo, Lord Vader, además del capitán de la corbeta y el oficial de comunicaciones.

Tarkin sintió que la sangre se le iba del rostro.

—Sargento, regrese a la nave inmediatamente.

—En camino, señor.

Vader miraba a Tarkin mientras este contactaba al capitán del *Carrion Spike*.

—¿Una segunda intromisión de los creadores del falso holovideo transmitido en la base lunar?

—En la cual yo soy quien parece estar en la mira —dijo Tarkin, tratando de no sonar muy agitado. Y mientras volvió a revisar el comunicador, agregó—: No puedo contactar la nave.

—Eso sucede todo el tiempo, Gobernador Tarkin —comentó la embajadora—. Si no falla la red eléctrica de la ciudad, falla la de comunicaciones.

Tarkin la miró boquiabierto: un sentimiento de inquietud comenzaba a enroscarse dentro de su pecho. Con los dedos bailando sobre el teclado del dispositivo, abrió un segundo canal que le permitió comunicarse con la corbeta misma. Trató de introducir un código que comandaba al sistema secundario del *Carrion Spike*, para prevenir que nadie se acercara a la nave, pero el sistema no respondía.

—Nada —dijo a Vader—. No tengo respuesta ni de la cabina de mando, ni de la nave misma.

Vader volteó hacia la embajadora.

—Contacte a Coruscant por holored inmediatamente.

Ella extendió sus manos en señal de disculpa.

—Lord Vader, Murkhana no tiene comunicación de holored desde principios de las Guerras de los Clones. —Ella lanzó una mirada a Tarkin—. La holored fue destruida durante el primer ataque de la República.

Tarkin lo recordó. Habían destruido el retransmisor para interrumpir las transmisiones sombra de Dooku a planetas ubicados a lo largo de la Ruta Comercial Perlemiana. Sus pensamientos dieron vueltas.

—Mande una transmisión subespacial —sugirió Vader.

—Gobernador Tarkin —dijo Crest por el comunicador—, estamos de regreso en la pista de aterrizaje. —Guardó silencio por un largo rato y, cuando habló de nuevo, su voz delataba asombro—. Señor, no hay rastro del *Carrion Spike*.

Tarkin miró fijamente al comunicador.

—¿Qué?

—No está aquí, señor. Debió haber despegado.

—¡Imposible! —exclamó Tarkin.

—¿Dónde están sus soldados, sargento? —gruñó Vader.

Otra vez la respuesta tardó en llegar.

—Lord Vader, tenemos un visual de cuatro cuerpos..., dos stormtroopers, el capitán y el oficial de comunicaciones. —Crest hizo una pausa, luego agregó—: los mataron a disparos, Lord Vader.

Vader se apretó la mano derecha.

—Me ha fallado por última vez, sargento.

—Lo entiendo, señor —dijo Crest con voz sombría.

Vader se volvió hacia Tarkin.

—Sólo esquivamos la trampa pequeña para caer en la grande, gobernador. Cuando menos, ya sabemos la razón por la que nos atrajeron aquí. —Se llevó la mano izquierda al entrecejo del casco y comenzó a apartarse de Tarkin y la embajadora; de inmediato, se dirigió de nuevo a ellos—. La nave sigue en el sistema Murkhana.

Tarkin no perdió tiempo preguntando a Vader cómo podía saberlo. En lugar de eso, miró a un stormtrooper.

—El crucero judicial en la pista de aterrizaje.

El stormtrooper sacudió la cabeza de forma apenada.

—No está en buen estado para salir al espacio, señor. Hemos esperado refacciones para el motivador del hiperimpulsor desde hace tres meses.

—Yo sé dónde conseguir una nave —dijo Vader de forma abrupta y movió los brazos haciendo un gesto a los stormtroopers—. Todos ustedes... vengan conmigo. —Luego volteó, apuntó a Bracchia y dijo—: Tú también.

Tarkin se unió a ellos mientras salían a toda velocidad de la embajada.

Tarkin tenía sus dudas.

En Lola Sayu, cuando Skywalker, Kenobi y Ahsoka Tano habían participado en su rescate de la Ciudadela, Tarkin había estado en desacuerdo con la estrategia jedi de separarse en dos equipos. Cambiar la integridad de grupo por el doble de problemas

potenciales no tenía mucho sentido, pero así fue precisamente como la misión se desarrolló. El general de Tarkin, Even Piell, murió y el resto de ellos casi vuelve a caer en las garras del sádico alcalde separatista de la Ciudadela. Ahora, años después, Vader también había dividido sus fuerzas. Y ahí estaban, dejándose conducir a punta de bláster hacia el cubil del señor del crimen sugi, mientras los stormtroopers permanecían en otro sitio, en la ciudad de Murkhana, llevando a cabo su parte en el plan trazado por Vader.

Así que Tarkin tenía sus dudas.

Sin embargo, dado que el *Carrion Spike* parecía estar en manos de secuestranaves y ya que su capitán, oficial de comunicaciones y dos stormtroopers habían muerto, no tenía otra opción que estar de acuerdo con el plan, con la esperanza de que fuera un éxito.

—Sigue sin gustarme dividir al equipo —le dijo a Vader, mientras uno de los sugi lo empujaba desde atrás.

Vader lo miró, pero, como siempre, era imposible saber lo que pasaba atrás de los orbes negros y la boca de su máscara.

El edificio del cuartel general estaba en mejores condiciones que la mayoría de la ciudad; estaba decorado con elegantes remolinos de coral y colores submarinos. Sobrevivió a la guerra o fue restaurado después. Al principio, Tarkin creyó que los sugi eran una especie insectil, pero en realidad eran bípedos chaparros que portaban trajes blindados de poder. Estos les proveían de un segundo juego de piernas y un abdomen segmentado con púas, el cual les daba la apariencia de criaturas mitológicas. En todo caso, eran soldados. Los que estaban en el salón frío y húmedo al que fueron escoltados Vader y Tarkin se paraban en sus dos pies, vestían cascos parecidos a capuchas y llevaban algún tipo de paquete de energía a sus espaldas. Los enormes cascos hacían que sus rostros esqueléticos de ojos grandes parecieran todavía más pequeños de lo que eran.

Veinte soldados se sumaron a la media docena que ya apuntaba sus armas hacia Vader y Tarkin; enseguida, varios droides de combate reutilizados por los separatistas se sumaron al grupo. El que parecía el líder descansaba en un llamativo trono de coral, mientras daba órdenes a sus secuaces mediante clics.

Vader se detuvo a cinco metros del trono y admiró durante unos instantes el exagerado entorno.

—Le ha ido bien desde el deceso de su antiguo competidor, señor del crimen —dijo al fin.

—Y por ello tengo una deuda con usted, Lord Vader —respondió el sugi, en idioma básico—. Esa es la única razón por la que he permitido su entrada a mi morada..., para agradecerle personalmente por matar a mi predecesor y persuadir al Sol Negro de que abandonara Murkhana para ir a regiones más seguras.

—Usted es tan insolente como él, señor del crimen.

—Dado que gozo de tener la ventaja aquí, Lord Vader, bien me puedo permitir serlo. Vader cruzó los brazos sobre el imponente pecho.

—No esté tan seguro de sí mismo.

El sugi desechó la advertencia.

—Mis asociados me avisaron de su destreza, Lord Vader. Pero dudo que incluso usted pueda triunfar en todo. —Como Vader no dijo nada, continuó—: Ahora, ¿qué es esta tontería acerca de requisar mi nave estelar?

Tarkin dio un paso adelante para hablar.

—Entendemos lo que dice al respecto de estar superados en número. Pero quizá haya una forma más razonable de persuadirlo a hacer lo que pide Lord Vader.

Los grandes ojos del sugi se expandieron.

—No he tenido el placer...

—Le presento a Moff Tarkin, señor del crimen —dijo Vader—. Gobernador de sector en el área metropolitana de Seswenna.

El sugi se reclinó en su silla.

—Ahora estoy impresionado. Que Murkhana hospede a dos semejantes luminarias imperiales... Aunque muchos podrían decir que estaría haciendo un favor a la galaxia al eliminarlos aquí y ahora. —Fijó su mirada en Tarkin—. Pero, ¿qué estaba diciendo, Gobernador Tarkin?

—Que en reuniones de esta naturaleza siempre hay alternativas a utilizar la fuerza bruta.

—No puedo imaginar ninguna alternativa que me convenza de entregar mi hermosa nave estelar con colmillos, Gobernador Tarkin.

Con mucha cautela, Tarkin sacó un disco holoprojector del bolsillo de su túnica.

—Si me permite...

Con un ademán, el sugi dio permiso.

—Sargento Crest —dijo Vader hacia el dispositivo—. ¿Se encuentra en el almacén del señor del crimen?

—Sí, Lord Vader. Listo para destruir el lugar completo cuando usted lo diga.

—Entonces se ha redimido a sí mismo, sargento.

—Gracias, Lord Vader.

La expresión del señor del crimen era semejante a la diversión.

—No pueden hablar en serio. ¿O en realidad creen que entregaría mi nave por un almacén lleno de armas?

—Sus asociados de Crymorah ubicados en Coruscant pueden animarlo a hacer precisamente eso.

—Me arriesgaré, Lord Vader.

—Su reacción es razonable —dijo rápidamente Tarkin—. Pero, justo ahora, su almacén contiene algo más que armas: nos las hemos arreglado para que sus esposas y crías también estén presentes. —Proyectó una imagen de la familia del sugi, apiñada en un círculo, tirada en el suelo del almacén y rodeada de stormtroopers con sus armas en ristre—. Tenemos entendido que está muy apegado a ellos. Resultado de su genética, sospecho.

—¡No lo harían! —dijo el sugi.

Sus dudas iniciales acerca del plan de Vader comenzaron a desvanecerse; Tarkin levantó una ceja de forma arrogante.

—¿No?

El sugi estaba inquieto y receloso.

—¡Puedo matarlos a ambos donde están parados!

—Nos arriesgaremos —dijo Tarkin, con una ligera sonrisa—. Su nave por sus vidas.

Después de un largo momento de rápidos clics y de frotarse las manos nerviosamente, el sugi rompió el tenso silencio.

—¡Está bien, llévense la nave! Compraré un reemplazo. Compraré veinte reemplazos. ¡Sólo déjenlos vivir..., déjenlos vivir!

El rostro de Tarkin se puso completamente serio.

—Necesitaré suministrarnos todos los códigos de despegue necesarios y ordenar a todos sus subordinados dejar la pista de aterrizaje de inmediato.

—Lo haré —dijo el señor del crimen—. ¡Cualquier cosa que pidan!

Vader se inclinó ligeramente en dirección del comunicador.

—Sargento Crest, transporte a la familia del señor del crimen a la pista de aterrizaje y avíseme cuando sus soldados estén en posesión de la nave.

—Déjenlos vivir —repitió el sugi, mientras parecía querer levantarse de su trono, como suplicando.

—Anímese —sugirió Tarkin—. Sin lugar a dudas lo sobrevivirán.

12

OCULTAR LO IMPORTANTE

REUNIDOS EN LA cabina de mando mientras abandonaban Murkhana, el piloto y los otros tres miembros de la nueva tripulación del *Carrion Spike* (un humano, un mon calamari, un gotal y un koorivar) estaban impresionados por las maravillas de la nave. Los secuestranaves, unos parados y otros sentados en las sillas ubicadas frente a la curvada consola de instrumentos, apenas si podían estarse quietos después de haber logrado realizar el atraco pirata que les había tomado casi dos años perfeccionar.

El humano, Teller, era un hombre larguirucho de mediana edad con cabello grueso de color negro y cejas que le hacían juego.

Su largo rostro estaba sombreado de forma permanente por la barba, y su mentón tenía un hoyuelo profundo. Vestido con pantalón de cargo, botas y camisa térmica, permanecía parado y observaba entre las sillas principales, mientras el piloto gotal y los koorivar especialistas en operaciones se familiarizaban con los complejos controles de la nave. La mampara a la izquierda de las ventanillas delanteras tenía rastros de carbón y sangre debido a la breve batalla de blásteres que estalló cuando los secuestranaves tuvieron que hacerse camino por la escotilla de la cabina de mando; a ráfagas de fuego acabaron con el desafiante capitán y el oficial de comunicaciones que servían a Tarkin.

—¿Ya le estás agarrando? —preguntó Teller al gotal, Salikk.

El humanoide de doble cuerno y rostro plano asintió con la cabeza sin quitar los ojos, color escarlata y con gruesos párpados, de la serie de instrumentos.

—Se maneja ella sola —dijo en idioma básico. Era un nativo de la luna Antar 4, chaparro y de piel oscura, con ligeros mechones de pelo en las mejillas y el mentón. Llevaba puesto un traje de vuelo anticuado, pero práctico, que le dejaba expuestos los dedos con largas uñas de sus sensibles manos.

—Puede que se vuele sola, pero nosotros le diremos a dónde ir —le dijo el doctor Artoz.

El mon cal llevaba puesto un traje de vuelo cuyo cuello había sido alterado para ajustarse a la cabeza del humanoide, que era muy abovedada y de color salmón. Las mangas terminaban a medio antebrazo para permitir que metiera sus grandes manos palmeadas. Mientras caminaba de un lado a otro, a lo largo de la consola de instrumentos, Artoz señalaba los controles individuales; sus enormes ojos se movían de forma independiente uno del otro para concentrarse, de forma simultánea, en Salikk y en el especialista de operaciones, Cala.

Teller conocía a los tres desde años antes, pero, por el aroma sudoroso de Salikk y el olor salino que Artoz emitía, daba gracias a la espaciosa cabina de mando del *Carrion Spike*. No obstante, por lo que le habían dicho sus amigos alienígenas, los humanos no eran exactamente algo placentero cuando se trataba del hedor corporal.

—Control de disparo asistido por computadora para los láseres laterales y armas de proximidad —dijo Artoz, mientras señalaba una serie de instrumentos tras otra—. Navicomputadora autónoma, iniciador del sistema de camuflaje, iones subluz, hiperimpulsor.

—Tecnología imperial de vanguardia —dijo Cala. Su hueso craneal en espiral sobresalía formando un tocado que colgaba más allá de sus hombros, tenía el doble de altura que las salientes cónicas de Salikk y era más grueso que ambas. Vestía un pantalón con bolsillos, no muy distinto al de Teller, bajo una amplia túnica que llegaba a sus gruesos muslos.

—Esta corbeta superará fácilmente a un destructor estelar.

—No es nada menos que lo que prometí —dijo Artoz, sin ningún indicio de prepotencia, e hizo un gesto hacia los controles auxiliares—. Equipo de sensores, controles de antena rectificadora, amortiguadores aluviales, compensador de aceleración de activación inversa...

—¿Quién vacía los retretes? —preguntó otro humano, mientras atravesaba la manchada escotilla de la cabina. De apariencia aguerrida y fuerte, ella tenía una complexión angosta y la piel del color que tiene la madera dura en los trópicos. Su cabello corto, rizado y de color negro natural había quedado como una mezcla de castaño y rubio después de intentar aclarárselo. Vestía un traje blanco y unas botas al tobillo con suela de tracción. La mujer zygerriana que la seguía hacia la cabina de mando también era esbelta, aunque algo más alta y de apariencia claramente felina. Unas orejas puntiagudas cubiertas de pelaje salían directamente hacia arriba, de los costados de un rostro triangular con nariz angosta. Su exotismo innato era realzado por su coloración rojiza.

Teller se volvió hacia ellas.

—¿Todo quedó sellado ahí atrás?

La humana, Anora, asintió con la cabeza.

—La escotilla externa está completamente sellada. La esclusa de aire, no tanto. —Hizo un gesto con la barbilla puntiaguda hacia la zygerriana y agregó—: Hask va a continuar trabajando en ello..., ya que fue su bláster el que hizo el daño.

Hask resopló.

—Cuando ella se estampó contra mí. —Hablaban básico a la perfección, aunque con un marcado acento de su planeta.

Anora le echó una mirada sufrida.

—Se suponía que mantendrías el seguro puesto.

—Por última vez —dijo ella—, no soy un soldado y nunca lo seré.

—Hay suficiente para culparnos a todos —dijo Teller, interrumpiéndolas—. ¿Las holocámaras se encuentran bien?

El ademán que hizo Hask delataba entusiasmo. Lo hizo con la cabeza, la cual tenía pequeños cuernos que formaban un patrón simétrico.

—Están en la cabina principal. Comenzaré a vincularlas con el tablero de comunicaciones de la holored...

—Tan pronto como haya terminado de reparar la esclusa de aire —repuso Anora, con una sonrisa que se reflejó en sus brillantes ojos azul grisáceos.

Hask la ignoró.

—Los stormtroopers de Tarkin fueron muy amables al traer a bordo algunos de los componentes del almacén. Pensé que íbamos a tener que sacrificarlos.

—Hay mucho que agradecerle a Tarkin —dijo Teller. Y volteó hacia delante, a tiempo para escuchar el final de la relación de instrumentos que Artoz hacía.

—Anulación de esclusas de aire, tinte de destello para las ventanillas..., ¿qué más?

—¿Todos los moffs del Emperador merecen uno de estos? —preguntó Anora, pasando una mano sobre la consola.

—Sólo Tarkin —dijo Atroz—, hasta donde yo sé.

—Una evidencia de su amistad con Sienar —comentó Teller.

—Sistemas de Flotas Sienar no fue el único donante —corrigió Artoz—. El gusto por el diseño de la compañía está por todos lados en la corbeta, pero todos los constructores navales, desde Ingeniería Theed hasta Talleres Espaciales Cygnus, participaron en el equipamiento.

—Sin mencionar al mismo Tarkin —agregó Teller—. El moff ya diseñaba naves para Fuerzas de Seguridad de las Regiones Exteriores de Eriadu cuando tenía diecinueve años.

Hask puso una cara larga.

—Más leyendas de la Academia Prefsbelt.

Anora sacudió la cabeza, negando.

—A decir de todos, es cierto.

Teller se posó sobre el brazo de la silla secundaria de aceleración.

—Lo que yo oí es que Eriadu estaba perdiendo muchos de sus cargamentos de lommita ante un grupo de piratas que fortificó la proa de una de sus naves para usarla como ariete, tras destruir gran parte del cargamento con sus láseres.

—¿Los piratas no estaban familiarizados con cañones iónicos? —preguntó Salikk, desde el asiento del piloto.

Teller miró hacia el gotal.

—Las naves de Seswenna estaban muy bien protegidas contra rayos para eso... otra innovación de Tarkin, debo añadir. De todos modos, él diseñó una nave de perfil angosto con cañones que podían girar sobre pivotes para dirigir su potencia de fuego hacia delante. Confrontó, por lo tanto, al pisonador con la proa.

—¡Malditos sean los rayos de partículas! —dijo Hask, quien seguía negándose a creer la leyenda.

Teller asintió con la cabeza.

—Atravesó el blindaje de los piratas, quemándolo como un cuchillo atraviesa la mantequilla, y voló la nave en pedazos. —Volteó para apuntar a los botones en la consola de control—. Es lo mismo aquí.

Cala sonrió.

—Nos debe resultar útil.

—Eso esperemos —dijo Artoz, mientras daba a la consola un último vistazo con el ojo derecho; el izquierdo permanecía fijo en Salikk—. Alarmas de proximidad, unidad de hipercomunicación, cifrador de holored imperial...

—¿Por qué se llama *Carrion Spike*? —preguntó Anora.

Teller apretó los labios y sacudió la cabeza.

—Ni idea.

Todo el mundo guardó silencio por un momento y contempló por las ventanillas el pequeño planeta, el más exterior del sistema Murkhana, y el vasto campo de estrellas más allá.

—Todavía no puedo creer que Vader estuvo ahí —dijo Hask finalmente—. Digo, ¿por qué lo mandaría el Emperador a escoltar a Tarkin?

—Vader visitó Murkhana justo después de que la guerra terminó —comentó Cala—. Ejecutó a un *twi'lek* mafioso del Sol Negro, entre otras cosas.

—De todas maneras —insistió Hask—. Vader...

—Deja de llamarlo por su nombre —ordenó Anora con rudeza; luego suavizó su tono y agregó—: Es una máquina. Un terrorista. —Entonces miró a Teller y le dijo—: Tomaste un verdadero riesgo al hacer que él y Tarkin caminaran directo hacia la emboscada de la puerta.

Teller se encogió de hombros.

—Teníamos que hacer que el guion pareciera real. Además, que ellos se volaran en pedazos no hubiera afectado nuestros planes ni de una forma ni de otra.

—El Emperador no habría estado feliz de perder a dos de sus secuaces más importantes —señaló Cala.

—De cualquier forma no va a estar feliz —precisó Teller.

La consola emitió una señal fuerte; Cala levantó sus ojos hacia la pantalla.

—¡Eh, Teller!, tenemos una nave detrás de nosotros.

Las oscuras cejas de Teller se arquearon.

—No puede ser. ¿Estás seguro de que tienes el sistema de camuflaje activado?

El *koorivar* asintió con la cabeza.

—Los indicadores de estado dicen que sí. Deberíamos ser invisibles a los escáneres.

Todo el mundo se amontonó alrededor del equipo de sensores.

—Pon la nave en la pantalla —ordenó Teller.

La mano de Cala, de dedos regordetes, se apresuró a lo largo del teclado y una nave con colmillos frontales se formó en el monitor.

—Esperando la confirmación del transpondedor...

—No te molestes —dijo Salikk—. Esa es la nave de Faazah, el *Parsec Predator*.

Teller asintió con la cabeza.

—El traficante de armas sugi.

—El más buscado de Murkhana —añadió Salikk.

Cala dirigió los ojos a los indicadores de sensores.

—Está siguiendo cada uno de nuestros movimientos.

Teller miró fijamente la pantalla y se rascó la cabeza desconcertadamente.

—Estoy dispuesto a escuchar sugerencias.

Artoz habló primero:

—Quizás este sugi simplemente se está dirigiendo hacia el mismo punto de salto que nosotros.

Teller asintió con la cabeza hacia Salikk.

—Pon esta cosa a hacer unas cuantas maniobras; veamos qué sucede.

La corbeta cambió vectores, primero rotó a babor y luego a estribor, antes de salir disparada por un abrupto ascenso de torsión que los llevó rápidamente hacia el lado oscuro del planeta, donde había cráteres de impacto.

Todo el mundo guardó silencio, esperando que el koorivar reportara algo.

—El *Parsec Predator* sigue con nosotros, apenas está saliendo de la transición. —Cala volteó hacia Teller—. Y aquí hay algo extraño: no nos están escaneando.

Teller y Artoz parecían perplejos.

—Dijiste que estaba siguiendo todas nuestras maniobras —recordó el mon cal.

—Así es —enfaticó Cala—. Y repito, no nos están escaneando. Ningún sensor está fijo en nosotros, no hay ninguna indicación de que estemos siendo observados.

Teller intercambió miradas con Artoz.

—¿Un rastreador? —sugirió.

La confusión del mon cal no disminuyó.

Teller miró a Hask.

—Era tu trabajo revisar los rastreadores.

—Lo hice —dijo la zygerriana, casi gruñendo—. No había ninguno.

—O no *encontraste* ninguno —precisó Teller.

—¿Por qué fijaría este tal Faazah un localizador a la nave de Tarkin? —preguntó Anora—. ¿O tan sólo es una cosa que hacen los sugi?

—Así, improvisando, no puedo imaginar una razón —dijo Artoz—. Pero sin duda podemos dejar atrás al *Predator* si hace falta.

Teller lo pensó.

—Eso no me hace sentir mucho mejor, Doc. No sé si tenemos un sistema de camuflaje defectuoso.

—Teller, no nos están escaneando —repitió Cala—. El sistema de camuflaje está funcionando de forma impecable. Revisa tú mismo el monitor de estado si no confías en mí.

Teller hizo un gesto apaciguador.

—Claro que confío en ti. Sólo no entiendo.

—¿Deberíamos contactar a nuestro aliado? —inquirió Salikk.

—No, todavía no —dijo Teller—. En cualquier caso, nos darán una actualización muy pronto.

—A menos... —comenzó Hask.

Anora dirigió una sonrisa débil a la zygerriana.

—Apuesto a que sé lo que vas a decir y, sí, eso también se me ocurrió a mí.

Teller y los demás miraron a ambas.

—¿Qué me estoy perdiendo? —preguntó Teller.

—Vader —dijo Hask, exhalando—. Vader y Tarkin.

Teller continuó observándolos.

—¿Qué, el sugi les está dando un aventón? —preguntó. Y balanceó la cabeza de un lado a otro.

—O incautaron la nave.

—Podrían haberlo hecho. —Teller daba tirones a su labio inferior—. Sin embargo, de todas maneras no tiene sentido..., no si somos invisibles a los sensores del *Predator*. ¿O estás diciendo que Tarkin tiene una forma secreta de fijarnos?

Cala habló.

—Incapacitamos el sistema secundario cuando silenciamos los comunicadores de los stormtroopers y el de la nave.

—Tal vez Tarkin es telépata, además de ser diseñador de naves —bromeó Salikk.

—Vader —carraspeó Hask—. ¡Va-der!

Teller fijó los ojos en ella.

—¿Vader tiene una manera de neutralizar la tecnología de camuflaje?

Hask desplegó las delgadas manos peludas.

—¿Quién sabe qué hay dentro de ese casco suyo? Además, ¿qué otra explicación hay?

—Debimos haber despegado antes —dijo Cala—. Ya estaríamos fuera del sistema.

Teller le lanzó una mirada penetrante.

—A un par de saltos de aquí, te voy a recordar que dijiste eso. —Miró a Salikk y preguntó—: ¿Cuánto tiempo para que podamos entrar a la velocidad de la luz?

El gotal estudió el monitor de la navicomputadora.

—Tan pronto como des la orden.

Teller respiró y soltó el aire.

—Veámoslos tratar de rastrearnos a través del hiperespacio.

—¿Esta nave es lo bastante rápida como para disminuir la distancia?

Darth Vader jaló el timón hacia él.

—Es más rápida que la mayoría, gobernador, pero por desgracia no tan rápida como la suya. Necesitamos inhabilitar la corbeta antes de que se nos escape.

Tarkin estaba desesperado. Aunque la nave del difunto señor del crimen estaba inquietantemente bien armada, inhabilitar al *Carrion Spike* era más fácil de decir que de hacer. Si la nave era, en cierto sentido, un reflejo de la posición que Tarkin tenía en la hegemonía imperial, entonces su reputación podría caer con ella.

Estaban en el borde del sistema Murkhana; el planeta homónimo, que había quedado bastante atrás de ellos, ya era una memoria, una memoria amarga. Tarkin y Vader compartían los controles. Vader se había acuñado en una silla de aceleración hecha para un ser mucho más pequeño. Tarkin, por su parte, se amarró a la del copiloto. Crest y el resto de los stormtroopers estaban en la sección media de la nave, encargados de los cañones láser cuádruples.

Dado que no había compartido nunca una cabina con Vader, Tarkin estaba asombrado por las habilidades de piloto que tenía Darth Vader. Tal vez no debió estarlo.

El sonido de su respiración lenta y rítmica inundaba la cabina cuando, de pronto, Vader señaló un área justo enfrente, un poco hacia babor.

—Ahí.

Tarkin no vio nada más que una total oscuridad salpicada de estrellas. Los instrumentos de la nave tampoco registraron al *Carrion Spike*: obviamente estaba funcionando en modalidad de camuflaje. No podía imaginar cómo Vader era capaz de rastrear la nave pero, por el momento, se alegró.

—¿Por qué siguen en el sistema? —dijo—. No pueden haberla secuestrado para dar un paseo.

Darth Vader lo miró a través de una consola central.

—Estaban convencidos de que no podíamos seguirlos. Apenas están tomándose su tiempo para familiarizarse con los instrumentos.

—Entonces deben saber que los estamos rastreando.

—Lo saben.

Tarkin descubrió que Vader realmente empezaba a caerle bien, especialmente después de lo que había sucedido en el cuartel general del sugi. Tan pronto como llegó la noticia de que el sargento Crest y sus stormtroopers estaban en posesión del *Parsec Predator* y de los códigos necesarios para despegarlo, Vader cobró venganza contra el señor del crimen por haberlo hecho esperar.

Tarkin supo, sólo por los sonidos de asfixia que comenzaron a salir del sugi, que Vader estaba usando esa magia negra suya y que en seguida emplearía el pulgar y el dedo índice para aplastar la tráquea del señor del crimen.

Para entonces, también los stormtroopers que protegían a la embajadora habían entrado rápidamente al cuartel general, lanzando granadas de fogeo y disparos láser que tomaron por sorpresa a los subordinados del sugi. A estos, Vader les había preguntado si realmente querían morir por su líder; cuando respondieron con sus armas, Darth Vader blandió el sable de hoja carmesí que cubría con su capa. Tarkin vio a numerosos jedi

empuñar sables de luz durante las Guerras de los Clones, pero nunca había visto a alguien levantar una espada de energía tan decididamente y lograr resultados tan rápidos y letales. Dos stormtroopers murieron en el intercambio, pero todos los sugi pagaron con sus vidas; el sable de Vader abatió incluso a los droides de combate reutilizados, dejándolos en partes inservibles.

—La embajadora le debe un gran favor —dijo Tarkin a Vader en aquel momento.

Ahora decía:

—Seguramente no fuimos atraídos al borde del sistema Murkhana sólo para que el *Carrion Spike* fuera secuestrado.

—¿Y por qué no? —dijo Vader—. Aceleraron, usaron el camuflaje, la potencia de fuego... —Hizo una pausa, como si estuviera por hacer una pregunta, pero no dijo nada más.

—Es un hecho que la nave es única en su especie, pero ¿cuál es su plan? ¿Desmantelarla y venderla por partes? ¿Disecionarla y replicarla? —Tarkin oyó salir las palabras atropelladamente de su propia boca, pero se controló de inmediato.

—¿Una flotilla de naves idénticas al *Carrion Spike*? —dijo Vader.

Tarkin hizo un gesto de rechazo.

—No sin la ayuda del mejor equipo de ingeniería en la galaxia. Quienes sean, ahora tienen una corbeta, al igual que una nave capital.

—Supone que la piratería fue llevada a cabo por los mismos seres que atacaron Centinela.

—Sí. Cualquiera con la suficiente habilidad para crear holovideos falsos de naves e interrumpir la señal de holored imperial tendría también la habilidad para silenciar al *Carrion Spike* e inhabilitar no sólo el sistema secundario de la nave, sino también sus diversos sistemas de comunicación, lo cual incluye comunicadores y radios de cascos. —Hizo una breve pausa—. Los vicealmirantes Rancit y Screed tenían razón en que el alijo es parte de un plan de mayor alcance. Si el alijo fue apenas un cebo, entonces la trama todavía está en desarrollo.

—Entonces dígame cómo inhabilitar la nave, gobernador.

Tarkin puso los labios firmes.

—Hay una debilidad. Si lográramos provocar que los ladrones bajen los escudos, podríamos hacer fuego concentrado en donde el fuselaje principal se une con la bengala de popa; esto debería funcionar. Dañaríamos el generador del hiperimpulsor si la central eléctrica está alimentando los motores iónicos, los escudos deflectores y las armas. No es tanto una falla del diseño como un ajuste del tamaño de la nave en relación con su armamento. Incluso en Flotas Sienar quedaron desconcertados por esto.

—Tendré eso en cuenta —dijo Vader, aunque sólo para sí mismo.

—Francamente, Lord Vader, me preocupa más lo que las armas del *Carrion Spike* puedan hacernos a nosotros mientras estemos intentando alinear lo que tiene que ser un disparo láser muy preciso.

—Déjeme eso a mí, gobernador.

—¿Me queda de otra?

De golpe, Vader aceleró a toda velocidad. Llevó la nave del señor del crimen hacia el espacio estrellado que había indicado, alejándose del planeta más apartado del sistema. Pero, de inmediato, soltó un sonido gutural de furia y frustración.

—¡Saltaron a la velocidad de la luz!

Tarkin rechinó los dientes. La situación empeoraba a cada instante. En sistemas estelares alejados de estaciones repetidoras hiperespaciales, un piloto tenía que navegar hasta una baliza para conseguir la conexión, a menos de que su nave estuviera equipada con una navicomputadora sofisticada del tipo que tenía el *Carrion Spike*. Este podía trazar saltos mucho más allá de la siguiente boya y hasta el Núcleo, de ser necesario. Según lo que registraba el *Predator*, el sistema Murkhana no tenía menos de una docena de egresos de salto y la mayoría de estos eran hacia otros sistemas del Borde Exterior, donde las balizas abundaban más que las estaciones repetidoras hiperespaciales.

Vader rompió su prolongado silencio para decir:

—Saltaron, pero no lejos. —Y estiró la mano izquierda para introducir datos en la navicomputadora.

Tarkin estaba desconcertado. De pronto, cayó en la cuenta: Vader no estaba rastreando la nave, ¡estaba rastreando la misteriosa esfera negra que había ordenado trasladar al *Carrion Spike*!

A pesar de esto, su optimismo fue efímero, socavado por el recuerdo de algo que Jova solía decir cuando vencían a un depredador, convirtiéndolo de cazador en presa.

«Cuando estés en una persecución, primero pregúntate: ¿tu presa está tratando de escapar o está yendo por refuerzos? ¿Acaso está buscando un escondite temporal desde el cual saltar sobre ti o, impulsado por el hambre, decidió ir en busca de un blanco más vulnerable?».»

13

BLANCOS FÁCILES

DARTH SIDIOUS ESTABA molesto porque lo habían interrumpido mientras meditaba en el santuario. Al llegar a lo más alto del pináculo del palacio para reunirse con Mas Amedda, parecía listo para cortarle la cabeza a alguien.

—¿Necesito atender cada asunto trivial, visir?

—Le pido una disculpa, mi señor. Pero creo que va a querer atender esto.

Sidious lo observó por un momento.

—Murkhana —dijo con total aversión.

El chagriano inclinó la cornuda cabeza en señal de confirmación.

—Así es, mi señor.

Sidious se dirigió a su silla de respaldo alto mientras Amedda preparaba el holoprojector de la mesa, luego se movió hacia el ventanal y permaneció en silencio. En el holograma que se desplegó, varios miembros de Inteligencia Militar y de la Agencia de Seguridad Imperial estaban reunidos ante una cuadrícula de posicionamiento, en uno de los salones de estrategia pertenecientes a la ASI.

—Mi señor, Emperador —dijo Harus Ison, de la ASI—, disculpe...

—Guarde sus disculpas para cuando las necesite de verdad, director adjunto —dijo Sidious.

—Por supuesto, mi señor. —Ison se aclaró la garganta y recuperó la voz—. Consideramos prudente informarle sobre los acontecimientos recientes de Murkhana.

—Estoy muy al tanto de que Lord Vader y el Gobernador Tarkin encontraron e investigaron el alijo de dispositivos de comunicación.

—Por supuesto, mi señor —dijo Ison—. Pero, después de eso, recibimos una transmisión subespacial de Lord Vader y el Gobernador Tarkin informándonos que el *Carrion Spike* fue tomado.

Sidious se enderezó en su silla.

—¿Tomado?

—Sí, mi señor. De la pista de aterrizaje en Murkhana..., por un grupo desconocido.

Sidious utilizó los controles del descansabrazos ubicados en la silla para silenciar la transmisión audiovisual y se volteó hacia Amedda.

—¿Por qué Lord Vader no me dijo nada de esto?

—Sin el *Carrion Spike*, ni Lord Vader ni el Gobernador Tarkin tienen acceso a la holored imperial u otro dispositivo de comunicaciones cifrado adecuadamente. El primer

mensaje subespacial se originó desde la residencia de la embajadora, en la ciudad de Murkhana. El segundo fue enviado desde una nave estelar en el sistema espacial de Murkhana.

—¿Lord Vader consiguió una nave de reemplazo?

—Sí, mi señor.

Sidious reactivó la holotransmisión para la sala de estrategia.

—Prosiga con su informe, director adjunto.

Ison inclinó la cabeza una vez más.

—Lord Vader y el Gobernador Tarkin requisaron la nave estelar de un señor del crimen local; ahora están persiguiendo el *Carrion Spike*. En su transmisión más reciente, declararon que estaban saltando con la nave requisada al sistema Fial, el cual se encuentra en dirección al Núcleo desde Murkhana, aunque está aislado de la Ruta Comercial Perlemiana.

—¿Tenemos presencia militar en ese sistema?

El vicealmirante Rancit dio un paso al frente para contestar.

—No, mi señor. Sin embargo, sí tenemos presencia en el sistema Belderone, que está cercano.

—Mi señor, ¿puedo interrumpir brevemente? —dijo Ison.

Sidious hizo una seña con su mano derecha.

—Mi señor, la mayoría de los sistemas estelares en la región del Cúmulo Tion carecen de estaciones repetidoras hiperespaciales. Dada la probabilidad de que la nave requisada por Lord Vader sólo tenga una navicomputadora estándar, él y el Gobernador Tarkin se verán forzados a navegar de boya en boya.

—¿Qué está queriendo decir?

—Sólo que nos enfrentamos a un tarea inútil al tratar de establecer un encuentro, mientras la persecución esté en proceso.

Sidious se movió un poco en la silla.

—¿Vicealmirante Rancit?

—Incluso ahora, Inteligencia Militar está calculando y priorizando los posibles saltos y puntos de egreso desde aquellos sistemas hasta el sector Nilgaard; por consiguiente, se pueden despachar naves, mi señor.

Sidious silenció la transmisión una vez más, formó un triángulo con las manos y lo llevó a sus labios. Durante sus meditaciones había intentado, sin éxito, rastrear una serpenteante corriente del Lado Oscuro. ¿Qué quería decirle esta? Sin duda, mientras se concentraba en su cámara de meditación, Vader estaba rastreando el *Carrion Spike*. Pero ¿por qué no había sentido un disturbio en la Fuerza cuando la nave de Tarkin fue tomada?

En la transmisión privada que había mandado desde Murkhana, Vader tachó el alijo de comunicaciones como algo intrascendente: nada más que equipo extraviado que quedó de la guerra. Entonces, ¿su despreocupación se debía a que estaba sintiendo una persistente frustración a lo largo de la misión? Quizás estaba en desacuerdo con Tarkin, o se permitió a sí mismo caer en la trampa, como Sidious lo había animado a hacer.

—Dígame, director adjunto Ison —dijo cuando la transmisión de audio se había restablecido—, ¿usted sospecha alguna conexión entre los dispositivos de comunicación hallados y el robo del *Carrion Spike*?

—Mi señor, estamos investigando las pruebas grabadas y los números de serie para determinar la identidad de aquellos que formaron el alijo. Sin embargo, en este momento no tenemos pistas.

—Debe haber alguna conexión, mi señor —dijo Rancit—. Aquellos que tienen el *Carrion Spike* debieron cortar los sistemas de seguridad de la nave; probablemente son los mismos que atacaron la base del Gobernador Tarkin. Eso quiere decir que ahora han agregado a su arsenal de naves de guerra y cazas droides una de las más sofisticadas naves de la armada.

Harus Ison sacudía la cabeza.

—No hay pruebas de eso. No tenemos suficiente información para establecer una conexión sólida.

Sidious se tomó un momento para pensar en sus opciones, luego dijo:

—Vicealmirante Rancit, indique a sus analistas que continúen sus cálculos. También informe al almirantazgo que los recursos del sistema Belderone deben estar preparados para saltar a cualquier objetivo que Lord Vader y el Gobernador Tarkin consideren importante. —Se inclinó hacia la lente de la holocámara y agregó—: El director adjunto Ison y el resto de ustedes se dedicarán a desenmarañar las intenciones de nuestro nuevo enemigo.

—Seguridad Imperial no descansará hasta que lo haya logrado —dijo Ison, inclinando firmemente la cabeza.

—Los aprehenderemos, mi señor —agregó Rancit—. Incluso si eso requiere reposicionar la mitad de las naves capitales en la flota.

El *Carrion Spike* regresó al espacio real en el sistema Fial, con los ojos de los seis secuestranaves enfocados en el monitor principal del equipo de sensores.

—¿Algo? —preguntó Teller a Cala.

—Hasta ahora no hay señal del *Predator*.

Teller esperó un largo rato, luego exhaló un suspiro de alivio, se paró y dijo:

—Hora de poner manos a la obra. —Volteó hacia Salikk—. ¿Las coordenadas para Galidraan?

Salikk miró la navicomputadora.

—Ahora van.

Apenas las palabras habían abandonado los labios gruesos del gotal cuando Cala dijo:

—¡Teller!

—Lo sabía, lo sabía —dijo Hask, dando vueltas mientras Teller se apresuraba de regreso al equipo de sensores.

Cala estaba tesa en la silla, mirando fijamente el monitor.

—¡El *Predator*!

—Precisamente ahora —dijo Artoz en el otro extremo de la cabina.

Teller parpadeaba con incredulidad.

En un gesto de preocupación, Cala se tocó la frente, bajo el tocado.

—Es el *Predator* y viene por nosotros a toda velocidad.

—Ni siquiera Vader podría haber hecho esto —dijo Teller—. Hay un dispositivo localizador escondido a bordo de esta nave.

—O en el casco, o en un puntal de aterrizaje, o en cualquier lugar... —dijo Hask—. Pero, a menos que quieras apagar la nave y llevar a cabo una búsqueda minuciosa, más vale que se te ocurra un mejor plan.

Teller apretó la mandíbula.

—No vamos a revisar nada. Ni ahora ni en ningún otro momento. —Miró alrededor.

Artoz y Salikk asintieron con la cabeza, después Cala y Anora y finalmente Hask.

Teller hizo un círculo con la cabeza para desvanecer los nudos de su cuello, luego hizo un gesto a Hask.

—Tú tienes el tablero de comunicaciones. —Mientras Cala se levantaba de la silla, Teller agregó—: Doc, más vale que tú y Cala se pongan en posición. —Luego se volvió hacia Salikk y dijo—: Da el salto a Galidraan.

Sentado en el asiento del copiloto, Tarkin observaba con expectación a Vader, mientras el *Predator* salía del hiperespacio.

—Hacia delante a toda velocidad —dijo Darth Vader.

Tarkin se alegraba de complacerlo, aunque no veía nada a través de las ventanillas más que el espacio lleno de estrellas, y en las pantallas de sensores no había nada más que el ruido de fondo.

Por un momento, las manos enguantadas de Vader estuvieron fuertemente agarradas al timón, y de inmediato volaron por la consola de navegación.

—Volvieron a saltar a la velocidad de la luz.

—Justo como yo lo hubiera hecho —dijo Tarkin.

Vader guardó silencio, luego levantó la cabeza como si recién despertara de una siesta y volteó hacia el monitor de la navicomputadora; los dedos de su mano izquierda oprimían las teclas del control.

—Galidraan —concluyó.

Tarkin le dio un momento para completar la solicitud de coordenadas de salto.

—La cámara —dijo—. Así es como los está rastreando.

Vader lo miró tan impenetrable como siempre, pero dijo:

—Muy perspicaz de su parte, gobernador.

Tarkin activó un mapa estelar del sistema Galidraan y comenzó a estudiarlo.

—Falta un salto más corto. Dos planetas poblados. —Frunció el ceño con incertidumbre—. ¿Por qué no saltar más lejos? ¿Fue un error de juicio?

Vader no contestó.

Tarkin buscó información adicional en el sistema.

—Es una estación espacial imperial en órbita fija en Galidraan III. —En la pantalla, la imagen de la estación era un rueda obsoleta con numerosos puertos espaciales que irradiaban en su perímetro.

—No tiene mucho sentido alertar a la estación —dijo Vader—; llegaremos mucho antes que una transmisión subespacial.

—De todas maneras, la estación no será capaz de ver cuando se aproxime el *Carrion Spike*.

Vader refunfuñó y tomó la palanca del hiperimpulsor. Más allá de las ventanillas, el campo de estrellas se elongaba; el *Predator* saltó a la velocidad de la luz.

Tarkin se reclinó en su silla y dejó que su vista se ajustara al corredor jaspeado al que la nave había entrado.

«Aquí no hay pasado o futuro, se decía a sí mismo. El tiempo es un lienzo en blanco», recordó. No obstante, no podía evitar que sus pensamientos se desbocaran en todas direcciones.

Al pensar en el sabio consejo de Jova, podía visualizar las incontables situaciones en que se encontró durante sus años de entrenamiento en el altiplano. En ocasiones, los animales se escabullían, a pesar de los mejores esfuerzos del equipo para rastrearlos y cazarlos. Otras veces, algunos se ocultaban y saltaban desde su escondite para comerse a los rodianos, lo cual habrían logrado si Jova, Tarkin y Zellit no hubieran ido a su rescate. Otros llamaban, por medio de rebuznos, a refuerzos demasiado numerosos como para que los humanos y los rodianos intentaran atacarlos, estos eran los que se quedaban hambrientos entonces. Y sí, hubo numerosas situaciones de animales que, habiendo sido cazados, se escabulleron para rastrear presas. Circunstancias similares habían ocurrido en el espacio profundo. Cuando algunos grupos piratas se quedaban hambrientos, hacían llamados de apoyo y abandonaban el área metropolitana del Seswenna para huir a zonas menos fortificadas; en su trayecto, empleaban todo tipo de métodos para ocultarse, sacando ventaja del resplandor de la luz estelar, de las relucientes colas de cometas o de nubes iridiscentes de gas interestelar.

Tarkin intentó ensamblar de nuevo todas las piezas: el llamado de emergencia falso, el ataque sorpresa en Centinela, el cebo puesto en Murkhana, el robo de la nave y ahora la huida.

«Pero ¿hacia dónde? ¿Con qué fin?».

Por el rabillo del ojo, vio a Vader preparar al *Predator* para pasar a velocidad sublumínica. El túnel sin tiempo se estrechaba y desaparecía, y las líneas estelares se compactaban en puntos de luz distorsionándose ligeramente, a medida que la nave se estabilizaba en el espacio. En cuanto Vader activó los motores iónicos, comenzaron a chillar las alarmas de proximidad y algo grande y blanco chocó contra el escudo frontal.

Tarkin capturó brevemente una imagen del objeto en una de las pantallas. Era el cuerpo destrozado y congelado de un stormtrooper.

A poca distancia, ardientes explosiones destellaban en el borde de la capa atmosférica de Galidraan III. Columnas incandescentes, como protuberancias estelares, estallaron en el espacio.

Vader empujó el acelerador al máximo y el *Predator* se acercó más al sistema; entonces, la estación espacial se hizo visible. En su estructura, un arco plateado se abrió por completo dando un estallido y comenzó a perder gas: salieron amas, objetos y cuerpos. La causa de la destrucción era invisible ante los escáneres del *Predator*. Parecía como si paquetes de energía estuvieran siendo disparados desde el espacio profundo. De pronto, armas de rayos de partículas, colocadas a lo largo de la curva superficie de la estación, comenzaron a lanzar descargas que fluían de forma inútil hacia el vacío. Como una criatura marina que arremete hacia delante para masticar carne y retirarse antes de que la contraataquen, la amenaza invisible continuó avanzando y retrayéndose; sus láseres abrieron enormes brechas en las barras de la rueda que era la estación. Después hubo explosiones más grandes.

Tarkin se inclinó hacia los controles en busca de un rastro de calor, fluctuaciones gravitacionales o evidencias de propelente, cualquier cosa que pudiera delatar la localización del *Carrion Spike*, aunque era consciente de que rastrear la nave sobrepasaba sus esfuerzos. La nave podía esconderse de cualquier sensor, contener su propio reflejo y calor, acelerar de manera sorprendente o maniobrar mucho mejor que cualquier nave de su tamaño. Sin embargo, a Tarkin le parecía que lo peor no era eso, sino las conclusiones a las que había llegado acerca de su nueva tripulación: no eran meros secuestranaves, eran, como Vader intuyó al principio, disidentes con una agenda letal que cumplir.

Cazas estelares ARC-170 y V-Wing aceleraron, como un enjambre de insectos punzantes, desde las bahías de acoplamiento pertenecientes a la estación en busca del objeto desconocido que estaba abatiendo su nido. Vader se mantuvo al margen de la batalla para evitar ser atacado de forma inadvertida, y de pronto hizo virar abruptamente al *Predator* hacia estribor, en un intento de ponerse en paralelo a la tormenta curva de destrucción que el *Carrion Spike* estaba sembrando. Tarkin vio aparecer una serie de círculos derretidos a lo largo del ya marcado casco de la estación; se trataba de un brote de explosiones globulares.

Vader cambió vectores y disminuyó la velocidad del *Predator* para emparejarla con la del *Carrion Spike*.

—Los tenemos ahora —dijo entre dientes.

Por las ventanillas podía ver a los ARC-170 y a los V-Wing maniobrando de manera peligrosa contra su oponente; aceleraban directamente hacia las ráfagas de energía, con la esperanza de forzar al *Carrion Spike* a delatar su localización. En el proceso se veían obligados a sacrificarse.

Con las manos ceñidas al timón, Vader gritó:

—Sargento Crest, prepárese para disparar.

La voz del stormtrooper crujía desde el comunicador de la cabina.

—En espera, Lord Vader: no tenemos contacto visual con el blanco.

—Siga los rayos hacia su fuente, sargento, y descargue todo el poder de los láseres cuádruples en el punto de origen.

—Son disparos a la oscuridad —dijo Tarkin.

—Sólo desde su perspectiva —repuso Vader, y luego soltó las manos del timón de dirección, se volvió hacia él y agregó—: El timón es suyo. Velocidad máxima.

Tarkin jaló la palanca de mando del copiloto hacia su regazo y comenzó a zigzaguear el *Predator* a través del campo de residuos arrojados por la dañada estación. Al mismo tiempo, Vader se colocó en los controles de los cañones delanteros. Con mucha cautela para que no se sobrecalentaran los motores iónicos, Tarkin maniobró la nave a través de cúmulos de desechos de aleación, cazas estelares incinerados y cuerpos que daban tumbos.

Lejos, a estribor, las explosiones disminuyeron. El *Carrion Spike* tenía suficiente potencia de fuego como para destruir la estación entera, pero los disidentes estaban reduciendo su ataque, tal vez guardaban energía para blancos futuros. Tarkin se preguntaba si esa era la meta. ¿Usar su nave para infligir el mayor daño posible?

La idea de que el *Carrion Spike* tuviera semejante historial lo dejaba hueco.

—Inicien fuego —dijo Vader.

Rayas de energía cruda salieron aceleradamente desde el *Predator*, el estremecimiento de sus láseres cuádruples producía un fuerte sonido en la cabina. Enfrente, los disparos llegaron a los escudos de partículas y los rayos del *Carrion Spike*; entonces, durante un instante muy breve, la nave fue revelada. Los rayos del *Predator* salieron disparados rápidamente hacia el espacio vacío.

Tarkin viró hacia babor, en un intento de evadir la respuesta del *Carrion Spike*, pero los secuestranaves viraron con él. Su primer bombardeo casi sobrepasó los escudos inferiores del *Predator*. Tarkin empujó el timón lejos de él y rozó la atmósfera del Galidraan III, con el *Carrion Spike* siguiendo su trayectoria y preparándose para abalanzarse. Entre la opresión de una segunda cortina de fuego, el *Predator* se agitó y las luces de su consola comenzaron a titilar.

—Retroceda —dijo Vader.

Tarkin desaceleró e hizo una finta hacia estribor, con la intención de tentar a los secuestranaves a sobrevolar al *Predator*. En lugar de eso, el *Carrion Spike* saltó y dio media vuelta; Tarkin apenas se dio cuenta, sólo vio cómo una tempestad de rayos de energía tocó la cabina.

El repentino giro de Tarkin casi arroja a Vader de su silla.

—Están empleando los cañones de pivote —dijo Tarkin, apresuradamente—. Nos van a destrozar. —Se arriesgó a mirar a Vader—. Sólo tenemos una oportunidad de sobrevivir a esto. Redireccionar todo el poder a los escudos de popa.

Vader aceptó lo que decía Tarkin y, como consecuencia, el *Predator* disminuyó su velocidad considerablemente. El *Carrion Spike* ubicó, entonces, su blanco.

—Escudos al cuarenta por ciento —dijo Vader.

Tarkin jaló el timón trepidante, haciendo que el *Predator* se elevara de manera súbita, pero no había forma de escapar de su propia nave. Otro bombardeo más sacudió al *Predator* hasta sus remaches.

Vader golpeó con el puño en la consola.

—Han atascado nuestros instrumentos. Escudos al veinte por ciento.

Una explosión poderosa en la popa atravesó la nave hasta la cabina, prendió fuego en los instrumentos chispeantes, anuló los escudos y dejó al *Predator* a la deriva en el espacio.

—¡Evaluación de daños! —pidió Teller por el comunicador, mientras luchaba para incorporarse en la cabina de mando del *Carrion Spike*. Todavía atado a la silla del piloto y con mechones de su pelaje que flotaban en las corrientes de aire reciclado, Salikk estaba terminando de reanimar algunos de los sistemas aturdidos.

La voz de Anora llegó a través de los altavoces.

—El control de la esclusa de aire para las cápsulas de escape está frito.

—No vamos a necesitar las cápsulas, Anora. Sigue adelante.

Luego se oyó la voz de Hask:

—El incendio en el compartimento de carga tres se extinguió.

—Cierren el compartimento e inhabiliten los extractores de aire —dijo rápidamente Teller—. No quiero que salga nada de humo o espuma supresora de fuego. —Sacudiéndose arenilla de las manos, se dejó caer en la silla del oficial de comunicaciones—. Cala, ¿dónde estás?

El altavoz crujió.

—Bahía de mantenimiento de popa. Parece que el generador del hiperimpulsor está operando, pero hace unos sonidos extremadamente raros. No sé cómo reaccionará cuando saltemos. De cualquier forma, no puedo saberlo sino hasta que termine la autorevisión.

—¿Cuánto tiempo?

—Diez minutos. Quince máximo. —Se podían oír las fuertes exhalaciones de Cala a través del altavoz—. Sabían dónde darnos exactamente, Teller.

—Desde luego que sabían..., ¡es la nave de Tarkin!

—Y volvieron a rastrearnos a través del hiperespacio.

Salikk habló antes de que Teller pudiera responder:

—La estación ha lanzado otro escuadrón de cazas estelares. Hay formaciones de búsqueda que se extienden desde el *Parsec Predator*.

Teller activó una vista amplificadora de la nave que incapacitaron.

—Tenía la esperanza de que nos confundieran con el *Predator*, pero Tarkin todavía debe tener comunicación. —Irritado, sacudió la cabeza—. Seguramente dimos todo un espectáculo para el personal de la estación.

—¡Los cazas estelares! —repitió Salikk.

Teller observó a los ARC-170 y a los V-Wing comenzar a dispersarse.

—¿Tenemos velocidad sublumínica?

—Sí. Pero me preocupa que esos cazas estelares puedan husmear nuestras firmas iónicas.

—Preocúpate más por Vader. Probablemente esté guiándolos derechito hacia nosotros. —Teller pensó por un momento y luego ordenó—: Tomen acciones evasivas. Modalidad de silencio absoluto.

Salikk lo miró.

—¿No deberíamos acabar con ellos? Digo, ¿cuándo vamos a tener otra oportunidad como esta... de matar a dos de los comandantes supremos del Imperio?

—Son reemplazables.

—Tarkin, tal vez. ¿Pero Vader?

—Hasta donde sabemos, el Emperador tiene una docena más como él, congelados. Además, tenemos que aprovechar al máximo esta nave... mientras la tengamos.

Salikk asintió con la cabeza.

—Estoy de acuerdo, aunque no del todo.

—Eso es suficiente. —Teller volteó hacia la toma de audio—. Doc, ¿dónde estás?

—En el compartimento de carga uno —dijo Artoz—. Y aquí hay algo que necesitas ver antes de que entremos a la velocidad de la luz.

Teller miró a Salikk.

—¿Estás bien aquí?

—Ve —dijo Gotal, quejumbrosamente.

Teller empujó su silla y se apresuró a través de la escotilla de la cabina; después, tomó el control del turboascensor, sólo para constatar que no respondía. Entonces, se apresuró de regreso a la cabina principal y descendió un nivel por las escaleras de emergencia, hacia el cuarto de máquinas. Luego avanzó a través de un espacio que daba acceso a los compartimentos de carga.

Atravesando la escotilla del compartimento de carga uno, vio que Artoz rodeaba una gran esfera negra, colocada sobre una base hexagonal que ocupaba la mayor parte del compartimento.

—¿Qué es tan importante que necesito verlo?

El mon cal se paró e hizo un gesto hacia la esfera.

—Esto.

Teller observó la esfera de arriba abajo.

—Sí, esto lo vi durante nuestro reconocimiento inicial. ¿Qué hay con esto?

—Para empezar, ¿sabes qué es?

—Cala piensa que es un componente del sistema de camuflaje...

—No, no puede ser —interrumpió Artoz—. Si el dispositivo de camuflaje estuviera energizado por hidridio, entonces sí, eso podría darnos una posible explicación. Pero el

sistema de camuflaje de esta nave funciona con cristales estigio, lo cual anula la necesidad de un dispositivo como este.

—Está bien —dijo Teller de manera vacilante.

Artoz señaló las uniones verticales de la esfera.

—Los hemisferios están diseñados para separarse longitudinalmente, pero no logro encontrar un panel de control o una manera de hacer que se abra el artefacto.

Teller recorrió parte del camino alrededor de la esfera.

—¿Crees que alberga algún tipo de rastreador?

—Nuestros escáneres no han detectado ninguno.

Los ojos de Teller brillaron con perplejidad.

—¿Entonces?

—Yo creo que esto es el dispositivo localizador.

Teller lo miró boquiabierto.

—Lo que quiero decir es que creo que esto pertenece a Vader, y que él fue capaz de seguirnos a Fial y luego a Galidraan rastreando su propiedad.

Teller frunció el ceño.

—Mira, puede que él sea más maquina que hombre, pero...

—Hemos barrido la nave de proa a popa y de un lado a otro, y no encontramos nada que se parezca a un localizador capaz de rastrearnos a través del hiperespacio.

El comunicador de Teller sonó antes de que pudiera responder.

—El generador del hiperimpulsor terminó su autoverificación —informó Cala—. Sigue sonando de manera extraña, pero tenemos que estar listos para partir.

—Entonces baja acá —dijo. Y llamó a la cabina—: Salikk, codifica el punto de salto, pero espera hasta que dé la orden.

Tenemos que encargarnos de algo antes de irnos al hiperespacio.

—Entendido —dijo Salikk.

—Ah, y otra cosa más: al salir destruyan la baliza hiperespacial de Galidraan. No queremos que nadie nos siga esta vez.

Vader estaba parado ante el ventanal delantero del *Predator*, las luces escarlata de las lámparas de emergencia se reflejaban en su casco; los orbes negros de su máscara parecían estar fijos en el *Carrion Spike*, que se fugaba.

—La Estación Galidraan está enviando un transbordador y preparando su corbeta más veloz para la persecución —dijo Tarkin, desde la silla del copiloto—. El sargento Crest reporta tres muertos.

—Su nave sigue en este sistema —dijo Vader lentamente. Luego, volteando la cabeza, vociferó—: Comandante de escuadrón, ¿me oye?

Una gorjeante voz salía desde el comunicador de la cabina.

—Fuerte y claro, Lord Vader. Esperando sus órdenes.

—Comandante, dirija su escuadrón de cazas estelares hacia el lado brillante de la cuarta luna más lejana de Galidraan.

—Mis escáneres no muestran nada en esas inmediaciones, Lord Vader.

—Yo suministraré todos los datos que necesita para apuntar, comandante.

—Afirmativo, Lord Vader. Estamos manteniendo abiertas las redes de combate y táctica.

Tarkin presionó un auricular de comunicación en su oído izquierdo.

—Las navicomputadoras de la estación están calculando todos los puntos de salto posible.

Vader se sujetó las manos detrás de la espalda.

—La Ruta Comercial Perlemiana está a un salto corto de este sistema.

—Huir no es su intención —dijo Tarkin.

Vader dio la espalda a la ventanilla y lo miró.

—Si su plan fuera huir —dijo Tarkin—, ya lo hubieran hecho. —Se aclaró la garganta con fuerza—. No. Están pensando en otra cosa. Tal vez en atacar otro objetivo. —Una vez más, presionó el auricular en su oído, y enseguida activó el interruptor del comunicador.

—Los cálculos están listos, Gobernador Tarkin —anunció una voz profunda—. Los estamos transmitiendo al transbordador para que usted y Lord Vader tengan acceso inmediato a ellos.

—Gracias, coronel —dijo Tarkin por el micrófono del comunicador—. Mientras tanto, necesito una lista de los sistemas locales que alojan recursos imperiales.

—Esa información la puedo proveer ahora, gobernador. Tenemos una guarnición grande en el sistema Felucia. Rhen Var cuenta con un puesto de avanzada en tierra. Nam Chorios posee tanto una colonia de minería como una pequeña prisión imperial.

Tenemos puestos de avanzada adicionales en Trogan y Jomark. Y, por supuesto, la base naval de la instalación R/M Cuatro, en Belderone.

—¿Qué tenemos en R/M, coronel?

—Varias corbetas CR-noventa, dos cruceros ligeros clase *Carrack*, un par de *Victories* y un destructor clase *Venator*, el *Liberator*.

—Espere un momento, coronel. —Tarkin silenció la transmisión de audio y giró hacia Vader—. ¿Está completamente seguro de que nuestro rayo de partículas los hirió?

Vader asintió con la cabeza.

—Si el hiperimpulsor está dañado puede ser que opten por agazaparse para efectuar reparaciones —concluyó Tarkin.

Vader asintió con la cabeza otra vez.

—O por ir en búsqueda de refacciones.

—¿Y si no fueron alcanzados por el rayo?

—Continuarán su misión —dijo Vader de forma rotunda.

Tarkin guardó silencio por un largo rato. Nunca había tenido la oportunidad de poner a rigurosa prueba al *Carrion Spike*. El reciente combate le había hecho sentir un aprecio aún más profundo por la nave.

—¿Por qué no nos mataron cuando tuvieron la oportunidad? ¿Acaso creían que estaban siendo perseguidos por el señor sugi del crimen?

—No —respondió Vader con brusquedad—. Saben que nosotros estamos aquí.

—¿Entonces quizá no nos mataron sólo porque tenían un itinerario que cumplir?

—Tal vez —aceptó Vader.

Tarkin volteó en su lugar.

—¿Belderone?

—Está demasiado fortificado..., incluso para su corbeta.

—Entonces, Felucia, en represalia por la forma en que la República la dejó.

—No tiene importancia alguna.

—Y Rhen Var no es más que un puesto de avanzada... Entonces... ¿Nam Chorios?

Vader se dio un momento para contestar.

—Indique a Belderone que mande al *Liberator* hacia acá.

Tarkin activó el comunicador.

—Coronel, necesitamos contactar a Belderone y a Coruscant —comenzó a decir, pero se interrumpió al oír gruñir a Vader.

—¿Qué sucede?

—Quienes sean, son perspicaces —dijo Vader y dio la espalda lentamente a las ventanillas—. Están tirando por la borda mi cámara de meditación.

El comandante del escuadrón de cazas estelares se escuchó por el comunicador:

—Lord Vader, nuestros escáneres han detectado un objeto...

—Comandante, ordene a sus pilotos abrir fuego a lo largo del vector, con láseres y torpedos de protones si los tienen.

—Lord Vader, hubo una detonación —notificó el comandante un momento después.

Tarkin se levantó de la silla para quedar de pie junto a Vader.

—¿Le dieron al *Carrion Spike*?

La respuesta llegó lentamente.

—Lord Vader —dijo el comandante—, el enemigo ha destruido el sistema de la boya hiperespacial. Y nuestros sensores están percibiendo lecturas de una estela en rotación.

—Han saltado a la velocidad de la luz —dedujo Vader.

Tarkin se pasó la mano por la alta frente.

—Así consiguieron hacerse ilocalizables, además de invisibles.

14

UN CASO DE TODO O NADA

EL CUARTEL GENERAL de Inteligencia Militar, con su techo escalonado, red de escáneres, sensores y antenas de comunicación, emergía de la corteza metálica de Coruscant como si lo empujaran hacia arriba las fuerzas tectónicas de las profundidades del planeta. Junto con el palacio y la gigantesca estructura bizantina de COMPNOR (la cual albergaba la Agencia de Seguridad Imperial, el Ubictorado y otras organizaciones), el edificio de Inteligencia Militar era el tercer punto del triángulo supremo del distrito federal. El hecho de que el complejo blindado, reforzado y casi sin ventanas se pareciera más a una prisión que a una fortaleza había dado lugar a especulaciones de que sus escarpados muros estaban diseñados tanto para mantener dentro al personal de la agencia (unas decenas de miles de oficiales militares) como para mantener fuera a los coruscanti comunes y corrientes.

Construido poco después del fin de la guerra sobre peculiares unidades que alguna vez fueron el centro de estrategia de la República, Inteligencia Militar era un punto nodal para recibir y analizar las transmisiones que llegaban a raudales desde todos los lados de la ecumenópolis y desde todos los sectores del creciente Imperio. Sin embargo, sus operaciones no se llevaban a cabo en completo secreto. Durante la fase de construcción se habían instalado microholocámaras en cada recoveco para que las acciones y conversaciones de todo el personal pudieran ser supervisadas a cualquier hora del día o de la noche; no por los miembros de los diversos comités de vigilancia formados en el Senado, sino por el Emperador y los miembros de mayor confianza del Consejo Regente. Todos los involucrados con Inteligencia Militar sabían que las cámaras estaban ahí y se habían ido acostumbrando gradualmente a su presencia. Aunque los oficiales y otros ya no actuaban para los ojos espías como lo hacían al principio, se ocupaban de sus asuntos estando muy conscientes de que en cualquier momento podrían estar en pantalla.

Justo ahora, los representantes de las fuerzas armadas del Imperio estaban reunidos en la junta de jefes (el Almirante Antonio Motti, el General Cassio Tagge, el Contralmirante Ozzel, Jerjerrod y otros) con varios oficiales superiores de COMPNOR, incluyendo al Director Armand Isard, el Director Adjunto de la ASI (Harus Ison) y el Coronel Wullf Yularen. En representación de Inteligencia Militar estaban el Vicealmirante Rancit y Screed, quienes habían solicitado la reunión.

Mientras la luz brillante de la tarde entraba a raudales por los ventanales de la cámara en el pináculo del palacio, Sidious estudiaba los hologramas desde su silla, utilizando los

controles de su descansabrazos para escoger entre varias cámaras y tener así vistas alternativas. El droide 11-4D estaba a su lado con uno de sus apéndices conectado al enchufe de interfaz; mandaba holotransmisiones a la cumbre con lo que había sido un equipo de comunicaciones jedi en la base del pináculo.

—Oscurece las ventanas —dijo Sidious, sin apartar la mirada de los hologramas proyectados.

—Por supuesto, su majestad.

Habiendo disminuido la luz del día, los hologramas de tono turquesa se volvieron más nítidos. Los oficiales de inteligencia habían solicitado una audiencia en el palacio, pero Sidious los había rechazado. De igual manera, había declinado asistir a la reunión virtualmente. Le irritaba la noticia de que los disidentes en posesión de la nave estelar de Tarkin se habían embarcado en una ola de asesinatos por el Borde Exterior, pero la malicia codiciosa de los jefes de inteligencia lo fastidiaba aún más, así que envió a Mas Amedda y a Ars Dangor en su lugar.

—Acepto que los disidentes han logrado causar estragos en un sistema estelar aislado —dijo Ison—, pero es insoslayable el hecho de que sólo llevaron una nave para atacar nuestra instalación.

—Una nave capaz de esconderse de los escáneres —dijo Rancit—, aventajar a nuestros cazas estelares, dejar atrás a un destructor estelar...

—Entonces, permítame enmendar mi declaración —continuó Ison, mientras Rancit dejaba que sus palabras se desvanecieran—. Es una nave veloz y poderosa, pero la usaron para lanzar un ataque a un puesto de avanzada sin importancia.

—Es el inicio de una campaña de destrucción —interrumpió Screed.

Los oficiales estaban agrupados alrededor de una gran mesa circular, con Mas Amedda y Ars Dangor en los asientos destacados. Sobre el centro de la mesa flotaban mapas estelares en 3D, imágenes en malla y paneles gráficos. Algunos mostraban las ubicaciones de bases e instalaciones en el Borde Exterior otros exhibían la disposición de las naves de la flota con símbolos que señalaban destructores estelares, acorazados, corbetas, fragatas y hasta piquetes y obuseras.

—No tenemos pruebas de que los secuestranaves estén en una campaña —dijo Ison, aceptando el reto—. Atacar la estación espacial pudo haber sido su manera de evitar ser capturados por el Gobernador Tarkin y Lord Vader.

—En otras palabras, ¿como diversión? —preguntó Screed, con una hipócrita incredulidad, mientras su implante ocular destellaba bajo la luz de los hologramas—. El Gobernador Tarkin estuvo cerca de perder la vida por el ataque de su propia nave.

Dada su experiencia y su pericia, tenemos que suponer que el *Carrion Spike* está en las manos de un grupo muy competente y peligroso.

—He conocido al Gobernador Tarkin por más de veinte años —dijo Rancit, apoyando la idea—. Y puedo asegurarles que si él considera que el grupo constituye una amenaza grave para el Imperio, entonces lo es.

Ison exhaló y sacudió la cabeza.

—Fue imprudente reposicionar nuestros recursos de Belderone para fortificar un par de instalaciones menores. No podemos interrumpir las campañas de pacificación o la caza de exseparatistas sólo por llevar a cabo una estrategia de «derrotar a detalle» en el límite del espacio civilizado.

—¿Qué tal si la campaña de los secuestranaves se expande hacia el Borde Medio? —dijo Rancit—. La nave les da la habilidad de atacar casi cualquier lugar de la galaxia.

Ison lo miró boquiabierto por un largo rato.

—Entonces, ¿el propósito de las fuerzas armadas es reubicar la flota entera para aplicar la estrategia de rechazo a un puñado de disidentes?

—En grandes sistemas estelares, sí —dijo Rancit—, si la situación lo justifica.

El contralmirante Motti habló al respecto:

—A riesgo de sonar muy despreocupado sobre esto, les recuerdo que la nave del Gobernador Tarkin no tiene potencia de fuego ilimitada. —El corte tradicional de su cabello castaño y los rasgos juveniles de su rostro bien afeitado ocultaban su actitud de perpetuo sarcasmo—. Cualquiera que sea la decisión que tomemos, la nave dejará de ser una amenaza tarde o temprano.

—Estoy de acuerdo. —Ison se metió en la conversación—. Es sólo una nave. Yo recomiendo que la dejemos ir.

Furioso, Mas Amedda se puso de pie.

—Es evidente que todos ustedes no se dan cuenta del verdadero peligro que supone este grupo de contrabandistas. No estamos preocupados por puestos de avanzada remotos ni por instalaciones importantes. ¡La nave debe ser capturada o destruida por el peligro que supone para el mandato del Emperador!

—Esa es exactamente la cuestión que estaba por señalar, visir —dijo Rancit cuando las voces alrededor de la mesa se habían callado. Estaba frente a Amedda, pero de tal forma que parecía más bien estar hablándole a una de las cámaras que supervisaban—. Seguridad Imperial enfatizó que el alijo de dispositivos de comunicaciones en Murkhana podría ser utilizado para difundir propaganda antimperial; el Director Adjunto Ison no llega a comprender que la intención de los disidentes puede ser usar la nave del Gobernador Tarkin para ese mismo propósito.

El director Armand Isard, un hombre de cabello negro, estaba por intervenir, cuando un oficial de inteligencia subalterno que permanecía sentado ante el tablero de comunicaciones habló primero.

—Señores, siento interrumpir, pero hemos recibido informes de otro ataque en el Borde Exterior.

—En Nam Chorios —dijo Screed—. Justo como lo predijo el Gobernador Tarkin.

—No, almirante —repuso el oficial de comunicaciones—. En Lucazec.

Ahora le tocaba al General Tagge levantarse de golpe. Vástago de una familia rica e influyente, era alto y de complexión gruesa, con un rostro ancho y definido por unas llamativas patillas largas.

—¡TaggeCo tiene operaciones en Lucazec!

—Estamos a la espera de recibir una holotransmisión en vivo —informó el oficial subalterno.

Rancit había amplificado un área del mapa estelar y lo estaba escudriñando.

—¡Han saltado completamente al otro lado del sector, hacia la Ruta Comercial Perlemiana! —Miró a Motti y preguntó—:

¿Tenemos algún contingente ahí?

Motti tenía un datapad en la mano y miraba la pantalla de visualización.

—Una guarnición pequeña de soldados de infantería y un escuadrón de cazas estelares V-Wing están protegiendo las compañías mineras de TaggeCo.

—La holotransmisión está entrando —dijo el oficial subalterno.

Sobre el recuadro del proyector ubicado en la mesa apareció un video holográfico del ataque. De pronto, la imagen se congeló.

En el centro del campo flotaba una planta procesadora orbital que tenía el tamaño de una ciudad: TaggeCo. Explosiones engullían una sección completa de ella, y el logo de la compañía ya era metal derretido. Quantos de energía liberada estaban lloviendo sobre la instalación, que volaba en pedazos al espacio local. Entre la incesante cortina de rayos aparecían pedazos de cazas estelares V-Wing y de los habituales transportes de mena, uno de los cuales cayó ardiendo en las pardas llamas de Lucazec; sus escudos perforados brillaban al rojo vivo. Más abajo, nubes de humo negro y espeso se enroscaban hacia el cielo manchado.

—También han atacado operaciones en la superficie del planeta —dijo Tagge, todavía de pie, mientras apretaba y aflojaba los puños.

Ison, visiblemente alarmado, miró al General Tagge y luego al oficial subalterno en el tablero de comunicaciones.

—¿Quién está transmitiendo el holovideo? ¿Lo están enviando directamente de la instalación orbital? ¿O lo manda una nave periférica?

—La transmisión llega por una frecuencia de holored imperial —informó el oficial subalterno.

—Sí —dijo Ison—, pero la perspectiva... es como si una de nuestras propias naves fuera la agresora.

Screed y Motti intercambiaron miradas de preocupación.

En lo más alto del pináculo del palacio, Sidious estaba reclinado en su silla, con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras sinuosas corrientes del Lado Oscuro jugaban a través de él; parecía como si él pretendiera contenerlas.

—¿Has descifrado qué está sucediendo, droide? —preguntó.

—Sí, su majestad —dijo 11-4D, justo en el mismo momento en que el oficial subalterno empezó a dar nuevas noticias en la junta de jefes.

—Señores, acabamos de confirmar que el holovideo se está transmitiendo desde el *Carrion Spike*.

Sidious volteó hacia las ventanas oscurecidas, detrás de las cuales el cielo, arriba, y Coruscant, abajo, eran de color ceniza.

Entrecerrando los ojos buscó a Darth Vader; presentía que él también estaba observando el holovideo.

«Sí, Lord Vader», Sidious se estaba comunicando a través de la Fuerza, «tendrás tu caza estelar».

Con expresión feroz y pasos resueltos, Tarkin dejaba el puesto de mando perteneciente al hangar del *Liberator*. Caminaba vigorosamente a lo largo de la superficie de vuelo, pasando de largo cazas estelares y ekranoplanos, a medida que se acercaba al transbordador que lo esperaba. Las inmensas puertas del destructor estelar estaban cerradas, y en la superficie de vuelo la luz era tenue. El capitán que había conducido al *Liberator* permanecía en su nave, al pie de la rampa del transbordador. Era un hombre chaparro, de cabello gris y barba meticulosamente recortada. Saludó al ver que Tarkin se aproximaba.

—Siento que no hayamos podido ser de mayor ayuda, Gobernador Tarkin.

Tarkin hizo un gesto de rechazo.

—No es su culpa, comandante. Usted vino cuando lo llamamos, sólo por eso tiene mi gratitud.

El comandante asintió con la cabeza.

—Gracias, señor.

Tarkin le extendió la mano y el comandante la tomó con decoro.

—¿Regresa a la base Belderone? —preguntó Tarkin.

—No, señor. Coruscant nos ha ordenado saltar directamente a Ord Cestus.

Tarkin frunció el ceño.

—¿Por qué tan lejos?; eso está en la Perlemiana.

—Redistribución de triaje —dijo el comandante—, como resultado de lo que sucedió en Lucazec, supongo. Lo mismo sucederá con los de Centares y Lantillies. Imposible saber a dónde. Su..., eh, la nave perdida irá a estabilizarse en algún lugar, seguramente.

—Quizá —dijo Tarkin sin inquirir más.

Subió por la rampa de abordaje, caminó hacia la popa y se instaló en un asiento de la cabina principal; el transbordador clase Theta sólo era de pasajeros. Muy por encima, las puertas del hangar del *Liberator* se seccionaron por la mitad y se retractaron, entonces el transbordador se elevó sobre sus patines con energía de repulsor, bajó las alas y aceleró hacia su punto de reunión: un carguero de apoyo en forma de vaina, llamado *Goliat*, que había arribado recientemente de Ord Mantell. Tarkin visualizaba, a babor, el sombrío Nam Chorios mientras su transbordador se alejaba del destructor estelar; el sol del sistema apenas proveía suficiente luz como para iluminar el planeta, mucho menos para calentarlo a estándares humanos.

Tarkin volteó hacia dentro para reflexionar sobre los comentarios del comandante. Naves capitales que, perteneciendo a bases tan distantes como Centares y Lantillies, se

estaban reubicando, todo a causa del *Carrion Spike*. Confiaba en que el comando naval supiera que no debía dispersar demasiado a la flota, aunque era innegable que los secuestranaves habían sorprendido, otra vez, a todos.

Ese podría no haber sido el caso si Coruscant hubiera puesto en alerta a Lucazec, pero nadie, ni siquiera Tarkin, había pensado en la posibilidad de que los disidentes dirigieran su ataque a una compañía minera de TaggeCo con muy poca defensa. Al entrar al sistema solar, con la firma alterada del transpondedor pero transmitiendo códigos imperiales auténticos, el *Carrion Spike* había abierto fuego en la instalación orbital y en las operaciones planetarias antes de que Lucazec pudiera reaccionar. Jova habría aclamado la táctica de los secuestranaves: la idea de ocultarse a sí mismo con el olor de su enemigo.

Todavía podía evocar el olor de las excreciones de almizcle que tuvo que embarrarse encima durante la caza o los ejercicios de supervivencia en el altiplano. El roedor que Jova había atropellado una noche con el airspeeder sólo fue el principio. Después de este, vino el vertiginoso y a menudo nauseabundo olor de los astutos vulpinos, los rumiantes con cornamenta, los felinos rechonchos... Pero en incontables ocasiones las excreciones les habían dado la ventaja, permitiéndoles matar o infiltrarse según se necesitara.

No sucedió así en el *Spike*. Pero desde luego esa no era la idea.

En Lucazec, los secuestranaves ni siquiera se habían molestado en activar los sistemas de camuflaje del *Carrion Spike*, sino hasta alcanzar su objetivo. Estaban experimentando, quizás en preparación para su nuevo ataque. Por un rato, los escudos deflectores habían protegido la instalación minera, pero su suerte estaba echada. La destrucción y las bajas que dejó la nave a su paso concordaban con los estragos causados en Galidraan.

Cuando la transmisión que hicieron los secuestranaves por la holored fue recibida en el *Liberator*, Tarkin trató de convencerse de que era otra falsificación, de que habían armado el holovideo con noticias de tiempos de guerra e imágenes creadas, como fue el caso en Centinela y en Murkhana. En su afán de demostrarse a sí mismo que tenía razón (y ante el desconcierto de algunos suboficiales del *Liberator*), se colocó prácticamente dentro del holocampo azul buscando algún indicio de corrupción identificada por la holored. Pero no encontró nada. Tardó en deshacerse de la idea de que los secuestranaves estaban haciendo provocaciones deliberadas y aceptar que sólo estaban utilizando el sofisticado equipo de comunicaciones del *Carrion Spike* para llamar la atención de sus objetivos, de la misma manera en que lo había hecho el conde Dooku al inicio de las Guerras de los Clones. Y, como Dooku, los secuestranaves consiguieron transmitir el holovideo de Lucazec en directo por las frecuencias de la holored civil a miles de sistemas estelares del Borde Exterior y el Medio, antes de que Coruscant fuera capaz de apagar extensiones inmensas de la red de comunicaciones.

Aun así, el daño estaba hecho. Según los últimos informes de Inteligencia Militar, los secuestranaves ya comenzaban a despertar la atención de los medios en algunos de los sistemas exteriores y algunos miembros del Consejo Regente estaban preocupados por las

repercusiones: facciones desengañadas pensarían que el Imperio era vulnerable y podrían aparecer imitadores, convencidos de que ellos también podían hacerse oír en todas partes.

Tarkin también se había enterado de que el agitado debate entre Seguridad Imperial e Inteligencia Militar acerca de cuál era la mejor manera de proceder todavía estaba en ebullición; en especial porque el *Carrion Spike* se había fugado otra vez para esconderse en el hiperespacio o para acechar en algún sistema estelar remoto o deshabitado. Sin embargo, parecía que, por el momento, los vicealmirantes Rancit y Screed eran los más beneficiados por la situación, ya que el Emperador había concedido permiso al almirantazgo para desplegar fuerzas a planetas desprotegidos a lo largo de la Ruta Comercial Perlemiana y la Vía Hydiana. En cualquier caso, por esta razón *Goliat* fue a parar en Nam Chorios y, aparentemente, por eso pensaron que había que mandar el *Liberator* a Ord Cestus.

Tan pronto como llegó el carguero de apoyo, Vader pidió que lo llevaran a bordo, ya que la gran nave le llevaba su caza estelar desde Coruscant.

Desde que se separó de Vader, Tarkin se la había pasado hablando con el comandante Cassel de la Base Centinela, con informantes de inteligencia de Murkhana y con comandantes de puestos imperiales a lo largo del sector; también con Wullf Yularen, quien tenía que dedicar todos sus esfuerzos a mantener la paz entre las agencias de inteligencia. Tarkin había pasado las últimas diez horas en el centro de información del *Liberator*, estudiando minuciosamente mapas y cartas estelares y sacando cálculos complejos.

Necesitaba dormir, pero tendría que esperar hasta después de encontrarse con Vader.

Las alas del transbordador se doblaron hacia arriba a medida que atravesaba, perezosamente, un campo de magcon para llegar al hangar principal de la escolta de apoyo. El comandante de la nave y una docena de sus oficiales superiores y suboficiales en uniformes negros estaban parados en la cubierta mirando al frente cuando Tarkin descendió por la rampa. Al costado del grupo se encontraba una compañía completa de stormtroopers, además del sargento Crest y los seis miembros restantes del destacamento personal de Vader.

—Bienvenido a bordo, Gobernador Tarkin —dijo el comandante, mientras salía de la fila para saludarlo.

—Un gusto volverlo a ver, Ros. Quisiera que fuera en mejores circunstancias.

—Tendremos que hacerlas mejores.

Tarkin sonrió con un dejo de indiferencia.

—¿Dónde está Lord Vader?

—En la bahía de cazas estelares. Lo acompaño. —El comandante se volvió para romper las; luego, le hizo un gesto respetuoso a Tarkin y avanzó por la cubierta.

No tardaron en llegar a la bahía de cazas estelares, donde el comandante dejó a Tarkin. No tuvo que ir muy lejos para encontrar el caza estelar de Vader, ya que era el único Eta-2 entre un escuadrón de naves V-Wing. La ausencia de color le hubiera parecido a Tarkin una elección exagerada si el negro no fuera el color preferido de Darth

Vader. Además, muchos pilotos habían hecho un esfuerzo durante la guerra por distinguirse, así que ¿por qué no lo haría Vader?

Él estaba parado entre las alas de la nave, haciendo pequeños ajustes a algo mientras que un plateado droide astromecánico esperaba a su lado, conectado a una unidad portátil de diagnóstico. Sin que Tarkin pronunciara una sola palabra para saludar, Vader se volteó y salió de entre los cañones láser delanteros.

—Confío en que su caza haya librado el salto de Ord Mantell en buen estado —dijo Tarkin.

—No por completo, gobernador, pero los problemas del caza estelar no me preocupan por el momento. ¿Qué es lo que sabe?

Tarkin alzó una ceja.

—Interesante pregunta, Lord Vader.

El mal humor que tenía Vader desde el ataque a Lucazec no se había desvanecido.

—No me refiero a su sabiduría, gobernador. ¿Tiene información nueva?

Tarkin asintió con la cabeza.

—Algo que necesitamos discutir con toda la confidencialidad posible.

Vader volteó hacia atrás para contestar a una serie de trinos urgentes que emitía el droide; luego, sin una palabra más, llevó a Tarkin a una sala de operaciones desocupada y ubicada junto a la bahía de cazas estelares. La sala contenía una holomesa y un conjunto de módulos de comunicación.

—Aquí estamos perfectamente aislados—dijo Vader—. Ahora, ¿qué más sabe?

—Creo que he descubierto una manera de predecir dónde emergerá el *Carrion Spike*.

—Su predicción tendrá que ser mucho más acertada que nuestra corazonada en Galidraan, gobernador.

—He desechado algunas suposiciones.

Vader esperó.

—Debo decir varias cosas antes de hablar de mi pronóstico. Primero, los números de serie de los dispositivos que registramos en Murkhana indican que los componentes eran, en realidad, parte de un suministro separatista de dispositivos de comunicación.

Fueron confiscados por la República durante la guerra y almacenados en un depósito imperial, pero desaparecieron en algún momento de los últimos tres años.

—Desaparecieron —repitió Vader—. Como los módulos de la nave de guerra y los droides que usted rastreó desde la Base Centinela.

—Exacto. Fueron vendidos, robados o quizá regalados.

—Las tres posibilidades suponen una conspiración de iniciados del imperio.

Tarkin sonrió con determinación.

—Hay más. El ataque de los disidentes en la rueda de Galidraan fue especialmente oportuno, ya que un destructor estelar clase Victory saltó fuera del sistema ni una hora antes de que el *Carrion Spike* llegara.

Vader reflexionó.

—Los disidentes lo sabían.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Pueden estar trabajando también con una nave exploradora. O quizá con la nave de guerra vista en la Base Centinela.

—O reciben ayuda de los mismos iniciados que les suministraron el equipo confiscado. —Vader hizo una pausa—. El Emperador desea usarlos como ejemplo, gobernador. Pero pide que los atrapemos a todos, no sólo a aquellos que robaron su nave.

—Y lo lograremos, si mis cálculos son ciertos.

Vader esperó nuevamente.

Tarkin tomó su datapad del bolsillo de su guerrera y la conectó a la mesa holoprojectora. Un mapa estelar redondo se formó en el aire; Tarkin lo manipulaba desde su datapad. Una línea roja zigzagueante señalaba los movimientos del *Carrion Spike*, con notas de medidas y cálculos.

—Consumo de combustible —dijo Vader, después de un momento.

—Debí haber sabido que estaría un paso delante de mí.

—Conozco el método, gobernador.

Vader no ofreció una explicación, así que Tarkin continuó usando el dedo índice para resaltar sus indicaciones.

—La nave estaba totalmente aprovisionada de combustible cuando partió de la Base Centinela. No nos molestamos en repostar en Coruscant para dar el salto a Murkhana, ya que tenía más que suficiente para el viaje de ida y vuelta. Sin embargo, de Murkhana, la nave saltó primero a Fial, luego a Galidraan y luego a Lucazec. No tenemos forma de calcular, mucho menos de saber, dónde está la corbeta actualmente. Puede estar en el hiperespacio o estacionada en algún sistema estelar, pero de cualquier forma su combustible es escaso. A menos que los secuestranaves hayan completado su misión, algo que yo encuentro altamente improbable, el combustible debe ser su siguiente prioridad.

Tarkin hizo ajustes al mapa estelar amplificando un área del sector local.

—El requerimiento de combustible para el *Carrion Spike* no es habitual, y los sitios de reabastecimiento aquí fuera son pocos y distantes entre sí. De hecho, los cálculos sugieren sólo dos opciones. —Tarkin señaló y precisó—: Aquí, en Gromas, dentro del sector Perkell, o aquí, en Phindar, dentro del sector Mandalore.

Vader repasó el mapa estelar dos veces, antes de detenerse y mirar a Tarkin.

—Da la casualidad, gobernador, que conozco ambos planetas.

Ahora fue Tarkin quien esperó, pero otra vez Lord Vader no ofreció explicación.

—Como Lucazec —continuó Tarkin—, Gromas mantiene una operación minera, de phrik, creo yo.

—Sí —dijo Vader.

—El Imperio tiene un almacén ahí, que incluye una completa gama de tipos de combustible. Phindar, por el contrario, fue atacada por separatistas durante la guerra, por lo que no alberga más que un aljibe grande en órbita fija. La propiedad fue de un cártel

criminal hace unos veinte años, ahora la utilizan subcontratistas como instalación de combustible; da servicio a naves estelares imperiales.

—Dos opciones —dijo Vader—, con más dificultad en Gromas.

—Los secuestranaves eligieron a Lucazec en vez de Nam Chorios o incluso Belderone, y transmitieron su ataque en directo por la holored. Si su plan es esparcir tanto destrucción como propaganda...

—Gromas sería la elección esperada, sólo por su relativa importancia.

Tarkin asintió lentamente con la cabeza.

—En definitiva, es el blanco que debemos comunicar a las agencias de inteligencia.

Vader asintió lentamente con la cabeza, en señal de que captaba lo que Tarkin quería decir.

—Informaré al Emperador.

—Puede ser que el *Carrion Spike* ya esté en movimiento —dijo Tarkin, cuadrando los hombros.

Como haciendo eco a la postura de preparación de Tarkin, Vader plantó los puños en la cadera.

—Entonces no tenemos tiempo que perder.

15

CAPACIDAD NEGATIVA

EL *CARRION SPIKE* flotaba sobre un planeta volcánico y sin vida, ubicado en un sistema estelar designado con número en lugar de nombre. La tripulación ya estaba reunida en la cabina de conferencias cuando entró Teller, vistiendo un uniforme de comandante Imperial.

—Date la vuelta para que surta efecto —dijo Anora desde una de las sillas que rodeaban la mesa circular de la cabina.

—No te queda como antes —opinó Cala.

Teller se miró decepcionado de sí mismo.

—Es lo que le hace la pobreza a cualquiera. —Levantó la cabeza y dijo a todos—: Pero tengo buenas noticias...

—Buenas noticias de un humano vestido como un imperial —interrumpió Salikk, tocándose un mechón de pelo en la mejilla—. Eso es inaudito.

—¿Qué tenía que decir nuestro aliado? —preguntó el Doctor Artoz.

—Una fuerza especial ha saltado a Gromas.

Los ojos laterales de Artoz delataron un vivo interés.

—¿Confirmado?

Teller asintió inclinando la cabeza una vez.

—Por múltiples fuentes.

—Así que tenías razón acerca de Tarkin —dijo Hask.

Teller se acomodó los pantalones y se sentó en una silla.

—Cuando estaba con Regiones Exteriores, en el área metropolitana del Seswenna, solía rastrear piratas calculando el consumo de combustible. Regiones Exteriores los inducía a un depósito de combustible y luego se abalanzaba. Los jedi hacían lo mismo.

Sólo tienes que saber la cantidad con la que una nave comenzó y estar razonablemente seguro de su itinerario. No siempre funciona, pero, cuando sale, funciona de maravilla. —Miró a Cala y le preguntó—: ¿Ya estás contento por habernos tomado el tiempo extra en Murkhana?

El koorivar arrugó el rostro, pero asintió con la cabeza.

—Además de los imperiales que saltaron a Gromas —dijo Hask—, todo depósito entre este punto y Centares tiene que estar alerta por esta nave.

Teller apretó los labios.

—Nunca prometí algo seguro. La firma alterada del transpondedor funcionó en Lucazec y no hay razón para pensar que no vuelva a funcionar. Para la mayoría de las estaciones imperiales, apenas seremos la enésima corbeta que se quedó sin combustible.

Pero eso no significa que algo no pueda salir mal. En tal caso, tenemos suficiente como para saltar a la primera señal de problemas.

—¿A dónde? ¿Y luego qué? —dijo Salikk.

—No nos adelantemos —sugirió Teller a todos—. Por ahora sigamos el plan.

Hask sacudía la cabeza, con los ojos entornados.

—Debimos haber almacenado combustible en alguna parte o suministrarlo nosotros mismos.

Con el entrecejo fruncido, Teller dijo a la zygerriana:

—Nos quedamos en bancarrota para llevar ese cargamento a Murkhana. —Hizo un gesto para sí mismo—. Como digo, la pobreza causa estragos en la dieta.

Hask apartó la vista de él haciendo una expresión que contorsionaba sus rasgos angulares, así que Teller se volvió hacia Anora.

—Buen trabajo con el holovideo. Está llamando la atención por todos lados.

Ella se encogió de hombros.

—Sólo estoy haciendo mi trabajo, Teller. Igual que siempre.

Teller se puso serio mientras volteaba hacia Cala.

—Y hablando de trabajos...

—Hecho —dijo el koorivar—. Aunque tuve que pasar tiempo extra en descontaminación.

—Pensé que tu complexión se veía más rojiza que de costumbre.

—No es un chiste, Teller —repuso Cala—. Ese trabajo podría costarme un par de años.

—Pero, si sirve de consuelo, habrá un costo más alto para los imperiales.

—Esa parte no te molesta en lo más mínimo, ¿o sí? —preguntó Hask, con una mueca de desprecio—. La matanza indiscriminada, quiero decir.

Teller frunció el ceño.

—¿Indiscriminada? ¿Porque no todos ellos son soldados? ¿Ahí es donde pintas la raya?

—La gente tiene que trabajar, Teller —dijo la zygerriana.

—No te engañes, Hask. Estos no son blancos civiles. Son instalaciones imperiales manejadas por gente que se unió a la enfermiza visión del futuro del Emperador... para ti, para tu reina, para mí, para todos aquí hasta las Regiones Desconocidas. Viste los carteles de reclutamiento: «¡Sirve al Imperio y conviértete en un mejor ser!». ¿Eso no te revuelve el estómago? Cualquiera que le sirve de forma voluntaria es un traidor a la vida, Hask. Y no me digas que no saben en qué se están metiendo, porque es tan claro como esos carteles en la pared. Es esclavitud, opresión y un poderío militar de dimensiones que ninguno de nosotros ha visto jamás. —Entonces movió la mandíbula—. No iré de forma

pacífica hacia ese futuro y tú tampoco deberías. ¡Demonios!, ¿por qué estás con nosotros si no has reflexionado bien esto?

Anora hizo un gesto conciliador.

—Ella sabe. Sólo se le olvida a veces. —Miró a Hask y le preguntó—: ¿No es así?

Hask contestó asintiendo con la cabeza, de forma taciturna.

Pero Teller no había terminado.

—Mira, ya sea que estén explotando mena para TaggeCo o repostando naves de guerra imperiales, es lo mismo: están con el Emperador, nuestro líder moral, quien en su día más benevolente es aún peor que Vader. La idea, Hask, por si acaso se te olvidó, es infundir miedo a cualquiera que esté pensando en la posibilidad de unirse, para reducir el creciente número de muertos y como represalia. ¿Lo entiendes ahora?

—Lo entiendo —dijo Hask finalmente.

Anora se golpeó la parte superior de los muslos y se rio brevemente.

—Teller, a veces eres tan parecido a un holograma que no puedo decidirme entre aclamarte o aplaudirte. Mi equipo de producción de Coruscant te hubiera sacado mucho provecho.

Teller echó una ojeada de ella hacia Hask y resopló en tono burlón.

—Artistas. Si el Emperador se sale con la suya, ustedes serán los primeros objetivos en ser erradicados. —Esperó unos momentos—. ¿Ya terminamos?

Asintieron con la cabeza.

Teller miró a Anora.

—Hablando de holodramas, veamos cómo me veo con cabello rojo.

Tarkin, vestido con un traje negro de vuelo, esperaba en el centro de mando del hangar después de que la nave se fijó en la orilla del sistema Phindar, ubicado en dirección al borde. Sobre un holoprojector flotaba una holoimagen a escala del administrador del depósito; era un humanoide de ojos amarillos con mirada lúgubre y un par de delgados brazos verdes que llegaban más allá de sus rodillas.

—Se ha completado el reabastecimiento de combustible, Gobernador Tarkin —carraspeó el phindiano en idioma básico—. En estos momentos, la corbeta está preparándose para desconectarse.

—Buen trabajo, administrador. ¿Llevaron a cabo el reabastecimiento de acuerdo con mis instrucciones?

—Sí..., aunque hicimos un esfuerzo considerable.

—El Imperio ve con ojos benevolentes a quienes cooperan en estos asuntos.

—Y espero cualquier benevolencia que quiera repartir, gobernador. Pero usted debe saber que la nave es expugnable. Mis trabajadores y los stormtroopers de este lugar están más que dispuestos a tomar a la tripulación.

—No, administrador —dijo Tarkin, de un modo que no admitía contradicción—. No debe despertar ninguna sospecha.

Además, las personas que están a bordo de la nave tuvieron bastante tiempo de prepararse para esto. Usted y sus trabajadores serían asesinados.

—Si usted lo dice, gobernador.

—Lo afirmo. ¿Tiene usted una grabación del comandante?

El phindiano asintió con su enorme cabeza de nariz chata.

—Transmitiéndolo ahora.

Tarkin entornó los ojos para fijarse en el holograma que apareció junto a la holopresencia del administrador. El hombre, vestido con un uniforme imperial, era alto y delgado, con espeso cabello rojo y una cicatriz levantada en la mejilla izquierda, que corría desde la comisura de sus gruesos labios hasta un ojo biónico parecido al que utilizaba el Vicealmirante Screed.

—Su cilindro codificado lo identificó como Coronel LaSal.

—Un momento, administrador —dijo Tarkin, saliendo del alcance de la cámara para voltear hacia el especialista más cercano del puesto de mando y ordenarle—: Corra el holograma de la base de datos. Si realmente existe el Comandante LaSal, averigüe dónde está en estos momentos.

—Sí, señor —dijo el especialista.

Tarkin regresó a la holocámara.

—Me decía, administrador...

—La insignia de LaSal y el disco de la gorra de mando parecen legítimos.

Tarkin no estaba sorprendido. Considerando todo lo que los secuestranaves ya habían logrado, falsificar códigos de cilindro y gorras de mando debía ser un juego de niños.

—Señor —dijo el especialista desde su lugar—, la base de datos muestra al comandante Abel LaSal a bordo del destructor estelar *Sovereign*, actualmente apostado en Fondor. Pero los rasgos no coinciden como deberían. ¿Contacto al *Sovereign*?

Tarkin negó con la cabeza.

—Eso no será necesario.

Las palabras apenas habían salido de su boca cuando un oficial de señales para cazas estelares entró de prisa.

—Gobernador Tarkin, Lord Vader solicita que se reúna con él en la bahía cuanto antes.

Tarkin puso fin a la transmisión doble y se apresuró por la escotilla y la cubierta, hacia donde se estaba encendiendo un V-Wing amarillo con gris. La cúpula estaba abierta y un astromecánico rojo ocupaba el espacio detrás de la cabina. El Eta-2 negro de Vader se calentaba no muy lejos de ahí. Al ver a Tarkin, Darth Vader tomó un casco de vuelo y un peto para dárselos.

—Altamente recomendado —dijo Vader, mientras le entregaba el equipo.

Tarkin comenzó a ponerse el peto.

—Parece que sus cálculos eran correctos, gobernador.

—Sí, pero llegar hasta acá tiene que haber implicado un gran desplazamiento para ellos. Hay buenas razones para sospechar que, de hecho, sí cargaron combustible antes de despegar de Murkhana.

—Entonces alguien pudo haberles sugerido mantenerse lejos de Gromas.

—Un asunto digno de considerar —dijo Tarkin—. Además, se delataron de otras maneras. No sólo conocen los instrumentos del *Carrion Spike*, sino también el procedimiento imperial. El autodenominado comandante tiene toda la pinta de un oficial y utilizó cilindros codificados para requerir el combustible. —Miró a Vader—. Quizás algunos del Imperio mismo.

—El Emperador tiene paciencia limitada para los acertijos, gobernador. Sea quien sea, tenemos que poner fin a su juego.

La estación de combustible ligeramente blindada orbitaba sobre el hospitalario Phindar. Su enorme puente de popa, un cilindro largo hecho de una aleación, permanecía elevado sobre un escudo trapezoide que protegía cuatro motores subluz y un hiperimpulsor genérico. Gas radioactivo presurizado, metal líquido y otros compuestos estaban almacenados en diferentes secciones. Toda una variedad de droides vehiculares efectuaba operaciones de reabastecimiento instalando celdas frescas de combustible en naves estelares o retirando celdas agotadas para llevarlas a contenedores anclados en el estribor de la estación. El *Carrion Spike* seguía conectado a la nave proveedora de combustible con su proa colocada hacia la popa trapezoidal del inmenso depósito, mientras Teller se apresuraba hacia la cabina principal a través del anillo de acoplamiento.

—Retrae el tubo de traslado y sácanos de aquí —gritó hacia la cabina de mando.

—¿Problemas? —preguntó Anora, brincando de su silla.

Teller sacudió la cabeza mientras se desprendía la cicatriz de la mejilla y el implante falso del ojo izquierdo.

—Ese es el problema. Todo salió demasiado bien. El phindiano no cuestionó nada, ni siquiera preguntó acerca de la nave o de las celdas de combustible especiales.

—Tú mismo dijiste que aquí afuera sólo somos otra corbeta —dijo Anora.

—De cerca no lo somos. —Teller se apresuró a la cabina de mando al oír el conector segmentado retraerse hacia el casco, Anora le pisaba los talones.

—Alejándonos con cuidado —dijo Salikk, desde la silla del capitán.

La corbeta se sacudió ligeramente mientras los propulsores de maniobra la separaban de la estación. Teller se movió hacia las ventanillas frontales para deslizar su mirada por el espacio local.

—¿Qué estás buscando? —preguntó Artoz, desde una de las otras sillas.

—Lo sabré hasta que lo vea —comenzó a decir Teller, pero Cala lo interrumpió.

—¡Una nave se aproxima al borde! —Hizo una pausa para estudiar los sensores—. Carguero de escolta imperial. En pantalla.

Teller, Anora, Hask y Artoz se amontonaron detrás de la silla de Cala, mientras se formaba la imagen de una nave en forma de caja con un ventral plano y un casco superior curvado, ubicado en la popa y que se extendía sobre los motores del cargador.

—El código del transpondedor la identifica como *Goliat* —continuó Cala—. Capaz de cargar una flota de cazas estelares.

Armado con diez H-Ocho Taim y Bak y un sistema de lanzamiento de misiles Krupx, aunque sus escudos no representan la gran cosa...

—No estoy interesado en probar su temple —dijo Teller.

—Podría estar aquí sólo para repostar —supuso Artoz, con escepticismo.

Súbitamente, el carguero desapareció de la pantalla.

—¿A dónde se fue? —preguntó Anora.

Y súbitamente reapareció; ahora también se veía en las ventanillas delanteras.

—¡Microsalto! —dijo Cala—. ¡Y desplegando cazas estelares!

Teller observaba mientras cazas estelares salían por la rampa del carguero.

—V-Wing, liderados por un Eta-2 Actis negro.

—¿Apuestas a quién está piloteando el negro? —preguntó Hask.

Anora sacudía la cabeza, consternada.

—¿Cómo supieron?

Los oscuros ojos de Teller estaban llenos sorpresa.

—Tarkin pudo haberse dado cuenta de que vendríamos a Phindar si nos asustaba y nos alejaba de Gromas mandando naves.

—O aseguró su estrategia —dijo Artoz—. Naves capitales a Gromas, él y Vader aquí.

Teller se espabiló con una sacudida.

—Ahora no importa mucho. —Se volvió hacia Cala y le preguntó—: ¿Cuánto tiempo tenemos?

—Un cuarto de hora —respondió el koorivar.

—Lo registro —dijo Artoz.

—¿Qué distancia hay para llegar al punto de salto más cercano?

Salikk giró hacia la navicomputadora.

—Tenemos que quitarnos del camino a Phindar y la luna principal.

—Entonces tienes que hacer primero un poco de pilotaje sofisticado —dijo Teller—. Manténnos tan cerca de la estación de combustible como sea posible y protege el generador del hiperimpulsor a toda costa. Con un par de rayos errantes, estamos fritos.

—Vaya que lo sabemos —comentó Cala.

Salikk soltó una risa histérica.

—Si crees que eso evitará que Vader y Tarkin disparen, eres tu peor enemigo.

Teller ignoró el comentario y miró a Anora.

—Prepara tus cámaras.

—Manténgase cerca de mi ala izquierda —dijo Vader a Tarkin por la red táctica, mientras, atrás de ellos, otros cinco pares de V-Wing abandonaban el carguero.

El descomunal depósito cilíndrico estaba al frente, per lado contra el planeta; el *Carrion Spike* empezaba a descender de él; los secuestranaves iban decididos a dejar el depósito entre ellos y los cazas estelares. Con la corbeta prácticamente unida a la nave de combustible popa con proa, tenía poco sentido activar el sistema de camuflaje.

Los diagramas del armazón y el generador de hiperimpulsión del *Carrion Spike* habían sido cargados a las computadoras de objetivo de cada caza estelar, a cada astromecánico y al control de disparo del *Goliat*; un disparo preciso de sus grandes cañones podía ser suficiente para inmovilizar la corbeta.

Los pilotos del escuadrón se reportaban por distintivos de llamada (del Amarillo Tres al Doce), mientras se formaban tras el caza estelar negro de Vader y aceleraban hacia la nave de combustible.

—Nuestro objetivo es forzar a la corbeta a desactivar sus escudos deflectores antes de que pueda devolver el fuego —dijo Tarkin, por los auriculares de su casco—. Una vez que hayamos hecho esto, nuestra prioridad será atacar el generador de hiperimpulsión, que se encuentra detrás de los cañones principales, en la columna de la corbeta.

Un coro de voces distorsionadas confirmó las instrucciones.

—Afirmativo, Amarillo Dos.

—La mano derecha de Tarkin guiaba la palanca de mando y la izquierda hacía ajustes a los instrumentos. El V-Wing había sido diseñado como algo más que un fuselaje tipo cápsula unipersonal, asentado en motores de iones apilados y anqueado por láminas desplegadas de estabilidad termo-radiante. Su cometido principal era obtener velocidad y agilidad, a expensas de un sistema de buena duración por hiperimpulsión; además, tenía cañones de iones dobles a los lados de la larga proa en forma de cuña. Habían pasado años desde que el moff piloteó uno. A pesar de la amplitud de la cabina y de la extensa vista obtenida por la cúpula de hojas hecha con transpariacero, Tarkin tenía una sensación de claustrofobia por estar amarrado al asiento mediante correas de seguridad y tener puestos incómodos guantes, botas de vuelo y casco. Ya que la computadora de objetivo con bisagras le tapaba la vista del lado izquierdo, la cabina parecía más apropiada para un geonosiano de doble articulación. En comparación con esta nave, el viejo Delta-7 Aetherspirite resultaba espacioso y el ARC-170, una nave de lujo. Sin embargo, las cosas podrían haber sido peores: el *Goliat* podría haber llevado un escuadrón de los nuevos y, por lo visto, desechables cazas TIE.

—Comenzando el ataque —dijo Vader.

Con el astromecánico trinando comandos al compensador inercial, Tarkin suministró más energía a los motores para mantenerse junto y un poco detrás de Vader; de pronto, planeó hacia la nave de combustible. De inmediato se dio cuenta de que los secuestranaves no sólo estaban tratando de esconderse, sino también ejecutando una maniobra lenta que mantenía la vulnerable superficie dorsal del *Carrion Spike* de frente al casco curvado de la inmensa nave. Mientras la corbeta desaparecía a babor, Vader

ascendió resuelto a caer sobre la nave, pero, cuando él y Tarkin se aproximaron al *Carrion Spike*, este mostraba su vientre en lugar de su columna. De todas maneras, desencadenaron una ráfaga de disparos de cañón iónico y viraron para realizar otro ataque rapaz. Para entonces, la corbeta estaba boca arriba sobre la nave de combustible, intentando trazar un arco hacia el lado derecho de esta: sus propulsores de posicionamiento destellaban.

En su descenso, el *Carrion Spike* cayó preso, por unos momentos, de cuatro cazas estelares cuyos disparos desafiaron la resistencia de sus poderosos escudos, pero salió ileso de la confrontación. La corbeta no respondió sino hasta que estuvo otra vez a salvo y escondida debajo del aljibe, lo cual logró con disparos poderosos de sus cañones láser laterales, que desintegraron a Amarillo Siete y Ocho.

Avanzando con agilidad en el límite del fuego cruzado, Vader y Tarkin siguieron la nave hacia su segunda ubicación, arremetiendo contra ella mientras se arrastraba para salir debajo del aljibe, pero sin buenos resultados.

Con Tarkin todavía pegado al ala izquierda del Eta-2, Vader detuvo su descenso, dio la vuelta y se apresuró a salir, pasando peligrosamente cerca del aljibe en un esfuerzo por meterse entre este y el ascendente *Carrion Spike*. De esta forma, obligó a Tarkin a desacelerar para quedar en una posición tándem. Los disparos de los cañones iónicos de Vader destellaron a lo largo de la corbeta, desde popa a proa, pero los escudos seguían aguantando. Tarkin supuso que habían sido fortalecidos por energía de los cañones y los propulsores para maniobras subluz.

El *Carrion Spike* frenó intermitentemente a medida que alcanzaba la cresta de su tortuosa vuelta, pero, cuando logró completar el movimiento, descargó un triple bombardeo de disparos láser que forzó a cuatro cazas estelares a desviarse. Girando fuera de control, uno de estos rebanó una parte del puente de popa perteneciente al aljibe y estalló.

La voz de Vader resonó por la red.

—Amarillo Tres y Cuatro, Diez y Doce, fórmense tras Amarillo Dos y sigan nuestro ataque. Fuego directo y continuo al centro de mando de la corbeta.

Tarkin imitó las maniobras evasivas de Vader, mientras los cuatro cazas estelares se apresuraban a unirse a ellos; luego, la media docena de naves se ladeó al unísono para comenzar el ataque. Siguiendo su disciplina de tiro, Tarkin presionó la palanca de mando y se abalanzó; su astromecánico transmitía datos de objetivos a la pantalla de visualización. Los rayos comenzaron a encontrar su camino a través de los escudos, punzando el reluciente casco de la corbeta. Uno tras otro, los cazas estelares acosaron al *Carrion Spike* y perforaron los escudos con disparos iónicos. Entonces, por tercera vez, la nave robada de Tarkin descendió al casco ligeramente blindado del aljibe.

—No pueden esconderse dentro de esos escudos por mucho más tiempo —dijo Vader por la red—. Formación de escalón tras Amarillo Dos; ataquen de nuevo.

Lanzaron su ataque cuando el *Carrion Spike* se deslizaba por el lado derecho del aljibe. En el caza de Tarkin, la retícula de objetivo se puso roja y un dispositivo de láser

aseguró la cabina del piloto. El moff condujo en picada para lanzar un disparo mortal, pero las alarmas de proximidad comenzaron a retumbar; de inmediato, echó un vistazo hacia arriba y vio aparecer seis ARC-170 que salían de una bahía delantera del aljibe. Apoyándose en la palanca de mando, Tarkin dio un brusco giro hacia estribor, por lo cual sus disparos se desviaron. En el acto, la red táctica se llenó de gritos de precaución. El Eta-2 de Vader y el resto de los V-Wing se desplegaron en busca de un espacio libre, mientras que los ARC-170 entraban en medio de ellos. Apenas evitaron colisionar.

—Cancelen el ataque —dijo Vader a todos.

Tarkin transmitió un mensaje al *Goliat*:

—Comuníquese con el administrador del aljibe. Ordénele que retire a sus cazas de inmediato. Están causando un caos aquí afuera.

El especialista que recibió el mensaje en el otro extremo de la red confirmó la solicitud, pero regresó un momento después con una mala noticia:

—Gobernador Tarkin, el administrador se ha negado a obedecer la orden.

—¿Negado? ¿Con qué justificación?

—Señor, respondió que el aljibe es de su propiedad y que usted no es su gobernador.

—*Goliat*, ¿tiene una clara visión del *Carrion Spike*?

—Afirmativo, señor.

—Entonces prepare sus torpedos de protones para disparar a la corbeta en cuanto aparezca sobre la nave de combustible.

—Con todo respeto, señor, el aljibe y la corbeta bien podrían ser siameses de tan pegados que están. —Era la voz del comandante del *Goliat*—. Además, con nuestros cazas estelares por todo el terreno, un torpedo perdido...

—Estoy plenamente consciente del riesgo, comandante —dijo Tarkin, dando rienda suelta a su ira—. Informe esto a los oficiales de registro de bajas; yo asumiré personalmente la responsabilidad por cualquier daño colateral.

—Ejecute las órdenes del Gobernador Tarkin, comandante —ordenó Vader, con una voz calmada y amenazante a la vez.

—Sí, Lord Vader. Preparando el sistema de lanzamiento de proyectiles.

En lugar de ubicarse sobre el aljibe, el *Carrion Spike* hizo que sus motores iónicos volvieran a arrancar y se alejó a toda velocidad disparando cada una de sus armas a la vez. Abruptamente, Vader y Tarkin rompieron su alineación e hicieron frenéticas maniobras evasivas, mientras los rayos de destrucción los rastreaban.

Vader ordenó a lo que quedaba del escuadrón que retomara su formación.

—Contraataquen. A esa nave no se le puede permitir saltar.

Sin embargo, los cañones láser del *Carrion Spike* ya comenzaban a encontrar sus objetivos. Amarillo Cinco y Doce desaparecieron en explosiones cegadoras, agregando escombros a la pista de obstáculos en que Vader y Tarkin trataban de avanzar.

Tarkin volvió a abrir la comunicación con el *Goliat*.

—¿Qué está esperando? ¿Por qué no dispara?

—¡Señor, la corbeta ha desaparecido de nuestros escáneres!

—Dispare en la trayectoria de su último vector registrado —dijo Tarkin—. Active el rayo tractor.

El carguero comenzó a disparar a una gran distancia, sus rayos de energía sólo perforaban el espacio local.

Vader y Tarkin todavía estaban encabezando la persecución, cuando una enorme explosión ondulante estalló detrás de ellos.

Tarkin miró por encima de su hombro izquierdo para ver reventar el aljibe en un torrente turbio de fuego y gas que aniquiló a todos los ARC-170 y chamuscó la cola de los cazas estelares que completaban la formación. Cuando la onda expansiva lo alcanzó, forzó al V-Wing obligándolo a dar una serie de volteretas y rotaciones laterales que de repente parecían no cesar.

Después de un largo rato, los sistemas del caza estelar volvieron a encenderse; entonces oyó la voz de Vader por el comunicador.

—El *Carrion Spike* ha saltado al hiperespacio.

—¿Alguien más sobrevivió? —logró preguntar Tarkin.

El *Goliat* respondió:

—Dos cazas estelares. Además de nuestro carguero.

Tarkin levantó el rostro hacia la cúpula; descubrió que estaba de frente a lo que quedaba del aljibe, el cual seguía escupiendo fuego y empezaba a hacer espirales que concluyeron en una caída mortal hacia la atmósfera de Phindar.

Sin embargo, lo que impresionó al moff, a medida que recobraba sus sentidos, fue que ni el *Carrion Spike* ni el *Goliat* habían realizado el disparo que condenó a la estación de combustible.

16

MITIGACIÓN DE RIESGOS

EL *CARRION SPIKE* estaba a la deriva entre planetas de un sistema estelar sin nombre. Había hecho una parada imprevista que Salikk tuvo que programar cuando salían huyendo de la enorme explosión del aljibe; en ese momento la tripulación era perseguida por el rayo tractor y los torpedos del carguero imperial, así como por los cazas estelares.

El suplicio de Phindar había dejado la corbeta maltratada, magullada y sacudida. Su casco blindado estaba lleno de enormes boquetes, y la mayoría de las luces exteriores quedaron fundidas. El rayo tractor del *Goliat*, que había sujetado a la nave más por suerte que por las acciones de los militares a bordo, dañó la antena rectificadora. El interior parecía como si hubiera pasado un torbellino, como si sobrecargas eléctricas hubieran freído la mayoría de los aparatos en la cocina y en la enfermería. Debido a los daños en las esclusas de aire y a las fugas de radiación, algunas áreas de la nave quedaron clausuradas. Los baños y regaderas habían dejado de funcionar, y prevalecía la iluminación de emergencia. La mayoría de las alarmas fueron inhabilitadas para evitar que sonaran. En el centro de mando, algunos indicadores parpadeaban sobre la consola de control, y algunas computadoras se rehusaban a reiniciarse. Les fue mejor a los sistemas de armas y de camuflaje, a los sensores, al hiperimpulsor y a la navicomputadora, pero los generadores de escudo estaban funcionando sólo al cincuenta por ciento de su capacidad.

—El lado bueno —decía Teller a sus compañeros secuestranaves— es que las escapatorias milagrosas producen buenos holovideos.

Los seis estaban en la cabina de mando, tenuemente iluminada, curando sus heridas. La frente de Anora tenía un parche de bacta cuadrado, y se había rasurado algunos bucles de color parduzco para que le cupiera un segundo parche en el cuero cabelludo.

—El Imperio ha suspendido el servicio de holored para la mayor parte del sector —dijo ella con voz débil, derrotada—. Dudo que nuestra transmisión haya alcanzado a más de media docena de sistemas.

—Sólo necesitamos haber alcanzado uno —dijo Teller, tratando de sonar alentador—. Con tiempo, el holovideo se difundirá en otros sectores.

—No tuve oportunidad de editar el desfase antes de que explotara el aljibe —dijo Hask—. Pero hay una secuencia que muestra a los cazas estelares atacándonos.

Cala apareció en una escotilla de acceso que se comunicaba con la cubierta.

—La explosión podría haber eliminado al Eta-2 y a todos los V-Wing si la carga no se hubiera tardado en detonar. Es posible que los contenedores del aljibe estén equipados con sensores para vigilar si las celdas de combustible están completamente agotadas. Un sensor del contenedor pudo haber detectado la bomba y quizás intentado neutralizarla.

—No es asunto nuestro —dijo Salikk desde la silla de mando. La tenue luz de emergencia apenas le permitía ver; examinaba los instrumentos mientras hablaba.

—Tenemos suerte de haber escapado cuando lo hicimos. El *Goliat* nos tenía en la mira.

Hask observó fijamente a Teller.

—¿Crees que Tarkin y Vader habrían dado la orden de disparar sabiendo que podrían destruir la estación de combustible?

—¿Estás preguntando en serio? —dijo Teller.

Hask frunció el ceño.

—En realidad no me refiero al aljibe, sino a que sus pilotos de cazas estelares estaban en peligro.

Teller se reclinó otra vez en el mamparo de babor.

—¿Recuerdas lo que te estaba diciendo sobre los días de Tarkin en Regiones Exteriores?, ¿y sobre esa nave especial que diseñó con cañones frontales montados en pivotes de oscilación?

—Lo recuerdo.

—Bueno, no sólo fue en contra de los piratas —dijo Teller—. Pensarías que le habría echado la culpa de los problemas de Eriadu a los Planetas del Núcleo, porque se quedaban la mayoría de las ganancias que dejaba el comercio de lommita del Seswenna.

Pero, en realidad, él estaba en contra de todos los «criminales» que acosaban al sector. Cuando las contraofensivas de Regiones Exteriores dejaron de producir buenos resultados, Tarkin decidió seleccionar como objetivo de la milicia a cualquier grupo que estuviera apoyando o amparando a los enemigos del Seswenna. No le importaba que los grupos de apoyo se vieran atrapados entre la espada y la pared, amenazados por piratas de un lado y por Regiones Exteriores del otro. Podrías decir que se trataba de bajas civiles, Hask, pero no para Tarkin. Para él, eran aliados de sus enemigos; por lo tanto, también enemigos suyos, merecedores de cualquier cosa que él decidiera lanzar contra ellos.

Teller apretó los labios y, afligido, sacudió la cabeza. Luego continuó:

—Regiones Exteriores fue despiadado en todo lo que hicieron sus naves de guerra. Nadie sabe cuántos murieron o dónde están enterrados los cuerpos. Sin embargo, aun con la flotilla que había reunido, Regiones Exteriores no podía estar en todos lados al mismo tiempo, así que a Tarkin se le ocurrió lograr que los partidarios fueran responsables de su propia protección, armándolos contra los piratas. De esa forma, consiguieron abrir un frente separado contra estos. A la larga, los grupos de partidarios tuvieron conflictos entre sí. Al sospechar que algunos estaban apoyando secretamente a los piratas, todos comenzaron a volverse unos en contra de otros, por miedo a las represalias de Regiones

Exteriores. Fue una especie de aniquilación mutua asegurada. Así, finalmente, Tarkin liberó al Seswenna de sus problemas.

Teller guardó silencio un momento.

—Uno nunca sabe qué suceso dará forma a la vida de alguien, a sus decisiones morales. Quizá, tener que defenderse por siglos de depredadores, así como de saqueos de piratas, esclavistas y corsarios fue lo que moldeó el carácter eriaduano. Tal vez la historia del lugar determinó la composición genética de los pobladores, dando como resultado un apetito de violencia. Pero ni siquiera eso explica a Tarkin por completo, porque la mayoría de los eriaduanos que conozco no se parecen en nada a él.

Los ojos de Teller se enfocaron principalmente en Hask.

—Cuando Regiones Exteriores consiguió ahuyentar lo que quedaba de los grupos que no había aniquilado, Tarkin dirigió su ira hacia cualquiera que hubiera ido a Eriadu huyendo de conflictos de intersistema o en busca de nuevas vidas, de trabajo..., tú sabes, aquellos que estaban arrebatando los trabajos a eriaduanos oriundos, amontonando las ciudades, arruinando la economía.

Todo el clan Tarkin libró una campaña contra ellos. No importaba si eran humanos u otra especie; el asunto era que estos parásitos sociales estaban arrebatando a Eriadu sus recompensas justas y ganadas a pulso y por eso constituían un obstáculo para que el planeta accediera al estatus de los Planetas del Núcleo. Para entonces, Tarkin era gobernador de Eriadu, probablemente el más popular que alguna vez tuvo el planeta. Recién salido de Regiones Exteriores y de años de vida de academia, tenía el apoyo de una camarilla de oficiales influyentes que se habían preparado para ser judiciales, pero que en realidad sólo se morían de ganas de que estallara una guerra galáctica.

»Palpatine miraba hacia otro lado. No hacía caso a lo que estaba sucediendo en el Seswenna: las deportaciones, las purgas, las atrocidades cometidas en contra de cualquiera que se encontrara en la lista de exterminio de los Tarkin. Pero no es sorprendente que, bajo el mandato de Tarkin, Eriadu por fin lograra la fama que ansiaba desde hacía tanto tiempo. Se convirtió en una estrella en ascenso, en aquella que otros planetas deseosos de ser explotados comenzaron a admirar. Así que, por supuesto, los jugadores invisibles que habían puesto a Palpatine en el poder estaban muy ansiosos de acoger a Tarkin. ¡Demonios!, ya había formado una fuerza armada. Cuando Coruscant se embarcó por el mismo camino, tomó como ejemplo a Eriadu. ¿Por qué otra razón crees tú que Tarkin logró tanto en tan pocos años y se hizo tan rápidamente amigo de Palpatine como de esos senadores que estaban alentando la aprobación de la Ley de Creación Militar y de los miembros del Consejo Regente? ¿Por qué crees que formó un equipo tan perfecto con Vader?

Teller contestó su propia pregunta:

—Porque todos ellos comparten la misma visión. Son los privilegiados que saben qué es lo mejor para el resto de nosotros: quién debe vivir, quién debe morir, ante quién tenemos que inclinarnos y qué tan abajo. —Miró a Cala, Artoz y Salikk—. No necesito recordarle a ninguno de ustedes qué hizo Tarkin al final de la guerra, cuando ya no

estaban los jedi para mantener a raya la violencia y los tributos. De otra forma, no estaríamos a bordo de esta nave. El Emperador va a seleccionar a las poblaciones de la galaxia hasta que sólo queden los que él pueda controlar. Y él, Vader y Tarkin van a conseguir eso con un ejército de reclutas autómatas que bien podrían ser clones, en vista de la poca independencia intelectual que tendrían: armas que no se han visto en más de mil años, y miedo.

Teller se alejó del mamparo renqueando ligeramente y se abrió camino entre las luces de emergencia hasta una de las sillas de aceleración.

—Pueden pensar en el *Carrion Spike* como sólo una nave, pero es más que eso. Es un símbolo de quién es Tarkin; una representación a pequeña escala de hasta dónde está dispuesto a ir. Sigilo, velocidad, poder... Eso es Tarkin, el ejecutor imperial ubicuo, omnisciente. Y por eso estamos convirtiendo esta nave en un símbolo de algo más: de resistencia —concluyó Teller.

Hask entornó sus felinos ojos y asintió con la cabeza, aunque con un dejo de inseguridad.

—¿Sabes? Es chistoso, Teller. La última vez que soltaste uno de estos sermones decías que ninguno de esos que hemos matado eran civiles porque servían al Imperio. A mí me suena mucho a lo que hizo Tarkin al tomar como objetivo a cualquier grupo que estuviera ayudando a los piratas.

Teller asintió con la cabeza y dijo:

—Sí, Hask, pero te equivocas en una cosa...

—Nosotros somos los buenos —dijo Anora, y le echó a Teller una mirada sarcástica.

Uniformado y con las manos a la espalda, Tarkin se encontraba junto a Vader en el puente de mando del *Goliath*, su presencia infundía una sensación inusual de urgencia en el espacio de la cabina.

—¿Hay algo? —preguntó Tarkin con brusquedad al suboficial sentado ante el tablero de comunicaciones.

—Nada, señor.

—Siga intentando.

El carguero imperial seguía en el espacio de Phindar, en parte para que Tarkin pudiera limar asperezas con la directiva planetaria por la destrucción del aljibe. A la derecha estaba sentado el comandante de la nave, de rostro cenizo, quien aún no superaba el hecho de que casi había provocado la muerte de los pocos pilotos de cazas estelares que habían sobrevivido al feroz encuentro con el *Carrion Spike*.

Pese a que no lo mostraba, Tarkin se sentía más responsable de lo que el comandante se imaginaba. Les habían puesto un cebo a él y a Vader, y ambos habían estado cerca de pagar el precio por precipitarse hacia la trampa. El moff se reprendía a sí mismo por su exceso de confianza al haber predicho dónde aparecerían los secuestranaves. Prometió

que no se permitiría cometer el mismo error dos veces. Que la llegada del *Goliat* hubiera sorprendido a los secuestranaves sólo hacía aún más impresionante su astuto escape.

Un timbre sonó en el tablero de comunicaciones y Tarkin se acercó de prisa, dándose cuenta inmediatamente de que se había precipitado.

—Reporte de la operación de rescate en Phindar, señor —dijo el suboficial después de escuchar la transmisión en sus auriculares por un momento—. Se sospecha que el aljibe fue destruido por un dispositivo explosivo, oculto en una celda de combustible agotada.

—Entonces los disidentes no estaban intentando usar el aljibe meramente como protección —dijo Tarkin—. Esperaban atraernos, tanto para evitar enfrentar la tormenta de nuestro arribo inesperado como con la esperanza de que nosotros también fuéramos alcanzados por la explosión.

Un breve holovideo del enfrentamiento, la persecución y la detonación había llegado tres horas antes a varios sistemas locales.

La transmisión del holovideo hacía saber a Tarkin cuánto tiempo esperaron los secuestranaves hasta salir del hiperespacio. Esto le daba una idea de la distancia que la nave había recorrido, aunque no de la dirección.

Volviéndose hacia Vader, comentó:

—Quizás hubiera sido más sensato enfocarnos en el aljibe desde el principio.

Vader cruzó los brazos sobre el pecho y negó con la cabeza.

—El Emperador no lo hubiera aprobado.

Tarkin lo observó. Era un comentario extraño viniendo de Vader, dadas las atrocidades que este había perpetrado para el Emperador desde el fin de la guerra. Se preguntaba si Vader lo estaba poniendo a prueba de la misma forma en que sentía que el Emperador lo había hecho durante su más reciente reunión.

—Si no estamos dispuestos a hacer lo que sea necesario —dijo finalmente—, entonces nos arriesgamos a perder lo que se nos ha encargado proteger.

El comentario parafraseaba algo que Skywalker había dicho a Tarkin después del rescate de la Ciudadela. Pero no obtuvo ninguna reacción de Vader más allá de estas palabras:

—Usted me malinterpreta, gobernador. Como dije, necesitamos reunir a todos en nuestra red.

El tablero de comunicaciones volvió a sonar, esta vez con mejores y más esperadas noticias.

—Señor, hemos recibido coordenadas de localización del rastreador.

Tarkin no se molestó en esconder su emoción.

—El administrador de Phindian hizo algo bien. Estaba casi seguro de que me había mentado.

Vader asintió con la cabeza.

—Sirvió bien al Imperio en sus últimos momentos.

Tarkin estaba parado tras el suboficial que manejaba el teclado de comunicaciones.

—¿Cuál es la fuente de la transmisión?

El suboficial esperó a que la información llegara a la navicomputadora del *Goliat*.

—Señor, la fuente es el sector designado como LCC-447, a un parsec equidistante entre los sistemas Sumitra y Cvetaen.

—Estos se encuentran en dirección al Núcleo, en la Región de Expansión —dijo Tarkin, con genuina inquietud.

—Sí, señor. Los planetas principales más cercanos son Thustra y Aquaris.

Vader miró a Tarkin.

—Ahora, gobernador, nos toca tender la trampa.

Una de las pocas áreas del extemplo jedi que no había sufrido renovaciones era el mapa galáctico, una enorme representación holográfica y esférica de la galaxia localizada en el nivel medio de lo que había sido el pináculo del Consejo Jedi. La orden había usado el mapa para mantener el rastro de sus miembros lejanos; ahora servía para identificar focos de conflicto en el Imperio.

El Emperador había permitido a los miembros del Consejo Regente consultar a los representantes de los servicios de Inteligencia, conservando la esperanza de que con la última estrategia de Tarkin y Vader se concluyera la búsqueda de la nave y se llevara a la luz a los conspiradores relacionados con el secuestro del *Carrion Spike*. La curiosidad se apoderaba de él, aunque seguía irritado por el hecho de que un grupo de insignificantes mutantes, procedentes de las partes más insignificantes de la galaxia, estuvieran creando problemas por ahí. Unos meros remolinos en la corriente del Lado Oscuro se habían transformado en raudales y vorágines.

Se encontraba sentado en una silla simple, ubicada sobre un podio semejante al de la sala de audiencias. Abajo, algunos de sus consejeros estaban dispuestos y vestidos con ropas coloridas: Mas Amedda, Ars Dangor, Janus Greejatus y Kren Blista-Vanee. Los jefes de Inteligencia, Ison y Rancit, se colocaron frente a los miembros del Consejo Regente; planteaban sus argumentos desde una pasarela circular asegurada a la curva pared del pináculo, en la base de la esfera holográfica.

—Mi señor, el vicealmirante Rancit y yo estamos de acuerdo en este asunto —decía Ison—. Si el Gobernador Tarkin continúa tomando decisiones radicales del tipo que tomó en Phindar, entonces debería involucrar también a Coruscant y coordinar el trabajo de las fuerzas armadas imperiales, en lugar de perseguir una corbeta errante por todo el Borde Exterior.

Rancit esperó hasta que estuviera seguro de que Ison había dicho lo suyo.

—Mi señor, si el *Carrion Spike* está navegando ahora por las Regiones en Expansión, la crisis adquiere mayor urgencia. Según el proceder de los disidentes, es posible que la corbeta se encuentre con la nave de guerra...

—A mí no me interesa lo que es posible, vicealmirante —replicó el Emperador—. Me interesa conocer sus planes para hacer frente a las posibilidades.

Rancit inclinó su cabeza.

—Por supuesto, mi señor. Aunque debo hacer hincapié en que Inteligencia Militar ha detectado actividad inusual en todo el sector de las Regiones en Expansión, como si grupos desconocidos estuvieran intentando inundar ciertos sistemas estelares con el tránsito de naves.

El Emperador se inclinó hacia él.

—Como usted está inundando los sistemas con nuestras naves de guerra.

Rancit parpadeó y se paró firme.

—Mi señor, tan sólo estamos intentando salvaguardar los intereses que tenemos en esos sistemas. Dada la trayectoria que los disidentes han seguido, pensamos que es razonable suponer que están decididos a dirigirse a los sistemas del Borde Interior, donde los puntos de salto al hiperespacio se multiplican de manera inconmensurable. Nos hemos tomado la libertad de declarar algunos sistemas clave como zonas de acceso prohibido, pero la necesidad de asignar recursos a otros sistemas se vuelve más aguda.

La mirada del Emperador favoreció a Ison.

—¿Usted no está de acuerdo con el vicealmirante, director adjunto?

—No del todo, mi señor. El incremento de actividad al que alude el Vicealmirante Rancit podría ser el resultado de holovideos transmitidos desde el *Carrion Spike*. Operativos de vigilancia e investigaciones de la COMPNOR en varios sectores han registrado un incremento tanto de propaganda antimperial como de movilización de grupos inconformes. La ASI está haciendo arrestos e interrogando a prisioneros en varias instalaciones imperiales, como un esfuerzo para descubrir la identidad de los culpables. Por extraño que parezca, mi señor, también hemos estado recibiendo información del sindicato Crymorah, que al parecer compartió algunas afiliaciones malvadas con los subcontratistas criminales que operaban la estación de combustible en Phindar.

El Emperador puso las manos en pirámide.

—Mis instrucciones a Lord Vader y Moff Tarkin fueron poner como ejemplo a los secuestranaves, no permitirles ridiculizar a los jefes de inteligencia del Imperio. —Al dirigir su mirada encapuchada a Rancit, le hizo señas con los dedos de la mano derecha—. Ilumínenos sobre lo que sugiere que hagamos, vicealmirante.

Rancit se aclaró la garganta antes de comenzar.

—Mi señor, en lugar de enfrentar a los disidentes en su ubicación actual, la cual el Gobernador Tarkin todavía está por darnos a conocer, propongo esperar a que tracen una trayectoria hacia su nuevo objetivo y atraparlos ahí.

De hecho, Vader y Tarkin sí habían dado a conocer la ubicación, pero el Emperador se guardó esa información para sí mismo.

Y, en vez de eso, dijo:

—Ya que se han escapado de cada intento de aprehenderlos, ¿exactamente cómo propone tenderles una trampa?

—Utilizando cruceros Interdictor, mi señor, colocados con precisión para arrancar al *Carrion Spike* del hiperespacio poco antes de que llegue a su sistema destino. El Gobernador Tarkin nos asegura que, desde su ubicación actual, los disidentes van a requerir al menos dos saltos para alcanzar objetivos imperiales potenciales. Por consiguiente, los Interdictor pueden colocarse anticipando la llegada del *Carrion Spike*.

El Emperador miró hacia abajo, a Kren Blista-Vanee.

—Los Interdictor solicitados están siendo desarrollados para cubrir la Zona de Seguridad del Núcleo Profundo, mi señor. —Aficionado a usar sombreros ostentosos y a frecuentar la ópera, Blista-Vanee era relativamente nuevo en el Consejo Regente, pero ya había demostrado ser valioso al marcar rutas hiperespaciales hacia los sistemas estelares del Núcleo Profundo—. Sin embargo, me apresuro a añadir que sus proyectores de pozo gravitatorio no han sido probados en escenarios de este tipo.

El Emperador sopesó esto por un momento, luego miró a Rancit una vez más.

—Cuénteme acerca de estos objetivos *potenciales*.

—Permítame, mi señor —dijo Rancit, haciendo un gesto hacia el mapa estelar y amplificando una porción—. Nuestras preocupaciones principales son Lantillies (en la que ya hemos reposicionado muchos de nuestros recursos), la instalación imperial en Cartao y la Estación de Hielo Beta en Anteevy. Un ataque en Taanab, aunque esté en la Ruta Comercial Perlemiana, aseguraría a los disidentes más aversión que elogio, ya que los proyectos agrícolas de Taanab alimentan a miles de millones que viven en los Bordes Medio y Exterior. Lo mismo sucedería con un ataque en Garos, debido a la universidad, aunque también hay una instalación imperial en el planeta. —Rancit hizo una pausa—. ¿Desea que continúe, mi señor?

A modo de respuesta, el Emperador miró a Ison.

—Como dije en incontables ocasiones, mi señor, la flota ya está demasiado dispersa. Siguiendo el consejo del almirantazgo, ahora la armada está redirigiendo recursos a lugares tan lejanos como Rothana y Bothawui.

—Y a riesgo de repetirme —repuso Rancit—, los intereses imperiales deben ser protegidos.

El Emperador pasó largo rato estudiando a Ison y a Rancit; usaba sus poderes para percibir alineaciones, convergencias..., algún tipo de relación en los sucesos. Luego, sus pensamientos se dirigieron a Vader y a Tarkin. Apreciaba lo bien que trabajaban juntos, pero comenzó a preguntarse si tal vez estaban tan próximos al plan de los disidentes que no podían identificar su objetivo final. Necesitaba tener una estrategia segura. Y, mirando la representación holográfica de la galaxia que él había hecho suya, pensó que la tenía. ¡Cómo se habría burlado Plagueis de él por permitirse a sí mismo involucrarse de forma personal en un asunto aparentemente tan trivial! Pero, por otro lado, su Maestro nunca había presagiado que su aprendiz se convertiría en Emperador.

Con un sutil gesto le indicó a Mas Amedda que lo acompañara en el podio. Cuando el chagriano se acercó, Sidious ordenó:

—Cuéntame otra vez cómo descubrieron la provisión de dispositivos de interferencia de comunicaciones en Murkhana.

—A uno de los informantes de Seguridad Imperial se le dio la tarea de investigar el descubrimiento de su oficial supervisor —dijo Amedda, en poco más que un suspiro.

El Emperador consideró esto.

—Su oficial supervisor de la ASI, ¿de aquí?, ¿de Coruscant?

—Sí, mi señor.

El Emperador separó las manos.

—Convóquelos, visir. Sospecho que algún beneficio habrá si hablo personalmente con ambos.

17

CERO DEFECTOS

EL *CARRION SPIKE*, con las armas recargadas y el interior tan ordenado como era posible, esperaba instrucciones sobre cuándo partir y a dónde saltar. Teller, de nuevo con botas y pantalones de cargo, observaba desde la silla del copiloto cómo Salikk hacía una revisión previa al vuelo de los instrumentos y sistemas. Sin embargo, cuando la mano del gotal alcanzó la navicomputadora, se quedó en el aire, vacilando.

—¿Algún problema? —dijo Teller.

Salikk tenía los ojos clavados en uno de los monitores de estado.

—Probablemente no sea nada, pero...

Teller se enderezó en las correas de la silla.

—¡Probablemente no sea nada, pero llevo con este dolor en la cadera...! ¿Probablemente no sea nada, pero mi novia ha estado distante...? —Sacudió la cabeza en señal de exasperación—. Siempre que oigo esa frase...

—Es la capacidad de combustible —declaró Salikk—. Teniendo en cuenta las células que tomamos en Phindar, hay algo que no cuadra.

—¡Ese phindiano nos engañó! —explicó Teller—. Con razón estaba tan despreocupado.

La cabeza de dos cuernos de Salikk se movía de un lado a otro.

—No es eso.

Teller se inclinó hacia la consola.

—Quizá no te diste cuenta de que no estábamos llenos cuando te separaste del aljibe.

La cabeza del gotal seguía moviéndose.

—Revisé..., al menos creo que lo hice. Pero, incluso si se me pasó algún detalle, la discrepancia no tiene sentido.

—Teníamos que neutralizar el rayo tractor...

—No.

Teller miró a Artoz, quien estaba sentado tranquilamente en la silla del oficial de comunicaciones, observándolos.

—¿Alguna idea?

Golpeteando la consola con su mano palmeada, el mon cal pensó por un momento y dijo:

—El motivador del hiperimpulsor puede estar confundido. Podríamos intentar recalibrar los retransmisores de sincronización.

Salikk exhaló con fuerza.

—Probablemente no sea nada. —Su mano se movió otra vez hacia los controles de la navicomputadora, pero Teller le dijo que esperara y, a través de la escotilla arruinada, llamó a Cala, quien permanecía en la cabina de conferencias.

—Tienes que ponerte el traje NBQ otra vez —le anunció Teller, cuando el koorivar llegaba de la cubierta de popa.

Cala se le quedó mirando.

—¿Estás intentando darme una sobredosis de radiación? ¿Decidiste que soy prescindible?

—Tranquilízate —dijo Teller, haciendo un gesto—. Sólo necesito que entres a la bahía de combustible y hagas unas pruebas en las celdas que tomamos de Phindar. Las distinguirás porque son Wiborg Jenssens; están marcadas con el logo del aljibe, una especie de triple «s».

Cala dejó caer los hombros en señal de derrota.

—¿Qué se supone que voy a buscar con exactitud?

—Con algo de suerte, sólo una celda vacía o defectuosa —dijo Artoz.

Cala frunció el ceño.

—¡Ese phindiano nos engañó!

—Esperemos que no —dijo Teller, mientras se desabrochaba las correas de seguridad y se ponía de pie.

—Vamos, te ayudo a ponerte el traje.

Las escotillas congeladas y las esclusas de aire en mal funcionamiento los obligaron a seguir una ruta sinuosa hasta la bodega de combustible. Una vez dentro del traje NBQ con capucha y máscara de protección, Cala desapareció a través de la esclusa de aire, mientras Teller regresaba a la cabina de mando. Ahí encontró a Anora, estaba sentada en el asiento del copiloto.

—¿Qué está sucediendo? —preguntó; sus palabras eran más un reclamo que una pregunta.

—Probablemente no sea nada —respondió, luego se detuvo. Activó el comunicador intranave y dijo—: Cala, ¿estás dentro?

—Los estoy revisando ahora. Los indicadores del nivel de energía se ven bien.

Teller miraba hacia Anora, cuando Cala agregó:

—Espera. El sensor encontró un problema. La lectura de la celda indica que está vacía.

—¿Es una que nos dio el phindiano?

—Tiene el logo.

—¿Puedes quitarla?

Cala contestó con una retahíla de groserías.

—Te dije que deberíamos haber traído a un droide.

—Ya sé, pero piensa en los dolores de cabeza que un droide le habría causado a Salikk. —Teller dirigió una sonrisa al gotal, quien era sensible al magnetismo—.

Además, ya no hay de otra: tú eres nuestra mejor opción. ¿Sigue ahí el transportador de repulsión?

—Justo donde lo dejé después de colocar la bomba.

—Dale al transportador la tarea de quitar la celda —dijo Artoz hacia la toma de audio—, y trasládala a la bahía de descontaminación para que la unidad de diagnóstico le dé un vistazo.

—¿Para que le dé un vistazo? —preguntó Cala—. El sensor dice que está vacía.

—Necesitamos abrirla —dijo Teller.

—¿Te volviste loco? —vociferó Cala—. ¡Imagina si hay una bomba ahí dentro!

Teller intentó quitarle aspereza al asunto.

—Sólo nosotros ponemos bombas. De todas maneras, justo por eso es mejor que lo haga la unidad de diagnóstico. Primero va a escanear la celda.

—Es la última vez que me pongo este traje —gruñó Cala.

—Hecho. La próxima enviaré a Anora.

Un gesto de ella reveló lo que pensaba al respecto.

Después de unos momentos, Cala rompió el largo silencio con una grosería y enseguida dijo:

—No está vacía.

Teller intercambió miradas nerviosas con Salikk y Artoz.

—¿Qué hay dentro?

Todo el mundo miró fijamente el comunicador del centro de mando, como si el koorivar estuviera ahí, en la cabina de mando.

—Un tipo de dispositivo —reportó al fin Cala—. Nada que haya visto antes.

—Muy bien —dijo Artoz, en un intento de que su voz sonara calmada—. Que el programa de diagnóstico fotografíe el dispositivo; luego transfiera la imagen a la base de datos de la nave.

Cala exhaló con fuerza.

—Espera.

Otra vez el comunicador intranave se quedó en silencio. Teller se pasó una mano por el rostro.

—Probablemente sea... —comenzó a decir Anora, pero él la calló.

—¡Demonios Teller, es un localizador imperial! —dijo el koorivar—. La base de datos lo identifica como un rastreador paraluz, un tipo de transeptor de holored que analiza los comandos de la navicomputadora.

Salikk se volteó para estar frente a los demás; tenía los ojos llenos de asombro.

—Tarkin no sólo sabe dónde estamos, sino también a dónde planeamos ir. Esto quiere decir que básicamente estamos varados, a menos que quieran llegar ahí a velocidad sublumínica, lo cual sólo nos tomará... —Echó un vistazo a la lectura de la consola—. Aproximadamente cincuenta años.

—Tal vez ya hemos hecho suficiente —dijo Anora, tocando su cabeza herida—. Hay que darlo por terminado ahora mismo.

Teller sacudió la cabeza hacia ella.

—No hemos hecho ni cerca de lo suficiente.

La voz distante de Cala se metió.

—¿Desactivo esta cosa?

—No, no hagas nada todavía —le ordenó Teller—. Deja la celda ahí y ven hacia acá.

—Su mirada recorrió la cabina de mando—. Pensemos en esto desde la perspectiva de Tarkin.

—Sí, ¿por qué no hacemos eso? —replicó Anora, con franca ira.

—Tarkin sabe que estamos aquí —reflexionó Artoz—, y está convencido de que tiene una clara idea de nuestras intenciones.

—Por una buena razón —dijo Salikk.

—Sabe que estamos aquí —reafirmó Teller, pensando en voz alta—, pero no ha venido por nosotros. —Entonces, dirigió su mirada hacia Artoz—. Obviamente está esperando a ver qué introducimos en la navicomputadora para que nos pueda alcanzar ahí.

—Entonces él y Vader y cualquier otro, tal vez las Fuerzas Armadas Imperiales completas, pueden llegar ahí antes que nosotros —dedujo el mon cal—. Sin duda, están calculando todos los saltos posibles de este sistema.

Teller asintió con la cabeza en señal de aprobación.

—De los cuales debe haber docenas.

—Mientras tanto —dijo Salikk—, la armada está desplegando naves en cada sistema donde Tarkin piensa que vamos a presentarnos.

Anora dejó de observar sus manos y levantó la mirada.

—¿Existe una manera de introducir coordenadas falsas en la navicomputadora?

Salikk negó con la cabeza.

—No mientras ese rastreador esté activado.

Nadie dijo nada por un momento. De pronto, Teller comentó:

—En este momento, sólo necesitamos ganar algo de tiempo, ¿correcto? Entonces, imaginemos que le damos a Tarkin unas coordenadas de salto hacia un sistema estelar muy ocupado.

Las cejas delgadas de Anora formaron una «v».

—No veo cómo nos pueda ayudar eso, a menos que estemos pensando escondernos en un embotellamiento.

—Hay que suministrar las coordenadas —dijo Teller—, pero no saltaremos.

—Quieres decir...

—Provoquemos que alguien más lo haga.

Sobre el puente de mando del destructor estelar *Executrix*, Tarkin, con la cabeza en alto, se sentía más en casa de lo que se había sentido en años. La nave de guerra era un titán

clase Imperial en forma de cuña; tras saltar desde Lantillies, acababa de aparecer en el sistema Obroa-skai, pues Tarkin se enteró de que el *Carrion Spike* estaba en camino hacia ese punto. La perspectiva panorámica que tenía el puente de ventanas trapezoidales mostraba a casi todas las naves que formaban el cuerpo especial. En la distancia y con un grupo de radiantes estrellas tras de sí, flotaban tres naves Interdictor, un Detenedor CC-2200, un modelo más nuevo de la fragata CC-7700 y un Inmovilizador 418 (recién salido del puerto profundo del sistema Corellia y, hasta ahora, sin haber sido probado). Densamente blindados, los primeros tenían proas que descendían hacia delante y proyecciones laterales gruesas, tipo ala; cada una alojaba un cuarteto de proyectores de pozo gravitatorio. El Inmovilizador, por el contrario, incluía cuatro proyectores hemisféricos en el lado izquierdo, por si hubiera una inclinación aguda de la nave. Desplegados a media distancia, entre los Interdictor y el *Executrix*, había fragatas, piquetes y obuseras. El piquete más céntrico transportaba a Vader, Crest (que Vader ascendió a teniente) y dos docenas de stormtroopers; estos componían un grupo de abordaje que esperaba el improbable caso de que el *Carrion Spike* pudiera ser recuperado sin una batalla o al menos puesto fuera de servicio, en vez de ser reducido a ruinas.

Una holomesa, situada a la derecha y debajo del puente de mando, mostraba un cronómetro 3D que marcaba en tiempo estándar la cuenta regresiva para el momento estimado de arribo del *Carrion Spike*. Como era de esperarse, los disidentes habían saltado con la nave hacia el remoto sistema Thustra; después de pasar varias horas ahí, habían dado a la navicomputadora la tarea de trazar una ruta hacia Obroa-skai. El tiempo estimado de arribo estaba basado, por un lado, en la suposición de que el *Carrion Spike* había entrado a la velocidad de la luz en el momento en que se codificaron las nuevas coordenadas o poco después, y, por otro lado, en qué tan rápido podía llevar el hiperimpulsor Clase Uno a la corbeta. Una llegada prematura haría que la nave saltara a una parte más profunda del sistema, donde otras naves de guerra imperiales, incluyendo el *Goliat*, estaban posicionadas para interceptarla. Un localizador más sofisticado le hubiera permitido a Tarkin rastrear la corbeta a través del hiperespacio por medio de transeptores Hembra-S, pero los stormtroopers asignados al aljibe de combustible de Phindar sólo habían tenido acceso a un dispositivo básico que se conectaba con la navicomputadora de la nave.

Un especialista, sentado ante una consola en la parte delantera del pozo de datos, llamó la atención de Tarkin.

—Señor, esperamos la presa en menos de ciento veinte.

Tarkin se acercó el micrófono de su auricular a la boca y abrió la red de comunicación al oficial de enlace del cuerpo especial, quien estaba a bordo de la fragata CC-7700.

—Los proyectores se están cargando con intensidad, Gobernador Tarkin —dijo el comandante—. El campo será abierto e inhabilitado de inmediato para no arrastrar del hiperespacio a otras naves aparte de la presa. Sin embargo, debería advertir que eso puede resultar inevitable, dado el tránsito intenso en este sistema.

—Entiendo, comandante —dijo Tarkin—. No obstante, diga a sus técnicos que deben actuar con cuidado.

—Claro, señor. Pero el ajuste de energía del pozo gravitatorio está prescrito según la velocidad relativa de la nave objetivo. Y bueno, señor, para ser franco, no hay muchas tan veloces como el *Carrion Spike*.

Perdido en sus pensamientos, Tarkin se pellizcó el labio inferior. En el mejor caso, los sistemas aledaños habrían recibido la notificación de que Obroa-skai había sido designado zona de acceso prohibido, pero, por el miedo de alertar a los disidentes, el comando naval se había pronunciado en contra de este aviso. El moff tenía otras razones para preocuparse, sobre todo la cuestión misma de que los disidentes saltaran al sistema de Obroa-skai, el cual carecía de cualquier cosa similar a un blanco imperial; era conocido más que nada por sus centros médicos y bibliotecas.

—Menos de treinta y contando —anunció el especialista, desde el pozo de datos.

Caminando hacia el extremo delantero del puente, Tarkin fijó la mirada en el trío de los Interdictor. Con los brazos cruzados sobre el pecho, hacía una cuenta regresiva en silencio, pese a que la voz del especialista hacía lo mismo en su audífono derecho.

La cuenta regresiva acababa de llegar a menos cinco cuando Tarkin fue impulsado hacia delante y casi cayó por completo.

Temiendo otro bandazo, estiró los brazos y, así, evitó estamparse de cabeza contra la ventanilla más cercana. Las bocinas comenzaron a aullar por todo el puente de mando, que de repente temblaba, mientras la gigantesca nave crujía y se sacudía una vez más en dirección de los Interdictor. Luchando por incorporarse, Tarkin alcanzó a echar un vistazo a las fragatas y piquetes ubicados a media distancia; parecía que estos eran jalados hacia delante o que estuvieran acelerando.

—¡Comandante —gritó por el micrófono del auricular—, el campo es demasiado poderoso!

—Trabajando en ello, señor —dijo el comandante, con el mismo volumen—. Es el Inmovilizador. Las resistencias de sobrecorriente no consiguieron evitar que los sistemas gravitacionales limitaran...

De pronto, se interrumpió la conexión del comunicador.

Algunas naves comenzaron a aparecer cerca de los Interdictor, donde sólo había estado el espacio sideral. Tarkin dio la espalda a la bahía delantera y llegó a tropezones al pozo de datos para analizar la imagen ampliada en una de las pantallas. Lo primero que salió del hiperespacio fue un anticuado carguero YT-1000 en forma de platillo. Le siguieron dos transportes angulares y un lustroso jet espacial. Luego, otro carguero destelló en las pantallas; tras este, iban otras dos naves de pasajeros.

Súbitamente, Tarkin sintió como si lo hubieran empujado hacia atrás. Como el campo de interdicción había sido neutralizado, las naves atrapadas en su red invisible comenzaron a girar fuera de control. Dos de ellas chocaron y se perdieron de vista. La pantalla de ampliación mostraba que los motores subluces de las otras naves estaban parpadeando. Sin embargo, apenas tuvieron la intención de huir o corregir su movimiento

cuando el campo se reinició y volvió a atraparlas. Tarkin abrió el compás de las piernas en un esfuerzo por equilibrarse y abrió aún más los ojos al ver lo que estaba pasando allá fuera. Inclinandose a babor, una enorme nave, que parecía más una cosa cultivada que una construida, apareció; chocó de costado contra el Detenedor CC-2200, antes de volcarse en un giro que dejó su superficie dorsal ensartada en la proa alargada del Interdictor.

—¡Crucero estelar mon cal! —dijo una voz en su oído, lo bastante alto como para ser oída por encima del estruendo de las bocinas—. Crucero de lujo *Stellar Vista*, procedente de Corsin. ¡Aproximadamente diez mil a bordo!

De pronto, una explosión breve, pero brillante como una nova, destelló en la distancia tan ferozmente que dejó a Tarkin parpadeando y viendo estrellas que no estaban ahí. Cuando por fin pudo observar por el ventanal, vio que el estribor de la nave de pasajeros, bellamente diseñada, había desaparecido y que el Interdictor se había movido noventa grados respecto a su posición anterior. En un instante, botes salvavidas tipo vaina y bandadas de cápsulas de escape esféricas salieron cual torrente desde el crucero golpeado.

—El *Stellar Vista* reporta que está en peligro inminente —dijo el especialista—. El capitán de la nave está solicitando toda la ayuda que podamos proporcionar.

Tarkin volteó hacia el pozo de datos, pero habló en el auricular.

—Ordene a los cargueros prestar asistencia. Indique a los Interdictor anular el campo y muévanos a una posición donde podamos utilizar los rayos tractores para sujetar los botes salvavidas.

De repente, la voz de Vader retumbó en el auricular.

—¿Dónde está su corbeta, gobernador? No está en ninguno de nuestros escáneres. ¿Usted la tiene?

Tarkin se asomó por el borde del puente e hizo un gesto a uno de los suboficiales sentados.

—¿Han localizado al *Carrion Spike*?

El especialista volteó hacia él.

—No hay señal de la corbeta, señor. ¿Podría estar en modo de camuflaje?

Tarkin apretó los labios y negó con la cabeza.

—Ni siquiera un dispositivo de camuflaje podría evitar ser detenida por un campo de suspensión.

Un segundo especialista lo llamó:

—Señor, el comandante del escuadrón especial quiere saber si desea que los Interdictor refuercen el campo. Algunos de los transportes están intentando salir corriendo.

Tarkin abrió la boca para contestar, pero Vader dijo:

—Quiero a todas esas naves acorraladas. Manténganlas en su lugar con rayos tractores si es necesario: ninguna debe partir.

Tarkin hizo un gesto a los suboficiales.

—Contengan esas naves.

—¿Y los botes salvavidas, señor? —preguntó uno.

—Nos ocuparemos de ellos cuando podamos.

Otro oficial insistió:

—Señor, uno de nuestros cargueros está bajo fuego.

Tarkin avanzó por el puente de mando, se detuvo y ordenó:

—En pantalla.

Entonces, apareció una imagen granulada de un jet Lux-400 modificado; sus verdes disparos láser salían desde los bien escondidos cañones laterales de la nave.

—¿Tenemos el código del transpondedor de esa nave? —preguntó Tarkin.

—Es el *Truant*, señor. Aparece en la lista de buscados en varios sectores, por tráfico de armas.

—Póngalo en la mira —pidió Tarkin.

El oficial retransmitió la instrucción por su auricular, luego lo miró.

—Nuestros artilleros informan que están teniendo dificultades para disparar porque el campo está lleno de botes salvavidas y de residuos.

Tarkin se enfureció.

—¡Despéjalo y abran fuego!

Enfocó su atención en las pantallas, mientras los rayos turboláser lanzados por las torretas de estribor del destructor estelar encontraban al Lux-400, que desapareció tras una bola de fuego efímera.

—El *Truant* ya no está en la lista de buscados, señor. Bajas colaterales mínimas.

Tarkin avanzó con pasos largos sobre el puente hacia el pozo de datos principal.

—¿Han confinado al resto de esas naves?

—No se van a ir a ninguna parte, señor. Además, el piquete de Lord Vader está acercándose al grupo en este momento y seguimos sin señal del *Carrion Spike*.

—¿Los sensores indican algún incidente de naves que estén a punto de saltar a la velocidad de la luz?

—Ninguno, señor. Ningún incidente de radiación cronau..., aunque, en cualquier caso, el campo de suspensión lo haría improbable.

Perplejo, Tarkin sacudió la cabeza. ¿Los secuestranaves hicieron un cambio de planes en el último momento? ¿O habían sido prevenidos?

—¿El rastreador sigue transmitiendo?

El técnico revisó los diferentes instrumentos.

—Ninguna señal del rastreador, señor. Nada.

Así que lo descubrieron. Pero ¿cuándo?

Tarkin continuó avanzando hasta que estuvo de pie justo frente al ventanal, un instante antes de que Vader aumentara el caos de más allá. La voz del Lord Oscuro interrumpió su introspección:

—¿Cuál nave apareció primero?

—El carguero YT-Mil —dijo Tarkin.

—Entonces comenzaremos con ese, ya que llegó más próximo al momento de arribo previsto para el *Carrion Spike*.

—¿Comenzar qué, Lord Vader?

—El fracaso de la aprehensión de la corbeta no se debe a ningún cambio de planes espontáneo, gobernador. Los disidentes están intentando despistarnos. Tengo la intención de registrar cada nave interceptada hasta que tengamos respuestas.

Tarkin observó el piquete acelerar, pues Vader se daba prisa para llegar al vejistorio inmovilizado, ignorando la mole en llamas del crucero de pasajeros y la dispersión de botes salvavidas y cápsulas de escape.

Tarkin dejó que su vista se desenfocara para que las estrellas y las naves desparramadas perdieran definición. Sus pensamientos regresaron al altiplano, a las lecciones que había aprendido ahí. A veces, especialmente cuando él, Jova y los demás se habían quedado sin comida por varios días (y pese a sus mejores esfuerzos por acechar de forma impecable), una cacería frustrada llevaba a tal desesperación que pensar como la presa no funcionaba. Vader tenía razón: los disidentes no habían cambiado de planes en el último momento; desde antes se dieron cuenta de la trampa que les estaban tendiendo. Dado que las criaturas se sabían más vulnerables durante la huida o la evasión, en este momento ponían estricta atención a las advertencias emitidas por otros animales.

Huyendo por sus vidas, pescaban olores en el viento; agudizaban sus sentidos. Así conseguían oír y ver a sus perseguidores a grandes distancias. Aprovechaban toda oportunidad de conocer el territorio mejor que los persecutores. Las sabanas y áreas de selva en el altiplano se espabilaban cuando Jova y su grupo andaban por ahí, porque ellos eran los intrusos y no tramaban nada bueno.

A pesar del odio y la frustración, Tarkin respetaba a los disidentes por su ingenio y previsión, pero era claro que habían tramado su plan con la ayuda de cómplices, y ahora estos comenzaban a jugar su parte en evitar el rescate del *Carrion Spike*.

Tarkin había perdido la noción de cuánto tiempo llevaba parado frente a las ventanillas, cuando la furia de Vader lo regresó a la realidad.

—Hay que llevar este carguero a bordo del *Executrix* para una inspección rigurosa. Detengan a la tripulación hasta que yo haya terminado de interrogarla.

18

COLGADO BOCA ABAJO

VADER ESTABA PARADO en el compartimento de carga iluminado del YT; siniestro, inmóvil, respiraba profundamente y parecí a estar listo para desenvainar su sable de luz y hacer trizas todo alrededor. Tarkin pensaba que era improbable descubrir algo de interés entre las cajas de transporte apiladas al azar; no obstante, estaba dispuesto a dar un vistazo.

La apestosa y mugrienta nave vieja se encontraba ante el brillo de reflectores, como un insecto lastimado y cauteloso, en uno de los hangares secundarios del destructor estelar. De diseño circular y con la sobresaliente cabina de piloto atrapada entre dos pares de mandíbulas rectangulares, el *Reticent* había visto mejores días un siglo antes. Ahora, apenas estaba en condiciones de navegar.

La rampa de cargamento, ubicada bajo la cabina del piloto, fue desplegada, y tubos incandescentes montados dentro y fuera inundaban de luz el contenedor. Una rápida búsqueda de Vader y Tarkin había revelado herramientas de consignación, suministros médicos, rollos de tela, bandejas de bisutería llamativa, tanques llenos de bebidas alcohólicas y partes de droides. Con instrumentos de grabación y escáneres en mano, el Teniente Crest y otros dos stormtroopers (los tres sin cascos o corazas blindadas) seguían a Vader y a Tarkin mientras husmeaban.

El *Reticent* era la única nave que fue incautada después de la catástrofe en el sistema de Obroa-skai. Al resto de las que habían sido víctimas del defectuoso campo de suspensión se les permitió seguir su camino, luego de ser revisadas. Para la mayoría, esto significaba ir directamente al planeta homónimo del sistema con el fin de realizar reparaciones, consecuencia lógica de las colisiones con cápsulas de escape y con residuos del crucero estelar mon cal. Esta nave y el Detenedor habían sido remolcadas a Obroa-skai; el número estimado de víctimas de la explosión fue de mil cien seres. El Inmovilizador de última generación, cuyos mecanismos de seguridad no habían funcionado, fue devuelto a la Corporación Corelliana de Ingeniería para su revaluación.

Holovideos legítimos de los sucesos habían inundado la holored, la mayoría filmados por pasajeros a bordo del crucero de lujo y por equipos de medios de comunicación, los cuales además recibieron información de fuentes anónimas acerca de la operación imperial que se estaba llevando a cabo. En cuanto al *Carrion Spike*, seguía sin aparecer en ningún sistema. Para cuando la fragata más veloz del escuadrón especial llegó a Thustra, la nave robada de Tarkin ya había saltado nuevamente.

Crest estaba leyendo algo en un datapad.

—El código de identificación de la nave no parece haber sido alterado. Ni siquiera ha cambiado de nombre en décadas. La tripulación la adquirió hace tres años de un comerciante en Lantillies. El itinerario que tomamos de la navicomputadora corrobora la historia del capitán. Saltaron de Taris a Thustra con el fin de recoger refacciones para una flota de naves Sephi, que fueron vendidas a un centro médico de emergencia ubicado en Obroa-skai al término de la guerra.

—¿Cómo concertaron la recolección y entrega? —preguntó Tarkin.

—A través de un agente de Lantillies..., quizás el mismo que les vendió la nave. Él se entera cuándo y dónde se necesita algo, y luego despacha una tripulación para hacer las transferencias.

—¿La tripulación del *Reticent* se compone de operadores independientes?

Crest asintió con la cabeza.

—Se describen a sí mismos como mercaderes itinerantes.

—¿A dónde se dirigían después de Obroa-skai? —inquirió Vader.

—A Taanab —dijo Crest—, a comprar productos alimenticios. Grupos de Thustra, Obroa-skai y Taanab han confirmado todo esto.

—¿Y el tablero de comunicaciones? —preguntó Tarkin.

Crest se volvió hacia él.

—No está configurado para grabar transmisiones de entrada o de salida, pero la bitácora lo constata; al menos apoya las afirmaciones del capitán sobre quién los contactó y dónde estaba la fragata en ese momento.

Vader examinó la bodega como si estuviera buscando algo raro.

—¿Cuánto tiempo pasaron en Thustra?

—Tres horas, Lord Vader.

Vader miró a Tarkin y dijo:

—Me pregunto, ¿cuál era su prisa?

Tarkin lo consideró también.

—Aparentemente la mercancía (las piezas de repuesto) ya estaba embalada y lista para el embarque. El centro médico en Obroa-skai había solicitado que aceleraran la entrega. —Guardó silencio poco tiempo—. El hiperimpulsor del *Reticent* es infinitamente inferior al del *Carrion Spike*; me imagino que no es mejor que un Clase Cinco. Eso quiere decir que, aunque arribó al sistema Obroa-skai casi en el momento preciso en que estábamos esperando al *Carrion Spike*, el *Reticent* tuvo que haber entrado al hiperespacio mucho antes que el *Carrion Spike*. La sincronía podría deberse a nada más que una coincidencia, pero habría que preguntar qué estuvieron haciendo exactamente los disidentes en el sistema Thustra por tantas horas.

Vader giró abruptamente hacia Tarkin al oír la palabra «coincidencia». De pronto, Darth Vader comenzó a moverse; empujaba cajas hacia un lado, sin tocar ninguna de ellas, mientras caminaba con aire de enojo.

—Esta nave se reunió con el *Carrion Spike*. Estoy seguro de ello.

Tarkin echó a Crest una mirada inquisitiva.

—Aunque haya sido así, Lord Vader —dijo el exstormtrooper—, no hay pruebas de que se enlazaran las naves. No hay pruebas en el tablero de comunicaciones que revelen una transmisión intranave, y nada en la memoria de la esclusa de aire que sella el anillo de acoplamiento indica que el *Reticent* se haya unido a otra nave.

Vader se dio un momento para contestar y terminó haciendo una pregunta a Tarkin.

—En cualquier caso, ¿por qué los disidentes optarían por mandarnos una nave?

Tarkin sonrió ligeramente, consciente de que la pregunta era retórica.

—Para despistarnos, si recuerdo correctamente su frase. Para darnos mucho en qué entretenernos mientras ellos se dedican a cumplir sus planes de atacar en otro lugar.

Vader se volteó y se dirigió a la rampa del compartimento de carga.

—Veamos qué tiene que decir a su favor el capitán de esta chatarra.

—Usted no es un mercader itinerante, capitán —dijo Vader, mientras gesticulaba con la mano derecha—. Usted está en complot con un grupo de disidentes dispuestos a destruir instalaciones militares como una manera de menoscabar la soberanía del Imperio.

El capitán del *Reticent*, un koorivar con un largo cuerno craneal, estaba desnudo, encadenado y suspendido a un metro de altura; era prisionero de un campo de contención producido por un dispositivo manufacturado en Geonosis mucho antes de la guerra. Hasta donde Tarkin sabía, el *Executrix* era la única nave capital en la flota imperial que tenía semejante aparato; este creaba y sostenía el campo por medio de generadores en forma de disco, uno en el suelo y otro en el techo. Esta versión del campo de interdicción de prisioneros en el centro de detención requería que el preso usara esposas que no sólo lo anclaban al sitio, sino que también supervisaban los signos vitales, pues un campo más agresivo podía detener el corazón del prisionero o causar daños cerebrales irreversibles. Como si el campo mismo no fuera suficiente, las esposas también podían utilizarse como dispositivos de tortura capaces de desatar poderosas cargas eléctricas. Vader, sin embargo, no necesitaba utilizar las esposas. Sus poderes oscuros tenían al capitán retorciéndose de dolor.

—Lord Vader —dijo Tarkin—, deberíamos darle al menos una oportunidad de contestar.

Vader bajó la mano de forma renuente; entonces los rasgos faciales con crestas del koorivar se relajaron en cauteloso alivio.

—Soy un mercader y nada más —logró decir—. Tortúreme como deba, pero no cambiaré el hecho de que vinimos a Obroa-skai a hacer negocios.

—El negocio de la conspiración —replicó Vader—. El negocio del sabotaje.

El koorivar sacudió la cabeza con debilidad.

—El negocio de compraventa. Eso es lo que hacemos, y es lo único que hacemos. —Hizo una pausa—. No todos nosotros éramos separatistas.

Tarkin sonrió para sí mismo. Era cierto, no todos los núcleos de población y planetas koorivar habían apoyado a Dooku. Ni tampoco todos los sy myrthianos, un par de los cuales formaban parte del resto de la tripulación.

Pero ¿por qué diría eso el capitán?

—¿Por qué aclara ese hecho, capitán? —preguntó el moff.

La mirada llorosa del koorivar se pasmó.

—El Imperio exige retribución por la guerra, por lo tanto mezcla a los inocentes con los culpables y nos hace responsables.

—¿Responsables de qué, capitán? ¿Usted cree que los separatistas se equivocaron al no quedarse en la República?

—Yo me muevo de un lado a otro para no tener que decidir quién tiene razón y quién no.

—Un ser sin planeta de residencia —dijo Tarkin—. Igual que su especie estuvo alguna vez sin planeta.

—Estoy diciendo la verdad.

—Está mintiendo —repuso Vader—. Admita que usted juró lealtad a la Alianza Separatista y que, junto a sus actuales aliados, busca retribución.

El koorivar apretó los ojos, anticipando un dolor que Vader finalmente optó por no infligir.

—Hábleme acerca del agente que le proporciona oportunidades de negocio —dijo Tarkin.

—Knotts. Un humano que trabaja en Lantillies. Contáctenlo. Él confirmará todo lo que les he dicho.

—¿Él le ayudó a adquirir el *Reticent*?

—Nos prestó los créditos, sí.

—Y usted estuvo a su servicio por tres años.

—No a su servicio. Somos trabajadores independientes. Él pasa trabajos a varias tripulaciones y nosotros aceptamos trabajos de varios agentes.

—¿Cómo llegó a dar con un agente humano en Lantillies?

—Algún anuncio. No recuerdo exactamente.

—¿En esta ocasión le indicó que viajara de Taris a Thustra?

—Sí.

—Por un trabajo urgente —conjeturó Tarkin.

—El centro médico depende de las naves Sephi para evacuaciones médicas.

—Entonces, iban de entrada por salida —agregó Tarkin—. Y no tuvieron ninguna interacción con nadie, excepto con el proveedor.

—Exactamente como usted dice.

—Y tampoco una interacción de nave a nave.

—No había necesidad. Los suministros estaban en tierra, en Thustra.

Tarkin rodeó al koorivar.

—En sus viajes recientes, ¿ha visto holovideos de ataques lanzados contra instalaciones imperiales?

—Intentamos no hacer caso a los medios.

—Sin información alguna, aparte de sin hogar —dijo Tarkin—. ¿Es así?

El capitán lo miró con desprecio.

—Me declaro culpable.

Tarkin intercambió miradas con Vader.

—Un cambio de actitud interesante, capitán —comentó Tarkin.

Vader soltó un sonido que se aproximaba a un gruñido.

—No estamos en un tribunal de Coruscant, gobernador. Este tipo de preguntas son inútiles.

—¿Preferiría quebrarlo con dolor?

—Si hiciera falta. A menos que, por supuesto, usted se oponga.

El tono amenazante de Vader pasó desapercibido para Tarkin.

—Sospecho que nuestro prisionero se volverá loco antes de quebrarse. Pero también estoy de acuerdo con que estamos perdiendo nuestro tiempo. Cuanto más pasemos aquí, mayor es la probabilidad de que el *Carrion Spike* se nos escape por completo. —Observó al koorivar de forma periférica mientras decía eso.

Vader miró directamente al capitán.

—Sí, este es más fuerte de lo que parece. Y no es inocente. Quiero más tiempo con él. Hasta donde sabemos, los disidentes pudieron abandonar la nave en Thustra y trasladarse a la fragata YT. Él podría ser uno de ellos.

—Entonces alguien más debe tener al *Carrion Spike*, ya que no había ninguna señal de la nave ahí. —Tarkin miró al capitán una última vez y exhaló con fuerza—. Lo dejaré con su trabajo, Lord Vader.

Los gritos de angustia del koorivar acompañaron a Tarkin por el largo corredor que conducía a los turboascensores del centro de detención.

Dentro de la corbeta, Teller encontró a Anora en la oscura cabina de piloto; giró como ausente en una de las sillas y puso los pies descalzos sobre la consola de instrumentos. Salikk y los demás descansaban, igual que el *Carrion Spike*; esclavo de diversas gravedades del espacio profundo.

—Ya casi terminamos —dijo él, mientras se dejaba caer en una silla adyacente.

A la chica se le descomponía el rostro, y dijo:

—Debe haber una forma más reconfortante de decir eso.

Él la miró con el ceño fruncido.

—Tú eres la escritora.

—Sí, pero tú estás hablando, no escribiendo.

Él frunció todavía más el ceño.

—Sabes lo que quiero decir. Un salto más y pasamos a asuntos más serios.

Los ojos de ella examinaron el rostro de Teller.

—¿Y luego?

Todo lo que él podía hacer era encoger los hombros y responder:

—Con suerte, vivir para pelear otro día.

Ella cerró los ojos y negó con la cabeza.

—«Con suerte»... Ahí estás otra vez, matizando cada respuesta.

Teller no sabía cómo decirlo de otra forma; cómo no cualificar sus palabras. Al pensar en ello, recordó haber hecho casi el mismo comentario cuando el *Reticent* saltó de Obroa-skai: «Con algo de suerte, Tarkin y Vader descartarán el arribo de la nave como algo fortuito y la tripulación simplemente será interrogada y liberada».

Sin embargo, eso no fue lo que sucedió. Los imperiales descubrieron la treta; la nave fue incautada y la tripulación, arrestada.

Esto suponía que ni Tarkin ni Vader habían sido capaces de obtener mucha información de ella, pero Teller dudaba que Tarkin lo dejara así. Tarkin no descansaría sino hasta haber unido los cabos. Y una vez que lo hiciera... Bueno, para entonces sería demasiado tarde.

«Con algo de suerte».

El informe sobre la situación en Obroa-skai también incluía un fragmento de buenas noticias. La tripulación de la corbeta había recibido un objetivo que atacar, el cual le ahorrraba las molestias de tener que elegir una de las cada vez peores opciones. El objetivo era otra instalación imperial, no algo más importante, pero Teller podía vivir con eso. Nadie a bordo del *Carrion Spike* albergaba la falsa ilusión de ganar una guerra contra el Imperio por cuenta propia. Apenas estaban contribuyendo a lo que Teller esperaba que algún día se convirtiera en una causa. No obstante, sí se estaban vengando por lo que cada uno de ellos había tenido que soportar; hacían una retribución por las atrocidades que el Imperio había cometido y que en el fondo los inspiraron a unirse como grupo.

—Qué amable de tu parte darle a Cala el privilegio de destruir el rastreador —dijo Anora.

—Se lo ganó.

La chica puso los pies en la fría cubierta, bostezó y estiró los delgados y oscuros brazos sobre la cabeza.

—¿Cuándo nos vamos?

Teller miró hacia el cronómetro de la consola.

—Aún nos quedan un par de horas.

—¿Confías completamente en tu contacto?

Él balanceó la cabeza.

—Yo diría que sí, hasta cierto punto. Está convencido de que él tiene tanto que ganar como nosotros.

Anora sonrió ligeramente.

—Estaba esperando que agregaras: «o perder».

—Estaba implícito.

—¿Algo de compasión para nuestros suplentes en Obroa-skai?

Teller exhaló, decepcionado.

—No tú también.

—Sólo estoy preguntando.

—Ellos conocían los riesgos —dijo Teller con seriedad.

Y se tomó un largo rato antes de responder.

—Sé que estoy hablando como Hask, pero tal vez no estoy hecha para esto, Teller. —
Lo miró de reojo—. Ser una revolucionaria nunca fue mi ambición.

Él resopló.

—No me la creo. Ya estabas dando una batalla a tu manera mucho antes de que te conociera. Lo hacías con palabras, en cualquier caso.

Ella sonrió sin mostrar los dientes.

—No es precisamente lo mismo que disparar cañones láser a otros seres o dejar que extraños asuman tus culpas.

Él la examinó.

—¿Sabes?, en realidad me sorprende oírte hablar así. Prácticamente te lanzaste a la primera oportunidad de involucrarte.

Ella asintió con la cabeza.

—No lo niego. Pero, ya que estamos siendo honestos uno con el otro, lo pensé más como un cambio de profesión.

—Fama y fortuna.

—Supongo. Al igual que nuestros suplentes, yo conocía el riesgo. Pero subestimé a COMPNOR y al Emperador.

—Su alcance.

—No sólo su alcance. —Su rostro se puso serio—. Su poder. Su barbarie.

—Tú no eres la única que lo subestimó.

Anora miró hacia la escotilla del centro de mando y bajó la voz.

—Todavía me siento mal por involucrar a Hask en esto.

Teller se encogió de hombros.

—Podríamos dejarla en algún lado.

Los ojos de Anora examinaron su rostro.

—¿En serio?

—Seguro, si eso es lo que ella quiere.

—¿Le pregunto?

—Adelante. Te apuesto a que dice que no.

Anora se rio unos instantes.

—Creo que tienes razón. —Guardó silencio, y luego dijo—: ¿Vamos a ganar, Teller?

Él estiró la mano para darle una palmadita en el hombro.

—Hasta ahora, estamos ganando, ¿cierto?

El santuario sith subterráneo no era la única área del palacio donde se anidaba de manera intensa el lado oscuro de la Fuerza; las habitaciones y corredores a lo largo de los niveles inferiores conservaban las huellas de la furia que Darth Vader había desatado al final de las Guerras de los Clones. En una de esas habitaciones, un humano y un koorivar permanecían de rodillas dentro de círculos separados y formados por una implacable luz que apuntaba hacia ellos desde fuentes escondidas en el techo abovedado.

Sin embargo, para Darth Sidious no eran seres vivos tanto como remolinos en las aguas confusas que había intentado esclarecer desde que le informaron sobre el alijo encontrado en Murkhana; eran obstáculos que él necesitaba librar para poder superar un tramo de la corriente sin problemas.

Sidious ocupaba una sobria silla alejada de los dos círculos idénticos de luz; tenía el droide 11-4D a un lado y, un poco atrás, al Visir Mas Amedda también a su disposición. En el lado opuesto de la habitación, se encontraban un par de guardias reales que custodiaban la entrada de piedra tallada.

El koorivar, Bracchia, era un informante de inteligencia imperial asignado a Murkhana; el humano, Stellan, era el oficial de caso de la Agencia de Seguridad Imperial apostada en Coruscant (a esta pertenecía el koorivar). Sidious ya sabía todo lo que necesitaba acerca de sus distintos orígenes y antecedentes de servicio. Sólo buscaba observarlos a través de la Fuerza y evaluar sus respuestas a unas cuantas preguntas sencillas.

—Koorivar —dijo desde su silla—, usted sirvió a la República durante la guerra y recientemente proporcionó algo de asistencia a Lord Vader y al Gobernador Tarkin en Murkhana.

Una luz se reflejaba en el cuerno espiral del koorivar cuando este levantaba la cabeza un poco.

—Les ayudé a liberar Murkhana de traficantes de armas, mi señor.

—Así parece. Pero cuéntenos qué les dijo en ese momento acerca de su inspección inicial de los dispositivos de interferencia.

—Mi señor, declaré que no me había topado con los dispositivos por mi cuenta y que antes no me había enterado de ningún rumor que indicara que tal provisión existía en la ciudad de Murkhana. Estaba, meramente, ejecutando una orden proveniente de Coruscant.

Observándolo a través de la Fuerza, Sidious vio las aguas turbulentas comenzar a relajarse y rendirse ellas mismas a la corriente.

—Oficial supervisor —le dijo a Stellan—, por «Coruscant» él se refiere a usted, ¿no es así?

—Sí, mi señor. La investigación se llevó a cabo a petición mía. —Era un hombre fornido de edad indeterminada, tenía ondulado cabello castaño y grandes orejas ubicadas en la parte baja de su cabeza en forma de bloque.

—Entonces, cuéntenos cómo se enteró del alijo.

El hombre levantó el rostro anodino hacia la luz, entrecerró los ojos y parpadeó, perplejo.

—Mi señor, discúlpeme. Supuse que usted estaba consciente de que la información fue proporcionada a la ASI por Inteligencia Militar.

El pulso de Sidious se aceleró. En lugar de suavizarse, la corriente se intensificó y comenzó a girar más rápido, como si estuviera llamando a Sidious a seguir un turbulento y profundo torbellino, cualquier disturbio que, en el fondo, había dado origen al problema.

Bien podría haber sido el Lado Oscuro quien carraspeó:

—Explique eso.

En señal de humildad, el oficial de caso inclinó la cabeza.

—Mi señor, Inteligencia Militar estaba en el proceso de llevar a cabo un inventario de provisiones de armamento, vehículos y suministros que habían dejado abandonados durante la guerra en una multitud de planetas en disputa, desde Raxus hasta Utapau.

En el caso de los dispositivos de interferencia de holored, Inteligencia Militar no estaba segura de si el alijo ya llevaba varios años en Murkhana o si tenía un origen más reciente y era digno de una investigación más extensa. Dado que una investigación de ese tipo estaba fuera de su alcance, IM pasó el asunto a la Agencia de Seguridad Imperial.

—A usted —dijo Sidious.

—Sí, mi señor, recibí un holovideo que mostraba los dispositivos.

—¿Un holovideo? ¿Grabado por alguien en Inteligencia Militar?

—Eso supuse, mi señor. No vi la necesidad de dar seguimiento a ese asunto; tampoco el director adjunto la vio. Nos limitamos a pedir a... Bracchia que llevara a cabo la inspección.

Sidious recordó la sesión informativa que, al principio del caso, se había celebrado en la sala de audiencias. Al ser justificados los temores de la ASI acerca de que los dispositivos de interferencia pudieran ser utilizados para difundir propaganda antimperial, el director adjunto Ison se había preguntado en voz alta por qué Inteligencia Militar estaba de repente tan preocupada por el alijo, si recién enterada del descubrimiento no había expresado ninguna de esas preocupaciones. Ninguno de los almirantes (Rancit ni Screed ni los demás) contestaron a la pregunta de Ison.

Sin quitar los ojos del oficial supervisor, Sidious dijo en voz baja:

—Droide, localiza el holovideo que Inteligencia Militar envió a la ASI.

11-4D extendió el brazo de interfaz hacia un puerto de acceso detrás de la silla de Sidious. Después de un largo silencio, el droide informó:

—Su majestad, no encuentro ningún registro de ese holovideo.

—Como lo sospeché —dijo Sidious—. Pero sí lo vas a encontrar en los archivos de la ASI.

Pasó otro momento antes de que 11-4D notificara:

—Sí, su majestad. El holovideo está archivado.

«Y cuando lo proyecten», pensó Sidious, «mostrará un error que delatará al responsable». Porque el holovideo era falso; había sido editado por alguien que tenía acceso a códigos imperiales y a dispositivos capaces de subvertir la holored.

Sidious había encontrado, muy en el fondo, las irregularidades causantes de la turbulencia que se mostraba en la superficie. Y, ahora, era evidente que estaban más cerca de lo que incluso él podría predecir.

19

HUELLAS

EN LA SALA de táctica más apartada, de las varias que tenía el *Executrix*, Tarkin cerró la mirada de programas que corrían en la inmensa holomesa de análisis de combate e introdujo un código imperial restringido que hacía que el proyector se conectara con la holored. Luego se sometió a una serie de análisis biométricos que le darían acceso a multitud de bases de datos ultrasecretas, imperiales y de la República, situadas en Coruscant. Ya había dado la orden de que no se le molestara, pero verificó que la puerta estuviera cerrada detrás de él y que las cámaras de seguridad de la sala estuvieran apagadas. Atenuó la iluminación, se acomodó sobre un taburete alto con ruedas de fácil acceso a los complejos controles de la mesa y dejó que sus pensamientos fluyeran.

El destructor estelar permanecía en Obroa-skai, en espera de órdenes de reubicación dictadas desde Coruscant, ahora que el Emperador había dado al Vicealmirante Rancit el mando del escuadrón especial creado para capturar o destruir el *Carrion Spike*.

Apenas unas horas antes, los disidentes habían atacado una instalación imperial en Nouane, un sistema del Borde Interior. A Tarkin, la elección de objetivos por parte de los disidentes le parecía ilógica, igual que su aparición en Obroa-skai. Pero, en vista de los refuerzos imperiales cada vez más numerosos en los sistemas principales, quizá la elección tan sólo reflejaba el hecho de que sus opciones fueran disminuyendo. En Nouane se había impedido a la nave rebelde infligir daño serio y el escenario casi se había convertido en una fatalidad. La victoria le correspondía a Rancit, quien mediante un meticuloso proceso de eliminación había anticipado dónde atacaría el *Carrion Spike* y había enviado una flotilla con antelación al arribo de la corbeta. Ni siquiera el camuflaje de esta consiguió evadir una arremetida continua de láseres de largo alcance. Por lo que le habían dado a entender a Tarkin, existían buenas razones para creer que el *Carrion Spike* sufrió daños graves antes de hacer un último y desesperado intento de retirada al hiperespacio. El molino de rumores decía que el nombramiento de Rancit (algunos lo llamaban ascenso) era una señal de la decepción que el Emperador sentía por Tarkin, pero Vader le había asegurado a este que el Emperador sólo estaba liberándolo de tener que portar demasiados sombreros. Tarkin debía dejar la persecución por el momento y mejor dedicarse a determinar el objetivo final de los disidentes.

Y así lo hizo.

Cuando acechaban presas en el altiplano, Jova le dijo que un estudio cuidadoso de las huellas en el sendero podría revelar no sólo la especie de animal que las había dejado, sino también sus intenciones.

Al introducir una avalancha de datos con el teclado de la holomesa, Tarkin creó un campo abierto sobre la mesa e indicó a la computadora que convirtiera su voz en líneas de texto y las colocara ordenadamente en el campo. Luego, volteó ligeramente hacia la toma de audio más cercana.

—Acceso a módulos de naves de guerra confiscadas, de armas separatistas y de interruptores de holored..., ya sea a través de chatarreros, sindicatos del crimen u otras fuentes —comenzó—. La capacidad de hacer uso de tecnología separatista, comprada o pirateada. La capacidad de transmitir holovideos en tiempo real a través de la holored. La capacidad de crear y transmitir holovideos falsificados accediendo a archivos públicos de holored y a otras fuentes de información. Conocimiento de la existencia de las bases Rampart y Centinela. Conocimiento de la designación del teniente Thon a la Base Rampart. Conocimiento de la existencia del *Carrion Spike* y familiaridad con sus sofisticados sistemas. Una tripulación de espacianos enterados de procedimientos e instalaciones imperiales. Posible auxilio de un recurso imperial con autorización de alto nivel.

Una por una, las líneas de texto iban apareciendo en el campo. Tarkin las estudió por un largo rato, con el codo recargado sobre la rodilla izquierda y el mentón acunado en la mano.

El interrogatorio que hizo Vader a los miembros de la tripulación del *Retacent* no había resultado en nada más que en una insuficiencia cardíaca sufrida por el copiloto sy myrthiano del carguero. Sin embargo, como una especie de recompensa, el Lord Oscuro había recibido información significativa que provenía de una de sus fuentes infiltradas en el Crymorah. Un teniente en el sindicato del crimen afirmaba que había negociado un trato con Faazah (el traficante sugi de Murkhana), el cual involucraba un suministro de células de combustible personalizadas; estas fueron enviadas al planeta poco antes del arribo de Tarkin y Vader. Esto en sí mismo no era muy sorprendente, teniendo en cuenta que la parada del *Carrion Spike* en el aljibe de combustible ubicado en Phindar era una prueba suficiente de que los disidentes habían introducido combustible en la nave antes de irse a la fuga con ella.

Lo que sí era sorprendente era que el trato por las células de combustible se hiciera a través de un intermediario de Lantillies, quien Tarkin sospechaba que era el mismo humano al que el capitán del *Retacent* había nombrado como su agente.

Knotts.

Tarkin ordenó a la base de datos de la holored hacer una búsqueda de Knotts. En un instante, el holograma de un humano de cabello plateado con un rostro muy arrugado comenzó a girar sobre el proyector. Knotts parecía tener ese hastío de la vida que Tarkin asociaba con soldados veteranos que habían visto más tragedias de lo que les

correspondía. Extrajo la holoimagen, la guardó en un costado de la mesa y reflexionó en silencio mientras las máquinas zumbaban, trinaban y pitaban alrededor.

El resumen que acompañaba a la holoimagen confirmaba el hecho de que Knotts había residido en Lantillies por quince años.

Al investigar más a detalle, Tarkin pudo recuperar los documentos de incorporación de Knotts, sus informes de impuestos para la República y para el Imperio, los procedimientos judiciales de su acuerdo de divorcio e incluso imágenes del apartamento modesto que poseía en Lantillies. Nativo del Núcleo, se había mudado al Borde Exterior para consolidarse como un intermediario que vinculaba a clientes en busca de bienes o servicios con grupos de trabajadores independientes, los cuales podían satisfacer las necesidades de aquellos. Era algo así como un contratista o un agente que en cada transacción se quedaba con un porcentaje de créditos, lo que a Tarkin le parecía justo.

La base de datos confidencial de Coruscant, a la cual Tarkin no había tenido que ingresar desde sus días como asistente general, proporcionó al moff un retrato más completo y convincente de Knotts.

Sí, por quince años había manejado una empresa rentable aunque pequeña en el Borde Exterior, pero durante las Guerras de los Clones también sirvió a Inteligencia de la República como subcontratista. Era responsable del transporte encubierto de armas y otros materiales a grupos de resistencia que operaban en planetas ocupados por separatistas. Uno de estos resultó tener un lugar prominente en el pasado de Tarkin: la luna Antar 4 del Borde Medio.

De pronto, el moff se enderezó en el taburete. El descubrimiento del pasado oculto de Knotts removió el recuerdo de la emoción que había sentido en el altiplano cuando se encontró con un repentino e inesperado retorno en el trayecto de su presa. ¿La criatura lo había detectado? ¿Se le había presentado una amenaza diferente? ¿Su blanco quería invertir la situación, rodeándolo, para acecharlo a él tras sus propias huellas?

Casi desde sus inicios, Antar 4 había sido un miembro de la República, pero el Movimiento Secesionista que precedió a las Guerras de los Clones creó un cisma entre los humanoides gotals oriundos de la luna, dando origen a grupos terroristas aliados con los separatistas. Con el apoyo de la República, los gotals de confianza habían logrado retener el poder hasta poco después de la Batalla de Geonosis, cuando la luna fue conquistada por fuerzas separatistas y, por un breve periodo, se convirtió en un cuartel general del conde Dooku. Decenas de millones de refugiados gotals huyeron a su planeta colonia, Atzerri, mientras en Antar 4 eran reemplazados por un influjo de koorivar, gossam y otras especies cuyos planetas natales se habían unido a la CSI. Como resultado, la luna se convirtió en un embrollo político y engendró uno de los primeros grupos de resistencia, compuesto de los koorivar y gotals de confianza, a quienes la República apoyaba con asesores tácticos y cargamentos secretos de armas y equipo bélico. Aunque la resistencia logró perpetrar cientos de actos de sabotaje, la luna permaneció en las garras de los separatistas durante toda la guerra.

Tarkin recordó las palabras que el capitán koorivar había dicho a Vader: «No todos nosotros éramos separatistas».

Con la muerte de Dooku y de la directiva separatista, el ejército droide fue desactivado y Antar 4 (como muchos CSI) pronto se vio en la mira del Imperio. Para ser más precisos, en la mira del Moff Tarkin, quien había recibido órdenes imperiales de poner a la luna como ejemplo ante la galaxia. No se haría ningún intento de repatriación, ni Tarkin debía perder tiempo distinguiendo entre separatistas y operadores de inteligencia, que esperaban su evacuación a un lugar seguro.

COMPNOR hizo lo que pudo para encubrir el hecho de que muchos koorivar y gotals de confianza fueran arrastrados en los arrestos, ejecuciones y masacres, pero los medios acabaron enterándose de la historia y, por un tiempo, la Masacre de Antar se convirtió en una causa famosa dentro del Núcleo; esto a pesar de las veloces desapariciones de muchos que se empeñaban en contar la historia. Como las desapariciones incrementaron el deseo del público por obtener detalles, el Emperador decidió retirar a Tarkin de la controversia y asignarlo a operaciones de pacificación en las Extensiones Occidentales. Al final, acabó nombrándolo comandante de las bases que prestaban servicios al proyecto de la estación de combate móvil de espacio profundo, en sustitución del Vicealmirante Rancit, quien fue reasignado a Inteligencia Militar.

Haciendo memoria de ese periodo, apenas cuatro años atrás, Tarkin recordó el caso de dos periodistas coruscanti que durante un lapso corto se colocaron a la cabeza de una multitud antimperial molesta. Una búsqueda rápida en los archivos de la holored generó los hologramas correspondientes; Tarkin los colocó sobre la mesa, a un lado del de Knotts. En la base de datos de Coruscant, Tarkin localizó informes de inteligencia que contenían detalles sobre sus actividades.

Una atractiva mujer humana de piel oscura y ojos azul grisáceo, Anora Fair, era la corresponsal más vociferante de los medios del Núcleo que se habían obsesionado con los sucesos de Antar. Siendo una periodista ambiciosa, Fair ya había llamado la atención por sus entrevistas incisivas a oficiales imperiales y sus editoriales críticos sobre la política imperial, así como sobre el Emperador mismo. Había enriquecido sus implacables reportajes sobre la Masacre de Antar con recreaciones holográficas de arrestos y ejecuciones, editadas y dirigidas por una rubicunda zygerriana llamada Hask Taff, a quien muchos expertos proimperiales consideraban *una maestra en la manipulación de holored*.

Para COMPNOR estaba claro que ambas sabían más de lo que era posible sin la ayuda de un iniciado en la comunidad de inteligencia, y en aquel momento las sospechas se enfocaban en un antipático exjefe de estación que había servido a la República:

Berch Teller.

La búsqueda de Teller en el archivo de la holored no arrojó nada, pero la base de datos de acceso restringido arrojó una imagen de diez años antes; se trataba de un humano alto y delgado, de cabello oscuro, con cejas gruesas y barbilla partida. Tarkin extrajo el holograma y lo colocó a un lado de los de Anora Fair y Hask Taff. Enseguida,

cambió de opinión y movió el holograma de Teller al centro, junto al de Knotts (el agente); las dos profesionales de los medios quedaron al otro.

Tarkin contempló el montaje y quedó satisfecho. Con cada nuevo conjunto de huellas, el rastro estaba comenzando a develar secretos.

El currículum del capitán Teller, archivado en la red de inteligencia, exhibía una carrera larga y distinguida. A principios de las Guerras de los Clones, Teller estuvo involucrado en operaciones encubiertas, en una multitud de planetas separatistas. Eso, sin embargo, quedaba opacado al considerar el hecho de que él mismo había sido uno de los oficiales de inteligencia al servicio de la República que dieron parte a Tarkin, después de su rescate y escape de la Ciudadela, de los planos de una ruta hiperespacial secreta que conducía hacia el espacio separatista.

Entonces, Tarkin y Teller tenían historia.

Y había más.

Asignado a Antar 4 en el último año de la guerra, el capitán Teller había ayudado a entrenar y a organizar a partidarios gotals y koorivars en grupos de resistencia bien armados; a la larga, estos llevaron a cabo saqueos, destruyeron tanto armerías como puertos espaciales y acabaron siendo una molestia para los separatistas en el poder. Anticipando lo que le esperaba en Antar 4, después del abrupto fin de la guerra, Teller había solicitado a sus superiores que organizaran la extracción de sus principales hombres, antes de que Tarkin tomara cartas en el asunto de forma severa y resoluta. Inteligencia de la República intentó proporcionar ayuda con documentación y transporte, pero COMPNOR, que en aquel momento ya subía en la hegemonía imperial, se había negado a interceder. En consecuencia, muchos de los operadores de Teller fueron arrestados y ejecutados, a pesar de su prolongada lealtad a la República.

A Tarkin, la decisión imperial de poner a la luna como ejemplo para aleccionar a los espacianos le pareció perfectamente lógica. Aunque él no era un retribucionista, pensaba que separar amigos de enemigos sin duda habría permitido huir a muchos separatistas. La aniquilación en masa en Antar 4 resultó preferible que tener que cazar a los sujetos después, en cualquier región remota donde encontrarán refugio. El caso de Antar transmitió un mensaje imperial a otros planetas que habían pertenecido a CSI: la derrota no les concedía la absolución de sus crímenes, ni les aseguraba que el Imperio estuviera preparado para darles la bienvenida con los brazos abiertos. El mensaje tenía que quedar claro en Raxus, Kooriva, Murkhana y el resto: «entreguen a todo exseparatista o sufrirán la misma suerte que la población de la luna gotal».

Tarkin podía entender por qué un oficial de la República como Teller podría sentirse traicionado al grado de intentar librar una campaña de venganza a pesar de cualquier desventaja. El ejército estaba repleto de aquellos que se negaban a aceptar que el daño colateral era tolerable cuando se servía al avance de la causa imperial. En la ausencia de orden, sólo había caos. ¿Esperaba Teller una disculpa del Emperador? ¿Compensación para las familias de quienes habían sido ejecutados injustamente? Esos eran pensamientos

insensatos. Sin embargo, multiplicando a Teller por mil millones o diez mil millones de seres, el Imperio podría enfrentar un serio problema...

Tarkin siguió leyendo detenidamente el currículum de Teller, vadeando el denso texto que se desplazaba en el aire frente a sus ojos. Para cuando Teller había hecho aquella solicitud a sus superiores, ya había sido reasignado para vigilar la seguridad en...

Tarkin se quedó mirando las palabras: «Estación Desolación».

El puesto de avanzada clandestino que era responsable de supervisar gran parte de la investigación para la estación de combate de espacio profundo.

Pero Teller no estuvo ahí por mucho; desapareció después de los infortunados sucesos de Antar 4 y no se le volvió a ver desde entonces. Algunos de Inteligencia Militar creían que lo habían matado agentes de la COMPNOR, pero otros estaban convencidos de que era Teller quien no sólo había proporcionado información acerca de Antar 4 a Anora Fair y Hask Taff, sino que también había sido la persona que llevó a las periodistas a un lugar seguro horas antes de que COMPNOR las desapareciera.

Tarkin se bajó con cuidado del taburete con ruedas y comenzó a caminar de un lado a otro, a lo largo de la inmensa mesa, mientras observaba la proyección de las cuatro holoimágenes. ¿Era posible que algunos o todos de ellos estuvieran involucrados en el secuestro del *Carrion Spike*? Se detuvo para sopesarlo y sacudió la cabeza. Las probabilidades de que Teller y Knotts se conocieran eran altas, pues servían al mismo oficial supervisor en Inteligencia de la República. También eran altas las probabilidades de que Teller ofreciera la historia a las periodistas. Sin embargo, ninguno de los cuatro era piloto de naves estelares, mucho menos un ingeniero capaz de manejar los sofisticados instrumentos y sistemas de la corbeta.

Al regresar al taburete, Tarkin volvió a solicitar el extenso archivo de Antar 4.

Las bases de datos de la República eran difíciles de navegar, ya que mucha de la información había sido borrada o censurada, o había sufrido una alteración o reinterpretación. Sin embargo, una vez que el moff logró encontrar su camino hacia los archivos apropiados pudo reducir los parámetros de su búsqueda; sondeó a los informantes de la República asociados con la resistencia. Las computadoras remotas acabaron proporcionando los nombres de muchos partidarios subordinados a Teller que habían escapado a la ejecución en la luna y eran, al menos, dignos de consideración. Estaba, por ejemplo, un gotal piloto de nave estelar, identificado en los archivos únicamente como Salikk, y un koorivar experto en municiones y vigilancia, listado sólo como Cala.

Tarkin extrajo holoimágenes que exhibían al humanoide de doble cuerno y al cuasihumano con aspecto de unicornio.

Enseguida, contrapuso los hologramas de Fair y Taff; luego, cambiando de opinión, las movió para que flotaran entre las de Teller y Knotts.

Entonces, se estremeció de emoción.

Se impulsó en el taburete de ruedas hacia la estación de holored y contactó al carguero de escolta, *Goliath*. Ordenó al especialista que lo atendía que reenviara, desde la

base de datos de la nave, un registro de su comunicación con el administrador phindiano del aljibe de combustible. Cuando la grabación llegó, extrajo la imagen del humano pelirrojo con una cicatriz en el rostro que había pedido las celdas de combustible y le ordenó a la computadora que comparara el holograma de Teller con el del falso comandante imperial que tenía un implante ocular.

Al poco tiempo, destelló un texto sobre la holomesa entre los dos hologramas:

«SEMEJANZA: 99.9%».

Tarkin se quedó boquiabierto del asombro, mientras miraba fijamente al hombre que había robado su nave.

Comenzó a pensar en todo de nuevo desde el principio, desplazando su mirada entre el texto y los hologramas de los sospechosos.

Sí, Teller pudo haberse enterado de la existencia del *Carrion Spike* durante su breve periodo en la Estación Desolación. Y hubiera sido bastante fácil para él persuadir a *Salikk* y a *Cala* de unírsele, ya que probablemente había sido el responsable de sacarlos de Antar 4; de la misma manera en que fue responsable de salvar las vidas de Fair y Taff, al extraerlas rápidamente de Coruscant. A estas alturas, Teller tendría un piloto, un especialista en operaciones y municiones y dos expertas en holored.

Tarkin se pasó una mano por la boca y se sujetó la barbilla.

Faltaba algo; faltaba alguien.

Volvió a entrar a la base de datos ultrasecreta para examinar los pocos informes que pudo encontrar en relación con la Estación Desolación.

Teller no fue el único ser que desapareció de la instalación secreta. Motivados por las quejas contra el Imperio, muchos huyeron y se convirtieron en fugitivos. El recuento era tan alto, de hecho, que COMPNOR había compilado una lista de los más buscados, incluyendo científicos y técnicos desaparecidos que habían tenido acceso a asuntos de seguridad de alta prioridad. A menudo, las desapariciones se relacionaban con los ataques de hostigamiento contra bases e instalaciones imperiales.

Tarkin recorrió la lista varias veces y, después de cada revisión, regresaba al ingeniero en sistemas estelares mon cal, llamado Artoz, quien había desaparecido poco después de Teller. Al parecer, conocido como *Doctor Artoz* entre sus amigos, era un exmiembro de los Caballeros Mon Cal, un grupo que había peleado en su planeta en contra de los quarren que estaban aliados con los separatistas. Artoz definitivamente estaría al tanto del *Carrion Spike*, ya que algunas partes del sistema de camuflaje de la corbeta, hecho con cristal estigio, se fabricaron en astilleros mon cal, después de que los diseñadores habían renunciado a utilizar hibridio.

Tarkin parpadeó, se frotó los ojos y miró fijamente los hologramas que estaban a mitad del aire.

¿Qué había de Bracchia, el informante koorivar de Murkhana? ¿Estaba involucrado en el complot a pesar del papel que jugó en conseguir una nave estelar de reemplazo?

¿Estaban involucradas las familias del crimen Crymorah?

¿Qué había acerca de la tripulación del carguero *Reticent*? ¿Estuvieron tal vez a bordo de la nave de guerra que atacó la Base Centinela?

Y luego quedaba el asunto de la nave de guerra misma. ¿Quién había financiado la compra de los módulos, los droides y los cazas estelares? ¿En dónde y por quién había sido armada la nave? ¿Exactamente, cuán amplio era el alcance de la conspiración?

¿Sólo involucraba a exoperativos de Inteligencia de la República o también permeaba las agencias imperiales?

Tarkin pensó en lo que diría Jova: «Los seres inteligentes, al igual que los animales, tienen comportamientos quisquillosos. Aprende los de uno y comenzarás a entender a toda la especie».

Si era correcta la hipótesis de Tarkin acerca de que Antar 4 era el nexo de la conspiración, ¿la participación de la tripulación del *Reticent* podría deberse a algo tan sencillo como haber perdido a amigos o familiares en las ejecuciones masivas? ¿Familiares que tal vez estaban asociados con los partidistas de Teller?

Tarkin continuó examinando las imágenes 3D.

Si tenía razón, si realmente estaba mirando a aquellos que habían robado su nave y que habían descubierto cómo reproducir las transmisiones sombra de las Guerras de los Clones, entonces resultaba que ellos no eran exseparatistas que le guardaran rencor al Imperio, sino exrepublicanos de confianza que se estaban vengando.

Los otrora aliados del canciller supremo Palpatine se habían convertido en los nuevos enemigos del Emperador.

Mientras guardaba su investigación en un archivo cifrado, Tarkin pensó: «El rastro continúa más allá de donde lo pierdes».

¿Estaban los disidentes conduciéndolo a una persecución planeada para disfrazar su objetivo real?

La hebra que había comenzado a desenrollarse en la Base Centinela sólo podía terminar en un punto.

El *Carrion Spike* salió tambaleándose fuera del hiperespacio hacia un punto de reversión interestelar ubicado a diez pársecs de Nouane. El milagroso escape de la región autónoma había dejado a la corbeta tan zangoloteada que, por un largo rato, la navicomputadora dañada no pudo ni siquiera establecer dónde estaba la nave. Ahora resultaba más fácil identificar los instrumentos que aún funcionaban entre aquellos que habían sufrido daños irreparables.

—Tenemos dos cañones láser delanteros y una batería de estribor —informó Cala a sus compañeros que estaban en la cabina de mando, donde Artoz atendía las lesiones faciales de Salikk—. Los escudos están reducidos a nada. El blindaje del casco es lo único que nos protege de una colisión contra polvo espacial. Y el motivador del hiperimpulsor está dañado, pero probablemente aguante uno, tal vez dos saltos más...

—Uno es todo lo que necesitamos —dijo Teller, mientras la nave gruñía como un animal lastimado y el pelaje suelto de Salikk flotaba en todas direcciones.

—Los sistemas de camuflaje y los motores subluz funcionan de manera irregular —continuó el koorivar—. Pasa lo mismo con los comunicadores y la holored.

Afligida, Hask sacudió su cabeza de orejas pequeñas y finas.

—No quedamos muy bien en los videos del combate en Nouane que el Imperio hizo públicos.

—Ahí va nuestro *rating* —dijo Artoz.

Anora frunció el ceño y le arrojó una mirada molesta a Teller.

—Menos mal que confiabas en que tu aliado cumpliera su parte del trato.

—Yo dije que confiaba en él hasta cierto punto —replicó Teller—. Si hubiera confiado en él por completo, ni siquiera estaríamos teniendo esta conversación.

El comentario no era una exageración. Si el *Carrion Spike* hubiera aparecido en el sistema Nouane en el punto de reversión anticipado, la nave habría sido aniquilada de forma instantánea por fuego imperial. En lugar de eso, Teller había hecho que Salikk condujera la nave hacia un lugar aún más profundo del sistema, tan lejos de las naves capitales como fuera posible. De todas formas, fueron orillados a huir sin haber disparado un solo rayo a la instalación imperial del sistema estelar, pese a lo incongruente que resultara esto. Acorralados y golpeados por fuego láser, saltaron a la velocidad de la luz con una maniobra que fue una hazaña en sí misma.

—Además —continuó Teller—, tenían que hacerlo parecer real.

Anora soltó una risa amarga.

—No sólo lo estaban haciendo parecer real, Teller. Afronta los hechos: nos traicionaron.

Teller soltó una risa amarga por la nariz.

—Probablemente. Pero al final no va a importar. —Vio a Salikk, luego a Artoz, y preguntó—: ¿Va a estar bien, Doc?

—Sobreviviré —dijo Salikk por su cuenta—. Al menos el tiempo suficiente para terminar esto.

—El piloto automático también sobrevivió —comentó Cala.

Teller exhaló y asintió con la cabeza.

—Entonces, en cuanto a esto, estamos listos para irnos. Además, nos aseguraron cielos despejados.

—Siempre y cuando siga convencido de que vamos en camino —dijo Anora.

Teller asintió con la cabeza.

—El *Carrion Spike* arribará a tiempo.

—¿Se dan cuenta de que el Imperio no descansará hasta que nos encuentre y se encargue de nosotros? —dijo Artoz.

Hask miró alrededor.

—Suponiendo que alguien haya descifrado quiénes somos.

—Eso no me extrañaría de Tarkin y Vader..., no con la tripulación del *Reticent* a la mano. —Teller apretó los labios—. Aun si no lo han hecho, nos delatarán en algún momento.

Cala sonrió.

—Por suerte, todos nos hemos acostumbrado a cuidarnos las espaldas.

20

EL CARRION SPIKE

EN LA PASARELA de mando del *Executrix*, Tarkin esperaba a que Vader concluyera su holocomunicación privada con el Emperador.

—El Vicealmirante Rancit está convencido de que los disidentes tienen la intención de atacar la academia imperial en Carida, convirtiéndose a sí mismos en mártires durante el proceso —dijo Vader, tras salir de un pozo de datos—. El vicealmirante obtuvo permiso para reposicionar cuantas naves crea necesario y él mismo estará al mando de todos los elementos del escuadrón especial.

Tarkin dijo irónicamente:

—La última batalla de los disidentes.

—La última batalla de alguien —replicó Vader—. El Emperador ha reflexionado cuidadosamente sobre la conclusión a la que usted llegó, de que sus otrora aliados ahora se han convertido en sus enemigos.

—Me alivia oír eso, Lord Vader. ¿Entonces los tres estamos de acuerdo?

Vader asintió con un gesto solemne de la cabeza y dijo:

—Sí, estamos de acuerdo.

Tarkin sonrió con autocomplacencia.

—Un transbordador lo está esperando para llevarlo a la fragata.

Vader volvió a asentir con la cabeza y comenzó a marcharse; se detuvo y volteó hacia Tarkin.

—Dígame, Gobernador Tarkin, ¿por qué decidió nombrar a la corbeta *Carrion Spike*?

Tarkin no lo ocultó.

—La nave debe su nombre a un accidente geográfico muy especial en el planeta Eriadu, Lord Vader. —Cuando se dio cuenta de que Vader esperaba una explicación más completa, agregó—: Permítame acompañarlo a la bahía de acoplamiento.

Mientras caminaban uno al lado del otro, Tarkin comenzó a contarle a Vader sobre sus visitas anuales al Altiplano Carrion durante su adolescencia, sobre las pruebas que había tenido que superar ahí y sobre el entrenamiento al que lo sometieron sus parientes mayores y diversos guías, todo experimentado en tierras salvajes. Vader prestaba mucha atención, interrumpiéndolo en variadas ocasiones para solicitar aclaraciones o detalles adicionales. Conforme Tarkin le respondía una parte de él notaba cuán extraño era entablar un verdadero diálogo con Darth Vader. En los últimos días que habían pasado juntos, su conversación se había limitado a unos cuantos enunciados, más que nada

unilaterales. La máscara de Vader tenía algo que ver con esto, pues complicaba el acto de conversar. Sin embargo, en ese momento, las frecuentes miradas hacia abajo de Vader sugerían que realmente estaba escuchando; así que Tarkin continuó hablando abiertamente de sus experiencias en el altiplano mientras caminaban sobre el ancho corredor central del *Executrix* hacia el transbordador que los estaba esperando.

—Cuando tenía dieciséis años, ya conocía el altiplano casi tan bien como las tierras del hogar de mis padres, ubicado en Ciudad Eriadu —dijo Tarkin—. Sin embargo, había un área que evitábamos..., un vasto trecho de sabana, interrumpida por rodales de bosque espeso. El área no estaba precisamente prohibida. De hecho, en varias ocasiones, cuando mi tío nos sacaba de los límites, me parecía que lo hacía sólo para que yo pudiera ver algo de aquella zona. En cada una de estas ocasiones, nos explicó que no éramos los únicos depredadores reinantes en el altiplano. Y, aunque no se podía negar que nuestros blásteres eran capaces de eliminar a todo competidor, un acto de esta naturaleza iba en contra de mantener prístino el altiplano. Algunos objetivos del entrenamiento eran ayudarme a entender la manera de colocarme en la cima de la cadena alimentaria usando el miedo en lugar de la fuerza y la mejor forma de mantener esa posición. El territorio que siempre parecíamos estar esquivando estaba ahí para proporcionarme otra lección, ya que era gobernado por nuestros principales competidores en el altiplano: una tropa de cien primates especialmente feroces.

Hizo una pausa para levantar la vista hacia Vader.

—¿Conoce a los veermok?

Vader asintió con la cabeza.

—He tenido algo de experiencia con la especie, gobernador.

Tarkin esperó para escuchar más, pero Vader no agregó nada.

—Bueno, entonces usted sabe lo feroces que pueden llegar a ser por su cuenta, pero lo son aún más en grupo. Cuando se lo proponen, casi no hay criatura a la que no puedan superar en astucia o vencer en una pelea. Pero probablemente no conoce la especie de Eriadu. El veermok de Eriadu mide un metro de altura, tiene la piel lisa en lugar de lanuda, es social en lugar de solitario y fervientemente territorial. Se ha adaptado a las condiciones secas del altiplano, más que a pantanos y bosques húmedos. Como la especie más común, tiene garras muy a ladas, al igual que los dientes de su hocico canino, y la fuerza de diez humanos. Sus poderosos brazos y torso superior parecen estar hechos para escalar, pero, en general, el veermok de Eriadu no es arbóreo. Sin embargo, es un carnívoro veloz y voraz como todos sus hermanos.

»En el centro del terreno controlado por la tropa de primates, se levanta una colina de cien metros de altura que semeja una fortaleza de piedra. En la cumbre hay un pináculo de cuatro lados, formado por vidrio volcánico negro, de unos veinte metros de altura y plano en su parte superior. Sin lugar a dudas es una roca de magma solidificada y erosionada por el tiempo, igual que el resto de la formación.

Vader lo miró.

—¿El Carrion Spike?

—Exactamente —dijo Tarkin—. Sin que Jova tuviera que decirlo, empecé a captar que el Spike iba a ser el lugar de mi examen final.

Vader interrumpió el ritmo de su respiración en señal de reconocimiento.

—Su prueba.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Estaba a la mitad de mi segunda temporada en el altiplano cuando Jova me mostró por primera vez el Spike, pero mi... *prueba*, como usted dice, no se llevaría a cabo durante los próximos cuatro años. Cuando el momento llegó, él me explicó lo que se esperaba de mí: simplemente tenía que pasar un día entero y por mi cuenta en el Spike. No tendría ni comida ni agua, pero se me permitiría portar una vibrolanza del tipo que usábamos en las cacerías.

—Una vibrolanza —repitió Vader.

—Un arma de electrochoque más larga y delgada que las picas de fuerza. Tiene la misma cabeza con vibro lo, pero está balanceada de tal forma que puede ser arrojada como lanza. La mía estaría preparada con un número limitado de cargas, aunque Jova no especificó cuántas. En cualquier caso, si conseguía lograr esto, pasar un solo día en el Spike, mi examen final habría quedado atrás y ya no estaría obligado a visitar el Altiplano Carrion, a menos, claro está, que yo quisiera hacerlo.

—Debió creer que era una prueba sencilla —dijo Vader.

—Efectivamente, al principio —dijo Tarkin—. Hasta que Jova me permitió observar la colina y el pico a través de macrobinoculares.

—Se abrió su visión.

—Jova dijo que podía tomarme todo el tiempo que necesitara para valorar la situación y trazar un plan; pasé la mayor parte de mi sexta temporada en el altiplano haciendo precisamente eso. Lo primero era conocer a mi enemigo, lo cual hice en el transcurso de las primeras dos semanas. Me ocultaba en algunas áreas del bosque o en la hierba alta de la sabana y observaba las rutinas de los veermoks, que rara vez variaban de un día para otro..., o quizás es más correcto decir de una noche para otra, ya que era entonces cuando salían de sus cavernas de la colina para ir de cacería en grupo. El festín en el que terminaba la caza continuaba casi toda la noche, a veces en el sitio donde cayera la presa o de regreso en las cavernas, donde las hembras alimentaban a sus crías de piel gris.

Con el regreso de la luz y el calor, los machos subían a la cima de la colina y se tumbaban en las rocas, al pie del Spike, del que nunca fui capaz de tener una buena vista aun con los macrobinoculares, ya que la colina era el elemento más alto en kilómetros a la redonda. A media tarde, los veermoks descendían y se reunían en un abrevadero para tomar agua antes de repetir la rutina completa.

»El abrevadero se convirtió en mi lugar preferido para observarlos, y fue ahí donde empecé a conocer, por separado, a algunos de los miembros de la manada. El que dominaba era un macho grande de rayas oscuras y con cicatrices de batalla, a quien nombré Lord. Durante mi semana de sigilosa observación, vi que lo desafiaron varias veces. En ocasiones, la batalla era a muerte, pero a menudo Lord permitía a los retadores

humillados largarse cojeando; estos podían seguir formando parte de la manada. Ya que era imposible vencerlo, había mucha competencia entre sus subordinados por acercarse a él. En cierto sentido, las peleas eran tanto de entrenamiento como demostraciones de supremacía. Lord aleccionaba a los machos más débiles, consciente de que a la larga tendría que ceder su posición por el bien de la manada. El resto entendía esto y, como consecuencia, seguían su mandato en todos los asuntos. No creo que la especie sea capaz de pensamiento abstracto, mucho menos que sean realmente inteligentes, pero sí se comunican entre ellos a través de un lenguaje complejo de demostraciones y vocalizaciones.

»Había un segundo macho que llamó mi atención..., un veermok más joven y pequeño que siempre parecía estar en la sombra de Lord, por eso empecé a llamarle así: Sombra. Sombra lo seguía; desde atrás observaba a Lord a una distancia respetuosa. A veces Lord no toleraba el escrutinio, así que lo echaba. Sin embargo, lo que más me llamó la atención fue que Sombra tenía a sus propios seguidores, un subgrupo de ocho machos jóvenes que lo acompañaban a dondequiera que fuera. Lord también los toleraba, siempre y cuando mantuvieran su distancia, algo que ellos no dejaban de hacer; si él tan sólo volteaba en su dirección, se retiraban.

»Fue en el abrevadero donde Sombra y su grupo comenzaron a interesarse en mí. Me *observaban observándolos*, y empezaron a estudiarme como algo curioso que había aparecido en el límite de su cuidadosamente de nido dominio. Saciados por la caza de la noche anterior y después de haberme descartado como una amenaza, no demostraron ningún interés inmediato en matarme.

Hasta ese momento de mi vida no había oído que un veermok pudiera domesticarse, pero sí que había gente que usaba a las criaturas como bestias guardianes, por lo que me imaginé que era posible establecer algún tipo de asociación con ellos. Pensé que tal vez podía utilizarlos como aliados de algún tipo, ya fuera cuando estuviera en el Spike o al escapar; por lo tanto, cada día trataba de acercarme a ellos, sólo para que me retaran en cada ocasión, forzándome a quedarme detrás de la línea invisible de su territorio de caza.

»Cuando decidí que había visto suficiente, me di a la tarea de pensar en los distintos retos a los que me enfrentaría: llegar a la cima de la colina, escalar el Spike y escapar..., suponiendo que siquiera sobreviviera la prueba. Ni Jova ni nadie de los demás ofrecieron ayuda.

»Llegar a la colina no requería nada más que moverme mientras los veermoks estaban en las cavernas. Saldría de la arboleda del bosque más cercano a la colina, cruzaría una extensión de sabana y encontraría mi camino por las rocas hasta la cima. No habría ninguna sombra ni descanso; algunas de las fisuras entre las rocas parecían lo suficientemente profundas como para tragarme entero. Si no estaba a salvo en la cima para cuando los veermoks salieran de las cavernas, probablemente me harían pedazos en la colina.

»El pico en sí mismo presentaba otros problemas. El canto de la columna de vidrio negro parecía estar lo bastante a lado como para cortar tela o cuero o carne humana. Así

que armé una correa con un cinto de duranio tejido que había encontrado entre las piezas de repuesto para el viejo speeder que usábamos de vez en cuando, y de ese mismo cinto también fabriqué suelas gruesas para mis botas y almohadillas protectoras para mis manos. Sabía que incluso las musculosas piernas de los veermoks no eran lo bastante poderosas como para impulsarlos a la cima del Spike, pero todavía quedaba el reto de permanecer en la cumbre durante todo un día; sobre todo porque Jova admitió que los veermoks podrían atrasar su caza nocturna hasta que se hubieran encargado de mí. La vibrolanza tenía como objetivo contrarrestar esa eventualidad, aunque no tendría suficientes cargas para matar o aturdir a todos los machos. Aún peor era que estos no le tenían a la vibrolanza. En los encuentros que habíamos tenido con veermoks solitarios, estos demostraron no tener miedo incluso a los blásteres, y a menudo habían probado que eran lo suficientemente ágiles como para esquivar los rayos. Además de esto, tendría que bajar corriendo, abrirme camino peleando hasta la base de la colina y cruzar la sabana en la oscuridad. Fue en ese paso donde algunos de mis predecesores fracasaron en sus iniciaciones. Jova me dijo que vería lo que quedaba de sus huesos esparcidos por todos lados, como si el Spike fuera una especie de relicario Tarkin.

»Para darme ventaja a mí mismo, pasé días trabajando con una pala (mientras los machos holgazaneaban en la colina y las hembras se ocupaban de las crías en las cavernas) para excavar una serie de trampas y hoyos a lo largo de lo que sería mi ruta de escape, algunos un poco más profundos, otros con estacas afiladas en el fondo.

»Y entonces llegó el día.

»Crucé a través de la hierba alta y corrí hacia arriba, sobre las porosas rocas de grano no. Con un resbalón, podría haberme roto el tobillo o haberme atorado para siempre entre las rocas. Insectos venenosos me atacaron desde nidos ocultos; hormigas rojas salieron de sus hormigueros; serpientes cascabelearon en señal de advertencia. El calor me azotó. La naturaleza conspiró en hacer de la colina un último baluarte contra la tecnología y la civilización; un lugar diseñado para probar la determinación de un ser inteligente para conquistar y sobrevivir. Pero resistí.

»El Spike se alzaba amenazador por encima de mí como un pararrayos, su base era un charco solidificado de vidrio negro.

Eché el lazo sobre la punta, planté las suelas gruesas de mis botas contra los bordes y me impulsé hacia arriba centímetros a la vez.

El ascenso tomó mucho más de lo que había anticipado, y apenas llegué a la cima plana, ligeramente inclinada, cuando apareció el primero de los veermoks.

»Al verme ahí sentado con las piernas cruzadas en lo alto del Spike, con la vibrolanza colgando del hombro, comenzaron a brincar y a dar vueltas alrededor, con una creciente agitación de gruñidos, indecisos, tal vez esperando instrucciones de Lord. Sin embargo, uno de ellos, Sombra, se sentó en cuclillas para mirarme mientras se comunicaba con miembros de su camarilla chasqueando vocalizaciones. Lord terminó apareciendo, me miró con furia a los ojos con lo que parecía odio por tener que ser puesto a prueba tan temprano por la mañana. Me pregunté si algunos de mis ancestros habían sobrevivido

matando al veermok dominante con la idea de que eso disuadiría al resto. Sin embargo, yo no creía que eso funcionara en mi caso; no con Sombra esperando para asumir el liderazgo.

»Lord rugió más fuerte que todos los otros juntos, como si sólo con el poder de su voz pudiera desplazarme de mi percha.

Después de todo, era su deber encargarse del intruso. Pero, antes de que tuviera una oportunidad de actuar, Sombra emitió otra serie de chasquidos vocales que provocaron que sus seguidores lanzaran un ataque al Spike desde todas direcciones, sus letales garras marcaron el vidrio volcánico con un sonido que hizo que tintinara cada nervio en mi cuerpo. Como si estuvieran resueltos a dividir mi atención, algunos fintaban mientras otros brincaban tan alto como sus piernas podían lanzarlos. Rugieron, y crujieron sus grandes y triangulares dientes, pero me rehusé a ceder ante el miedo. Además, algo inusual estaba sucediendo. El ataque de los secuaces de Sombra era caótico, no tenía nada que ver con los ejercicios bien coordinados que yo había observado durante sus cacerías. La confusión llenó de rabia a Lord. Desesperado por restaurar el orden, golpeó a los machos jóvenes que arremetían una y otra vez, o que trataban de sujetarse del vidrio. Hizo sangrar a algunos pero fue incapaz de controlarlos.

»Desvié a tiempo la mirada hacia Sombra para verlo emitir un bajo gruñido gorjeante, que inmediatamente hizo que los machos jóvenes se volvieran en contra de Lord, con dientes y garras fijas en su objetivo. Por un momento, el viejo campeón veermok pareció demasiado confundido como para responder, casi como si el ataque comunal violara su código de comportamiento, alguna etiqueta particular de la especie. Sin embargo, enseguida se dio cuenta de que tenía que pelear por su vida y se dedicó a defenderse; mató a tres machos jóvenes antes de que el resto terminara con él. Y durante todo el episodio, Sombra no movió un músculo.

—Una sedición —dijo Vader—. Y usted era la distracción que necesitaba.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Una oportunidad que llevaban mucho tiempo esperando.

—¿Y el pretendiente..., Sombra?

Tarkin forzó una exhalación.

—Les di a los veermoks un momento para alabar a su nuevo líder, luego arrojé mi lanza y lo maté sin demora.

»Para el caso era lo mismo que si hubiera dejado caer una bomba en la colina. Primero, los veermoks jóvenes no sabían qué pensar de su victoria, al haber derrotado a Lord; ahora, se comportaban como si no tuvieran a dónde acudir. Sin un líder, un heredero verdadero, fueron víctimas de una especie de pena desconcertada, una desesperación casi existencial. Se echaron en sus vientres y me miraron fijamente con una expectativa casi dócil. No confiaba en ellos, pero no tenía otra opción que descender del Spike al atardecer; cuando culebreé entre los veermoks para recuperar mi lanza del cuerpo inerte de Sombra, ni uno soltó siquiera un gruñido. Y me siguieron colina abajo.

—¿Cuál fue la reacción de su tío? —preguntó Vader.

—Jova dijo que se alegraba de verme en una sola pieza, especialmente porque él y los otros habían apostado que mis huesos se sumarían a los de mis ancestros. —Tarkin hizo una pausa antes de añadir—: A la mañana siguiente, la tropa veermok abandonó la colina y el Spike. Dejaron el altiplano y no volvieron a aparecer.

—No fueron capaces de darse cuenta de lo que les ocurriría al ponerse en contra de su líder —dijo Vader.

—Exacto.

—Entonces usted es el último Tarkin que pasó la prueba.

Tarkin asintió con la cabeza.

—Esa prueba en particular, sí.

Para entonces habían llegado a la bahía de acoplamiento. Tarkin caminó junto a Vader al pie de la rampa.

—Buen viaje, Lord Vader. Asegúrese de dar mis saludos al aspirante.

—Téngalo por seguro, Gobernador Tarkin.

Con un gesto brusco de la cabeza y una ondulación de su capa negra, Vader desapareció por la rampa mientras Tarkin se ponía en marcha hacia el puente de mando del destructor estelar.

21

DISOLUCIÓN

EL DESTRUCTOR ESTELAR *Conquest*, clase Secutor, se mantenía en órbita fija sobre la instalación Puerto Profundo 2 de la Armada Imperial Carida, aproximadamente a medio millón de kilómetros del planeta Carida. En el puente de mando, el Vicealmirante Rancit recibió el informe del comandante de la nave.

—Señor, el *Carrion Spike* ha revertido a espacio real, con rumbo cero, cero, tres eclíptico. El blanco está en la mira; se han calculado todas las opciones de disparo y todas las baterías de estribor están en espera.

Rancit echó un último vistazo a las innumerables naves que componían el escuadrón especial y dio la vuelta al ventanal del puente.

—Prepárense para disparar a mi orden.

—Esperando su...

—Anule esa orden —increpó una voz, desde la parte trasera del puente de mando.

Rancit, el comandante y varios oficiales y especialistas cercanos voltearon al mismo tiempo para ver aproximarse a Darth Vader de forma impetuosa sobre la pasarela elevada; su capa ondulaba detrás de él y un grupo de stormtroopers armados marchaba al compás de su estela negra.

—Lord Vader —dijo Rancit, con genuina sorpresa—. No se me informó que estaba a bordo.

—Fue a propósito, vicealmirante —repuso Vader. Enseguida, miró al oficial de cubierta y ordenó—: Comandante, indique a sus técnicos que escaneen el *Carrion Spike* en busca de formas de vida.

El comandante miró a Rancit, quien le devolvió un gesto ambiguo.

—Haga lo que él ordene.

Vader se detuvo en el centro del puente de mando y colocó las manos enguantadas en las caderas, con los dedos hacia delante.

—¿Y bien, comandante?

El comandante se enderezó después de mirar la consola sobre los hombros de uno de sus especialistas.

—Los sistemas de escaneo no están encontrando ninguna señal de vida. —Miró a Rancit, confundido—. Señor, la corbeta está desierta y parece estar navegando con el piloto automático.

Rancit negó con la cabeza.

—Pero eso no puede ser.

Vader lo miró.

—Sus cómplices abandonaron la nave antes de que esta saltara al hiperespacio, vicealmirante.

Una sensación de alarma recorrió el cuerpo de Rancit.

—¿Mis cómplices, Lord Vader?

—No actúe sorprendido —dijo Vader—. La farsa ha sido suya desde el principio.

Rancit apretó los puños y movió la mandíbula, mientras el comandante del *Conquest* y el resto intercambiaban miradas de preocupación. Cuando el vicealmirante comenzó a moverse hacia una de las sillas delanteras, Vader levantó su mano y lo sujetó.

—Quédese justo donde está, vicealmirante. —Vader apuntó al oficial de cubierta con el índice e imperó—: Ordene a los comandantes de la flota especial que dejen los puestos de combate.

El oficial de cubierta asintió con la cabeza y caminó hacia atrás, al tablero de comunicaciones.

—De inmediato, Lord Vader.

Vader se volvió hacia Rancit una vez más.

—Usted hizo un trato con algunos de sus exrecursos de inteligencia. Molestos por ciertos sucesos que ocurrieron al final de la guerra, ellos buscaban una manera de vengarse del Imperio. Y usted les proporcionó una. Les concedió acceso a tecnologías confiscadas y les facilitó el robo de la nave del Gobernador Tarkin, después de enredarlo en su trampa con holotransmisiones falsificadas. Les suministró información táctica durante su huida, y, al hacerlo, se convirtió en cómplice de la muerte de miles de efectivos, así como de la destrucción de instalaciones imperiales.

Vader caminó hacia las ventanillas y regresó para colocarse a un metro de Rancit.

—Usted aseguró a sus secuaces que podrían atacar en Carida y continuar su reino de terror. Sin embargo, en realidad planeaba traicionarlos aquí; se ocuparía de asesinarlos para que no hubiera testigos de su traición. Al haber puesto fin a su campaña, anticipado dónde aparecerían, usted se habría ganado la aprobación del Emperador y... ¿Y qué, vicealmirante? ¿Exactamente qué esperaba lograr?

Rancit lo observó con repentina aversión.

—¿De todas las personas, es usted quien necesita preguntar?

Vader no dijo nada por un largo rato. Luego soltó algo parecido a un resoplo.

—¿Poder, vicealmirante? ¿Influencia? Quizá simplemente se sintió subestimado, quizá sintió que usted también debía ser nombrado moff.

Rancit se tragó cualquier cosa que pensaba contestar.

—Si tan sólo hubiera dado un paso adelante de sus cómplices, en lugar de estar un paso atrás —continuó Vader, simulando un lamento—. Piense qué tan alto habría ascendido en la estima del Emperador si hubiera sido capaz de predecir que ellos lo traicionarían a usted y que ejecutarían el plan que habían trazado desde un inicio.

La curiosidad se filtró en el rígido rostro de Rancit.

—¿Qué plan?

—Nunca fue la intención de ellos que este sistema fuera su blanco final, vicealmirante. El trato que hicieron con usted apenas les dio rienda suelta para llevar a cabo una misión propia. Se trasladaron a una nave diferente, y ahora van en camino a su objetivo real.

—¿A dónde? —preguntó Rancit con un tono insistente.

—Eso no es asunto suyo. Entérese también, vicealmirante, que el Emperador sospechaba de usted desde hace tiempo. Sólo permitió que su maquinación se desarrollara como un medio para atrapar a todos los involucrados en su conspiración.

Rancit recuperó algo de valor.

—¿Cuál es el blanco, Vader? Dígame.

—Su aprensión está fuera de lugar —dijo Vader, con voz tranquila aunque amenazante. Levantó la mano derecha y tensó los dedos, luego se detuvo—. No. Usted ya ha determinado el método de su ejecución.

Volteó hacia su escolta de stormtroopers.

—Teniente Crest, el almirante Rancit debe ser escoltado hacia una cápsula de escape y colocado dentro de ella. Yo daré la orden de su lanzamiento y el mismo Vicealmirante Rancit, una vez que esté a una buena distancia de esta nave, dará la orden de disparo que la destruya. —Vader miró por encima de su hombro a Rancit—. ¿Aprueba eso, vicealmirante?

Rancit masculló.

—No le suplicaré, Vader.

—De todos modos, no cambiaría el resultado.

Vader hizo un gesto a los stormtroopers, quienes se acercaron para rodear a Rancit.

—Una última cosa, vicealmirante —dijo Vader, mientras escoltaban a Rancit hacia la parte posterior del puente—. Moff Tarkin le manda saludos.

Una nave de guerra estaba en espera, a la sombra de una árida luna repleta de cráteres, en un sistema estelar ubicado en la ruta que llevaba a Tatooine.

Ya que no era producto de un importante corporativo de construcción, la embarcación carecía tanto de nombre como de una firma registrada. En realidad era un farrago: una combinación de módulos, componentes, turboláseres y cañones iónicos adquiridos por sus ensambladores en almacenes de excedentes imperiales o mediante chatarreros del espacio profundo, contrabandistas o cualquiera que estuviera en el negocio de refacciones robadas y armamentos prohibidos. La nave se asemejaba más a un carguero clase Providence del Cuerpo de Ingenieros Voluntarios Quarren para la Liberación de Dac, pero con menos de la mitad de longitud, más regordeta y sin una torre de comunicaciones en la popa. Su vientre alojaba a varios escuadrones de cazas estelares droide, y sus armas eran operadas por droides controlados mediante computadoras, aunque la nave estaba

comandada por seres inteligentes: un pequeño grupo compuesto de humanos, koorivars, gotals y un único mon cal, ingeniero en sistemas de naves estelares. Era el tipo de nave que en los años posteriores a la guerra se asociaba estrechamente con piratas del Borde Exterior. De hecho, era la misma nave capital que se había puesto al descubierto brevemente en la Base Centinela semanas antes.

—Hemos cerrado el círculo —decía Teller a Artoz, en el hangar de cazas estelares. Vestía un traje de vuelo, tenía un casco bajo el brazo y estaba de pie junto a un cazacabezas modificado con un hiperimpulsor rudimentario y en proceso de calentamiento. Era el mismo modelo que Hask había utilizado para crear el holovideo falso que fue transmitido a la Base Centinela.

Para alivio de Knotts y del otro puñado de seres inteligentes que piloteaban, Artoz dijo:

—El convoy va a revertir al espacio en el límite de este sistema y continuará con velocidad subluz hacia la estación de clasificación ubicada en Pii. Generalmente, desde ahí las naves de suministro son escoltadas a la Base Centinela y, finalmente, a Geonosis.

—No este convoy —repuso Knotts. El agente humano, cansado del mundo, había ayudado a pilotar el fárrago de carguero desde su escondite cerca de Lantillies—. Rancit nos hizo un gran favor al redistribuir la protección del convoy.

—Nos prometió cielos despejados en Carida, pero justo nos dio eso aquí —dijo Teller—. No tenía motivos para creer que estaría dejando vulnerable al convoy. Sólo quería mover naves para dar el espectáculo.

—¿Alguna noticia de Carida? —preguntó Knotts.

—Aún nada —respondió Artoz.

—El rastro de evidencia que lo vincula con nosotros es muy laberíntico como para que alguien lo siga —comentó Teller—. Estarán volando acusaciones en todas direcciones por el hecho de que no nos hayan apresado, pero todos acabarán suponiendo que simplemente abandonamos la misión.

—Rancit no estará feliz al quedar frustrado su esperado ascenso —supuso Knotts—. Nos va a estar cazando por haberlo traicionado.

Teller permaneció indiferente al comentario. Miró a Artoz y dijo:

—Cualquier cosa que haga Rancit para relacionarnos con el ataque del convoy sólo empeoraría las cosas para él, por mover las naves. Rancit tendrá suerte si lo expulsan de Inteligencia Militar con su pensión intacta. En esas condiciones estará mucho más lejos de representar una amenaza para nosotros.

—¿Y Tarkin? —preguntó el mon cal.

—Él recuperará lo que queda de su preciosa corbeta —dijo Knotts, antes de que Teller pudiera responder.

—Tarkin no será responsabilizado por nada de esto —agregó Teller—. Es un moff. Además, no fue su idea ir a Murkhana. —Sacudió la cabeza con firmeza—. Supongo que conservará el mando de la Base Centinela.

Knotts asintió con la cabeza en señal de acuerdo.

—La pregunta es, ¿vendrá él por nosotros?

—Oh, puedes contar con ello —dijo Teller—. Vamos a tener que esparcirnos por todas partes. El Sector Corporativo es probablemente nuestra mejor apuesta.

Nadie habló por un largo rato; luego Knotts dijo:

—Una vez que el convoy sea historia, ¿qué tanto los habremos retrasado?

Artoz respondió:

—Tan sólo el trabajo en los componentes del hiperimpulsor demoró tres años, antes de que me enviaran a la Estación Desolación. Aun con planes perfeccionados y redoblando sus esfuerzos, sospecho que los retrasaremos cuatro años.

Teller sonrió ligeramente.

—Me gustaría que tuviéramos una mejor idea de lo que están tramando en Geonosis.

—Algún tipo de plataforma de armas —sugirió Knotts—. ¿Necesitamos saber más que eso?

Teller lo miró.

—Supongo que no. Si tan sólo podemos seguir retrasándolos con ataques... Una vez que el resto de la galaxia llegue a conocer al Emperador tan bien como nosotros, no estaremos solos en la pelea.

La duda se asomó en los grandes y relucientes ojos de Artoz.

—Si los astilleros aumentan la producción de destructores estelares clase Imperial, a cualquier revuelta le costará mucho hacer siquiera una abolladura en la armadura del Emperador. Incluso si podemos continuar impidiendo la construcción de lo que sea que están haciendo en Geonosis, algo inesperado va a tener que suceder para que cualquier rebelión tenga éxito. Sí, muchos comenzarán a conocer la verdad acerca del Imperio, pero los números nunca harán la diferencia por sí mismos..., no contra el Emperador, Vader y las fuerzas armadas que están acumulando. Y no esperen que el Senado los contenga, porque es aún menos efectivo que durante la República.

Teller sacudió la cabeza de manera desafiante.

—Podemos concluir en este momento que no hay esperanza y dar esto por terminado. O podemos mantener la esperanza y hacer lo que podamos.

—Esa decisión nunca ha estado en tela de juicio —dijo Artoz.

—Por Antar 4, entonces, y por un futuro más brillante —pronunció Knotts.

Las cabezas asintieron al mismo tiempo.

Mientras los pilotos congregados se movían hacia sus cazas estelares, Cala se apresuraba al hangar.

—El convoy de suministros ha salido del hiperespacio. Los dispositivos de interferencia de holored y los comunicaciones están activados, y todos los sistemas de armas se encuentran en estado de espera.

Knotts tendió la mano a Teller.

—Buena suerte allá afuera.

Teller estrechó la mano de su viejo amigo y se colocó el casco sobre la cabeza. Al dirigirse hacia Cala, dijo:

—Dile a Anora y a Hask que esperamos nada menos que un holovideo de clase galáctica.

El ataque al convoy que se dirigía a la estación de batalla estaba en plena marcha para cuando el *Executrix* salió del hiperespacio tan cerca de una luna pequeña que casi rozó su órbita. Tarkin y varios oficiales estaban frente a los ventanales cuando las estrellas se encogieron hasta quedar del tamaño de ellos. Con las gruesas piernas extendidas, las manos sujetas a la espalda y el cabello canoso peinado hacia atrás desde la frente, como soplado por el viento, el gobernador podría haber sido el mascarón de popa; parecía estar desafiando al enemigo a enfrentarse con él en una pelea mortal.

—Señor, intervinieron el retransmisor de holored local —reportó un especialista detrás de él—. Por esta razón, nuestras advertencias no fueron recibidas. Por el momento, estamos consiguiendo mantener abiertas las redes de combate y táctica.

—¿Podemos comunicarnos con alguna de las naves del convoy? —preguntó Tarkin, sin voltear.

—Negativo, señor. Es posible que ni siquiera nos estén registrando en sus escáneres.

—Siga intentando.

Los transportadores y naves de carga en forma de caja que componían el convoy se habían juntado para permitir que las obuseras y fragatas crearan un círculo de defensa a su alrededor, pero los láseres enemigos estaban mellando el perímetro para permitir a los cazas droides lanzarse a través de los boquetes y asediar a las naves más grandes.

—Señor, el análisis de combate muestra una nave capital reforzada por una fragata Nebulón B, múltiples cazas tri-droide y tres..., cuatro cazas estelares, además de dos remolcadores, dos obuseras escolta y más de un escuadrón de naves ARC-170.

Tarkin escudriñó la escena.

La misma nave de guerra clase Providence modificada, el mismo enjambre de cazas droides y cazas estelares antiguos. Lo diferente era que esta vez él estaba comandando la contraofensiva y, en lugar de la Base Centinela, los objetivos del enemigo eran los componentes del hiperimpulsor, por los cuales había estado preocupado desde que dejó Coruscant.

Se dio la vuelta y quedó de espaldas a los ventanales; enseguida caminó hacia la galería de observación para ver el desarrollo del ataque desplegado sobre una holomesa. El fuego constante de las naves de guerra estaba desmantelando la defensa esférica montada por las escoltas imperiales; pedazos de obuseras y fragatas flotaban a la deriva de un nimbo frenético de cazas ARC-170 y cazas estelares droide.

—Los cazas V-Wing han salido —informó el suboficial que había seguido a Tarkin hasta la galería de observación—. La red de comunicación táctica está funcionando; el comodoro sólo espera sus órdenes.

—Que se enfrenten con la fragata y el portanaves, y dejen que los cazas droides sean sometidos por las escoltas que acompañaban el convoy.

Tarkin observó la holoimagen por un momento más, luego se encaminó hacia delante para reunirse de nuevo con los oficiales frente a los ventanales. Comando y Control Naval había dejado al convoy indefenso, pues desvió naves a sistemas que pudiesen ser atacados por el *Carrion Spike*; al igual que Tarkin, Comando y Control Naval fue engañado por la treta de los disidentes. Si no hubiera sido llamado a Coruscant, Tarkin nunca habría permitido que las escoltas de defensa del convoy fueran redistribuidas en otro lugar; además, le irritaba no haber insistido más en quedarse en Centinela. Sólo podía esperar que el Emperador acertara al permitir que la estratagema de Rancit y los secuestranaves se llevara a cabo, que ahora todos ellos estuvieran atrapados en la red.

Entornó los ojos mientras observaba al portanaves enemigo y se preguntó si la tripulación que había robado al *Carrion Spike* estaba a bordo o si se había escondido después de abandonar la corbeta.

—El portanaves enemigo se está reposicionando —dijo el oficial de cubierta—. Parece que están tratando de colocar al convoy entre ellos y nosotros.

Tarkin asentía con la cabeza para sí mismo a medida que veía desaparecer el revoltijo de nave atrás del convoy. Entonces recordó las tácticas que los disidentes habían empleado en el aljibe de Phindar y pensó: «Sí, esta es la misma tripulación».

—El comodoro reporta una fuerte resistencia de los cazas enemigos —dijo alguien detrás de él—. Están teniendo problemas para alcanzar las naves capitales. Los escaneos de evaluación indican que dos de los transportes del convoy han sufrido daños importantes.

Tarkin se volvió hacia el oficial.

—¿Todavía no hay comunicación con el líder del convoy?

—Ninguna, señor. No conseguimos bloquear los dispositivos de interferencia.

Esa no era una buena noticia. Tarkin no podía estar seguro de cuál de los transportes contenía suministros básicos y cuál componentes indispensables para la estación de combate móvil.

La voz de Jova le susurró al oído: «Sólo la gloria puede seguir a un hombre a su tumba».

—Comandante —dijo, volteándose bruscamente hacia el oficial del centro—, diríjanos hacia la batalla.

El comandante, un hombre alto de cabello negro y flequillo, se alejó de los ventanales para acercarse a él.

—Si me permite, Gobernador Tarkin, no tenemos forma de advertir a los aliados que están en nuestro camino.

Tarkin apretó los labios.

—Ellos simplemente saldrán del camino o no, comandante.

—No discutiré eso. Pero, incluso si logramos penetrar la esfera de defensa sin incidentes, apenas tenemos espacio para meternos entre los transportes.

—Nos preocuparemos por eso cuando tengamos que hacerlo. No voy a perseguir en círculos a ese portanaves. —Los ojos de Tarkin se entrecerraron—. Muerte o renombre, damas y caballeros.

—¡Señor!

Mientras el comandante se apartaba de su lado, Tarkin lanzó una mirada hacia el oficial de cubierta.

—Nuestras artillerías han de abstenerse de disparar hasta que yo dé la orden. Alerte al comodoro de que por el momento él y sus pilotos son nuestra artillería. Los cazas droide resultan lentos en el caos. Quiero que nuestros cazas estelares rompan la formación e improvisen, disparando a discreción.

—Entendido, señor.

Tarkin recobró la postura. «Así es como el Imperio conquistará y gobernará», pensó, «por medio del poder y del miedo».

El *Executrix* se movió con pesadez a través del atasco de cazas estelares y hacia el fragor de la batalla, donde las naves de carga y los transportadores estaban siendo impactados con el fuego del cañón y el turboláser disparados por la fragata Nebulón B y el portanaves. Más allá de los ventanales, pulsaba una cegadora luz explosiva.

—Que todas las baterías delanteras concentren su fuego en la fragata —ordenó Tarkin.

El espacio local se iluminó a medida que docenas de rayos de energía liberados por el destructor estelar convergían en la pequeña nave. En instantes, los escudos de la fragata fueron vencidos y los rayos comenzaron a pasar: destruyeron su apéndice ventral con forma de timón, y enseguida cortaron el travesaño que conectaba el cuerpo principal de la nave con el módulo del motor. Resquebrajada, la nave derramó su contenido en el espacio e hizo implosión, succionando hacia su ardiente colapso incontables cazas droides.

—Velocidad de combate —ordenó Tarkin.

El *Executrix* aceleró hacia delante, metiéndose como una aguja entre dos de los transportes más grandes, su proa puntiaguda estaba en línea directa al portanaves enemigo, el cual parecía encabritarse ante la implacable aproximación del destructor estelar.

Habló el oficial de cubierta.

—El comodoro reporta que están haciendo pedazos a nuestros escuadrones.

Tarkin mantuvo los ojos en el portanaves; no huía como había hecho en Centinela. Este era el momento en que cambiaría el guion; este era el momento en que los disidentes demostrarían su inquebrantable compromiso.

—Ordene a los cazas estelares retirarse y proteger el convoy a ultranza —dijo al fin.

—El portanaves está cambiando de vector. —El oficial casi le gritó en el oído izquierdo—. Va a toda velocidad hacia el líder del convoy.

Los ojos de Tarkin siguieron el brusco giro a babor y la repentina aceleración de la nave.

—Diez grados a babor. Que las baterías iónicas de estribor pasen a fuego constante. ¡Corran a la luz de los láseres!

Si Teller no tenía cuidado, el asombro iba a ser su muerte. El ataque furtivo al convoy había comenzado como se esperaba: con varias naves de apoyo imperiales destruidas y las naves de carga en riesgo inminente. Hasta que un destructor estelar (definitivamente el de Tarkin) revirtió en el espacio y lo cambió todo. De pronto, los V-Wing estaban diezmado a los cazas droide, además un Cazacabezas y un Tikiar habían sido destruidos. Así que sólo quedaban la nave de Teller y el caza Tikiar que era pilotado por un koorivar entrenado en Antar 4. La nave de guerra estaba, ahora, impulsándose hacia el corazón de la batalla, como si tuviera la intención de ponerse cara a cara con el destructor estelar, pero también estaba en rumbo de colisión con la más voluminosa de las naves de carga. De repente, una energía comenzó a centellear en torno a su casco, mientras continuaba su desesperada embestida contra los transportes del convoy.

Si la intención de Tarkin era desconcertar y confundir, lo había logrado de forma brillante. Los cazas V-Wing creaban tal caos que era imposible predecir lo que Tarkin haría a continuación. Si un comandante más cauteloso podría haber trazado una trayectoria alrededor del caos, Tarkin estaba llevando su inmensa nave directamente al centro, poniéndose no sólo a sí mismo en peligro, sino también a sus propios pilotos y a todos los demás.

Teller había hecho varios intentos de contactar a Salikk y a los otros mediante la red de combate, pero no tuvo éxito. De golpe, la interferencia disminuyó y el rostro de Salikk apareció de forma parpadeante en la pantalla de visualización.

Teller fue directo al grano:

—Apártate y haz saltar la nave al hiperespacio mientras haya tiempo —dijo al gotal.

—Lo mismo te digo, Teller —replicó Salikk, entre un manto de humo que comenzaba a inundar el puente de mando en la nave de guerra.

—¡Apártate de ese destructor estelar!

Salikk negó con la cabeza.

—Ya nos comprometimos con esto.

—¡Ustedes tendrían mejores probabilidades volando hacia una supernova!

Anora se inclinó detrás de la silla del capitán hacia donde la cámara podía captarla.

—Teller, ¿alguna vez has visto un holodrama? Tú eres quien se supone que debe sobrevivir para pelear otro día.

Teller hizo muecas a la cámara de la cabina.

—Yo no soy el que está siendo holodramático. ¡Soy el que está hablando con sensatez!

—Escúchala —dijo Salikk—. Por mi parte, siempre estaré agradecido por los años extra que me diste después de Antar.

Las fosas nasales de Teller se hincharon.

—¡Estúpido jinete del espacio cara plana!

Salikk ignoró el insulto.

—Estoy transmitiendo las coordenadas de salto a tu caza. Sal con cuidado de la batalla, mientras Tarkin se concentra en nosotros. El hiperimpulsor del Cazacabezas hará el resto.

Anora asintió sobriamente:

—Parece que, después de todo, estamos destinados a ser mártires, Teller.

—Cambio y fuera —dijo Salikk, antes de que Teller pudiera responder.

—Los escudos del portanaves están fallando —informó un técnico.

—El portanaves es modular —dijo Tarkin—. Si no podemos volarlo en pedazos, por lo menos podemos desmantelarlo.

Disparen a sus puntos de ensamblaje.

La luz constante del turboláser del *Executrix* iluminó el espacio, ensartando el portanaves como una bestia atacada por cazadores con lanzas. Algunos trozos salían disparados haciendo espirales desde los boquetes hechos en el vientre de la nave, y el sistema de iluminación comenzó a apagarse de popa a proa. Dos naves volaron afuera de la gran estructura e hicieron maniobras para alejarse, pero explotaron. Los motores subluz destellaron y murieron.

—Los cazas droide se están apagando —informó el técnico—. Los indicadores de claridad de la holored están cincuenta por ciento arriba de la interferencia.

—Seguramente nuestros láseres encontraron la computadora de control maestro —supuso el oficial de cubierta.

Con la proa destrozada y los escudos deflectores abatidos, el portanaves siguió desmoronándose ante la mirada de Tarkin y los demás; los cazas droide hacían piruetas por todos lados, como hojas en una tormenta. Descuartizado por los cañones del destructor estelar, lo que quedaba de la nave escoraba hacia estribor mostrando su vientre al vencedor.

—Cesen el fuego —ordenó Tarkin.

La orden apenas había salido de su boca cuando el oficial habló.

—Dos naves saliendo del hiperespacio.

Por un instante, Tarkin pensó que había caído en otra trampa, pero luego el oficial agregó:

—Son los destructores *Compliant* y *Enforcer* de la estación de clasificación imperial Pii.

—Señor, hemos perdido de vista un Cazacabezas —dijo un segundo oficial—. Los sensores indican que pudo haber saltado al hiperespacio.

—Lo encontraremos —dijo Tarkin—. Por el momento, prepare una partida de abordaje. Quiero a la tripulación del portanaves capturada con vida.

En soledad, el Emperador permanecía de pie en lo más alto del pináculo del palacio. Entornó los ojos para enfocar a Coruscant, que se extendía debajo de él como un escenario. El cielo comenzaba a aclararse después de una limpieza del distrito realizada por su control atmosférico; los rascacielos y las imponentes unidades habitacionales brillaban como nuevas. El poder del Lado Oscuro fluía a través de él como una transfusión de sangre inmaculada.

Ahí fuera había personas que lo deseaban muerto, otras que envidiaban su cargo y otras más que solamente deseaban estar lo bastante cerca de él como para saciarse con las migajas que desechaba. Esa idea era casi suficiente como para transformar su disgusto en tristeza por la carga de lo ordinario. Sin embargo, las condiciones miserables de la República perduraban: la corrupción, la decadencia, la codicia por el prestigio; las ansias de poseer un *penthouse* en un edificio élite, una posición que abriera puertas en cualquier lugar en el Núcleo, colecciones de arte invaluable, los alimentos más finos, los sirvientes más capaces...

Él nunca tuvo la necesidad de nada de eso, ni siquiera como senador o como canciller supremo. Había aceptado la opulencia sólo para satisfacer fantasías juveniles y, por supuesto, porque lo esperaban de él. Ahora, en cambio, sólo tenía que responder al Lado Oscuro, y este tenía un apetito por extravagancias de otro tipo.

Un complot había sido frustrado; una distracción más, superada. Sin embargo, había gastado energía y desperdiciado recursos.

Con el tiempo, el Lado Oscuro le concedería un infalible poder de adivinación, pero hasta este momento los sucesos futuros permanecían fuera de su alcance, nublados por la posibilidad y los remolinos incesantes de la Fuerza. Se había hecho a sí mismo señor de todo lo que alcanzaba a ver, pero le quedaba mucho por aprender. Los intentos de derrocarlo de su elevado puesto no terminarían en la exitosa frustración del reciente ataque. Pero él se encargaría de cualquiera que decidiera retarlo, lo haría con la misma precisión que tuvo al exterminar a los jedi. Y no se permitiría a sí mismo que algo más lo desviara de su objetivo de develar el secreto que habían intentado descubrir muchos Maestros Sith: la manera de utilizar los poderes del Lado Oscuro para transformar la galaxia, para fabricar un universo que fuera suyo. No deseaba la mera inmortalidad que Plagueis codició, sino un poder supremo.

A medida que el Imperio creciera, teniendo cada vez más y más sistemas bajo su control, también su poder se desplegaría, hasta que todo ser en la galaxia fuera prisionero de su abrazo oscuro.

La inspección en un compartimento del portanaves que logró salvarse dio como resultado trece tripulantes muertos (entre humanos, koorivars y gotals) y el doble de sobrevivientes, en la misma proporción de humanos, humanoides y otras especies.

Tarkin salía por una de las esclusas del compartimento al tiempo que el último grupo estaba siendo arreado por un escuadrón de stormtroopers a la cabina de control, completamente arruinada. El piso estaba inundado de espuma supresora de incendios y el aire hedía a circuitos fritos y componentes derretidos.

Tarkin esperó a que los prisioneros fueran esposados y ordenados en dos las antes de empezar con la inspección. Primero revisó la interior. Se detenía para observar a cada uno antes de continuar. Cuando empezó a recorrer la exterior, una sonrisa engreída le ablandó el rostro.

—Anora Fair —dijo, deteniéndose frente a la única humana hembra entre los presos—. Veo que ha cambiado su peinado. —Inclinándose para echar un vistazo más adelante en la línea, sus ojos se instalaron en una zygerriana esbelta de pelaje rojo—. Y usted debe ser Hask Taff. ¿Puedo dar por hecho que el *Carrion Spike* fue de su agrado?

Ninguna pronunció palabra o miró hacia delante; no era que Tarkin lo esperase de ellas.

Un paso al costado lo colocó cara a cara con un hombre de mediana edad y de ojos lagañosos.

—Ah, el infame agente de Lantillies en persona —dijo Tarkin—. Es amable de su parte que haya asistido, Knotts.

El agente también mantuvo la vista al frente y tampoco ofreció ninguna respuesta.

Tarkin dio unos cuantos pasos más; enseguida, se detuvo para observar el rostro de un mon cal.

—*Doctor Artoz*, ¿quizá? —Dio un paso hacia atrás para dirigirse a todos—. Pero ¿dónde está Teller? —Y cuando el silencio duró lo suficiente, añadió—: ¿Muerto en algún otro compartimento? ¿Muerto en un caza estelar? —Hizo una pausa, luego, con una ceja curvada, preguntó—: ¿Escapó?

Les dio otro largo momento.

—Díganme, ¿fue nuestro fallecido Vicealmirante Rancit quien los contactó o ustedes se acercaron a él? —Tarkin miró hacia el agente—. Vamos, Knotts, tanto tú como Teller le reportaban a él durante la guerra, ¿no es cierto? Aparentemente la traición que cometieron lo tomó por sorpresa y frustró la que él había planeado para ustedes. —Volvió a esperar—. ¿Nada que decir? ¿Nada de vítores solidarios de último momento? ¿Ningún abuso verbal para el Imperio o para el Emperador mismo?

—Caerán de su trono muy pronto, Tarkin —dijo Anora Fair, ensartándolo con una mirada brusca—. Y no tendrán un aterrizaje suave.

Él sonrió sin mostrar los dientes.

—Y yo que esperaba una disculpa por las condiciones en las que dejaron mi nave.

Ella se las arregló para retorcer las manos esposadas haciendo un gesto obsceno antes de que uno de los stormtroopers la golpeará en la nuca con su rifle bláster.

—Tanto veneno sale de una boca tan bonita —dijo Tarkin. Dio un paso hacia atrás para examinar a los prisioneros una vez más—. ¿Alguien más, o simplemente debo suponer que ella habló por todos ustedes? —Como nadie contestó, se encogió de hombros—. Bueno, no importa. Estoy seguro de que una vez que estemos en Coruscant podremos encontrar maneras de hacerlos hablar a todos.

22

ROJA, EN DIENTES Y GARRAS

EL EMPERADOR, VADER y Tarkin, el recién formado triunvirato oscuro del Imperio, tenían una reunión privada en la cámara del pináculo. Sidious ocupaba su silla de costumbre y Tarkin permanecía sentado frente a él, al otro lado de la mesa. Vader estaba de pie, como solía hacer en la presencia de su maestro. Habían pasado tres semanas desde el ataque al convoy. Tarkin había dedicado gran parte de este tiempo a interrogar a los conspiradores capturados, con un poco de ayuda de Vader y especialistas de la ASI.

Ninguno murió en el proceso, aunque posteriormente todos fueron ejecutados en secreto. La ASI propuso convertir sus muertes en un espectáculo público, pero el Emperador terminó rechazando la idea, aunque sólo fuera para negarles a los disidentes convertirse en mártires. Los detalles de la muerte de Rancit también se convirtieron en un secreto celosamente guardado, incluso entre sus compañeros en la comunidad de inteligencia. Pero la mayoría entendió el mensaje: ningún rango o posición era una garantía de privilegio o exención. Todo el mundo era prescindible.

—Es claro que él se sintió ignorado —explicaba Tarkin al Emperador—. Primero lo forzaron a decepcionar a sus exoperativos de Antar 4, debido a una riña entre Inteligencia Militar y la ASI; luego, perdió el mando de la Base Centinela, lo que él percibió como una degradación por haberse opuesto a las acciones que el Imperio llevó a cabo en la luna gotal.

—Así que el complot comenzó con él —dijo el Emperador.

Tarkin asintió con la cabeza.

—En cierto modo. Se le informó, a través de canales alternos, sobre los intentos de los conspiradores para encontrar armamentos prohibidos, material bélico separatista y dispositivos de interferencia de comunicación. Sin embargo, cuando se enteró de que los potenciales compradores habían trabajado para Inteligencia de la República, facilitó su acceso a depósitos y arsenales imperiales.

—Los trabajadores de los depósitos y los chatarreros que dieron suministros a los conspiradores son un asunto resuelto —puntualizó Vader—. Esto incluye a varios científicos de la Estación Desolación que violaron los términos de sus juramentos de seguridad.

Tarkin esperó a que Vader terminara.

—También hemos investigado que la nave de guerra fue ensamblada en astilleros del sector Bajic, propiedad conjunta del Sindicato Tenloss y de miembros de nivel inferior

del Sindicato Crymorah. Nuestros operativos descubrieron dos instalaciones clandestinas localizadas en otro lugar del Borde Exterior, ambas abandonadas hace tiempo. Además, logramos rastrear el paradero de algunos involucrados, que desde entonces están siendo eliminados.

—Bien —dijo el Emperador—. Que les sirva de lección a todos ellos. —Mirando a Tarkin, entornó los ojos—. Incluso a aquel que al parecer se escapó.

—El Cazacabezas fue encontrado en Christophsis —repuso Tarkin, más a la defensiva de lo que quisiera.

—¿Está seguro de que el caza estelar pertenecía a Teller? —preguntó Vader.

—Sus huellas estaban en todos lados —explicó Tarkin.

—Un oficial de inteligencia con el talento de Teller sabría que no debía dejar que descubriéramos su nave, mucho menos su huella genética. —Vader hizo una pausa, y luego añadió—: Nos dejó su tarjeta de presentación.

—Se lo tragó la tierra —dijo Tarkin.

Vader lo consideró.

—Al igual que yo, usted no cree eso.

Tarkin tomó aire y luego exhaló.

—Supongo que no. —Hizo una pausa—. Y para terminar, está el asunto del financiamiento de la nave de guerra, los droides y todo el material bélico. Las pruebas apuntan al papel que Rancit jugó en el desvío de fondos que habían sido destinados al presupuesto clandestino de Inteligencia Militar, pero la investigación está en curso. Otros también pudieron haber estado involucrados.

El Emperador hizo un gesto de impaciencia.

—¿Fue Rancit quien reunió a estos inconformes?

—No, él no fue responsable de formar el grupo —respondió Tarkin—. Parece que la idea fue de Knotts o de Teller, o quizá de los dos. Sin embargo, Rancit pudo haber aportado nombres de quienes estaban en la lista de vigilancia de la ASI por actos de sedición o sabotaje. Esto explicaría cómo el ingeniero mon cal llegó a formar parte de la conspiración, aunque es posible que Artoz haya sido reclutado cuando Teller era jefe de seguridad en la Estación Desolación, aún durante la República. La participación del mon cal, sin duda, explica por qué conocían tanto el *Carrion Spike* como la ruta del convoy.

—Pero no la estación de combate —dijo el Emperador.

—No, mi señor —confirmó Tarkin—. Muchos saben que un proyecto de construcción imperial está en proceso en Geonosis.

Sin embargo, la estación de combate móvil no está en riesgo.

El Emperador formó una pirámide con las palmas de las manos y guardó silencio por un largo rato.

—Pensaré sobre el asunto.

—Por supuesto, mi señor —dijo Tarkin—. Para Rancit, el plan no era más que permitir a los conspiradores atacar unas cuantas instalaciones imperiales. Les había prometido Carida, pero nunca tuvo la intención de permitir que dispararan sobre la

academia imperial. De hecho, intentó traicionarlos antes, al incapacitar el *Carrion Spike* en Nouane, pero los disidentes lograron escapar.

—¿Con qué argumentos los disidentes justificaban el ataque a la academia?

—Decían que el ataque sería un mensaje claro a potenciales reclutas —explicó Tarkin—. Pero resulta obvio que, todo el tiempo, su blanco principal fue el convoy. Contaban con que Rancit haría un gran esfuerzo por asegurarse de que su estrategema estuviera libre de sospecha (como era su costumbre durante las Guerras de los Clones). Y, por lo tanto, también las asignaciones y redistribuciones de naves estelares. Creemos que los conspiradores tenían una lista corta de blancos secundarios y que estaban vigilando las disposiciones de las naves de Rancit. Su decisión ya estaba tomada cuando Rancit, de forma inadvertida, satisfizo sus esperanzas de que el convoy de la estación de combate quedara relativamente desprotegido.

La sonrisa furtiva del Emperador le dio a Tarkin qué pensar. ¿Él se había percatado desde el inicio de la maquinación de Rancit y los disidentes? ¿Los sucesos de las últimas semanas habían ocurrido no tanto para desenmascarar a un grupo de traidores como para probar la habilidad que Tarkin tenía para frustrar el complot y trabajar eficientemente con Vader?

—Además de traicionar a dos de los hombres con los que trabajó más de cerca durante las Guerras de los Clones, Rancit burló las cámaras de seguridad de Inteligencia Militar —continuó Tarkin—. Y también consiguió engañar tanto al Director Adjunto Ison como al Vicealmirante Screed.

—Quizá debí nombrarlo moff, después de todo —dijo el Emperador con obvio sarcasmo—. Podría haber tenido una carrera brillante si la ambición no lo hubiera hundido.

Tarkin sonrió de forma tensa.

—Mi señor, el hecho de que usted haya considerado mi ascenso conveniente, sin duda contribuyó a su plan de «igualar el marcador», por así decirlo.

El Emperador asintió con la cabeza.

—Irónico, ¿no es así? Sus intentos por aumentar su propio prestigio acabaron beneficiando a muchos de los que él consideraba rivales.

Era cierto. Cuando Inteligencia Naval se incorporó a Inteligencia Militar y el coronel Wullf Yularen fue designado para tomar el lugar de Rancit como Director Adjunto, Harus Ison fue transferido al Ubictorado; al almirante Tenant lo hicieron Jefe de Estado; Motti, Tagge y otros gozaron de promociones similares... Sobre todo el ascenso de Yularen fue un alivio para Tarkin, pues temía que el Emperador le asignara la posición que Rancit había ocupado.

—Necesitamos apretar nuestro control sobre los sistemas exteriores —continuó el Emperador—. Usted estará a cargo de eso, Moff Tarkin. O debo decir Gran Moff Tarkin.

Tarkin quedó boquiabierto, genuinamente sorprendido.

—¿Gran moff?

—El Imperio está primero. —El Emperador extendió las manos enclenques—. ¿No fue usted quien sugirió la creación de sectores exteriores y de un gobernante especial como una estrategia para aumentar nuestro control?

—Sí, mi señor.

—Entonces su deseo está concedido. El Borde Exterior es su zona de supervisión... y, con él, Gran Moff Tarkin, todo el proyecto de la estación de combate móvil.

Tarkin se levantó de su silla para poder inclinarse como gesto de franca obediencia.

—No le fallaré. —Cuando levantó la vista, observó que también el Emperador estaba inclinándose, aunque ligeramente, en su silla.

—Será una responsabilidad trascendental —dijo el Emperador, alargando sus palabras—. Pues, una vez que la estación de combate funcione por completo, usted ejercerá el máximo poder en la galaxia.

La mirada de Tarkin se movía del Emperador a Vader y de regreso.

—No creo que jamás vaya a ser el caso, mi señor.

Teniendo en cuenta que el Emperador había creado el título de gran moff para Tarkin, no se trataba de un ascenso, sino más bien una retribución. En todo caso, esto no se mantuvo en secreto, excepto en lo relacionado con la supervisión del proyecto de la estación de combate; durante las dos semanas que permaneció en la capital galáctica tras la reunión con el Emperador y Vader, fue honrado y agasajado dondequiera que iba.

Concedió entrevistas prolongadas a los mejores medios de comunicación en todo el Núcleo y anunció su intención de embarcarse en una gira hacia los principales sistemas del Borde Exterior, comenzando con su natal Eriadu. Ninguno de sus entrevistadores lo presionó para que revelara dónde había pasado los últimos tres años, y nadie mencionó Antar 4. Era como si el suceso de posguerra ocurrido en la luna gotal hubiera pasado a la historia antigua..., o la mitología. Los ataques recientes a las instalaciones imperiales ubicadas en el Borde Exterior y Medio, además de los holovideos que habían estado circulando, se hicieron pasar como un plan imperial para exterminar grupos disidentes.

Esta es una declaración de Tarkin:

El factor que más contribuyó a la desaparición de la República no fue, en realidad, la guerra, sino un egoísmo desenfrenado.

Acostumbrada al proceso político que nuestros ancestros diseñaron, su anhelo insidioso de autoenriquecimiento sólo se incrementó notablemente a través de largos siglos; al final, dejó un cuerpo político ineficaz y corrupto. Piensen en el egoísmo de los Planetas del Núcleo, inquebrantables en su explotación de recursos de los

sistemas exteriores. Estos estaban debilitados por su indiferencia permisiva al contrabando y la esclavitud; aquellos eran manipulados por miembros ambiciosos del Senado que sólo buscaban estatus y oportunidad.

La razón por la que nuestro Emperador fue capaz de sortear las oscuras aguas que caracterizaron los años finales de la República y permaneció a la cabeza de la galaxia en medio de la guerra catastrófica que se extendió, es que él nunca se interesó por el estatus o la autoglorificación. Al contrario, su devoción por unificar a la galaxia y asegurar el bienestar de su miríada de poblaciones fue notable. Ahora, con la institución de sectores exteriores y el gobierno imperial de los mismos, tenemos una oportunidad única para pagar nuestra deuda al Emperador por sus décadas de abnegado servicio ayudándolo un poco con la carga gubernamental que siempre lleva en los hombros.

Al dividir la galaxia en regiones, en realidad logramos tener una unidad antes ausente. Si alguna vez nuestras lealtades y fidelidades estuvieron divididas, ahora sirven a un ser que tiene un objetivo: conformar una galaxia unida en la que todo el mundo prospere. Por primera vez en mil generaciones, los gobernadores de cada zona de la galaxia no estarán trabajando únicamente para enriquecer a Coruscant y a los Planetas del Núcleo, sino para aumentar la calidad de vida en todos los sistemas estelares, manteniendo seguras las rutas espaciales, conservando abiertas y accesibles las comunicaciones, garantizando que los impuestos se recauden adecuadamente y se asignen a la mejora de la infraestructura. El Senado estará, de la misma manera, formado por seres comprometidos no con su propio enriquecimiento, sino con el de los planetas que representa.

Esta gran visión no sólo requiere el servicio de aquellos que tengan una reputación inmaculada y habilidades consumadas en el ejercicio justo del poder, sino también el servicio de una vasta armada dedicada a defender las leyes necesarias para asegurar la armonía galáctica. A algunos les podría parecer que la promulgación de leyes universales y el despliegue de una fuerza militar fuertemente armada son pasos hacia una dominación absoluta, pero estas acciones se llevan a cabo para apenas protegernos de aquellos que invadirían, esclavizarían, explotarían o fomentarían la disidencia política y para sancionar como corresponde a cualquiera que participe en tales actos. No miren a nuestro nuevo ejército como intrusos o invasores, sino como guardianes que están aquí para apuntalar la visión del Emperador de una galaxia pacífica y próspera.

A los medios les dio por llamar a este discurso «la Doctrina Tarkin». Y algunos comentaristas comenzaron a preguntarse si él estaba destinado a convertirse en la nueva voz del Imperio.

El gran moff se dio a la tarea de reunirse con los senadores que representaban sistemas solares sobre los que él ahora tenía autoridad. La mayoría parecían aliviados por tener que entregar cuentas a Tarkin, en lugar de al Emperador o al Consejo Regente, pero

les dejó claro que él no iba a tolerar actos de sedición o propaganda antimperial y que sería despiadado con todos los perpetradores.

También se reunió con la Junta de Jefes de la armada y con los directores y oficiales superiores en las agencias de inteligencia.

Por medio de ellos hizo cambios en la Estación Desolación: reemplazó gran parte del personal clave y alteró itinerarios de suministro y rutas de convoy. Ordenó la revaluación de todo científico y técnico, además de establecer nuevos parámetros tanto de confidencialidad como de seguridad. Decretó que ningún convoy podía moverse sin protección adecuada. Y, ante la consternación de innumerables seres en sistemas cercanos a las rutas de suministro, limitó la holored a uso imperial. Las poblaciones de esos planetas vieron sus acciones como el inicio de una conquista imperial del Borde Exterior.

En Geonosis, promulgó procedimientos que limitarían el contacto entre trabajadores (ya fueran contratistas, empleados o esclavos) y la galaxia exterior; canceló permisos y ordenó que las comunicaciones de cualquier tipo estuvieran vigiladas de manera estricta. Reforzó la Base Centinela y las estaciones de clasificación, desplegando flotillas de patrullaje a los sistemas cercanos. Sus oficiales de mayor confianza fueron enviados en busca de piratas y contrabandistas, con órdenes de eliminarlos en el acto.

Para hacer honor a su nuevo cargo, diseñó y mandó a hacer un uniforme gris verdoso, con un cinturón grueso y una guerrera de collar redondo que portaba cuatro cilindros de código y una placa de rango, de doce cuadros multicolor: seis azules, tres rojos y tres dorados. En todas las interacciones con el Emperador era referido como gran moff, pero en el trato ordinario con el personal militar retuvo el honorífico título de gobernador.

Habiendo cumplido con su agenda de Coruscant, viajó del Núcleo al área metropolitana del Seswenna, a bordo del *Executrix*, que ya era su nave personal. «Es lo menos que el Imperio puede hacer para compensarte la pérdida del *Carrion Spike*», había dicho el Emperador al otorgarle el destructor Estelar clase Imperial. Además del millar de tropas y técnicos que conformaban el personal y la tripulación de la enorme nave, tenía una escolta personal de treinta y dos stormtroopers que lo acompañaba a donde quiera que fuera, al menos cuando él lo permitía.

Al llegar al puerto espacial de Phelar en el transbordador imperial, fue recibido por multitudes que vitoreaban, representantes de los medios y una banda de guerra militar. En Eriadu visitó a familiares y viejos amigos, y concedió más entrevistas. El gobernador local, quien era pariente suyo, lo galardonó con la llave de la ciudad y celebró un desfile en su honor. Mientras visitaba su antiguo hogar, posó para un escultor que había sido comisionado para crear una estatua que estaría en la plaza pública de la ciudad.

Tenía una última misión que saldar antes de dejar su planeta natal; con algo de esfuerzo logró persuadir a su escolta de que necesitaba cumplirla solo, ya que era una especie de deuda personal. Los stormtroopers no quedaron contentos, ya que era su deber protegerlo, pero cedieron porque estaría todo el tiempo en suelo ancestral. Indiferente a los asesinos potenciales, no hizo ningún intento de clandestinidad la mañana que partió

rumbo al altiplano, en un viejo airspeeder que no había sido usado en años por ninguno de los habitantes de la hacienda familiar. Una vez alejado de los confines de la ciudad, se relajó durante su viaje, casi como en un intento de volver a experimentar los viajes anuales que había hecho al altiplano cuando era joven. Hasta se puso ropa del tipo que usaba en aquellos días, más apropiada para un cazador o un senderista que para un gran moff imperial.

Cuando el altiplano y el terreno volcánico circundante aparecieron frente a él después de varias horas de vuelo irregular, sintió como si nunca se hubiera ido; en realidad, no lo había hecho, porque se llevó el lugar dentro de él a dondequiera que se aventuraba. Había sido acusado por algunas amantes y otras personas de ser desalmado, pero eso no era cierto. Sencillamente, su corazón estaba aquí, en esta parte prístina de su planeta natal. Su apego al lugar no era como el de alguien que veneraba a la naturaleza, sino como el de alguien que había aprendido a domesticarla. Y dejaría que el área permaneciera en estado salvaje, en crecimiento desordenado, con los animales que la habitaban, como recordatorio del control que había ejercido sobre ella.

En el airspeeder dio varias vueltas sobre el altiplano, mientras Tarkin observaba las migraciones de manadas de animales. El día era radiante y claro, y podía ver con detalle hacia todos lados. Por último, aterrizó el antiguo vehículo en la sabana, cerca de la colina de rocas a la que venía a escalar. Comenzó a caminar, con las piernas de su pantalón metidas dentro de sus botas altas y las mangas de su ligera camisa amarradas a las muñecas, como protección en contra de los enjambres de insectos punzantes. Al llegar a la colina encontró su camino hacia arriba, pisando las rocas picadas, saltando sobre suras y localizando lugares para sujetarse con los dedos de las manos y de los pies. La colina parecía un lugar más solitario sin su tropa de veermoks guardianes, pero también un lugar más sagrado..., santificado por lo que había logrado ahí.

Tenía la respiración agitada al llegar a la cima. El aire caliente soplaba sobre las rocas y la luz estridente se reflejaba en el estanque color obsidiana ubicado en la base del Spike. Pensaba escalarlo, pero de pronto se dio cuenta de que era suficiente tan sólo estar en su base y saborear sus recuerdos. Permaneció por horas, como lo podría haber hecho un veermok, extendido en las rocas calientes, permitiéndose casi deshidratarse por el calor. Se retiró sólo cuando esa parte del planeta se deslizaba hacia la oscuridad; sobre las rocas, caminó hacia abajo con cuidado, una tarea más difícil que el ascenso. Un resbalón, un paso en falso o un tropezón...

Una vez de regreso en la hierba alta, siguió los rastros del camino que había dejado al llegar; luego, como si estuviera evitando obstáculos ocultos por las cañas, comenzó a seguir una ruta más zigzagueante a medida que se acercaba al airspeeder y a un punto aislado del bosque, más allá. El ruido de sus piernas, que rozaban la hierba, competía con el rumor de la vida de los insectos. De otro modo, sólo existiría el sonido de su respiración y un débil eco de sus movimientos. Estaba más o menos a cincuenta metros del airspeeder cuando oyó el sonido de ramas que se quebraban, cediendo, y el quejido del humano que había caído en la trampa.

Satisfecho consigo mismo, se detuvo, dio media vuelta y se dirigió hacia el hoyo que había excavado muchos años atrás.

—Bienvenido, Wilhuff —dijo alguien a su izquierda, antes de que Tarkin lograra llegar al hoyo.

Jova se levantó de donde se había estado escondiendo. Estaba retorcido, arrugado y profundamente bronceado, pero todavía ágil para su edad. Otros treinta años de vida en el Carrion no parecían haber hecho merma en él. Separando la hierba de la sabana con sus manos curtidas, se abrió camino hacia Tarkin y le ofreció un bláster elegante cuando llegó a él.

—Tiró esto cuando se cayó —dijo el anciano—. Una Westar, ¿no es así?

Tarkin asintió con la cabeza mientras aceptaba el bláster, puso el seguro y lo metió en la pretina de su pantalón.

—¿Dónde está su speeder, tío?

El dedo torcido de Jova apuntó hacia el este.

—Detrás de los árboles. Pensé que él podría seguirte hacia arriba de la colina, pero se quedó en la base, haciéndose un pequeño nido en la hierba, luego te siguió cuando descendiste y caminaste hacia tu nave.

Caminaron juntos al hoyo, para asomarse y ver a Teller, quien estaba cuatro metros abajo de ellos, algo aturdido por la caída inesperada, pero tratando de ver hacia arriba cuando sus cabezas aparecieron encima. Afortunadamente para Teller, las estacas a ladas que alguna vez habían tachonado el suelo del hoyo se habían podrido hasta convertirse en mantillo. Sin embargo, la caída había dañado algunos de los circuitos miméticos de su traje de camuflaje, y su apariencia iba alternando entre la mimetización del mantillo y su aspecto ordinario.

—Hice, tan fácil como pude, que usted me acechara, capitán —dijo Tarkin, utilizando el rango que Teller había obtenido durante las Guerras de los Clones—. Hasta dejé a mis stormtroopers en la ciudad de Eriadu.

—Muy generoso de su parte, gobernador... ¿o debo empezar a llamarlo gran moff? —Teller intentó pararse, pero de inmediato hizo un gesto de dolor y se volvió a sentar para inspeccionar su tobillo, que estaba claramente fracturado—. Sabía que me estaba engañando —dijo, apretando los dientes—, pero no importaba. No mientras tuviera una oportunidad de acabar con usted.

—Tuvo muchas oportunidades para acabar conmigo, como usted dice. ¿Por qué no lo hizo cuando estábamos en el aire? ¿Y por qué con un simple bláster de mano, en lugar de un rifle de francotirador?

—Quería que estuviéramos mirándonos a los ojos el uno al otro cuando lo matara.

Tarkin sonrió ligeramente.

—Tristemente predecible, capitán. Y muy innecesario.

Teller bufó.

—Bueno, de todos modos, este viejo fósil probablemente me hubiera matado antes de que yo disparara un tiro.

—Tienes razón en eso —dijo Jova con afabilidad.

Él y Tarkin se apartaron del borde. Jova aplastó un área de la hierba a lada con sus amplios pies encallecidos, y se sentaron uno frente al otro.

—¿Le sorprendió saber de mí, tío? —preguntó Tarkin.

Jova sacudió su cabeza calva color nuez.

—Sabía que regresarías algún día. Tuve que restaurar algunas de tus viejas trampas. Suerte que recordaste dónde las habías cavado. —Hizo una pausa para sonreír—. Aunque supongo que la suerte no ha tenido mucho que ver con esto.

Tarkin miró alrededor.

—Recuerdo mi tiempo aquí como si fuera ayer.

Jova asintió con la cabeza, sabiamente.

—Traté de mantenerme al corriente de tu carrera. No leí ni oí mucho acerca de ti en tres o cuatro años.

—Asuntos imperiales —dijo Tarkin, y lo dejó así—. Pero cualquier éxito que haya logrado es mérito tuyo, por enseñarme. Mis memorias dejarán en claro tu legado.

Jova hizo un gesto de rechazo.

—No necesito ser señalado. Prefiero ser como un fantasma.

—El fantasma del altiplano.

—¿Por qué no?

Tarkin se paró y regresó al borde del pozo.

—¿Cómo está el tobillo, capitán? Hinchándose; me imagino.

El ceño fruncido de Teller lo decía todo.

—¿Necesito recordarle que luchamos en el mismo bando durante las Guerras de los Clones? —dijo Tarkin—. Luchamos para evitar que la galaxia se separara y alcanzamos nuestro objetivo. Pero mientras yo he dejado esa guerra atrás, usted parece todavía seguir librándola. ¿Quisiera que otra vez la galaxia se fracturara?

—No la ha dejado atrás —dijo Teller—. Aquella guerra no fue nada más que un prelude para la guerra que el Emperador siempre tuvo en mente. Subyugar a los separatistas fue necesario para después subyugar la galaxia. Usted lo ha sabido todo el tiempo. Y esta vez va a aplastar a sus oponentes antes de que tengan una oportunidad de organizarse.

—A eso se le llama pacificación, capitán.

—Eso es gobernar a través del miedo. No sólo está demandando sumisión; también está generando el mal.

—Entonces el mal tendrá que ser.

Teller lo miró fijamente.

—¿Qué transforma a un hombre en un monstruo, Tarkin?

—¿Monstruo? Ese es un punto de vista, ¿no es así? Pero diré esto: este sitio, este altiplano es lo que me formó.

Teller consideró eso, luego preguntó:

—¿Qué está construyendo el Imperio en Geonosis?

Tarkin le mostró una leve sonrisa.

—Desafortunadamente, capitán, no está autorizado para saber eso. Pero estoy dispuesto a hacer un trato con usted. Estoy seguro de que tendrá dificultades para liberarse de esta trampa, por la profundidad del hoyo y su tobillo fracturado... Pero si usted consigue subir, encontrará su bláster justo aquí, en el borde. —Enfatizó la colocación del arma en el suelo—. Los depredadores más peligrosos del Carrion no aparecen sino hasta el anochecer. Lo van a olfatear y... Bueno, basta decir que usted no quiere perder el tiempo ahí abajo. Claro está que, aun si logra salir, lo espera un camino largo para llegar al borde de la escarpadura. —Hizo una pausa, pensativo. Luego añadió—: Haré que Jova estacione su speeder en la base del altiplano. En caso de que salga de Eriadu vivo, búsqume y reconsideraré lo que dije sobre Geonosis.

—Tarkin —dijo Teller—, usted va a morir de una forma horrible porque no merece nada menos. Cuanto más trate de coaccionar a los desfavorecidos para que jueguen con sus reglas, más se rebelarán. Yo no soy el único.

—Usted no está ni cerca de ser el primero en profetizar mi deceso, capitán. Y sin duda yo podría hacer una predicción igualmente espantosa sobre su muerte, porque usted está aquí, lisiado y atrapado en un hoyo profundo. Así es, precisamente, como tengo la intención de mantener a los demás de su calaña.

Teller sonrió con los ojos.

—Entonces, si yo puedo escapar, el resto lo hará.

Tarkin le regresó la mirada.

—Esa es una analogía interesante. Veamos cómo se desarrolla en la vida real y a largo plazo. Hasta entonces, que le vaya bien, capitán.

Jova se levantó mientras Tarkin se acercaba hacia el hoyo, haciendo un ademán con su mentón de incipiente barba.

—Con el tobillo roto o sin él, parece lo suficientemente capaz de escapar. ¿Quieres que le eche un ojo? Quizá puedo proporcionarle una pista o dos acerca de cómo está el terreno para mejorar sus probabilidades.

Tarkin se frotó la mandíbula.

—Eso podría ser interesante. Tú decides.

—¿Y si consigue avanzar en una pieza e ir a su speeder?

Tarkin le dio vueltas a la idea.

—Enterarme de que está prófugo me mantendrá alerta.

Jova sonrió y asintió con la cabeza.

—Es una buena estrategia. Nunca somos demasiado viejos para aprender nuevos trucos.

Rodeada por una multitud bulliciosa de droides de construcción, naves de suministro y cargueros, y custodiada por cuatro destructores estelares y el doble de fragatas, la

estación de combate móvil de espacio profundo flotaba en órbita fija sobre el apartado e imponente planeta Geonosis. Si era observada desde la mitad del sistema, o incluso desde un punto tan cercano como donde se ubicaba el cinturón de asteroides que aislaba aún más el planeta, se podría creer erróneamente que el planeta había agregado otra luna pequeña a su colección. Siendo todavía joven, la estación esférica aún tenía que crecer para alcanzar las características por las cuales sería reconocida una década más tarde. El armazón de la lente para el súper láser, puesto en el hemisferio norte, era poco más que un cráter metálico; el casco de *quadanium*, una simple estructura armada con trozos de placas rectangulares, de modo que uno podía ver casi hasta el corazón de la colosal pieza. Las ramificaciones de la ciudad localizada en la superficie y las trincheras de la parte ecuatorial bien podrían parecer visiones.

Para cuando Tarkin llegó, al término de sus viajes por los sistemas del Borde Exterior, algunos de los componentes del hiperimpulsor habían sido instalados, pero la estación permanecía lejos de estar lista para saltar. Sin embargo, el trabajo que tenía que realizarse en los motores subluz había concluido recientemente; estos se encontraban listos para ser probados, aunque fuera sólo con el fin de determinar qué tan bien se manejaba la esfera.

Los científicos e ingenieros que lideraban la construcción habían llevado a Tarkin por las partes terminadas de la estación. Cuando el recorrido había durado una semana, el moff todavía no había visto la mitad de la esfera. Desde el interior de una nave de construcción repulsora, sus guías señalaron dónde se instalarían los generadores del escudo y del rayo tractor; presentaron sus planes para alojar a una tripulación de trescientos mil espaciaños como fuerza de trabajo, y descubrieron emplazamientos de armas, plataformas de amarre y torres de defensa que sobresaldrían en el revestimiento gris.

Tarkin estaba en la gloria. Si sobre el puente de un destructor estelar se sentía en casa, aquí se sentía centrado. La estación era un paisaje tecnológico listo para ser explorado, un mundo desconocido que esperaba su sello de aprobación y de dominio.

Aunque la mayoría del trabajo de construcción se hacía en micro-g, los impulsores omnidireccionales suministraban gravedad estándar a un gran espacio de la cabina, próximo a la superficie que algún día se convertiría en el cuarto de guerra donde habría puestos designados para Tarkin y varios oficiales militares, una sala de conferencias que incluiría una mesa circular, una cabina de holored dedicada a la comunicación con el Emperador y un conjunto de grandes pantallas de visualización. Ahí, en compañía de los diseñadores y arquitectos de la estación, Tarkin dio la orden para que los motores subluz se encendieran.

Un leve estremecimiento parecía recorrer el orbe. Tarkin pensó que las vibraciones que sentía podrían deberse, en realidad, a la euforia que recorría su cuerpo de una forma que no había experimentado desde sus años adolescentes. Luego, con lentitud casi

agónica, la estación de combate comenzó a alejarse de su órbita fija. Después, superó la velocidad de rotación del planeta, salió de la sombra de Geonosis y se internó en el espacio profundo.